

SAGA DESTINADO A SUCEDER 4

NOA ALFÉREZ



*Tu última  
carta*

Selecta



Tu última carta  
SERIE  
Destinado a suceder 4

*Noa Alférez*

*Selecta*

*Abrí la mano y encontré, como tantas otras veces, un papel doblado una y otra vez hasta formar un cuadrado perfecto. Sabía lo que atesoraba. Tres palabras, solo tres.*  
*«No me olvides.»*

## Capítulo 1

Chester House, 1860

Christine había perdido la noción del tiempo y se había sorprendido dando una cabezada, a pesar de lo incómodo de la situación. Se frotó las piernas con cuidado de no hacer ruido ya que estaba empezando a sentir un desagradable hormigueo en ellas y rogó para que aquel mortificante momento terminase de una vez. La risa ahogada de *lady* Chester volvió a resonar en la habitación en penumbra y estuvo tentada a asomar la cabeza desde su escondite para averiguar qué era lo que le provocaba aquel surtido de ruidos extraños. Había jadeado como un perrito después de una carrera, chillado como una rata, ronroneado como un gatito lanudo y había emitido un sonido parecido a un gorjeo. Ella no sabía nada en absoluto de las relaciones entre hombres y mujeres pero dudaba que lo que estaba pasando en la biblioteca del señor Chester fuese lo habitual. Volvió a escuchar un gorjeo que iba *in crescendo* por momentos acompañado esta vez de unos sonidos masculinos que tuvieron un efecto extraño en ella. Con la cabeza apoyada en el sofá que la ocultaba, cerró los ojos con fuerza y se tapó los oídos con las manos en un esfuerzo inútil por protegerse de la lascivia que burbujeaba en la habitación.

El susurro de ropas y una risita nerviosa le indicó que aquel ritual obsceno había terminado, confirmado por el ruido de la puerta al cerrarse. El corazón de Christine retumbaba en su pecho con fuerza durante los interminables segundos en los que permaneció inmóvil esperando confirmar que estaba sola en la habitación. Su madre la despellejaría si se enteraba de que había sido testigo, al menos de oídas, de algo semejante. Sin contar con que su reputación quedaría hecha jirones. Y, ¿qué era una joven de buena cuna sin reputación? Una paria, una desterrada, el mayor de los pecados.

Andar merodeando por una casa ajena en soledad, aunque fuese con el loable propósito de deshacerse durante unos minutos de unos zapatos que amenazan con destrozar sus pobres dedos, no era admisible. Tendría que ser muy cuidadosa al salir para que ni *lady* Chester ni su amante —se ruborizó de manera absurda al formar en su mente esa palabra— descubrieran que ella había estado en la biblioteca todo el tiempo.

Encogió los dedos de los pies dentro de sus medias blancas notando de nuevo un ramalazo de dolor. Se había escondido tan rápido y la situación había sido tan tensa que no recordaba que había dejado sus zapatos delante del sofá, tirados en el suelo. Por suerte los amantes parecían haber estado demasiado ocupados para notarlo.

Con movimientos torpes por culpa del entumecimiento de su trasero, Christine se puso de pie sacudiéndose las faldas aunque era imposible deshacerse de las arrugas que se habían formado en

la tela. Levantó la vista de su vestido y se llevó las manos a la boca para intentar contener un grito sin demasiado éxito.

Un desconocido la observaba apoyado de manera insolente en la mesa donde unos instantes antes había hecho ronronear de felicidad a la anfitriona. A pesar de la escasa luz y la distancia que los separaba pudo reconocer que el objeto que balanceaba entre sus dedos era uno de sus zapatos. Era alto, joven y parecía siniestro en la semioscuridad, incluso le había parecido que sus ojos habían emitido un brillo diabólico, como si fuese el mismo Lucifer.

—Supongo que esto es suyo. —Su voz sonó más suave de lo que ella había esperado. Un demonio no hablaría con un tono tan aterciopelado, o puede que sí, y ahí radicara su peligro.

—S... s...sí. Si es usted tan amable... —titubeó mientras extendía la mano hacia él, sin moverse ni un milímetro del parapeto que suponía el sofá.

El desconocido extendió la mano con el zapato colgando de sus dedos sin apartarse de su posición junto a la mesa, dejando claro que si quería recuperarlo tendría que ser ella la que se acercase. Christine tomó aire y elevó la barbilla, tal y como su madre le había dicho que hacían las damas elegantes, para dirigirse hasta él, aunque perdió un poco de efecto al tropezarse con la esquina del sofá. Por suerte, él fue lo bastante caballeroso para no reírse. Se detuvo a una distancia prudencial y alargó la mano, pero cuando sus dedos estaban a punto de rozar el tacón el hombre levantó el brazo colocándolo fuera de su alcance.

—¿Ha disfrutado del espectáculo, señorita Archer?

Christine jadeó sorprendida y dio un paso atrás, sintiéndose tentada a esconderse de nuevo detrás del sofá, aun sabiendo que era inútil. Ese hombre la conocía y su mundo se iba a desmoronar por su culpa, estaba segura.

—Yo... por favor, no era mi intención. No he visto nada, ni siquiera le conozco y a lady Chester tampoco. —Se mordió el labio sintiéndose idiota e infantil al escuchar la cálida carcajada de ese hombre—. No me delate, se lo ruego. Apenas me acaban de presentar en sociedad, si me tachan de chismosa o a saber de qué cosas más no lo superaré.

—¿Delatarla? ¿A usted? —El hombre avanzó un par de pasos y la luz que entraba por la ventana iluminó sus rasgos. Su nariz era recta y un poco afilada, su pelo rojizo, y aunque no pudo distinguir de qué color eran sus ojos, desde luego que esta vez Christine sí estuvo segura de que brillaban en la oscuridad—. Hagamos un trato, cuénteme qué hacía aquí y guardaré su secreto. ¿Esperaba a alguien?

—Solo quería quitarme estos condenados zapatos —admitió sin dudar. Pasar un poco de bochorno por esa nimiedad siempre sería mejor que ser crucificada en público—. Mi madre los encargó para mi hermana Amber pero ella aún no ha sido presentada en sociedad así que no los iba a necesitar. Se empeñó en que eran de mi talla a pesar de que le he dicho que casi no podía andar. Apenas he aguantado media hora de pie, ¿se imagina bailar una cuadrilla con los dedos de los pies encogidos? En cuanto he visto que un caballero se dirigía hacia mí para pedirme un baile me he escabullido hasta aquí.

De nuevo la risa franca de ese hombre inundó la habitación como si pudiera iluminarla sin necesidad de luz.

—Le he dado demasiada información, ¿verdad? —preguntó avergonzada, agradeciendo que su sonrojo no fuera visible en aquella oscuridad—. Tengo mucho que aprender, mi madre siempre dice que las damas no deben hablar demasiado. Y la verdad es que no suelo hacerlo.

—No debe hacer caso de todo lo que le diga su madre. Mire si no lo que ha ocurrido con los pobres dedos de sus pies.

No sabía si se estaba burlando de ella pero su tono comprensivo y un poco cómplice la relajó lo suficiente para aceptar que tomara su mano y la llevara hasta el sofá. La instó a sentarse y se arrodilló frente a ella. Era tan alto que sus cabezas estaban casi a la misma altura. Las manos cálidas de ese hombre buscaron sus pies por debajo del ruedo de sus faldas haciendo que Christine diera un respingo y sus frentes estuvieran a punto de chocar.

—Shhh. Tranquilícese, no voy a propasarme con usted. Solo quiero comprobar el alcance del desastre.

De manera incomprensible sus palabras la relajaron, y su mente dejó de percibir el peligro que suponía que un hombre del que no conocía ni siquiera su nombre pusiera las manos sobre cualquier parte de su anatomía, y más estando a solas en una habitación oscura.

—¿Cómo se llama? —Un jadeo hizo que la pregunta terminara con un chillido agudo cuando él sujetó su pie derecho y comenzó a masajearlo clavando los dedos en la planta. La sensación rozaba el dolor pero a la vez era relajante, y muy estimulante.

—David —Su respuesta fue escueta y pronunciada con voz ronca y Christine se quedó esperando a que continuara.

—Yo soy Christine. Aunque parece que usted sí me conoce.

—Encantado, Christine. Sé que es una de las hijas de Archer, y siempre procuro estar al tanto de las chicas en edad casadera, especialmente de las que tienen padres ansiosos por desposarlas.

—Levantó la cabeza temiendo haberla ofendido al notar que tironeaba de su pie para liberarlo—. No se ofenda, no es algo personal. Es solo que por ahora no entra en mis planes relacionarme con ninguna mujer.

—Pues quién lo diría.

David cabeceó conteniendo la risa y continuó con su labor, dedicando toda su atención al otro pie. Christine gimíó cuando clavó la yema de los dedos en una zona especialmente dolorosa y emitió un sonido parecido a un ronroneo cuando el dolor fue disminuyendo bajo sus expertas manos. Puede que fuera eso lo que había estado haciendo allí con lady Chester. Quizá ella también había sufrido un percance con sus zapatos. Quizá, aunque era poco probable. Lo cierto era que una agradable sensación de calor estaba empezando a extenderse por su piel. Y aquello resultaba tan pecaminoso como irresistible.

—¿Mejor? —Ella asintió en silencio, y él apenas intuyó su movimiento a contraluz.

Cogió uno de los zapatos y se lo colocó con delicadeza, aunque era evidente que le quedaban demasiado ajustados. Continuó con el segundo zapato, pero en lugar de soltarla inmediatamente sus dedos se deslizaron con suaves movimientos por su tobillo, subiendo muy despacio, esperando a que ella le impidiera continuar. Y Christine sabía que tenía que hacerlo, que no podía consentir que un hombre al que no conocía, que ningún hombre, de hecho, se permitiese esas libertades. Pero sus movimientos la habían hechizado, anclándola al sillón, enmudeciéndola y apretando su pecho hasta dificultarle respirar. Las caricias de David volvieron a descender hasta el punto inicial y depositó con suavidad los pies de Christine sobre la alfombra.

—Creo que esto no debería haber pasado —musitó ella, intentando salir de su parálisis.

—No, no debería haber pasado. De hecho, no ha pasado, probablemente solo lo hayamos imaginado. ¿Me entiende?

David cruzó la habitación con paso elegante y abrió la puerta que daba al pasillo. Se detuvo en el umbral donde la luz de los candelabros del corredor iluminó su cara por completo y Christine se quedó sobrecogida al ver su rostro con claridad. Bajo la luz era sin duda el hombre más guapo que había visto nunca, y su sonrisa traviesa podría desarmar a cualquiera con más experiencia,

cómo no iba a caer rendida ella que apenas había salido del cascarón.

—Ojalá este encuentro imaginario fuera real. Me habría encantado conocerla.

Christine abrió la boca para contestar, pero para cuando se le ocurrió algo ingenioso David ya había desaparecido.

## Capítulo 2

Londres, 1865

David Clark se dio la vuelta al bajar de la pasarela del Odiseum para echarle un último vistazo al que había sido su hogar durante los últimos años, y en cuanto sus pies pisaron la resbaladiza piedra sintió la tentación de girar sobre sus pasos y regresar al barco. Su estómago se encogió por el efecto del vértigo propio de quien pisa arenas movedizas o sube a un navío por primera vez. La tierra firme se había convertido en una superficie inestable y su vida amenazaba con engullirlo como un remolino imparable. No deseaba regresar a su mansión londinense, tampoco volver a Edevane Rosefield, y mucho menos dejarse atrapar por la piel del marqués de Edevane, su propia piel.

—¡Lord Edevane! —La sorpresa de Gilligan, el administrador de la familia desde antes de lo que David podía recordar, al verlo entrar en su despacho fue genuina y se levantó rápidamente de su silla para hacerle una reverencia y tenderle la mano—. Porque supongo que puedo llamarle así.

—Sí. Puede llamarme así. —Aceptó de mala gana—. El capitán Thorne ha abandonado Inglaterra, y con ello su pretensión de ostentar el título, aunque no puedo decir que eso me alegre.

—Cada hombre tiene su propia carga a las espaldas, milord. Pero no me cabe duda que usted será el marqués que Edevane necesita, fue educado para ello.

—No pretendo ser... —David se desabrochó la levita y se sentó en la incómoda silla de madera que había frente al espartano escritorio de Gilligan con un resoplido—. Mi intención es poner los asuntos más prioritarios en orden y embarcarme en cuanto Thorne vuelva a Inglaterra. O puede que emprenda un viaje a algún otro rincón del mundo, o incluso me haré titiritero y vagaré por los sitios más infames de Inglaterra para suplicar unas monedas. Cualquier cosa antes que ocupar el lugar de mi padre.

El hombre parpadeó varias veces y tras quitarse las gafas con movimientos lentos las dejó sobre la mesa y calibró las palabras que iba a pronunciar.

—Una de las cualidades de un buen trabajador es ser discreto. Pero no voy a fingir ser un ignorante o un completo idiota, milord, haciendo ver que no sé cómo era su relación. Pero déjeme que le diga que usted no es cómo el anterior marqués.

—Otra cualidad imprescindible es saber cerrar el pico.

Gilligan asintió con una sonrisa condescendiente.

—Como he dicho, soy un hombre discreto.

—Bien, no he venido aquí para alabar sus cualidades, ya sabemos que si no las tuviera no estaría desempeñando este puesto. Quiero que me diga, de manera resumida, el estado de Edevane Rosefield y cuáles son esas necesidades tan acuciantes de mi madrastra y su hija.

Gilligan se colocó las gafas y sacó del cajón un tomo de papeles que tenían pinta de haber sido revisados mil veces, aunque era capaz de recitar todo aquel baile de cifras de memoria, y procedió a informarle.

David sabía que durante los últimos años no había sido justo. Al principio su conciencia lo torturó por ello, pero logró convencerse de que mientras a su madrastra no le faltase un plato de comida y un techo (por desvencijado que estuviese) sobre su cabeza, estaría cumpliendo con su obligación. Se negaba, con una inquina casi infantil, a ceder en lo más mínimo, y a pesar de que las arcas de la familia podían permitirse sobradamente los gastos que le exponían, encontraba un regocijo infinito en rechazar cada petición. Le habría encantado descubrir que había acertado en su juicio y que Christine Archer, ahora Christine Clark, solo aspiraba a cosechar lujos, que era egoísta, avariciosa y vanidosa, pero nunca había pedido presupuesto para la modista, ni joyas ni nada de carácter personal, sino reparaciones para los techos del ala oeste de la mansión de Edevane Rosefield, ventanas nuevas, cristales para arreglar el invernadero que había sido el orgullo de su propia madre... Él había dicho que no a todo, sin importarle que la enorme casona estuviese a punto de caerse sobre las cabezas de quienes la habitaban. Era una forma un poco estúpida de sentirse un dios vengativo y justiciero. Si hubiera tenido la capacidad de lanzar una plaga de langostas lo habría hecho con gusto.

Pero todo eso había resultado muy fácil mientras Christine no era más que la imagen distorsionada que su cabeza había creado. Era sencillo odiar y jugar a ser verdugo de un recuerdo. Pero ya no lo era tanto cuando tenías delante unos enormes ojos dolidos y decepcionados, que te gritaban sin necesidad de palabras que no eras más que un ser mezquino y egoísta, un inmaduro que se dedicaba a manipular las vidas de los demás sin pensar en las consecuencias. Aquello no era una partida de ajedrez, aquello dolía. Aunque ambos deberían estar más que acostumbrados a ese sentimiento.

«Nunca dejas de decepcionarme, David. Cada vez que pienso que has llegado al límite de tu mezquindad haces algo peor». Las palabras de Christine resonaban en sus oídos rasgándolo todo por dentro. Su padre había pronunciado palabras similares en multitud de ocasiones pero nunca habían tenido en él un eco, más allá de ese arranque de furia momentánea que siempre acababa tan rápido como había venido. Pero escupidas por la boca de Christine cobraban un significado diferente, y se clavaban como dagas en su corazón, ese que había olvidado que aún tenía.

Al llegar a Londres tras años de viaje había esperado cualquier cosa menos la visita de su madrastra. Su madrastra; bastaba esa simple palabra para revolverle las tripas. Christine se había presentado en cuanto supo que él estaba allí para presionarle y echarle en cara su comportamiento. Llevaba casi cinco años alejado de ella y había tenido sentimientos contradictorios al verla aparecer con su figura menuda, su mirada furiosa, y la fuerza de un huracán. A pesar de su impetuosidad sabía que aquella entrada triunfal no era más que una fachada. La conocía bien, sabía que en el fondo le afectaba enfrentarse a él y no pensaba ponérselo fácil. No había podido deshacerse de la imagen de su último encuentro mientras la miraba, de aquella despedida que solo iba a ser un hasta pronto, de sus promesas. De sus

mentiras. ¿Lo habría recordado ella de manera tan vívida? Lo dudaba. Pronto las pullas comenzaron a volar en ambas direcciones, como si fuesen dos animales heridos que se retuercen buscando vengarse. Entre ellos no podría haber cordialidad, habían pasado demasiadas cosas oscuras para olvidarlas sin más.

Christine no solo había ido a Londres para enfrentarse a él. Había otra razón. El mayordomo de la mansión Edevane le había informado de que la señora marquesa le había hecho algunas preguntas sobre una de las familias de más enjundia de la ciudad, los Lennox. Estaba al tanto de sus idas y venidas, pero el orgullo le impedía preguntarle abiertamente. En cambio, ella no había tenido ningún problema en pedirle al capitán Thorne, su superior y su mejor amigo, que la acompañara en sus quehaceres. Eso lo enfurecía más de lo que estaba dispuesto a reconocer. ¿Qué querría Christine de los Lennox? Por lo que sabía tenían dos hijos, Henry, el primogénito que se convertiría en el barón de Lacey más pronto que tarde, y Víctor, del que lo único que sabía era que siempre había sido un joven que se había mantenido a la sombra de su hermano.

David apenas podía contener la rabia que tiraba de su piel y lo impulsaba a perder la compostura, y a veces hasta la decencia, cuando esa mujer estaba cerca. Puede que hasta ahora ella hubiera podido engatusar a todos con sus enormes ojos y su actitud sumisa, pero él sabía lo que había bajo esa capa lustrosa e inocente. Él conocía lo oscuro que era su interior, la mezquindad que habitaba en su corazón y la frialdad de su alma. Y no había nada que lo emocionara más que la posibilidad de desenmascararla ante todos los demás. Este era uno de los motivos por el que había decidido no embarcar en el Odiseum, necesitaba resolver los asuntos pendientes. Le quitaría la máscara a Christine Clark, y entonces podría continuar con su vida.

## Capítulo 3

El viaje hacia Edevane Rosefield había sido tal y como lo recordaba, interminable y sumamente incómodo. La espalda le dolía horrores y ni siquiera la visión de los campos que había llegado a conocer como la palma de su mano le reconfortaba. Divisó la aguja afilada del campanario de la pequeña iglesia a lo lejos, y observó como si estuviese hipnotizado las pequeñas columnas de humo que la brisa movía mezclándolas entre sí sobre los tejados de paja. Tomó una gran bocanada de aire en un intento de deshacerse de la desagradable sensación de su estómago. Se amonestó a sí mismo por su propia debilidad. Ya no lo esperaba el marqués de Edevane, siempre furioso, para reprenderle por sus faltas; ahora él era el marqués y tenía su propia furia con la que lidiar.

Un bache que hizo tambalearse violentamente el vehículo lo sacó de sus pensamientos y se asomó por la ventana para comprobar que ya habían dejado el pueblo atrás y los rodeaban los altos olmos que flanqueaban el camino que llevaba a Edevane Rosefield. Recordó que uno de los puntos de la interminable lista de Gilligan era «reparar los baches del camino» y refunfuñó. Cuando la enorme mansión de piedra gris oscurecida por el tiempo apareció ante sus ojos sus sentimientos se arremolinaron, contradictorios y dolorosos. Su corazón vibró emocionado al contemplar el lugar que había sido testigo de sus travesuras infantiles, y aquellos momentos felices antes de que su madre muriese. Su imagen con la larga cabellera castaña envuelta en un pañuelo y unos guantes enormes, mientras cuidaba de sus preciados rosales lo sacudió por dentro. Aquella afición suya había hecho que su padre, en uno de sus escasos gestos de humanidad, rebautizara la finca para añadir a su nombre Rosefield. Campo de rosas. Recordarlo le trajo un regusto amargo, especialmente cuando vio que ahora los rosales ya no rodeaban la casa. Aunque todo parecía limpio y cuidado faltaba color y vida en aquel lugar, y no pudo evitar reconocer con una punzada de remordimiento que había sido él quien redujo los gastos en jardinería a retirar la maleza y mantener limpios los accesos.

Descendió del carruaje con la misma ilusión que si estuviera a punto de traspasar la puerta de un dentista.

—Disculpe, señor. ¿Qué desea? —El muchacho que le habló se acercó hasta él llevando de las riendas a un fabuloso semental blanco y David frunció el ceño confundido.

El joven, que probablemente sería un mozo de cuadra, se acercó un poco más a él, pero antes de que pudiera hablar de nuevo la puerta de entrada de la mansión se abrió. Un caballero alto y rubio salió con grandes zancadas calándose el sombrero y David dedujo que era el dueño del caballo. Al verlo se detuvo en seco.

—Que el demonio me lleve. ¿David?

El aludido parpadeó al darse cuenta de que el caballero que acababa de salir de la mansión era Killian Stone, el vizconde de Blackstone, uno de sus mejores amigos en su juventud.

—Killian.

David deseó poder alegrarse de aquel inesperado reencuentro, pero fue incapaz de moverse, como si los pies se hubiesen anclado al suelo por culpa de unas raíces invisibles. En el fondo, muy en el fondo sintió el impulso de estrecharle la mano o darle un abrazo, pero en la superficie no pudo evitar sentir resentimiento. Estaba allí por una sola razón: Christine. No en vano había sido su paño de lágrimas y su mano tendida durante esos años. Killian y él siempre habían compartido batallas y no recordaba haber tenido ningún enemigo tan despreciable como esa mujer. No esperaba que la odiase pero tampoco que se convirtiera en su cómplice. Al final, las buenas costumbres vencieron su resentimiento un tanto infantil y le tendió la mano, que Blackstone estrechó con una sonrisa condescendiente.

—Caramba, David. Ya estaba empezando a pensar que tantos meses como pirata habían acabado con tus buenos modales. Estás muy cambiado.

—Tú en cambio estás igual de idiota que siempre.

Killian enarcó una ceja dudando si debía darle un puñetazo por insolente pero vio el brillo en sus ojos azules y prefirió pensar que era una broma. Ambos soltaron una sonora carcajada y el vizconde le dio una palmada en el brazo.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo por aquí?

—El suficiente. —Y estaba seguro de que le iba a parecer una eternidad.

—Entonces espero que podamos charlar con una copa de buen brandy junto a la chimenea. Por los buenos tiempos.

—Por los buenos tiempos. —David repitió las palabras con un pellizco en el estómago. Parecía que había pasado toda una vida desde la última vez que los tiempos fueron buenos para él, una vida que había vivido a medias.

Tras despedir a Killian y verlo alejarse a lomos de su caballo, cogió aire con fuerza y subió los escalones que lo separaban de la puerta. Esta se abrió y la cara ajada de su mayordomo apareció ante él.

—¡Milord! —El hombre dudó si saludarlo de manera afectuosa o arrancarse su ralo flequillo de puro nerviosismo, ya que la llegada del marqués era totalmente inesperada—. Permítame que le dé la bienvenida a su hogar.

David le libró de decidir estrechando su mano con fuerza, un gesto cercano poco común en sus antecesores.

—Lord Edevane, no nos han avisado de su llegada. Sus habitaciones...

—No se preocupe, estoy seguro de que podrán adecentar mis habitaciones sin problema. No necesito demasiado, apenas una cama cómoda, un buen plato de comida y un baño caliente.

El anciano sonrió y asintió con vehemencia, elaborando con rapidez una lista mental de todos los quehaceres que tenían por delante.

El ruido de unos pasos a la carrera resonó en el hall y una pequeña niña de unos cuatro años apareció por el pasillo. Sus coletas pelirrojas rebotaban como si tuvieran vida propia, hasta que se detuvo en seco al encontrar a un extraño enorme en su casa.

—Señorita Eria... —El mayordomo quiso que se lo tragara la tierra sin saber muy bien cómo actuar.

—¿Se ha marchado ya tío Killian, señor Michaels? Me prometió que me daría un paseo a

caballo. —Su voz infantil sonó mucho más firme de lo que David había esperado, y aunque resultase absurdo, se sintió un poco intimidado al ver sus enormes ojos azules clavados en él. Tan grandes que parecían capaces de leer el pensamiento, tan claros que no parecían reales. Iguales que los de su madre. Eira era la hija de Christine, sin ninguna duda.

Tío Killian. La familiaridad con la que habló de él le revolvió el estómago a pesar de que sabía que no tenía ningún derecho a sentirse desplazado. Aquella pequeña era su hermana, el fruto de la relación entre su padre y su madrastra y no podía evitar sentir rechazo. Era inmaduro y mezquino focalizar sus rencores en una cría inocente pero hacía mucho tiempo que no se comportaba de manera decente.

—¡Eria! Te hemos dicho que no salgas so... —Una mujer vestida de luto llegó hasta ellos con su atención puesta en la niña y en cuanto se percató de que había alguien más allí se quedó paralizada como si acabase de ver a un fantasma.

—No he salido, tía Amber —se defendió y se dirigió hacia su tía para coger su mano con fuerza y esconderse tras sus faldas, sin perder de vista a aquel intruso. Su voz pretendió ser un susurro pero David la oyó con claridad—. Hay un hombre raro aquí.

Que lo calificaran de raro era lo más suave que aquella gente podría dedicarle dadas las circunstancias. Se adelantó y le tendió la mano a aquella mujer a la que le había costado trabajo reconocer. Era Amber, la alegre hermana de Christine, aunque ahora lucía mucho más sofisticada y taciturna, puede que fuera por las bolsas oscuras bajo sus ojos y su ropa negra.

—Señorita Archer... —se arriesgó a saludarla, a pesar de que era bastante probable que a estas alturas ya se hubiera casado. No sabía casi nada de lo que había sucedido en su ausencia.

—Señora Walters, viuda de sir Stephen Walters. —Le corrigió con tono neutro, pero él no pudo evitar sentirse como si la hubiera insultado al ver el dolor en sus ojos.

—Lo siento, no sabía que Stephen... Tampoco sabía que se habían casado.

—Falleció el invierno pasado. Pero no se preocupe, entiendo que se ha mantenido bastante ajeno a lo que pasa en este pequeño rincón del mundo. —Amber estiró el cuello y levantó la barbilla y él volvió a sentirse intimidado. En su propia casa—. Señor Michaels, ocúpese de que lord Edevane disponga de todo lo que necesite, por favor.

—Sí, señora.

El mayordomo se marchó tras hacer una reverencia y David estuvo tentado de dar un taconazo en el suelo y gritar a los cuatro vientos que él era el único con derecho a dar órdenes allí. Christine era la marquesa viuda, pero su hermana era una invitada allí, no tenía derecho a actuar como si fuese la dueña.

David se sintió un poco confuso y perdido cuando se quedó solo en la entrada de su casa. Dos lacayos aparecieron corriendo y tras hacer una reverencia se perdieron escaleras arriba con sus baúles. Se produjo un choque en su interior entre sus recuerdos y las nuevas sensaciones que le provocaba estar allí. Por un lado todo parecía estar igual que siempre, como si el tiempo se hubiera detenido, y sin embargo se sentía como si no hubiera estado nunca allí. Se dirigió hacia el único lugar que supuso le pertenecía íntegramente en aquel mausoleo, y sin demasiadas prisas se encaminó hacia el despacho del marqués. Sujetó la manilla de la puerta durante unos segundos interminables. Entre sus muchos defectos no figuraba la cobardía pero aquella era una dura prueba que superar y sabía que, tras la puerta, los demonios del pasado estarían esperándolo impacientes. Por un momento temió que al abrir la puerta su padre estuviera allí, sentado en su sillón con cientos de reproches preparados como dardos. Era absurdo, si algo había aprendido era que no había que temer a los muertos sino a los vivos, aunque los recuerdos que lo sacudían

parecían indicar lo contrario. Giró la manivela en el momento en el que el estruendo de algo rompiéndose a pocos metros tras él lo sobresaltó. Se giró con una mano en el corazón intentando que no se saliera de su pecho. Pero lo que vio hizo que sus latidos se desbocaran de nuevo.

Christine parecía un eco de sí mismo con idéntico gesto, la mano en el pecho y los ojos como platos, como si acabase de ver un fantasma. A sus pies se habían esparcido los trozos de una bandeja de porcelana y del bizcocho que portaba.

Ella se agachó con rapidez para recoger los trozos en un intento inútil de recomponerse. Sentía el calor arder en el cuello y las mejillas, y el corazón le retumbaba en las sienes. Se había sobresaltado al encontrar de manera inesperada a un hombre alto en aquel pasillo, pero al reconocerle había perdido el dominio de sí misma. Imperdonable. Percibió una sombra oscura que se agachaba junto a ella y se negó a levantar la cabeza para mirarle. ¿Acaso no era una descortesía aparecer así, sin avisar? Puede que fuese el marqués de Edevane y aquella fuese su casa, pero después de tantos años había perdido el derecho de perturbarlos con su presencia más de lo que lo hacía ya con su ausencia, y no hubiera estado de más mandar una nota en lugar de aparecer como si fuera un espectro.

—Deja eso, Christine. Te vas a hacer daño. —Su voz sonó extraña, hueca, e incluso pensó absurdamente que quizá sí que fuera un fantasma.

—Déjalo tú —se quejó quitándole uno de los trozos rotos de porcelana de la mano—. No te esperaba. Eso es todo. No esperaba encontrar a un hombre acechando en un pasillo.

—No estaba acechando nada. —El olor a nueces tostadas, a bizcocho y miel llegó hasta sus sentidos y le hizo evocar sonrisas cómplices y besos dulces. Besos de una mujer que no existía—. Esta es mi casa por si lo has olvidado.

—Tengo una memoria perfecta. —Christine levantó la vista para enfrentar sus ojos azul oscuro y solo entonces fue consciente de lo cerca que estaban—. ¡Ay!

Dejó caer el trozo de plato que se había clavado en su piel y se mordió el labio para aguantar las ganas de llorar.

—Déjame ver —le pidió David sujetando su mano para ver las gotas de sangre que comenzaban a brotar de la herida de su pulgar—. Si fuera menos elegante te diría que te lo advertí.

A pesar de que su ceño estaba fruncido por la preocupación, Chris pudo ver el brillo burlón en sus ojos, algo que desapareció tan rápido como había llegado. David sacó un pañuelo de su bolsillo y envolvió el dedo de ella con delicadeza para cortar la sangre, en un gesto que resultaba demasiado gentil teniendo en cuenta que no se soportaban.

—Lady Christine, ¿va todo bien? —La voz del mayordomo les hizo sobresaltarse y se pusieron de pie como si una fuerza invisible hubiese tirado de ellos.

—Señor Michaels, se me ha caído la bandeja. Mande a alguien a recogerlo, por favor —ordenó ella con fingida serenidad y sonrió al contemplar la cara de consternación del hombre al ver que el delicioso bizcocho estaba desparramado por el suelo.

Se marchó sin dedicarle una última mirada a David, como si su presencia allí fuese tan olvidable como aquel bizcocho desmenuzado, incluso más. Mucho más. Pero la realidad, aunque él no lo sospechase, era que no había nada más complicado que intentar ignorar la forma en la que el corazón de la marquesa viuda retumbaba en su pecho al tenerlo cerca, la ira visceral que encendía su sangre y las ganas irrefrenables de decirle lo mucho que lo odiaba.

## Capítulo 4

David abrió la puerta tan azorado por lo que acababa de ocurrir que por un momento se olvidó de sus reticencias y entró en tromba en el despacho. Solo cuando estuvo allí el peso del pasado se cernió sobre él, como un aguacero que le caló hasta los huesos. Todo estaba mucho más ordenado y limpio que cuando su padre vivía y habían desaparecido las cornamentas de ciervo que adornaban las paredes y que a él tanto le habían sobrecogido de niño. El lugar parecía más amplio, pero él siguió sintiendo la opresión en el pecho y el aire demasiado espeso. Ni siquiera el absurdo impulso de lamer el dedo de su madrastra para cortar la sangre había podido librarle del frío que se había asentado en su espina dorsal. Por suerte, la coherencia se había impuesto justo en el último momento y la había soltado ¿En qué demonios estaba pensando para dejarse llevar por esa idea?

Rodeó la mesa y se sentó en el sillón de piel, que parecía mucho más brillante que antaño, sin pensarlo más, sabía que tenía que hacerlo. Esperó unos segundos y para su sorpresa no sintió nada. Ni pena, ni nostalgia, ni rencor. Solo vacío. Curioseó los papeles que estaban ordenados milimétricamente sobre la mesa y no le extrañó comprobar que se trataba de informes sobre la productividad de las tierras. Sin duda, a su madrastra le preocupaba bastante el tema monetario. Apartó los papeles con desdén sintiendo una perversa satisfacción al desordenarlos y abrió los cajones para cotillear lo que había dentro. En el primero había varias carpetas repletas de cifras y más cifras, en el segundo, papeles en blanco y material de escritura. Ni en esos cajones, ni sobre la mesa, ni en el resto de la habitación parecía haber ningún objeto personal de su padre, lo que sin duda resultaba curioso. Cuando intentó abrir el tercer cajón encontró que estaba cerrado con llave, y aunque no tendría problema en reventar la cerradura con un par de movimientos de su navaja, prefirió no hacerlo. Con seguridad ahí estarían las pertenencias de su padre, su pipa o su pluma, y la realidad era que no sentía la más mínima nostalgia por esos objetos ni por su antiguo dueño. Tras unos minutos, la habitación comenzó a resultarle incómoda, demasiado fría y el aire le pareció cargado por el olor de los viejos legajos que se acumulaban en las vitrinas. Pronto la tarde caería y en lo único que podía pensar era en darse un buen baño y comer algo caliente. Se cruzó con varios lacayos que subían y bajaban por las escaleras azorados, cargados con ropa de cama y otros enseres, y que tras dirigirle una rápida reverencia continuaban su camino.

De repente se dio cuenta de que no tenía ni idea de en qué estancia iba a alojarse. Cuando llegó al pasillo, vio a Amber adentrarse en la que había sido su habitación de soltero y eso confirmó sus sospechas. Había sido desahuciado de su propia casa y no tenía ni idea de cuánto tiempo hacía que no significaba nada para sus moradores. Una de las puertas se abrió, la que

daba a la salita privada de la marquesa, y de ella salió el mayordomo tan rojo como un tomate y con cara circunspecta. Christine salió tras él como un vendaval, con los brazos en jarras y el ceño fruncido, pero cuando vio a David como un pasmarote en mitad del pasillo levantó la barbilla y volvió a su guarida con un portazo. Aquello iba a ser muy divertido, sí, señor.

—¿Ocurre algo, Michaels? —le preguntó al mayordomo cuando este llegó junto a él.

—Verá, excelencia. Emmm, no sé cómo decirle esto, pero...

—La señora Walters se ha adueñado de mis habitaciones.

El hombre se pasó la mano por la nuca y asintió con la vista fija en el suelo.

—¿Y qué hay de las habitaciones del marqués?

—Las habitaciones de su padre... —comenzó el mayordomo que viraba del sonrojo a la palidez con una velocidad extraordinaria.

—Las habitaciones del marqués de Edevane, que casualmente soy yo.

David era consciente de lo inapropiado que resultaría ocupar una habitación que se comunicaba directamente con la habitación de la marquesa viuda, su madrastra, esa arpía interesada y avariciosa. Era cierto, pero también lo era que para eso existían los cerrojos, y desde luego preferiría cortarse las manos antes de tocar la manivela de la puerta que los separaría. Sin esperar a que el mayordomo dijera una sola palabra más abrió la puerta de la que había sido la habitación de su padre y la impresión de lo que vio lo dejó paralizado. O más bien lo que no vio.

La habitación estaba totalmente desmantelada. Siendo estrictos estaba remodelada tan a conciencia que no parecía la misma. La cama, las mesitas de noche, el armario, los cuadros y los tapices que habían adornado las paredes e incluso la pintura verde oscura que las había cubierto habían desaparecido. Había sido sustituida por un papel pintado de color azul, que hacía un contraste encantador con las cortinas de florecitas y los muebles blancos y dorados, que se reducían a una mesita con varias sillas y un par de sofás situados cerca de la chimenea. También había varias estanterías llenas de libros.

—Milord... —Michaels carraspeó a su espalda—. La marquesa decidió que esta habitación era apropiada para una sala de lectura.

—Ya lo veo. Lléveme a alguna habitación que pueda ocupar, al menos esta noche. Más adelante hablaremos de estos cambios.

—Pues... precisamente de eso le quería hablar. Como sabrá, las habitaciones del ala oeste están en un estado bastante precario. La marquesa envió docenas de cartas por lo que tengo entendido informándole.

El mayordomo lo siguió por el pasillo intentando igualar las largas zancadas del marqués.

—Sí, fue muy perseverante, pero esta no es el ala oeste —masculló entre dientes—. ¿Y esta? —preguntó señalando una nueva puerta cerrada.

—La habitación de la señorita Eria. Y esa es la de su niñera. Y ahí es donde dan clases —se adelantó antes de que él preguntase.

David abrió las aletas de su nariz como si estuviese a punto de echar humo por ellas. Sujetó la manivela de la siguiente puerta y la abrió para comprobar que no había apenas muebles en ella, solo un par de bultos informes cubiertos por sábanas blancas. Repitió la operación en la siguiente estancia y los dos lacayos que se peleaban en ese momento con el armazón de la cama se sobresaltaron dejando caer las maderas al suelo con estrépito.

—¿Puede explicarme qué demonios ha pasado con... con... todo?

—Verá... marqués. —Los dos lacayos dejaron caer por accidente los travesaños de la cama de nuevo haciendo que los nervios de David saltaran por los aires.

—¡Dejad eso de una vez! —gritó provocando una nueva caída de las maderas contra el suelo. Los dos sirvientes lo miraron como si fueran dos liebres asustadas y David se arrepintió un poco de su exabrupto. Solo un poco. Con una señal de la cabeza les ordenó que se marcharan y ellos salieron de allí con un suspiro de alivio.

David se dirigió a la ventana y apoyó las manos en las caderas, mientras tomaba aire y lo soltaba muy despacio. Fuera, el sol comenzaba a ocultarse tras la línea del bosque, y el cielo se teñía de rosa y añil. Ojalá estuviera en el Odiseum, alejándose de Inglaterra con cada soplo de aire; allí al menos nadie se atrevería a robarle el estrecho catre donde dormía.

—La humedad se lo come todo. En este ala también hubo problemas con los techos, aunque no tantos como en el ala oeste, en la que hemos cerrado las habitaciones. En esta parte tuvimos que tomar la decisión de preservar los muebles en un lugar más seco para que no siguieran estropeándose. Solo mantenemos las habitaciones que están en uso, es más económico.

—¿Quién tomó la decisión? —preguntó harto de escuchar que hablaba en plural. Aunque ya sabía la respuesta, y casi la pronunció a la vez que Michaels.

—La marquesa.

Se pasó las manos por el pelo y paseó por la habitación dismantelada sintiéndose como un intruso, o más bien como un idiota, o como un intruso idiota. Estaba seguro de que su madrastra había tomado todas esas decisiones y borrado su rastro para que se sintiera así, incómodo, desterrado, innecesario y fácilmente olvidable. Pero una simple contrariedad no iba a poder con un hombre curtido como él.

—Quiero darme un baño, cenar y descansar. Si no hay una cama disponible dormiré en ese cómodo sofá que han instalado en la habitación que pertenecía a mi padre, mi habitación —dijo con tono firme. Qué demonios, él era el marqués. Todo lo que había allí le pertenecía, no tenía por qué mendigar por una maldita cama.

—Milord... —El mayordomo titubeó y se pasó una mano por la mandíbula con gesto preocupado.

David detuvo su paseo para observarlo. Por el amor de Dios, ese hombre parecía haber envejecido una década desde su llegada y hasta se veía despeinado, como si hubiera intentado arrancarse el pelo a tirones mientras él no miraba.

—La marquesa suele usar esa habitación a diario.

—La marquesa ha colonizado cada uno de los rincones de esta maldita casa, al parecer. Tiene una sala privada justo al lado de su habitación si no recuerdo mal.

—La usa su hermana —informó sonrojándose.

—En serio, Michaels. No puedo creer que en esta maldita mansión no haya una sola habitación en la que pueda dormir.

—Quizás si usted hubiera avisado antes... No soy nadie para dar consejos, espero que no tome represalias contra mí por ello. Pero si me permite una sugerencia, quizá podría alojarse en la posada del pueblo mientras nosotros adecentamos una estancia apropiada para usted. No solemos recibir invitados por lo que, debido a la reducción de los fondos, se decidió que lo más sensato era adaptarse a las nuevas circunstancias.

—Así que la culpa es mía.

El mayordomo asintió, pero de inmediato se arrepintió de su sinceridad excesiva y tosió para disimular.

Tenía que asumirlo, patear no serviría de nada. Ella había ganado esta pequeña, diminuta e insignificante batalla. La posada del pueblo no era mala opción, la comida era buena y apostaba a

que la compañía también lo sería, por lo que recordaba. Cogió una pequeña bolsa de cuero con lo imprescindible y decidió que quizás no fuera un mal momento para invitar a Killian a cenar. Tenía muchas preguntas y él era el menos hostil de todos los que le rodeaban. Estaba a punto de salir de la mansión con su bolsa apoyada en el hombro cuando Christine surgió de la penumbra del pasillo.

—No tengas prisa por volver, Edevane. —El sarcasmo que impregnó su tono terminó de sacarlo de sus casillas.

David dejó caer su bolsa que hizo un ruido sordo al chocar contra el suelo y se giró muy despacio para encararla. Acortó la distancia que los separaba, y muy a su pesar, ella no pudo evitar retroceder un paso.

—¿Piensas que una chiquillada semejante va a hacer que huya despavorido? He dormido calado hasta los huesos en la cubierta de un barco, en un jergón tan fino como un papel en un camarote mugriento, y hasta en el duro suelo con las ratas acechando alrededor. No tengo miedo. Y créeme, marquesa. Si quisiera compartir este techo contigo no me costaría demasiado esfuerzo lograrlo.

Vio cómo elevaba la barbilla y su pálida y delicada garganta se contrajo al tragar saliva. Deseó pasar los dedos por ella para sentirla respirar. Se giró con rapidez para salir de allí. Sin duda todavía su sesera no se había acostumbrado a vivir sin el vaivén de las olas, solo eso podía explicar la deriva de sus pensamientos.

## Capítulo 5

El vizconde de Blackstone giró su vaso despacio sin apartar la vista del hombre que tenía delante y que en ese momento daba cuenta de un plato de perdiz en escabeche con tal devoción que parecía que no había probado un manjar igual en su vida. Aunque Killian sabía de sobra que a Doris, la cocinera de la posada, la perdiz siempre le quedaba seca y que David Clark había degustado los platos elaborados por los mejores cocineros del país. Tenía sentimientos encontrados en ese momento, y por más que pretendía creer que solo eran dos viejos amigos compartiendo una cerveza sabía que todo era más complejo.

—Parece mentira tenerte aquí. Estás muy cambiado, Clark.

—Los años no pasan en valde. Aunque tú estás como siempre. —Miró a su amigo mientras apuraba su tercera jarra de cerveza sin acusar, al menos en apariencia, sus efectos. Killian seguía siendo aquel muchacho con cara de niño bueno, con sus rizos de color dorado y sus ojos avellana. Su tendencia a sonrojarse le daba un aspecto demasiado juvenil que siempre había detestado, pero que las damas encontraban adorable.

¿Chris también lo encontraría así? Sin duda, no le importaba.

—En serio. Me cuesta ver en ti al muchacho de veinticinco años que solo pensaba en divertirse.

—Han pasado cinco años. Todavía pienso en divertirme, pero es cierto que soy distinto. Soy un hombre capaz de dormir entre sábanas de seda o en una áspera manta bajo el cielo raso. —Killian movió la cabeza y sonrió al captar la pulla implícita en sus palabras—. No me dan miedo los problemas, y por eso estoy aquí. En realidad, no le tengo miedo a nada ni a nadie.

David sabía que aquello era mentira pero quizá si lo repetía en alto acabaría creyéndolo él mismo. Tenía miedo a los recuerdos, tenía miedo a todo aquello de lo que había huido hacía tiempo, tenía miedo de ella, tenía miedo del dolor.

—Mira, David. Han pasado muchas cosas pero Christine no es la culpable de ellas. Tú mejor que nadie sabes cómo era tu padre. Ella solo ha hecho lo que ha podido para sacar adelante esta propiedad.

—Los actos tienen consecuencias. Era la frase preferida de mi padre y es lo único acertado que dijo en su vida. Ella decidió convertirse en la marquesa de Edevane, y en ello iba implícita su propia penitencia. No me pidas que me apiade de ella.

—En eso no has cambiado —dijo el vizconde apurando su vaso—. Para ti todo es blanco o negro, sí o no. Pero hay toda una escala de grises que marca la diferencia.

—Los tonos grises solo sirven para complicar las cosas.

—Quizá. —Killian le hizo una señal a la camarera para que volviera a rellenar sus jarras y guardó silencio mientras les servía—. Le tengo aprecio. Es una mujer extraordinaria. He estado a su lado cuando ha necesitado una mano tendida o un hombro sobre el que llorar. Sé que lo sabes. Y volveré a estarlo, David, cuando vuelvas a marcharte a recorrer el mundo y la dejes sola con el peso de todo sobre sus espaldas.

—Me alegro de que existan tipos tan bondadosos y heroicos como tú. Sin duda mi madrastra es una mujer afortunada. —Su sarcasmo hubiera alterado a cualquier hombre, pero Killian sabía lo que había detrás, lo conocía demasiado para considerarlo una ofensa—. Y ahora, por favor, dame un respiro. Háblame de ti, o de cualquier cosa que no tenga que ver con Edevane.

—Mi vida es muy sencilla, la típica vida de un noble que vive plácidamente en el campo. Ni sesiones en el parlamento, ni veladas maratonianas, ni bailes... Soy feliz mientras espero la llegada al mundo de mi primer hijo. Desde que me casé no aspiro a nada más que eso.

—No es poco.

—Pero cuéntame. ¿Cómo te enrolaste en un barco? Por lo que dicen las malas lenguas era un barco de dudosa reputación.

—La reputación está sobrevalorada, amigo.

—Y ¿cómo es eso de que eres un jodido talismán? Casi me parto de risa al escucharlo —David levantó la ceja al escuchar aquello. Seguro que el capitán Thorne se lo había contado a Christine y ella no había dudado en usarlo para mofarse. Maldita mujer.

—Por lo visto tengo el poder de alejar las tormentas y los malos augurios.

—¿Es aplicable a los dados y los juegos de cartas? Porque en ese caso no te dejaré marchar.

Ambos soltaron una carcajada y mientras David desgranaba sus aventuras y hacía reír a su amigo con sus ocurrencias todo pareció recolocarse en su lugar.

Era curioso, pero a pesar de ser considerado una especie de amuleto de la buena ventura, David Clark no se sentía afortunado en absoluto, sino todo lo contrario. Parecía que su poder residía en vaciarse de todo lo bueno en favor de los que le rodeaban, y en su interior solo quedaba negrura y tristeza para sí mismo.

El nuevo marqués de Edevane presumía de ser un hombre de mundo, pero en realidad su lecho en el camarote del Odiseum era bastante confortable y durante las semanas pasadas en Londres se había vuelto a acostumbrar a los colchones de plumas y las sábanas suaves. Nada que ver con el colchón hundido del camastro de la posada donde había pasado la noche. Si hasta tenía varias picaduras que prefería no investigar en partes poco nobles de su cuerpo. Al menos para cuando llegó a Edevane Rosefield el mundo parecía haber vuelto a girar en su dirección normal y un par de carpinteros se estaban afanando en montar los muebles de su nueva habitación, aunque no parecía que se estuvieran dando demasiada prisa. Pidió un té y algo de comer, y se dirigió hacia una de las salas que daba al jardín, o lo que quedaba de él. Su madre moriría de pena si viera que sus preciados rosales habían desaparecido. Siempre había pensado que si ella no se hubiera ido su vida habría sido totalmente distinta.

—Mamá tenía razón.

David se volvió sobresaltado hacia la vocecilla infantil que se escuchó a su espalda.

—Pues es raro, porque tu mamá suele equivocarse muy a menudo. Aunque supongo que será mejor que no le digas eso.

—No es verdad. Ella dijo que tú regresarías, la tía Amber dijo que no.

David la miró con las manos apoyadas en las caderas y el ceño fruncido, sin embargo el gesto intimidatorio no pareció afectarle en absoluto.

—Aunque la verdad es que ha dicho algo que...

—¿Qué ha dicho? Quizá yo pueda ayudarte.

—Pues..., dice que eres un engrumeno.

—¿Un qué? —David se apoyó en el alfeizar de la ventana un poco más relajado, y se sorprendió al darse cuenta de que era la primera vez en mucho tiempo que sonreía de manera espontánea—. Supongo que quieres decir un energúmeno. ¿Y qué más cosas dice?

—Que eres un idiota. —La pequeña se encogió de hombros y se subió de pie a una silla que había colocada junto a la ventana para poder ver su cara más de cerca. David estaba impresionado por aquella cría que no mostraba el más mínimo temor o rechazo hacia él, solo curiosidad. Él también había sido muy curioso y un poco descarado cuando era niño, y sin duda eso le valió más de un tirón de orejas—. Pero yo no lo creo.

—No me conoces. Puede que a veces sea un poco idiota y solo haya aprendido a disimular.

Ella frunció el ceño calibrando las opciones.

—No te pareces en nada a Joe Piles, ese sí que era un idiota, todos lo decían —dijo trabándose un poco la lengua cuando decía frases demasiado largas.

—Y ¿quién es ese?

—Cortaba leña, además, hablaba raro y olía como la paja sucia de las vacas. A mí no me gustaba.

Esta vez fue el turno de David de fruncir el ceño. Aquella niña parecía deambular por la casa con bastante soltura y no le hacía demasiada gracia que lo hiciera con cualquier extraño rondando por allí. Había visto demasiadas cosas como para confiar a ciegas en la bondad humana.

—¿Siempre estás sola por ahí? ¿Dónde está tu madre? ¿O tu niñera?

—La señorita Potter se ha dormido, siempre se duerme —confesó con su lengua de trapo usando la mano como pantalla, lo que dejaba implícito que aquello era un secreto que ninguno podía revelar—. Es muy aburrida.

—¡Señorita Eria! ¡Señorita Eria! —La voz aguda de la que supuso era la señorita Potter resonó en el pasillo hasta que la mujer entró con la respiración alterada—. Le he dicho que no debe irse sin avisar.

—La cuestión es cómo ha podido hacerlo sin que usted la viera si se supone que debe cuidarla con celo.

La mujer se puso más colorada aún y abrió la boca para replicar pero se lo pensó mejor.

David cogió a la niña de la cintura y la bajó de la silla.

—Espero que no sea ella la que pague por su pequeño descuido, señorita Potter. No me gustan las injusticias —advirtió temiendo que la niña recibiera un castigo severo por haberse marchado, cuando en realidad la culpa había sido de la niñera.

—¿Qué ocurre? —preguntó Christine que había acudido alertada por los gritos de la niñera.

—Nada, señora marquesa. Todo está bien.

La mujer se marchó llevándose a Eira de la mano casi a rastras, intentando eludir dar explicaciones, y el silencio se instaló entre ellos, pero no duró demasiado.

—Así que has vuelto.

—De qué te sorprendes, Christine. Ya sabías que volvería.

—No quise perder la esperanza de que te dieras cuenta de que este no es tu lugar.

—Curioso que no haya espacio para mí en mi propia casa, pero sí lo haya para mi dinero. Este no es mi lugar, cierto. En cambio, sí es el tuyo, el de tu hermana, o el de esa niñera que se queda dormida en lugar de cuidar de tu hija.

—Es mi casa y mi hermana solo está aquí de paso. Lo ha pasado muy mal desde que enviudó y de vez en cuando viene a pasar unos días con la niña. Le hace mucho bien. Pero si te molesta le pediré que se marche. —Christine no supo cómo asimilar lo que acababa de escuchar sobre su hija pero sin duda lo trataría con la señorita Potter. No quería hablar con él sobre Eria, especialmente cuando no había mostrado la más mínima empatía por ella ni por su bienestar durante todos esos años.

—No digas tonterías, no voy a echarla. —David se separó de la ventana y dio un paso hacia ella. Quería ver sus ojos de cerca, saber si sus pupilas se dilataban oscureciendo esos ojos cristalinos por el miedo o por algo más. Quería ver la verdad o la mentira emerger de ellos—. No sé cuánto tiempo voy a estar aquí, pero de algo puedes estar segura: no pienso marcharme hasta que vea con mis propios ojos qué se necesita para reparar esta casa y en qué se ha invertido el dinero.

Lo que vio en sus iris fue pura ira, y por un momento creyó que comenzarían a echar chispas.

—Haz lo que tengas que hacer.

Christine se dio la vuelta para marcharse pero a él la estancia le resultó demasiado vacía y, sin pensar lo que hacía, alargó la mano para sujetar su muñeca. Tiró de ella y Christine se dejó arrastrar hasta él. No había ninguna razón para estar tan cerca el uno del otro y sin embargo había cientos de ellas para alejarse pero ninguno de los dos se movió durante lo que pareció un minuto interminable.

Al final David recobró la cordura y la soltó.

—Esa mujer..., tu hija dice que se duerme a menudo. Una niña tan pequeña no debería deambular sola por ahí, tendrías que aclarárselo. Me ha hablado de un tal Joe Piles, y no es que me haya inspirado demasiada confianza lo que he oído. —Christine lo miró con las cejas arqueadas y no por insolencia sino por la sorpresa. ¿Desde cuándo le preocupaba lo que le ocurriese a alguien que no fuese él mismo?

—No conozco a ningún Piles.

—Se encargaba de la leña.

—Pilkes. De vez en cuando viene a echar una mano o a arreglar cosas. No es mala persona. Es un pobre diablo. Pero hablaré con la niñera, Eira es muy inquieta y hay que dedicarle toda la atención posible.

—Si quieres puedo hablar con ella.

—¿Te parece que necesito ayuda para hablar con el servicio?

—Disculpa. Aunque no lo creas no lo he dicho para insultarte. Pensé que...

David recordó a la joven tímida que apenas encontraba la voz para intervenir en las conversaciones con gente con la que no tenía confianza, la que siempre prefería observar a actuar. En un instante compasivo, había pensado que quizá le costase enfrentarse a esa mujer con aspecto severo y que él podía ser un aliado momentáneo.

—Esa Christine ya no existe, David —anunció como si le hubiera leído el pensamiento—. Por suerte para todos, esa muchacha murió hace tiempo.

Era cierto. Al llegar a esa enorme casa a David le habían asaltado sensaciones contradictorias y confusas. Por un lado era la misma casa de siempre, conocía sus rincones y en todos ellos había algún recuerdo oculto dispuesto a despertar su nostalgia. Y sin embargo le resultaba ajena, como

si fuese la primera vez que la veía. Con Christine tenía exactamente la misma impresión. Era la misma de siempre, su piel y sus labios parecían los mismos, y sin embargo ahora era todo un misterio que no estaba seguro de querer desentrañar.

## Capítulo 6

Solo llevaba unos días allí y ya le estaba pareciendo toda una vida. Habiendo pasado los últimos años en un barco no había tenido oportunidad de montar y ahora su cuerpo, una parte muy concreta, acusaba la falta de práctica. Había recorrido, acompañado del capataz en algunas ocasiones y de Killian en otras, hasta el último rincón de Edevane Rosefield. Tenía que admitir que no se podía hacer más con los recursos de los que habían dispuesto y, aunque no lo reconociera, un pequeño pellizco de remordimiento surgió en algún rincón de sus entrañas. Deberían haber invertido en maquinaria, adecuado los almacenes para que la producción no se estropeará y apostar por variedades más productivas, tal y como habían hecho Blackstone y el resto de los terratenientes de los alrededores. Si a eso se le sumaba la falta de interés en el progreso de su padre durante años el resultado era una tierra que producía mucho menos beneficio del que se podría conseguir, y eso afectaba a todo y a todos. No era irreversible y con un poco de esfuerzo y constancia podría cambiar. Pero ¿estaba dispuesto a permanecer en Edenave Rosefield el tiempo suficiente para abarcar ese proyecto con la odiada Christine cerca? Ni siquiera sabía si era decoroso vivir bajo el mismo techo, quizá debía de ofrecerle una asignación y una casita acogedora lejos de allí para ella y su hija; sería una buena solución. Que estuviera muy, muy lejos de allí.

Se bajó del caballo con la espalda, las piernas y el trasero doloridos y se dirigió pensativo hacia el único lugar en el que todavía no se había atrevido a entrar, el invernadero de su madre. No había ningún jardinero en la propiedad, en los informes de Gilligan así lo indicaba, y las labores de mantenimiento se limitaban a la limpieza y a la poda de árboles. Había visto algunos parterres de flores dispersos por el jardín pero nada digno de mención. Al entrar se le encogió el corazón. La primavera estaba siendo especialmente fría pero en el fondo del invernadero los largos tallos ya lucían hojas de un verde brillante y los primeros capullos empezaban a nacer. Todo estaba limpio y ordenado de manera tan eficiente que parecía que su propia madre lo hubiera supervisado. Se acercó a la mesa de trabajo donde descansaban las herramientas y cogió los guantes desgastados que encontró junto a unas tijeras de podar. Eran tan pequeños que debían ser de una mujer. Imaginó a Christine inclinada sobre los rosales que habían sido el orgullo de su madre, con los oscuros tirabuzones escapando de su recogido y tarareando una canción. No podía permitirse verla de esa forma. Que se hubiera aficionado a la jardinería no la indultaba de todos sus pecados, no la libraba de su avaricia, no la convertía en una persona mejor.

David sabía que debía actuar, y tendría que emplearse a fondo para arreglar todo aquel desastre; no lo haría por su padre, que por su avaricia había avocado la propiedad a aquella situación, que él con su rencor había potenciado. Tampoco lo haría por la marquesa ni por codicia. Lo haría por cada una de las personas que dependían de él para alimentar a sus familias, por los arrendatarios, los sirvientes y jornaleros que se habían quedado sin trabajo por su desidia. Solo esperaba que no fuese demasiado tarde y ya había encargado a Gilligan un informe para ayudar a la gente que tuviera una situación delicada. Deambuló por la mansión a oscuras sin temer encontrarse con algún fantasma del pasado, ya hacía tiempo que había aprendido a convivir con ellos. El nuevo dormitorio que le habían asignado, como si no fuera más que un invitado indeseado, estaba al final del pasillo y al pasar frente a la puerta de la que debería ser la habitación del marqués no pudo resistirse a entrar unos instantes. Agradeció que la cama y los enseres de su padre hubieran desaparecido, aunque eso supusiese que él también fuese desterrado de la mejor habitación de la casa que le pertenecía por derecho. Al menos eso evitaba que su mente se torturase con las imágenes de lo que debió ocurrir allí, de las noches en las que su padre y Christine... Le había costado mucho esfuerzo y mucho ron enterrarlas en el fondo de su mente y al final casi había podido deshacerse de ellas. Casi.

Llevado por una fuerza invisible se acercó hasta la puerta que comunicaba con el dormitorio de la marquesa y apoyó la palma de la mano en la madera como si así pudiese sentir el calor de esa mujer a la que había aprendido a odiar, la mujer a la que le había dado el poder de hacerle daño. Todavía no podía creer lo estúpido que había sido.

Escuchó amortiguadas las risas de Christine y su hermana, aunque el latido de su propio corazón le dificultaba la labor, y agudizó el oído a pesar de que lo más probable era que no escuchase nada halagüeño.

—Gracias a Dios que estás aquí, Amber. —La voz de Christine sonó entrecortada y no supo si fue por la risa o por alguna otra emoción. A duras penas soportó la tentación de agacharse y mirar por la cerradura, pero eso era demasiado deshonesto hasta para él—. No sé qué haría si estuviera sola.

—Lo que has hecho siempre, cariño. Salir adelante.

Aunque eso supusiese tener que pisotear el corazón de los demás. Él lo sabía por experiencia.

—No soy tan fuerte como crees. —Durante unos segundos se hizo el silencio y David no estuvo seguro de si seguían al otro lado de la puerta.

—Sabes que estoy aquí para apoyarte en esto, aunque creo que es una imprudencia. Deberías limitarte a escribir una carta, como hace la gente normal. Pero emprender ese viaje tú sola... No sé, Chris. Creo que es demasiado temerario.

—Sé por experiencia que las cartas no siempre obtienen respuesta. Así que, no. No me quedaré aquí sentada esperando que las cosas se arreglen por arte de magia. Esta vez voy a hacer que las cosas pasen.

—Está bien. Sé que no puedo convencerte de lo contrario. Solo te pido que seas prudente.

Durante unos segundos solo hubo silencio, roto por el sonido de una puerta al otro lado del pasillo. Christine estaría sola en su habitación. Y él seguía allí, esperando, con un centenar de dudas asediándole. ¿Qué respuesta estaba buscando? ¿Tendría algo que ver con los Lennox? ¿Qué era eso que quería conseguir? ¿Un nuevo marido, tal vez? ¿Un amante? Los celos lo sacudieron sin piedad y estuvo a punto de romper aquella puerta que los separaba. Pero entonces escuchó que Christine se acercaba y giraba la llave en la cerradura. No había tiempo para escapar, y como si fuera un niño pequeño se limitó a pegarse a la pared con la esperanza de que

la oscuridad lo cobijase.

Christine se adentró en la que había sido la habitación de su marido, que a pesar de no contar ya con ninguna de sus pertenencias seguía recordándole su existencia. Por eso se empeñaba en usarla, en reunirse allí con su hija y su hermana, o pasar las tardes leyendo. Siempre se había negado a ser prisionera de los lugares donde no había sido feliz, y sabía de sobra que evitarlos les confería el poder de lastimarla. Caminó sin ayuda de ninguna vela, guiada por la luz proveniente de su habitación, en busca del libro que había dejado sobre la repisa de la ventana, donde había guardado las anotaciones necesarias para su viaje, entre ellas las posadas más respetables y seguras donde poder alojarse. Aunque era un trayecto de unos pocos días y solo tendría que pernoctar dos o tres noches era mejor ser precavida. Cuando lo tuvo en la mano dijo algo entre dientes y se giró para volver a su dormitorio pero entonces una alta sombra recortada contra el papel de la pared surgió de detrás de la hoja de la puerta. Ahogó un grito y echó a correr con tan mala suerte que su pie descalzo chocó con la pata de una de las sillas que encontró en el camino. Esta vez sí gritó, maldijo y aguantó como pudo el ramalazo de dolor que subió desde sus magullados dedos hasta su pierna.

—Dios, perdóname. ¿Te he asustado? —preguntó David acercándose con rapidez y se puso en cuclillas junto a ella que se había agachado por el dolor.

—¿A ti qué te parece? —A regañadientes aceptó su ayuda para sentarse aguantando las lágrimas que querían derramarse—. ¿Qué hacías ahí escondido? ¿Estabas espiándome?

—¿Qué? No, cómo puedes pensar algo así —mintió.

—Pues entonces dime qué demonios hacías detrás de la puerta a oscuras. No parecen los actos de una persona sensata.

—¿Y qué demonios quieres que haga? En esta maldita casa parece que no hay un solo lugar que me pertenezca, estoy cansado de deambular por ahí buscando una estancia de la que tú no hayas tomado posesión.

—¿Y qué esperabas? ¿Que me mantuviera rodeada de los recuerdos de gente que nunca...? —Que nunca la había querido. Así era exactamente como se sentía pero hacía tiempo que se había jurado no rogar comprensión, cariño ni ninguna otra emoción. Se inclinó hacia delante y se frotó los doloridos dedos de los pies intentando aliviar el dolor. No pudo evitar gemir y se mordió el labio.

David se arrodilló ante Christine y fue consciente de que ella dejó de respirar unos segundos, también fue consciente de una manera dolorosa de que solo llevaba un liviano camisón que se empeñaba en resbalar dejando su hombro el descubierto. La luz anaranjada que provenía de la habitación contigua iluminaba a medias su cara y lamía su piel dándole un aspecto etéreo.

—Déjame ver. —David sujetó su tobillo para evitar que lo retirara y comenzó a palpar sus dedos y a moverlos con suavidad. De nuevo ella gimió levemente, pero esta vez ninguno de los dos estuvo seguro si era a causa del dolor—. Creo que no tienes nada roto.

El silencio que siguió fue tan denso que podían escuchar la saliva pasando con dificultad por sus gargantas, el aire que se atropellaba en sus pulmones y la sangre que bullía en sus oídos. Su contacto quemaba, los dos podían sentirlo. El pasado y el presente se entremezclaron y todo pareció solaparse, como si estuviesen reviviendo un sueño. David continuó masajeando el pie dolorido con delicadeza, subió por el tobillo muy despacio, hasta detenerse abruptamente al llegar al gemelo.

—¿Puedes caminar o quieres que te ayude a llegar a tu habitación? —dijo con tono gélido.

Christine negó con la cabeza y sin importarle si él había visto o no el gesto, se levantó con

tanto ímpetu que lo hizo caer sobre la alfombra. Corrió hacia su habitación y cerró la puerta con un sonoro portazo. Se apoyó en la madera con el corazón retumbando con fuerza y el estómago convertido en un amasijo de nervios. Aquello no podía ser, no podía permitirse ver a David Clark de otra manera que no fuese como un traidor, dañino y falso.

David se quedó allí tirado en el suelo incapaz de ordenarse a sí mismo hacer algo, lo que fuese. Se limitó a tumbarse sobre la alfombra y cruzar las manos sobre el pecho, con la vista clavada en los bosquejos de claridad que entraban por la ventana y que formaban extrañas figuras en el techo. Dejó escapar el aire con fuerza y cerró los ojos, disfrutando y torturándose a la vez, con los sonidos cotidianos de Christine en su dormitorio.

## Capítulo 7

Cinco años antes.

—¿Sabes cuántas veladas quedan para acabar la temporada? —Christine abrió la boca para contestar pero su madre continuó con su diatriba sin darle la opción. Estaba claro que no pretendía mantener un dialogo, simplemente quería mortificarla y pagar con ella su frustración —. Deberías aprender de tu prima Celeste. Ya ha cazado un buen partido, y un vizconde nada menos.

—Lo sé, madre, pero...

—Nada de peros. ¿Qué tiene de malo el sobrino de lady Rolston? —Si la dejara contestar seguro que Christine podría enumerar toda una lista de razones por las que ese muchacho no era aceptable. Entre las más destacables estaban su olor corporal, las dos nubecitas de saliva blanca y reseca que solía lucir en las comisuras de sus labios, y su incapacidad para hilar dos frases seguidas sin prorrumpir en una risa nerviosa bastante parecida al roznido de un asno—. Lo dejaste plantado al borde de la pista. ¡Delante de su madre! Y no es el único partido que has dejado escapar. Si no te casas este año tendremos que costearle una nueva temporada el año que viene y ya sabes que después tu hermana Amber tendrá su propia presentación. Y antes de que nos demos cuenta será el turno de Tessa. No podemos arruinarnos de esa manera. Vestuario, complementos, organizar cenas y bailes... No tienes ni idea de lo que eso supone. Y lo agotador que resulta.

Christine suspiró y se concentró en el paisaje que desfilaba al otro lado de la ventana del carruaje. Era muy poco probable que, teniendo en cuenta lo austera que era su madre a la hora de invertir en el vestuario de sus hijas, pudiera arruinar las más que saneadas arcas familiares. Tampoco quiso hacerle notar que para la presentación de Amber aún faltaban dos temporadas, y más aún para la de Tessa que solo contaba con trece años, por lo que tendrían tiempo de reponerse del gasto. Pero no le apetecía entrar a debatir con ella en aquel reducido espacio.

—¿No piensas decir nada, Gilbert? —Su padre levantó la vista del periódico que fingía leer para clavarla en su mujer y su hija alternativamente.

—Cuando tenga que hablar, hablaré. —Gilbert Archer volvió a bajar la vista hacia su lectura. Christine se estremeció a pesar de que sabía que era su ojo derecho y que entre ellos había un vínculo mucho más estrecho que el que mantenía con el resto de sus hijas e incluso con su mujer. Por norma general dejaba su educación en manos de su esposa Melody, pero cuando intervenía en algún asunto todos sabían que no había vuelta atrás. Ocurrió cuando Christine se negó a ir interna a un colegio en Austria cuya madre eligió por alguna peregrina razón, y cuando Amber

decidió hacer una huelga de hambre porque le negaron tener una mascota. Las decisiones de Gilbert eran tan firmes y los castigos tan severos que nadie se atrevía a rechistar cuando se ponía serio. En este caso Christine intuía que cuando se hartase de acompañarlas a fiestas y cenas y, especialmente, cuando su mujer terminase de crisparle los nervios con su eterna letanía, tomaría las riendas del asunto de la peor manera, imponiéndole un matrimonio con alguien elegido por él.

Tendría que estar atenta y aprovechar la visita a casa de sus parientes, los Lambert, para intentar abrir sus miras en busca de un partido que no le resultara del todo desagradable. *Lady Lambert*, prima de su madre, tenía fama de casamentera y las invitaciones a sus reuniones campestres eran recibidas como agua de mayo por todas las familias bien posicionadas que querían casar a sus retoños. Lástima que su don para unir destinos fuese completamente infructuoso a la hora de casar a sus dos hijos gemelos, dos holgazanes insoportables que se dedicaban básicamente a perder el tiempo.

Christine sabía que debía dejar a un lado su hermetismo e intentar entablar amistad con las jóvenes de su círculo, pero nunca encontraba nada inteligente que decir. En cambio todas ellas parecían expertas en mantener conversaciones superficiales y sin sustancia que llenaban los huecos muertos, como en el que estaba inmersa en ese momento. ¿Cómo podía alguien permanecer más de quince minutos hablando de guantes? De literatura, de una obra de teatro, de la naturaleza... en esos temas ella podría dar una opinión o aportar algún dato curioso, pero lo único que sabía de esa prenda era que la odiaba profundamente. Le molestaban esos pequeños pliegues de la tela que se arrugaban entre los dedos, la costura que recorría su antebrazo provocándole picores, la forma en la que se apretaban en el borde, justo en la parte interior del codo. Le molestaban los ridículos volantitos con los que los adornaban y los pequeños botones de nácar que hacían de la tarea de ponérselos y quitárselos una gesta imposible. Y hablar de ellos solo conseguía que las ganas de arrancárselos a tirones se hicieran insoportables. Pero se limitó a sonreír como si fuera idiota, una idiota de dientes perfectos, eso sí. Su madre la libró de sufrir un entumecimiento en la mejilla reclamándola para presentarle a la señora Smithson y a su hijo Phineas y de nuevo se vio incapaz de seguir la conversación banal, limitándose a escuchar cómo ellos charlaban, asintiendo con la cabeza y volviendo a formar una mueca antinatural. Sabía que ser discreta y modosita eran dos de las cualidades a valorar en una joven soltera, pero su excesiva timidez y su dificultad para relacionarse con la gente que no pertenecía a su círculo más cercano jugaban en su contra. Por suerte poseía un físico agradable, según decían los demás, para contrarrestar ese pequeño defecto de su carácter. Aunque a ella no le gustaba el contraste entre su pelo castaño demasiado oscuro y sus ojos azules excesivamente claros, casi grises, ni las pecas que adornaban su nariz respingona, ni su barbilla marcada que le daba aspecto de insolente. Con disimulo dio varios tironcitos del escote de su vestido, mucho más atrevido de lo que solía usar, y que había atraído en varias ocasiones la mirada de Phineas Smithson. No desentonaba entre las indumentarias del resto de debutantes, pero ella no estaba acostumbrada a que esa parte de su anatomía resaltase tanto y se sentía incómoda, ya que tenía el convencimiento de que la intención de su madre era mostrar la mercancía de la forma más apetecible posible.

Melody la miró enarcando significativamente una ceja, advirtiéndole de manera silenciosa que no podía negarse a bailar con Smithson. Por suerte, el momento no llegó, y el muchacho se marchó en busca de una dama a la que le había pedido la pieza con anterioridad. Aprovechando

que varias señoras habían acaparado la atención de su progenitora se escabulló fuera del salón de baile, demasiado atestado para su gusto. El corsé le apretaba las costillas hasta el punto de que era incapaz de tomar una bocanada de aire demasiado profunda, sentía que el sudor corría entre sus pechos, y los dichosos guantes la estaban torturando. Por suerte esta vez había conseguido burlar la vigilancia de su madre y se había puesto sus cómodos zapatos en lugar de los de su hermana, aunque estuvieran menos brillantes y lustrosos.

Avanzó por uno de los pasillos laterales con la intención de llegar hasta alguno de los jardines que rodeaban la casa en busca de algo de tranquilidad, pero se detuvo al darse cuenta de que se había equivocado de dirección. El corredor terminaba en una sólida pared desde donde la observaba algún ancestro de los Lambert, con un par de perdices colgadas del cinto y cara de malas pulgas. Desde allí apenas se escuchaba la música del salón de baile y la iluminación era mucho más tenue que en el resto de la casa. Si su madre la pillaba allí nadie la libraría de un nuevo sermón o algún castigo poco apetecible, como zurcir calcetines o algo peor. Al menos aprovecharía el momento quitándose los incómodos guantes durante unos minutos, esos odiosos grilletos que la sociedad imponía como si fueran vigilantes del decoro.

—¿Quién demonios inventaría estas malditas cosas? —masculló en el silencio del corredor.

Tironeó con los dientes de la tela que cubría los dedos corazón e índice y luchó hasta que se deshizo del primer guante con un suspiro de alivio, frotándose la piel de manera enérgica.

—No me lo diga, su madre ha insistido en que use los guantes de su hermana.

Christine dio un gritito agudo y se giró hacia la voz enarbolando el guante como si fuera un arma de defensa.

—Usted... —susurró con incredulidad. Durante semanas, desde su primer encuentro, había ansiado encontrar a ese hombre misterioso en cada evento al que había asistido, entre los asistentes al teatro y los jinetes que paseaban por Hyde Park, sin éxito. Había perdido la esperanza de volver a cruzarse con él, y de repente, aquí estaba. De nuevo una situación comprometida, esta vez en la soledad de un pasillo, y ese hombre de mirada penetrante y sonrisa traviesa aparecía frente a ella.

—Y usted. ¿Me permite? —preguntó señalando la mano que aún tenía enguantada—. A mí tampoco me gustan los guantes, solo los llevo cuando es estrictamente necesario o la etiqueta me obliga. La verdad es que el ser humano tiene tendencia a complicarse la vida de manera innecesaria.

Christine soltó una risita nerviosa mientras David deslizaba la tela suavemente por su antebrazo provocándole un agradable cosquilleo. Estaba muy cerca y estuvo tentada de aspirar con fuerza para embeberse de la suave fragancia masculina que llegaba hasta ella.

—No esperaba encontrarlo en una reunión de este tipo —reconoció sin saber si era apropiado hacer una observación así.

—¿De qué tipo? —inquirió mientras se guardaba los guantes de Christine en el bolsillo.

—Pues... del tipo en el que abundan las jóvenes en edad casadera y los padres ansiosos por desposar a sus hijas. —Acabó la frase con un jadeo ahogado cuando los dedos de David sujetaron su muñeca con suavidad.

—Soy amigo de los gemelos Lambert. En esta ocasión me apeteció ir en contra de mis propios principios. —Su sonrisa enigmática la intrigó, pero el recorrido de su pulgar por la marca que la costura del guante había dejado en su antebrazo hizo que su cerebro se quedase en blanco. Todo su mundo se había reducido a la pequeña parcela de piel que él intentaba calmar con su suave toque. Cuando la caricia llegó a la parte interna del codo, Christine fue incapaz de soportar el

cálido cosquilleo que parecía recorrer todo su cuerpo a la vez y se soltó de su agarre.

—¿Es usted un sanador o algo así? —Extendió la mano para recuperar sus guantes con gesto decidido. David obedeció tendiéndoselos y chasqueó la lengua, como si lamentara que aquel ritual hubiese terminado demasiado pronto.

—¿Se siente como si la hubiese curado? —preguntó frunciendo el ceño con curiosidad.

—¿Siempre contesta con una pregunta, señor?

La carcajada de ese hombre le provocó una sensación extraña, como si acabara de descubrir algo completamente pecaminoso y atrayente.

—Me ha descubierto. Es un truco que uso cuando no se me ocurre nada inteligente que decir. Usted es una de las pocas personas que me dejan sin palabras.

—¿Yo? —La cara perpleja de Christine casi le hizo reír de nuevo, pero David se contuvo. No quería parecer un jovencito incapaz de hilar una respuesta ingeniosa sin soltar una carcajada—. Dudo que pueda causar ese efecto en nadie, soy demasiado...

—¿Demasiado qué? —Ambos rieron ante su nueva pregunta—. No se ría de mí, por favor. Esta vez la cuestión estaba justificada. Me intriga, eso es todo. Y mientras mi cerebro está intentando descifrar qué hay dentro de su bonita cabeza, mi lengua se vuelve torpe.

—Creo que soy la persona menos misteriosa de Inglaterra, pero agradezco el cumplido. Porque era un cumplido, ¿verdad?

—Sí, y uno enorme, además.

David avanzó hacia ella y Christine dio un paso atrás en un acto reflejo.

—Es una suerte que este encuentro tampoco haya ocurrido, porque sería terriblemente inapropiado —musitó Christine dando otro pequeño paso en dirección al salón, con la necesidad de escapar de allí, y a la vez el deseo de quedarse y seguir conociéndolo.

—Siento llevarle la contraria, señorita Archer. Me temo que me va a resultar imposible convencerme a mí mismo de que no la recuerdo.

Christine apretó los guantes contra su pecho y echó a correr en dirección al salón y a la protección que suponía estar rodeada de decenas de invitados. Pero él tenía razón, era imposible fingir que aquello no había ocurrido cuando aún sentía sus dedos acariciando la suave piel de sus brazos. Se cobijó bajo el ala protectora de su madre rogando en silencio que nadie notara su azoramiento, el calor que subía por su cuello hasta teñir de rojo sus mejillas, la piel de su garganta y hasta sus orejas. No sabía qué había despertado en ella pero era incapaz de escuchar las conversaciones que discurrían a su alrededor, solo podía oír el latido del corazón retumbando en sus sienes, en su pecho, en su sangre. Se sentía vulnerable y aturdida y la necesidad de salir de allí la hizo buscar con la vista una salida digna antes de desmayarse allí mismo. «La tímida y callada Christine Archer no ha soportado la presión del baile, pobrecita Christine, no tiene espíritu para esto». Podía imaginar los comentarios malintencionados y las miradas de compasión y burla. Miró a su derecha y el ventanal entreabierto le pareció el mismísimo paraíso. Solo necesitaba salir al balcón y tomar un poco de aire y volvería con la mejor de sus sonrisas a ocupar la posición de vigía junto a su madre. Le dedicó una última mirada para comprobar que seguía inmersa en una conversación antes de girarse con rapidez y alcanzar su objetivo cuanto antes.

El impacto contra un cuerpo duro la detuvo abruptamente. Había chocado con el costado de un hombre enorme que, sin querer, le había clavado el codo en el estómago. Jadeó sin aire por el golpe y estaba a punto de dejarse caer contra la pared que tenía detrás cuando sintió unas fuertes manos que la sujetaban para mantenerla en pie. Cuando levantó la vista estuvo a punto de

desmayarse sin remedio al descubrir los ojos preocupados del hombre que acababa de acariciar sus brazos desnudos en un pasillo oscuro, los ojos de David. Christine respiró hondo intentando reponerse y detener el pequeño revuelo que se había formado a su alrededor. Su madre la abanicó con brío y la anfitriona cogió su mano para darle palmaditas en el dorso como si así pudiera hacer que reaccionara. Pero en realidad su aturdimiento no se debía solo al encontronazo sino al efecto que la intimidación que había surgido entre ellos sin saber ni cómo. Verlo allí, bajo la luz de cientos de velas y rodeados de ojos inquisitivos le traía de vuelta todas las sensaciones confusas y desconocidas que había sentido, y lo que era mucho peor, la consciencia de que aquello era totalmente inapropiado. Una joven decente no permitía ese tipo de libertades y ella lo había hecho, y no solo una vez sino dos.

—Lo siento, lo siento muchísimo. Ha sido un descuido imperdonable por mi parte. —Se excusó David todavía consternado.

—Oh, no se preocupe. Es evidente que ha sido un desafortunado percance sin importancia. ¿Ve? Christine ya está recuperando el color —dijo la anfitriona intentando destensar el ambiente—. Ya estás bien, ¿verdad? Déjenme que les presente a la señora Archer y a su adorable hija, señores.

Solo en ese momento Christine se fijó en el hombre que los acompañaba y que la observaba con una mirada curiosa.

—Este joven tan consternado es David Clark, hijo del marqués de Edevane. —David hizo una breve reverencia para saludar a ambas mujeres, pero cuando sujetó la mano de Christine para besarla la apretó más de lo necesario intentando que ella levantara la vista hacia él. Necesitaba ver sus ojos, pero ella se limitó a hacer una venia con la vista fija en su corbata—. Y este caballero es Killian Lynch, el vizconde de Blackstone. Aunque supongo que ya se conocerán, si no recuerdo mal sus parientes tienen una finca muy próxima a la de los Archer. ¿Verdad?

—Sí, tan cerca que lindan en algunas zonas. Pero mis estudios y mis viajes no me han permitido pasar demasiado tiempo visitando a mí tío —dijo Killian, mientras besaba las manos de ambas damas—. Espero que se encuentre bien, señorita Archer. —Esta vez Christine sí tuvo la deferencia de levantar la mirada, e inevitablemente le devolvió la sonrisa agradable y franca que el joven le dedicó—. Mi amigo es un poco patoso cuando está frente a damas tan hermosas, discúlpenlo.

La señora Archer pareció resurgir de sus cenizas dándose por aludida con el cumplido, pero su hija solo podía pensar en la forma en la que Clark se había comportado en la biblioteca de *lady* Chester, y aunque no pudo ver, y mucho menos entender, lo que hizo con ella, no le dio la impresión de que sus actos fuesen los de alguien torpe. Tomó aire intentando serenarse y esbozó una de sus perfectas e insulsas sonrisas.

—No se preocupen, estoy bien. Si nos disculpan, creo que iré a sentarme un rato. Buenas noches caballeros, *lady* Lambert...

Christine se dirigió hacia la hilera de sillas dispuestas en un lateral del salón, la mayoría ocupadas por las damas de más edad, y se sentó, consciente de que su madre la seguiría para sermonearla.

—¿Puede saberse a qué ha venido ese desplante, niña? —La acribilló en cuanto estuvo sentada a su lado mientras se abanicaba con fuerza—. Otra oportunidad desperdiciada.

—Madre, por si no te has dado cuenta he recibido un golpe. Me apetecía sentarme y reponerme un poco.

—Ya descansarás cuando tengas un pretendiente firme. Ese David Clark... He oído que no

suele prodigarse en estas reuniones, la gente habla. Dicen por ahí que casarse no está en sus planes, así que ni lo mires. Pero el otro... jummm —murmuró pensativa como si estuviese hablando consigo misma—. Lynch es un buen partido, y encantador, además. Si no hubieras huido como una rata quizás te hubiera sacado a bailar. Coleccionas oportunidades perdidas, jovencita. No puedes permitirte ni una más.

—Sí, madre —concedió sin mucho afán, mientras instintivamente buscaba con los ojos el cabello pelirrojo de David Clark entre la gente.

A Christine le encantaba caminar. Pero no esos paseos tranquilos bajo una sombrillita de encaje observando el paisaje. Disfrutaba poniéndose al límite con zancadas cada vez más largas, cada vez más rápido, con el corazón retumbando con fuerza en el pecho y los músculos de las piernas hormigueando por el esfuerzo, y de paso poder observar los pájaros que encontraba por el camino, afición que compartía con su padre. Por supuesto que ninguna institutriz había aprobado nunca esa afición inofensiva, mucho menos su madre, que amenazaba con sufrir un ataque cada vez que la veía volver de sus caminatas con las mejillas arboladas y el pelo hecho un desastre. Pero no le importaba lo más mínimo y aprovechaba cualquier oportunidad para escaparse un par de horas y disfrutar del aire puro. Por eso agradecía que su padre nunca hubiese querido mudarse a Londres a pesar de las peticiones de su esposa. A Christine le encantaba vivir en el campo, disfrutaba paseando por los prados verdes, adentrándose en el bosque y caminando entre los helechos y las campanillas blancas, y subiendo y bajando las ondulaciones del terreno. El pensamiento que la inquietaba desde hacía varios meses se hizo presente de nuevo asentándose en su estómago como un mal presentimiento. Si, como era de esperar, encontraba un candidato aceptable el matrimonio sería un hecho, y su casa dejaría de ser su casa. Esa incertidumbre a menudo la desvelaba hasta altas horas de la noche. Su vida tal y como la conocía tenía las horas contadas y no sabía si estaba preparada para alejarse de su mundo, de la seguridad de su familia y la complicidad de sus hermanas. Miró, pensativa, una bandada de pájaros negros que graznaban mientras se alejaban haciendo hondos. Esa tarde hacía calor y la vigorosa caminata había contribuido a que su pesado vestido se convirtiera en un incómodo estorbo. Por suerte de vez en cuando una ráfaga de viento cruzaba el bosquecillo refrescando su cara. Estaba acercándose a la casa, el camino que serpenteaba entre los árboles se estaba haciendo más definido, y entre las copas, a los lejos, se vislumbraban los tejados puntiagudos de la mansión de los Lambert. Desanudó el pañuelo con el que se cubría el pelo para evitar que se despeinase demasiado y respiró hondo al llegar a una zona más despejada. Tenía que bajar el ritmo de sus pasos, y a ser posible, refrescar su cara antes de encontrarse con su madre o cualquiera de los invitados o se llevaría una buena regañina. Escuchó unas risas y el rumor de voces, y al doblar el recodo del camino se encontró de frente con cuatro hombres que conversaban tranquilamente sentados sobre un murete de piedra. Frenó en seco antes de que ellos percibieran su presencia, pero darse la vuelta y volver a sumergirse en el bosque no era una opción. Uno de los gemelos Lambert le pasó una petaca a su hermano y se giró hacia ella al verla.

—Vaya, mira lo que tenemos por aquí. Si es la tímida prima Christine.

—Buenas tardes —Se limitó a decir, bajando la cabeza con la intención de sortearlos cuanto antes y seguir su camino. El joven que permanecía de espaldas giró su cabeza hacia ella y estuvo a punto de tropezar al comprobar que era David Clark, que pareció tan impactado por su presencia como la propia Christine.

—Buenas tardes, señorita Archer —saludó lord Blackstone, que parecía el único que no había olvidado las nociones básicas de cortesía. Con una tímida inclinación de cabeza Christine intentó continuar su camino pero los gemelos se plantaron delante de ella con sus sonrisas bobaliconas y sus ojos vidriosos. Desde niños habían sido bastante cretinos, y parecía que la madurez no los había cambiado demasiado.

—¿De dónde vienes, prima? —preguntó Jim, el que parecía llevar siempre la voz cantante de los dos, con la voz pastosa por el alcohol—. ¿Quieres que te acompañemos?

—No, gracias. Mi madre me estará buscando. Si me disculpáis... —se excusó e intentó esquivarlos.

Timothy, el otro gemelo, se interpuso en su camino de nuevo con una carcajada y le quitó de un tirón el pañuelo que había empezado a retorcer entre sus manos sin darse cuenta.

—Devuélvemelo, Tim. Quiero volver a la casa —exigió, mientras el muchacho levantaba los brazos para alejarlo de su alcance. Tim le pasó sin dificultad el pañuelo a su hermano por encima de su cabeza, y ella no pudo evitar sentirse ridícula estirándose para intentar recuperarlo a pesar de que era evidente que estaba fuera de sus posibilidades. Ni siquiera le prestó atención a la voz cortante de David que les ordenó a los hermanos que se detuvieran.

—¿Por qué es tan importante? ¿Es el regalo de algún enamorado? —preguntó Jim con tono burlón mientras Christine apretaba los labios con fuerza. Ardía en deseos de echarse a llorar. Se sentía mortificada y ni siquiera sabía por qué había entrado en ese estúpido juego. Solo era un maldito pañuelo sin importancia. Puede que simplemente se hubiese cansado de que los bravucones con los que se encontraba se saliesen siempre con la suya. Estaba a punto de darse la vuelta y darse por vencida cuando la voz cortante de Clark atrajo la atención de todos.

—¿No me habéis oído? He dicho que ya basta.

Los gemelos detuvieron su estúpido juego inmediatamente quejándose porque les hubieran privado de esa distracción absurda e infantil.

—Habéis bebido demasiado. Seguro que vuestra madre agradece que os recuperéis un poco antes de la cena. Killian, acompáñalos a casa. —David acortó la distancia que los separaba en un par de zancadas y arrancó el pañuelo de las manos de Jim, que no se atrevió a rechistar. A nadie pareció extrañarle que dictara órdenes como si fuese el dueño y señor de aquel lugar, ni siquiera a los anfitriones, que se marcharon obedientemente por el camino maldiciendo por lo bajo.

—Lo siento, señorita Archer. Ya sabemos cómo son —se disculpó Lynch, y tras lanzar una significativa mirada a su amigo se marchó tras ellos para asegurarse de que no volvieran a hacer ninguna trastada.

—Supongo que ya lo sabe, pero sus primos son imbéciles. Siento que la hayan hecho sentir mal.

—No se preocupe, señor Clark. Gracias por su ayuda. Será mejor que me vaya.

—Espere. —David se lamentó mentalmente por haber sonado demasiado desesperado, pero no quería dejarla marchar, a pesar de lo inaceptable que resultaba estar con ella sin la presencia de una carabina. Entre ellos todo parecía ser inadecuado, pero no le importaba. No sabía por qué, pero esa chica tímida le intrigaba. Su actitud esquiva, la forma en la que pasaba de responderle con insolencia a bajar la mirada y sonrojarse hasta el límite de lo humano, su frescura... No era como las mujeres que había conocido hasta el momento, ni las damiselas inocentes ni las damas experimentadas. En público todas, de una manera u otra, mantenían una pose estudiada, esforzándose en mostrar todo aquello que les habían inculcado a fuego o lo que simplemente habían aprendido a ser con el paso de los años. Pero en las pocas ocasiones en las que había

podido observar a Christine Archer no había encontrado ni un atisbo en ella de una cosa ni de la otra. Christine no fingía ser lo que no era, simplemente parecía no querer bajar las barreras que la protegían de los demás por timidez o por inseguridad, aún no lo sabía, pero estaba dispuesto a averiguarlo.

—Quería disculparme de nuevo por el incidente de anoche. Lo último que pretendía era causarle algún tipo de daño. Espero que se encuentre bien.

—Oh, se refiere a «ese» incidente. Pensé que preferiría disculparse por el incidente anterior y su exceso de libertades.

David entrecerró los ojos y la miró intrigado. En cualquier otra circunstancia le habría espetado que no pareció molesta por ellas, pero no quería propiciar la hostilidad entre ellos.

—Si la incomodé, también me disculpo por ello.

Christine abrió la boca para contestar pero no encontró nada que decir. No había esperado que un hombre como él admitiese un error. No conocía al futuro marqués de Edevane pero había escuchado lo suficiente sobre él, antes siquiera de saber que se trataba de David, para saber que más valía mantenerse a una distancia prudente, de hecho a una distancia abismal. No era el tipo de caballero que desperdiciaba la oportunidad de seducir a una mujer, y de eso ella podía dar cuenta, ya que, aunque no la hubiera seducido, sus encuentros habían sido tan extraños como íntimos. Y como él mismo le había reconocido, procuraba mantenerse alejado del compromiso y el matrimonio.

—Señor Clark, puede que sea algo... reservada, pero eso no quiere decir que sea estúpida. Disculpe mi franqueza, pero, aunque pueda pensar que nuestro choque fue accidental, dudo que nuestro encuentro en el pasillo también lo fuera. Lo que no entiendo es lo que pretende.

David suspiró y miró unos segundos al cielo buscando ayuda divina. Ni siquiera él mismo sabía por qué había aceptado la invitación a esa horripilante reunión campestre, y mucho menos por qué se había dejado llevar por la tentación de seguirla cuando la vio escabullirse por el pasillo. Lo único que tenía claro era que sus ojos la habían buscado en cada baile, en cada visita al teatro y en cada evento al que asistía de manera discreta, de manera obsesiva, desde que se habían encontrado por primera vez en la biblioteca de los Chester. Pero Christine siempre estaba demasiado ocupada mirando la puntera de sus propios zapatos para fijarse en él, ni en nada de lo que la rodeaba.

—Está bien, lo reconozco. La vi salir y quise asegurarme de que estaba bien.

—¿Por qué?

—No lo sé. El peligro puede aparecer en cualquier rincón por tranquilo que parezca. Fíjese en lo que acaba de pasar con sus primos —trató de justificarse con una sonrisa mitad burlona, mitad lobuna, e instintivamente ella dio un paso atrás—. Sentía curiosidad, usted despierta mi curiosidad.

—¿Como si fuera un raro espécimen de insecto o algo así? Qué halagador.

—Dudo que en estos momentos un halago me ayude en mi defensa. Su mirada claramente me está acusando de un crimen que desconozco.

—No le estoy acusando de nada. Es solo que, por lo que dicen por ahí, no debería fiarme de usted. —Christine miró a su alrededor dándose cuenta de que sus primos y Lynch habían desaparecido por el camino. De nuevo estaba sola con ese hombre, de nuevo expuesta a los comentarios maliciosos y a la corriente extraña que él le provocaba—. No deberíamos estar aquí.

—En primer lugar, usted no debería haber caminado sola por el bosque, y, en segundo lugar, no sé por qué debería fiarse de lo que dicen los demás. Ya es mayorcita para tener su propio

criterio.

David comenzó a caminar hacia uno de los senderos que serpenteaba paralelo a la mansión y ella lo siguió como si fuese un satélite, unida a él por una fuerza invisible, sin plantearse siquiera no hacerlo.

—Supongo que, siendo familia de los Lambert, conocerá la finca —aventuró David, mientras caminaba encorvándose de vez en cuando para esquivar las ramas más bajas.

—Creo que conozco lo que debo conocer. Cuando era pequeña vine con mi familia de visita en varias ocasiones durante el verano. Esta es mi primera temporada, así que no había venido a ninguna de estas reuniones tan espantosas. Esto es lo más parecido a una feria de ganado que he visto en mi vida. —David se detuvo para apartar una rama más baja y permitirle pasar y asintió como si su respuesta le hubiese satisfecho—. Por cierto, ¿a dónde vamos?

—Quiero que vea una cosa.

Un insecto zumbó cerca de su cara y ella agitó la mano temiendo que se le enredara en el pelo, que estaba empezando a desordenarse. Cuando al fin levantó la vista el paisaje que tenía delante la dejó sin aliento. Dos hileras de cerezos en flor formaban un pasillo de flores rosadas que le daban al lugar un aspecto mágico. Christine avanzó despacio mirándolo todo con los ojos ilusionados de una niña pequeña. Las copas sobre sus cabezas se unían en un túnel que parecía llevar al mismísimo cielo y uno esperaba percibir el olor a canela y azúcar quemado de los pasteles de la niñez, o incluso imaginar el sonido de música filtrándose entre las esponjosas ramas. La luz de la tarde se colaba por cualquier rincón derramándose sobre la hierba y los troncos de los árboles. Las flores ya habían madurado y estaban a punto de desprenderse y con cada bocanada de aire una lluvia de pétalos caía sobre el suelo como una nevada de color rosado.

—Es lo más hermoso que he visto nunca —susurró dando una vuelta sobre sí misma haciendo que la falda de su vestido se arremolinara sobre sus piernas.

—Estoy de acuerdo. —Solo que David no estaba prestando atención al paisaje que los rodeaba sino a ella, enteramente a ella—. Admita que no conocía todo lo que debía conocer.

Ella asintió confundida, habiendo perdido completamente el hilo de la conversación.

—A veces, las cosas no son lo que parecen, Christine. Este maravilloso lugar ha estado aquí siempre y usted no lo había visto. Lo hubiera encontrado si durante su paseo, en lugar de tomar el camino de la derecha, se hubiese decidido por el de la izquierda, o si alguna de sus visitas anteriores hubiera sido en primavera en lugar de en verano o en otoño.

—¿A dónde quiere ir a parar?

—Quiero que entienda que no puede aceptar lo que se ve a simple vista por bueno sin intentar buscar más allá. Puede que simplemente no haya mirado en el momento adecuado. Y también que no debería fiarse de las opiniones de los demás, especialmente si salen de la boca malintencionada de cotillas ociosos.

—Supongo que en cada chisme hay una parte de verdad.

—Pero ¿es esa parte la que verdaderamente importa? Yo también he oído opiniones sobre usted y sin embargo prefiero formarme la mía propia.

—¿Qué opiniones? —preguntó demasiado rápido. Arrugó la tela de sus faldas con las manos en un gesto nervioso arrepintiéndose de haber preguntado. No estaba preparada para escuchar lo que la gente pensaba de ella—. Olvídelo, creo que prefiero no saberlo.

—Que es demasiado esquivia, reservada y silenciosa —continuó, ignorando su petición—. Que le cuesta relacionarse con la gente y que incluso la conversación más trivial le supone un verdadero esfuerzo. No debería darle importancia a lo que piensan otros, a menudo intentan tapar

sus propios defectos criticando los de los demás.

—Y ¿usted qué piensa?

—Que probablemente encuentre las conversaciones de salón tan aburridas que no se toma la molestia de involucrarse en ellas, y que piensa que toda esa gente superficial e hipócrita se puede ir al cuerno.

La risa espontánea de Christine le indicó que no estaba errando en su juicio.

—Creo que está intentando adjudicarme su opinión, señor Clark.

Esta vez fue el turno de David de reír.

—Es posible. Solo sé que usted no se siente cómoda rodeada de extraños, pero que, sin embargo, conmigo se comporta de manera diferente. Quién sabe, puede que yo también me comporte de manera diferente con usted.

La observó mientras se encogía de hombros y caminaba alrededor de uno de los árboles deslizandole la mano por el tronco. A pesar de la delicadeza de sus movimientos rozó una de las ramas, transmitiendo el movimiento al resto del árbol, y una lluvia de pétalos rosados cayó sobre su cabeza arrancándole una carcajada cantarina. David se acercó hasta ella y con delicadeza comenzó a retirar los pétalos que se habían enredado en su pelo oscuro, demorándose más de lo necesario, y acariciando cada bucle con suavidad. Sus miradas se conectaron unos segundos y ambos fueron conscientes de que estaban demasiado cerca el uno del otro.

—No me pregunte por qué siento la necesidad de acercarme a usted, Christine. Yo tampoco lo entiendo, pero es inevitable.

La mano de David rozó su mejilla con una caricia sutil y no estuvo segura si se había sonrojado o si la sangre la había abandonado por completo. Christine sintió que unas raíces invisibles la anclaban a la tierra impidiéndole escapar de la peligrosa influencia que ese hombre ejercía sobre ella. Pensó en todas las mujeres que habrían caído bajo su influjo antes que ella, puede que seducidas con las mismas palabras. «Siento la necesidad de acercarme a usted» ¿Alguna vez tendría que cambiar el guion o con esa breve frase le bastaría para doblegar a las damas? Como si esa conclusión la hubiera sacado del trance en el que estaba sumida se alejó de él varios pasos justo en el momento en que se inclinaba sobre ella.

—Gracias por mostrarme este lugar. Si me disculpa creo que es hora de volver a la casa, no es necesario que me acompañe.

Su tono cortante desinfló el ánimo de David que se limitó a asentir con la cabeza cruzando las manos tras la espalda, intentando vencer la tentación de volver a tocarla.

—De acuerdo. Solo le pido que piense sobre ello. Conózcame por usted misma y saque sus propias conclusiones.

—¿Por qué habría de hacerlo? La empresa que me pide es arriesgada. Usted mismo me dijo la primera vez que nos vimos que no tenía intención de relacionarse con ninguna mujer, al menos de manera honorable. No estoy segura de qué es lo que puedo ganar, pero sí de que puedo perderlo todo.

David la observó mientras se alejaba con el aspecto etéreo de un ángel y se preguntó desde cuando se había convertido en un joven enamorado.

Christine sabía que estaba abocada al desastre y ese desastre tenía nombre y apellidos, y unos ojos azules e inteligentes que hacían que sus piernas temblaran. Lo supo cuando esa misma noche David Clark la sacó a bailar, ignorando la mirada ceñuda de su madre que había puesto los

ojos en lord Blackstone. Y cuando poco después le ofreció su brazo para acompañarla al comedor para la cena. Y al día siguiente, cuando se convirtió en su sombra durante el picnic con el que los agasajó la anfitriona. También sabía que los rumores no tardarían en extenderse, pero la verdad era que le daba igual.

## Capítulo 8

David se sentía agotado, tanto física como mentalmente. Se había despertado antes del amanecer todavía tumbado en la alfombra, aterido de frío y con todo el cuerpo dolorido. Prefirió huir como un cobarde antes de que Christine se despertase y los sonidos provenientes de su habitación volvieran a tentarle para quedarse cerca de ella. Algo que no ocurriría. Se había tomado un café en la cocina y había salido con el caballo, antes siquiera de que los campos se desperezaran y se deshicieran de los girones de niebla que la noche había dejado caer sobre ellos. Fue al pueblo para hablar con algunos de los albañiles que habían trabajado en Edevane Rosefield para interesarse por las reparaciones que serían necesarias para que la casa estuviera aceptable, y se dio cuenta de que la lista parecía no acabar nunca. Se tomó un buen desayuno en la posada con la cabeza gacha para dejar bien claro que no le apetecía ningún tipo de conversación mientras daba vueltas a todos los asuntos que le torturaban, consciente de que el eje sobre lo que giraba todo era Christine.

Cuando volvió a la mansión horas después encontró a la señorita Potter leyendo en uno de los sillones del salón principal con Eira a su lado. La niña levantó la cabeza al verlo y volvió a dejarla caer con mirada triste. No era asunto suyo, aquella cría estaba a años luz de importarle, y sin embargo sus pasos se dirigieron hacia allí. La niña lo miró y arrugó los labios con un puchero que le partió el alma, al que le siguieron dos lagrimones.

—¿Ocurre algo? —preguntó mirando ceñudo a la niñera temiendo que hubiera reñido a la niña de manera injusta. No sabía por qué pero le preocupaba que aquella cría pudiera pasarlo mal por cualquier causa.

Eira se puso de pie y echó a correr buscando el refugio de su habitación pero antes de que comenzara a subir las escaleras David la alcanzó y la detuvo sujetándola de los hombros.

—Eh, espera, pequeña. ¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo? Quizá yo pueda ayudarte.

La niña sorbió con fuerza y se limpió las lágrimas con la manga antes de negar con la cabeza. David se sentó en uno de los escalones y con una palmadita le indicó a la pequeña que se sentase a su lado.

—Vamos, seguro que no es para tanto. A no ser que un unicornio haya venido volando y te haya robado el almuerzo. En eso sí que no podría ayudarte.

Eira soltó una pequeña carcajada involuntaria y se limpió el llanto con la manga de su vestido otra vez.

—Es mamá. —Un escalofrío recorrió la nuca de David y tuvo que contenerse para no apremiarla a continuar—. Se ha marchado unos días. La echo mucho de menos.

—Seguro que volverá pronto y que pensará todo el tiempo en ti.

—Lo sé. Pero es que ella me lee los cuentos mejor que nadie.

—Cuando vuelva me aseguraré de que te lea todas las noches, y por las tardes, e incluso por las mañanas.

En un acto inesperado la niña se giró hacia él y le echó sus pequeños brazos al cuello y David no pudo evitar conmoverse con su ternura. Llevaba demasiado tiempo conviviendo con hombres rudos, con situaciones difíciles y con sus propios sentimientos, en los que no había ni un ápice de bondad. Puede que por eso aquel gesto le hubiera desarmado por completo. De repente sintió que no podía fallarle a aquella niña que después de todo era la única familia que le quedaba, que tendría que poner a su alcance todo lo necesario para que fuese feliz, y eso implicaba que su madre también lo fuera.

—Por cierto, Eira es un nombre precioso.

La niña lo miró con sus ojos brillantes por las lágrimas, deseosa de poder contarle algo que él no supiera.

—Significa nieve —aclaró, aunque David ya sabía que ese era su significado en galés y se le ocurrió que quizá se lo hubiesen puesto por su piel blanca como la porcelana—. Nací en invierno y nevó tanto que todos se congelaron. Yo no.

La pequeña debió imaginarse la escena ya que soltó una pequeña carcajada y se tapó la boca con la mano. Siguió hablando un rato hasta que ella estuvo más tranquila, aunque David estaba ansioso por ir a buscar a Amber e interrogarla sobre el paradero de Christine.

La encontró sentada en una pequeña terraza, bordando bajo los tibios rayos de sol. Amber ni siquiera levantó la cabeza cuando vio una sombra oscura a su lado, había estado esperándolo toda la mañana.

—Señora Walters, ¿dónde está su hermana?

—Tenía unos asuntos que atender.

Amber siguió con las puntadas, aunque David no era estúpido y pudo ver que le temblaban las manos, de hecho, se pinchó la yema del dedo con la aguja.

—¿Qué asunto?

—Uno de índole personal.

—¿Tan personal que ha tenido que emprender un viaje sola? —Amber levantó la vista preguntándose hasta dónde sabría él. No estaba de acuerdo con la idea de que Chris estuviese viajando sola por unos caminos poco frecuentados y aunque ella lo considerase una traición quizá él podría protegerla—. Tan personal que se marcha y deja aquí a su hija.

—No piense mal de ella. Yo la estoy cuidando, milord, por eso estoy aquí.

—¿Y quién cuida de Christine? Ella vive en mi casa, es mi responsabilidad. Exijo saber a dónde ha ido y con qué fin. ¿Es por ese Lennox?

—Yo... eh... No puedo desvelar intimidades que no me pertenecen, lord Edevane.

La palabra intimidades se clavó en su orgullo de una manera dolorosa. Puede que su madrastra estuviese buscando una nueva fortuna de la que apropiarse ya que él no era demasiado proclive a financiar sus caprichos.

—Escúcheme, no sé cuál es la naturaleza de su viaje y sinceramente, no me importa —mintió, pero no dudaría en hacerlo con tal de conseguir lo que quería—. Lo que sí me importa es su seguridad. Los caminos están llenos de salteadores y aunque no nos guste, una mujer sola se expone al peligro. Sin contar con todos los indeseables que podría encontrar en las posadas y tabernas donde pare para comer o descansar, gente irrespetuosa y sin escrúpulos que... A no ser

que me diga que alguien la acompaña y vela por su seguridad, en ese caso no insistiré.

Amber, que había ido palideciendo conforme él hablaba, se levantó olvidándose que tenía el bordado sobre su regazo, importándole un bledo que fuese a parar al suelo y que el ovillo se deshiciera.

—Yo misma le advertí sobre todos esos peligros, pero de un tiempo a esta parte cuando se le mete algo en la cabeza no hay quien pueda convencerla de lo contrario.

—El tesón puede ser una cualidad loable o una temeridad suprema, depende de cuál sea el fin.

—Amber apretó los labios como si temiera que alguna palabra se escapara de ellos—. Déjeme ayudarla, por favor.

—Está bien, está bien. Se dirige hacia Sussex.

—¿Sussex? ¿Se ha vuelto loca? ¡Son casi tres días de camino!

—En realidad pensaba que serían dos. Dos de ida y dos de vuelta.

—Siempre y cuando los caminos estén transitables y no haya ningún problema imprevisto. Y no pare para comer, beber o descansar los caballos, algo que resulta imposible. —David se movió inquieto y se pasó la mano por el pelo rojizo una y otra vez. Ella no era su problema; era un incordio, el recuerdo constante de una traición y lo mejor que podía pasarle era que cada uno siguiese su camino.

Sussex. Los Lennox tenían muchas propiedades y una de ellas estaba en Sussex. ¿Casualidad? No lo creía. No sabía qué demonios querría ella de los Lennox pero era lo bastante importante para separarse varios días de su hija, y tenía claro que tendría que explicárselo en cuanto la encontrara.

—¿A qué hora se marchó? —preguntó con más brusquedad de la que pretendía.

—Al amanecer. Estará bien, ¿verdad? —Amber lo miró con preocupación y no se atrevió a pedirle que la trajera de vuelta sana y salva, no quería ser pájaro de mal agüero.

—Es lo bastante testaruda para salirse con la suya, así que estará bien. Iré a buscarla, no se preocupe.

Pensaba traerla de vuelta aunque tuviera que echársela al hombro, sin embargo se presentaban varios problemas. El primero que le llevaba muchas horas de ventaja y que se había llevado el único carruaje decente del que disponían.

Killian sabía que Christine tenía previsto salir de viaje, aunque no estaba de acuerdo en que lo hiciera, y en cuanto vio que David entraba en su despacho como una exhalación supo que ya se había marchado.

—¿Lo sabías? —preguntó sin saludar siquiera.

—¿El qué?

—No me fastidies, Killian. No estoy de humor. Christine se ha marchado sola, con apenas un cochero y un lacayo, a recorrer media Inglaterra y quiero saber por qué.

—Solo ella puede decirte sus razones —se justificó levantando las manos.

—Caramba, la lealtad de todos por aquí es lo más digno e irritante que he visto en años.

—¿La lealtad te irrita? Es un sentimiento muy respetable.

David lo contempló unos instantes con las manos apoyadas en las caderas y el gesto más fiero que pudo componer.

—Voy a ir a buscarla, Killian. Puedes ayudarme o puedes quedarte con el trasero plantado en tu cómodo sillón de piel, mientras una mujer se juega su integridad vagando por unos caminos solitarios. Hagas lo que hagas tendrás que vivir con ello.

—Eres demasiado dramático.

—No, no lo soy. Simplemente he visto más mundo que tú, y sé que la vida fuera de estas cuatro paredes no es tan amable como me gustaría.

—Sé que tenía pensado ir hasta Sussex para buscar a alguien. Mi esposa está embarazada y no quiero dejarla sola, de lo contrario yo mismo la hubiera acompañado.

—Necesito que me prestes un carruaje o un caballo más veloz que el mío, no resistiría una jornada intensa.

Killian tamborileó con los dedos sobre la mesa mientras calibraba las opciones.

—Está bien. En el fondo yo también me siento responsable. Te acompañaré a buscarla, si no lleva mucho tiempo fuera la alcanzaremos pronto.

—Lleva unas seis o siete horas de viaje, y mientras hablamos apaciblemente ella sigue alejándose.

—Conozco estos caminos mejor que tú, David. Y su carruaje es demasiado pesado, la alcanzaremos. Pero te advierto una cosa, si ella no quiere volver es su decisión. En cuanto la encontremos y nos aseguremos de que todo está en orden yo me vuelvo a casa.

David asintió. Esperaba poder convencerla de volver.

## Capítulo 9

La noche cayó sobre ellos antes de que se dieran cuenta, pero detenerse no era una opción. Debían llegar a la posada más cercana, seguramente Christine estaría alojada en ella. David se frotó los ojos cansados y se sujetó al asiento cuando el carruaje hizo un giro brusco en una de las curvas al cruzarse con otro vehículo.

Miró al vizconde de Blackstone que dormía en el asiento frente a él como un bendito, ajeno a las largas horas en la misma posición y a los baches del camino. El motivo de su insomnio no se debía solo a la incomodidad, en los últimos años se había acostumbrado a dormir en las condiciones más penosas. Era su cabeza la que no se lo permitía. Según los cálculos de Killian, Christine debía estar en la posada desde hacía horas, por muy temeraria que fuera no se arriesgaría a viajar de noche. Pensar en ella en un lugar desconocido y rodeada de hombres de cualquier calaña le enfermaba, y no porque no fuese capaz de defenderse sola sino porque no confiaba demasiado en los hombres cuando había bebida cerca. Solo pensar en que pudieran hacerle algún comentario desagradable hacía que quisiera azucar con más brío a los caballos, o incluso bajarse del carruaje y echar a correr con todas sus ganas. Cuando al fin divisaron las tenues luces de la posada ya estaba bien entrada la madrugada, y a pesar de las reticencias del posadero les dio una habitación gracias a una generosa propina.

Christine estaba inquieta, y no solo porque el final de su viaje fuera incierto, sino porque se había sentido expuesta e incómoda en cuanto traspasó el umbral de la posada. Docenas de ojos se habían posado en ella y un silencio había caído como una marea sobre los presentes al verla entrar sin compañía. Sintió la lascivia, sintió la curiosidad de algunos, el rechazo de la mayoría... y entonces se dio cuenta de que el vizconde de Blackstone y Amber habían tenido razón. No era seguro viajar sola. Había despedido a su cochero y al lacayo para que volvieran cuanto antes a Edevane Rosefield, no quería estar en posesión del único carruaje decente de la casa por si alguien más necesitaba servirse de él, especialmente ahora que el marqués estaba allí. El marqués. Todavía le costaba identificar a David con ese título que tanto había despreciado. Pero él era el nuevo Edevane, aunque se resistiera a digerirlo.

En cuanto sus sirvientes se marcharon se sintió desamparada y comenzó a mirar alrededor intentando encontrar a alguien que pudiera darle la información que necesitaba. Como si Dios estuviese de buen humor esa tarde un hombre de aspecto juvenil se acercó hasta ella con una sonrisa. Parecía educado, al menos más que la mayoría con los que se había cruzado, aunque su ropa excesivamente llamativa le indicó que pretendía parecer más elegante de lo que era en realidad.

—Discúlpeme, señora. He visto que ha despedido a su cochero, permíteme si resulto indiscreto. ¿Espera a alguien o está buscando medio de transporte?

—¿Quién es usted? —preguntó a la defensiva.

—Mi nombre es Palmer. Se lo pregunto porque podría buscarle un carruaje, conozco a un cochero bueno a buen precio. Es de fiar.

Christine frunció el ceño con desconfianza, no podía ser que todo resultara tan fácil. Se había informado de que podría alquilar un vehículo en la posada pero no esperaba que se lo ofrecieran nada más llegar. Como si le hubiera leído el pensamiento, el joven levantó las manos en señal de paz.

—Tranquila, la entiendo. Al fin y al cabo, solo soy un desconocido. Verá, me llevo una pequeña comisión por buscarle viajeros a mi amigo, y la verdad es que... no me gusta ver a una dama en problemas. Tengo tres hermanas y me gustaría que si estuvieran en apuros alguien les echara una mano. Si quiere puede preguntarle al posadero si soy fiable.

—Está bien —aceptó. No le apetecía estar allí a la intemperie con hombres de toda clase y condición entrando y saliendo y devorándola con los ojos de paso—. Quiero ir a Sussex, me gustaría salir al amanecer.

El hombre hizo una pequeña reverencia con una sonrisa y se tocó el ala del sombrero.

—Así será.

Apenas había conseguido dormir y al amanecer, tras liquidar la cuenta había salido con su escaso equipaje, agradeciendo que todavía no hubiera muchos clientes por allí, para esperar a su transporte. Un vehículo se acercó hasta la entrada, no parecía demasiado nuevo, pero estaba recién pintado y los caballos no tenían mala presencia. Un hombre tosco se bajó de él de un salto y la miró de arriba abajo sin dejar traslucir otra emoción más que impaciencia.

—¿Es usted la dama que va a Sussex?

Ella asintió un poco cohibida por su actitud y apretó su bolsa de viaje en un acto reflejo.

—Se paga por adelantado —añadió el tipo abriendo la puerta del carruaje, único gesto educado que parecía dispuesto a hacer.

—Así que a Sussex. Me han dicho que esa zona es encantadora en esta época del año. —La voz socarrona de David a sus espaldas la hizo sobresaltarse y cuando se giró para encararle se alegró de manera malévola de no encontrar una sonrisa arrogante en su cara esperándola, sino unas ojeras que evidenciaban su cansancio.

—¿Qué demonios haces aquí?

—La pregunta es qué haces tú aquí, marquesa.

—Voy a Sussex, ya lo has oído.

—Supongo que en busca de ese tal Lennox, ¿verdad?

Christine abrió la boca sorprendida y le dedicó una mirada asesina a Killian que acababa de aparecer detrás de David. Este levantó las manos excusándose, la verdad era que dudaba que él la hubiese traicionado.

—No importa lo que yo vaya a buscar, marqués.

—No tengo todo el día, ¿va a subir o no, señora? —apremió el cochero interrumpiendo aquella discusión estéril.

—Sí, voy a subir. Y vosotros podéis marcharos por donde habéis venido.

Christine se subió con premura al vehículo deseando librarse de la presencia de David y del

pellizco que le producía en el estómago. Estaba a punto de cerrar la portezuela cuando una mano se lo impidió.

—De eso nada, yo iré contigo —le dijo tras darle su pequeña bolsa de piel con sus pertenencias al tosco cochero, que le avisó de que el viaje sería más caro si él iba.

—Bien, chicos. Yo vuelvo a casa. Tened cuidado y procurad no mataros el uno al otro. —Se despidió el vizconde mientras se dirigía hacia su carruaje, dejando a Christine azorada y confundida.

El cochero inició la marcha tras cobrarle a David un precio desorbitado que no tuvo ganas de regatear, a pesar de que aquel vehículo chirriaba por todos sus costados. Ella se cruzó de brazos en un obstinado silencio con la vista fija en la ventana incapaz de ver lo que pasaba al otro lado del cristal. Aquel viaje se iba a hacer muy largo.

David cerró los ojos cansados intentando descansar, la noche anterior tampoco había dormido demasiado pensando que Christine estaba sola en una habitación desconocida. Debería desechar esa mala costumbre de intentar protegerla, lo primero porque ni lo merecía ni lo deseaba, y lo segundo porque ya era una mujer hecha y derecha capaz de valerse por sí misma. Debió dar una profunda cabezada ya que cuando volvió a abrirlos habían pasado casi un par de horas desde que habían abandonado la posada. Miró al exterior y se dio cuenta de que estaban inmersos en un bosque espeso que no le sonaba de nada a pesar de haber ido a Sussex en multitud de ocasiones. Frunció el ceño pero antes de que pudiera pensar la voz de Christine resonó punzante en el interior del vehículo.

—¿No le gustan las vistas, milord?

—Al contrario. —David le dedicó una mirada lobuna que le erizó la piel de la nuca y sonrió—. Me encantan las vistas. Aunque con el tiempo he aprendido a no dejarme engañar por las apariencias, ya que las plantas más bellas son las más venenosas.

—No sé si debo sentirme halagada o insultada. Aunque viniendo de ti supongo que será la segunda opción.

—Correcto. —David estiró los brazos en el respaldo de su asiento con actitud insolente. Odiarse era mucho más seguro para ambos—. Por lo visto vamos a estar mucho rato aquí metidos, hagámoslo más ameno. Cuéntame en qué consiste este maravilloso plan tuyo.

—Voy a Sussex. Eso es todo lo que necesitas saber. De hecho no necesitarías saberlo si te metieras en tus propios asuntos, David. Admítelo, no haces esto para protegerme. Lo haces para fastidiarme, y de paso sacias tu curiosidad.

La sonrisa socarrona que había fingido hasta ahora se esfumó y su mirada se volvió sombría.

—Eres mi responsabilidad, me guste o no. No estaría bien visto que la marquesa desapareciera misteriosamente, qué pensarían de mí las gentes de la buena sociedad siempre preocupados por el bienestar de los suyos. Al fin y al cabo no soy más que un pirata.

—Eres un marqués caprichoso e infantil que ha eludido sus responsabilidades embarcándose en una aventura sin pensar en nadie más.

—Pues por eso, querida marquesa, voy a convertirme en tu sombra. Estaré tan cerca de ti que no sabrás dónde terminas tú y dónde empiezo yo. —Durante unos segundos un espeso silencio se cernió sobre el carruaje como si estuvieran inmersos en una burbuja. Incluso tuvo la impresión de que los ojos tan claros como el cristal de Christine se oscurecían.

—¿Sabes? Cada vez me resulta más difícil entenderte, David. De hecho, creo que ni tú mismo sabes lo que quieres ni lo que sientes.

—Pues yo creo que lo veo todo diáfano. Quiero resolver los problemas de la finca y seguir con

mi vida. Aunque supongo que nunca he sido tan frío como tú. Siempre has tenido claro tu objetivo en la vida y no has parado hasta conseguirlo.

—Sí, en eso tienes razón, al menos yo tengo claro quién soy y lo que siento. Sé que te odio. Y no hay nada que puedas hacer para cambiarlo, David. —Su tono sonó ahogado por la frustración y la impotencia, y apretó los puños sobre el asiento, arrepentida inmediatamente de haber dejado traslucir cuánto le afectaba.

—Eres la mujer más cínica que he conocido jamás. ¿Piensas que mis sentimientos por ti son dulces acaso? —preguntó tras soltar una sonrisa socarrona que a ella le crispó los nervios.

—Me besaste. En Londres me besaste, a pesar de toda la repulsión que sientes por mí —le espetó sin poder evitarlo.

—Y creo recordar que tú me devolviste el beso. De manera entusiasta, marquesa.

Christine jadeó indignada, pero no pudo contestar ya que un fuerte silbido y una fuerte voz masculina resonaron en el exterior y acto seguido el carruaje se detuvo con un empujón.

David tardó en reaccionar. Su mente se había perdido en el recuerdo de los labios de Christine abiertos bajo los suyos, un recuerdo que se había unido a otros tantos en su particular instrumento de tortura. Aquel beso había sido un error, pero no había podido evitarlo. Christine había acudido a Londres para hablar con él y no había sido demasiado caballeroso ni justo. Estaba decidido a ignorarla pero el capitán Thorne le había convencido para pedirle disculpas a la marquesa. Había acudido a su habitación con buenas intenciones, pero en cuanto los reproches comenzaron su juicio se nubló. «Nunca dejas de decepcionarme, David. Cada vez que pienso que has llegado al límite de tu mezquindad haces algo peor». No supo si lo hizo para convencerla de que tenía razón o de lo contrario pero en un instante sus manos estaban enredadas en su pelo oscuro y su boca apesaba la suya. Su ligero camisón no era una barrera suficiente para su deseo, y por suerte David había recobrado la cordura antes de que ninguno fuese capaz de detenerse. No se habían vuelto a ver hasta que David había vuelto a Edevane Rosefield, y hubiera sido mejor para ambos seguir así, estaba seguro.

## Capítulo 10

La puerta del carruaje se abrió de golpe y el cañón de una escopeta sacó a David de sus pensamientos. Christine ahogó un grito cuando una mano la sujetó del brazo y la sacó del carruaje de un tirón lanzándola al suelo. David no necesitó ayuda para hacerlo, en cuanto vio al encapuchado ponerle la mano encima saltó dispuesto a separarle la cabeza del cuerpo, pero la posibilidad de ponerla en peligro lo detuvo.

La ayudó a levantarse a pesar de que el tipo que acababa de asaltar el vehículo le gritó que no lo hiciera y acto seguido levantó las manos mientras se colocaba delante de ella para protegerla, sin poder evitar que sus ojos mostrasen la ira que sentía en ese momento. Observó la escena con un vistazo rápido. El cochero no se había movido de su lugar y se mantenía allí como un espectador relativamente tranquilo aunque mantenía la mano oculta bajo su abrigo, probablemente empuñando una pistola, lo que indicaba que estaba metido en el asunto. Frente a ellos había dos tipos con unas burdas capuchas de tela que en ese momento los apuntaban con sendas armas. El que había sacado a Christine del carruaje les hizo un gesto con la escopeta para que se alejaran del vehículo y se colocaran en un claro al lado del camino.

—Colóquense ahí, no hagan ningún gesto brusco, y nadie saldrá herido. —Christine jadeó al reconocer la voz del tipo que le había ofrecido el carruaje el día anterior en la puerta de la posada, Palmer, nombre que seguramente sería falso. Creyó más prudente hacerse la tonta, ya que sin duda le habían tendido una trampa.

—Y usted, señoritingo. No intente hacerse el héroe —le advirtió el otro individuo con un acento tosco—. Baja el equipaje.

El cochero se bajó del pescante de un salto y con malas formas lanzó al camino las dos pequeñas bolsas de piel de ambos. Los dos asaltantes miraron el escaso equipaje sin entender nada. Se suponía que se trataba de nobles adinerados y en sus deprimentes vidas, si algo habían aprendido era que los nobles siempre viajaban cargados de muchas más cosas de las que necesitaban. El hombre que Christine había reconocido abrió una de las bolsas y vació su contenido en el suelo, moviendo las cosas con la puntera de su bota. Solo había dos mudas de ropa masculina y un estuche de piel con los utensilios de afeitar de David.

—Yo me quedaré eso, necesito una navaja nueva —dijo el cochero ganándose una colleja de uno de sus compinches.

—No me he jugado el pescuezo para conseguir que tu barba esté más decente, maldito patán. —Se quejó el asaltante dando varios pasos para acercarse a la pareja—. Vamos, dadme todo lo que lleváis. Empezando por esa levita tan elegante.

El hombre se acercó hasta David que se puso en guardia inmediatamente, aunque sabía que lo más sensato era parecer inofensivo, algo bastante difícil teniendo en cuenta su envergadura. El marqués se deshizo de su chaqueta con movimientos lentos y se la tendió.

—El reloj y todo el dinero, no me haga registrarle. Aunque si tengo que registrarla a ella no me quejaré.

David obedeció sin rechistar. Uno de los hombres lanzó un aullido y a David se le revolvieron las tripas al ver que estaba olisqueando la ropa interior que Christine llevaba en su bolsa.

—¿Me dejará que huelo la que lleva puesta, zorrita? —Los tres hombres soltaron una carcajada soez y en un gesto instintivo, David se remangó las mangas de la camisa.

Cada fibra le impelía a saltar y machacarlos uno por uno, y si estuviera solo no dudaría en hacerlo, pero con Christine allí no podía arriesgarse. La vía más razonable era darle lo que tuvieran y esperar que eso fuese suficiente. Los ojos del tipo que manoseaba su levita en busca de dinero se clavaron unos instantes en su antebrazo derecho, en el que asomaban los últimos trazos de un tatuaje tribal. El tipo se azoró, un tanto desconcertado. Los nobles ricachones no llevaban tatuajes, ni tenían pinta de ser capaces de destrozar a cualquiera.

—Usted, bonita, denos lo que tenga. Las joyas.

—Obedece. —Fue la seca orden de David. Christine apenas usaba joyas, solo una cadena de oro con una medalla, y un anillo con un pequeño zafiro que le regaló su padre.

Se las quitó y extendió la mano para que el ladrón las cogiera. El hombre con el que había hablado en la posada se acercó despacio hasta ella y tras aceptar lo que le tendió, se metió las escasas ganancias en un bolsillo y la repasó con la mirada de arriba abajo.

Christine sintió tanto asco, a pesar de que apenas podía ver el brillo de los ojos oscuros por las aberturas de la máscara que fue incapaz de seguir callada.

—Sé quién es —masculló levantando la barbilla, haciendo que el hombre soltara una carcajada.

Sin previo aviso se quitó la capucha, ya no tenía sentido seguir ocultándose cuando la posibilidad de jugar con la dama era mucho más atractiva. Sujetó el mentón de Christine con fuerza sin dejar de apuntarla con su arma, ignorando los puños apretados del hombre que permanecía tenso y al acecho a su lado.

—Déjala y vámonos de aquí, Fingers —le gritó el cochero—. Ya te dije que no te encapricharas.

—¡Mierda! ¿Nos has traído hasta aquí sin asegurarte de que habría un buen botín solo para revolcarte con esa fulana, Fingers?

—Reconoce que no es una fulana cualquiera. No te quejes, Drew, cuando termine con ella podrás catarla tú también.

El cochero se removió incómodo en su lugar y su arma tembló en sus manos al mirar a David, que parecía rodeado de una llamarada de furia latente que podría desintegrar el bosque que los rodeaba.

Christine intentó insultarle, zafarse de su agarre, lo que fuera antes de permitir que siguiese tocándola pero sus dedos la apretaban demasiado fuerte, y a eso se unió la presión del arma deslizándose sobre sus pechos. La voz lacerante de Edevane cortó el silencio del bosque, tan autoritaria y oscura que a ella le costó reconocerla como suya.

—Suéltala o tendrás que recoger tus tripas del suelo.

El tipo lo miró con un parpadeo, asombrado de que estuviera dándole órdenes.

—Oh, por supuesto, caballero. ¿Desea algo más? —Le provocó con una carcajada carente de

humor—. Verá, por si no se ha enterado, aquí las órdenes las doy yo. Y le diré lo que va a hacer. Se vas a callar mientras le enseño a su amiga lo que es una buena verga, pero no se preocupe, le dejaré que mire para que aprenda algo. Y después les tocará a mis amigos, ya ha visto que no tienen muy buen carácter.

Lo que ocurrió después fue tan rápido que si alguno de ellos hubiera tenido que describirlo no habría sido capaz.

David dio un paso hacia el tal Fingers, sujetó el cañón del arma para apartar la trayectoria de Christine, dándole de paso un empujón para hacerla caer hacia atrás y alejarla todo lo que podía en ese momento del peligro. Con dos movimientos retorció el brazo del ladrón haciéndolo aullar de dolor y lo golpeó con tanta fuerza que los huesos crujieron.

—Pues parece que te has equivocado de pleno, amigo. Aquí mando yo, y si no quieres que te vuele la cabeza ahora mismo, tus amigos van a lanzar las armas bien lejos y luego voy a ser generoso y voy a dejar que os larguéis sin mirar atrás. ¿He hablado claro? —David lo apretó con más fuerza para usarlo como escudo aunque al ser mucho más alto su cabeza quedaba expuesta.

—Está loco —dijo con la voz ahogada por la presión de su propia escopeta en la garganta—. Está en desventaja.

—No, tú lo estás. Puede que alguno de tus compinches tenga la suficiente puntería para volarme la tapa de los sesos, pero, aunque lo hagan, tú ya eres hombre muerto. De qué te servirá su valentía, ¿eh? Y si no aciertan más les vale ser rápidos porque no habrá lugar donde puedan esconderse de mí.

El cochero y el otro ladrón se miraron inquietos, evidenciando que ninguno tenía la suficiente puntería. Ambos sabían que el tipo bien vestido que tenían delante distaba mucho de ser un noble normal y corriente y no estaban dispuestos a jugarse el pellejo. Fue el cochero el primero en levantar las manos intentando buscar una solución.

—Está bien, escuche. Suelte a mi amigo y quédese con la dama. Nos iremos sin hacer ninguna tontería y nadie saldrá herido.

—Las armas —repitió sin titubear y ambos le obedecieron, lanzándolas a pocos pasos de ellos.

Tras unos segundos interminables David lanzó al hombre que retenía hacia delante con un empujón y sin dejar de apuntarle les hizo una seña con la cabeza para que se largasen. Cogieron sus monturas y, entre maldiciones, el carruaje y los caballos se marcharon entre una nube de polvo.

En cuanto se perdieron por el camino se giró para ver cómo se encontraba Christine, que en ese momento se levantaba del suelo frotándose la cadera dolorida por la caída. Estaba a punto de echarse a llorar, necesitaba un abrazo y un poco de comprensión, pero al mirar a Edevane, todavía tenso por el encontronazo, supo que no lo encontraría en él.

—¿Estás bien? —preguntó enfadado. Estaba deseando echarle en cara lo irresponsable que había sido y sabía que no tardaría mucho en hacerlo.

Ella asintió sacudiéndose las faldas y se dirigió hacia sus escasas pertenencias que habían quedado esparcidas en el camino, junto a las de David. Empezó a recogerlas y a guardarlas como pudo sin levantar la cabeza cuando lo vio acercarse a su lado.

—¿Dónde conociste a ese tipo? —preguntó sin poder morderse la lengua ni un segundo más.

—En la posada. Me dijeron que allí podría alquilar un vehículo y él me lo ofreció.

—Un desconocido con dudosa pinta te ofrece llevarte a ninguna parte y tú aceptas sin más. Sin un lacayo, sin tu cochero, sin una maldita doncella siquiera... ¿En qué demonios estabas pensando? ¿Por qué te has deshecho de tu carruaje y tu servicio?

—¡Por tu culpa! —David parpadeó con las manos apoyadas en las caderas sin poder creer que lo estuviera culpando de su propia insensatez. El gesto hizo que el tatuaje de su antebrazo se hiciera visible para Christine que por un momento se quedó sin habla—. Yo...eh. Gracias a tus recortes en la economía doméstica no podemos mantener más que un tiro de caballos y un carruaje aceptable. No podía llevármelo durante días y dejar Edevane Rosefield desatendido, mi hija está allí. Si ocurriese algo, Dios no lo quiera, necesitan un vehículo. Además, mi doncella hace tiempo que tiene nuevas funciones, y pasa la mayor parte del tiempo ayudando en la cocina.

—¿Es culpa mía que no tengas doncella?

—Prefiero no tener que agradecerte que pagues por mi comodidad. Sé peinarme sola y he adecuado mi vestuario para no necesitar casi ayuda —dijo sin disimular su orgullo.

—¿Y también es culpa mía que hayas decidido embarcarte en un viaje así? Reconoce que has sido una ingenua. No quiero ni imaginar lo que hubiera ocurrido si yo no hubiera estado en ese carruaje.

David se alejó varias zancadas desordenando su pelo rojizo con las manos, y se subió a un pequeño promontorio intentando averiguar dónde demonios estaban. En realidad necesitaba alejarse de ella lo suficiente para no sucumbir al deseo de estrecharla entre sus brazos y consolarla, las lágrimas que habían aparecido una décima de segundo en sus ojos casi lo habían hecho ceder. Pero de sobra sabía que no era buena idea dejarse llevar por la ternura, ella no era frágil, ni inocente, aunque pudiera parecerlo.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó ansiosa por encontrar una forma de salir de allí. Aunque moriría antes de reconocerlo pero sabía que él tenía razón. Se había precipitado en sus ansias de hacer las cosas por sí misma, y si David, ese hombre al que ya apenas reconocía, no hubiera estado las cosas hubieran acabado de la peor manera para ella.

—No, pero te puedo asegurar que por aquí no se va a Sussex. Estamos en mitad de la nada, pero no puedo guiarme por la posición del sol por culpa de las nubes. Lo único sensato es tomar el camino contrario al que han tomado esos tipos y confiar en que la suerte siga acompañándome como hasta ahora. Hemos pasado varios cruces de caminos, y no he prestado demasiada atención así que no prometo nada.

—El peligroso pirata Edevane perdido por culpa de unas nubes.

David ignoró su pulla, bajó del promontorio y se agachó para recoger sus pertenencias. Maldijo al ver que se habían llevado también la chaqueta de repuesto que llevaba en su bolsa, y de paso el dinero que tenía oculto en uno de sus bolsillos por seguridad. Todo había sido una concatenación de errores y no solo por parte de su madrastra. Había aprendido a estar siempre alerta, se había acostumbrado a no descansar del todo, a observar lo que le rodeaba como si tuviera un ojo en la nuca, y aunque muchos pensarán que lo suyo era cuestión de suerte, la verdad era que se debía al tesón y la determinación de no dejarse sorprender ni ser pillado con la guardia baja. Pero con Christine cerca sus buenos propósitos se quedaban en eso, en propósitos. Su presencia lo desestabilizaba, lo volvía vulnerable y lo alejaba del hombre férreo que se había prometido ser. Ahora era más consciente que nunca que alejarse de ella había sido una elección acertada, y volvería a hacerlo en cuanto pudiera.

—Vamos, marquesa. No sabemos dónde está el pueblo más cercano y no pienso quedarme aquí a esperar a que Dios me mande ayuda divina.

David echó a andar por el camino polvoriento sin esperar a ver si ella lo seguía, aunque sabía que no le quedaría más remedio que hacerlo. Christine se rebeló unos segundos, se había prometido que no volvería a escuchar a aquel hombre pero no había más opciones, ya que no

tenía ni idea de dónde estaban y hacía bastante rato que habían abandonado la posada. Observó unos segundos al hombre alto que se alejaba de ella con andares masculinos e inquietantes; su espalda ancha, ceñida por la camisa blanca y el chaleco entallado, ya no era la de aquel joven despreocupado de hacía unos años. David Clark, el marqués de Edevane, emanaba peligro y determinación, camuflados por una sonrisa que escondía algún que otro misterio.

## Capítulo 11

David intentaba controlar sus largas zancadas para no dejar a Christine atrás, pero la vorágine en la que se había sumergido su mente le hacía difícil controlarse. Miró sobre su hombro mascullando entre dientes y vio la sombra de su madrastra intentando seguir sus pasos. Se detuvo y se giró hacia ella y pudo percibir con claridad que enderezaba la espalda y disimulaba una mueca de dolor con poco éxito. Quizá era hora de tomar un pequeño descanso después de varias horas caminando. La miró con el ceño fruncido y se acercó hasta ella.

—Nos detendremos a descansar un poco.

—Por mí no lo hagas, estoy bien. —Se resistió ella, aunque estaba agotada. Y no solo porque las largas piernas de David avanzaran mucho más terreno que las suyas, sino porque el corsé parecía apretarse más y más a cada paso, y sus condenados zapatos no eran los más adecuados para una caminata por un terreno inestable.

Una gota de sudor resbaló por la sien de Christine y ella hizo un esfuerzo para controlar su respiración y que él no notase que le costaba seguirle. Dio un paso más y esta vez no pudo contener el siseo de dolor al apoyar el pie en el suelo.

—Ven aquí, siéntate. —David la sujetó de la mano y la condujo hasta una enorme piedra, obligándola a sentarse. Se arrodilló frente a ella y soltó una maldición al ver sus medias salpicadas de sangre—. Santo Dios, te has hecho una herida. ¿Por qué no me lo has dicho?

Christine vio la pequeña mancha roja que se extendía por encima del talón de su zapato, como había temido la ampolla que le había provocado el calzado se había convertido en una dolorosa herida.

—No creí que te importase.

David movió la cabeza con frustración y procedió a quitarle el zapato con delicadeza.

—¿Por qué razón no me iba a importar tu dolor, Christine? ¿De veras piensas que soy tan cínico, tan mala persona? Estoy aquí porque me importa tu bienestar.

—No, no es cierto. Estás aquí para demostrarme que me he equivocado, para ser testigo de primera mano de cada uno de mis fracasos. —Christine le empujó para que no la tocara, ya era bastante bochornoso haber sido engañada de esa forma como para soportar ver algo parecido a la compasión en sus ojos.

David se puso de pie para darle el espacio que ella necesitaba, y de paso romper esa especie de hechizo que los atrapaba en la misma escena una y otra vez.

—Tengo la impresión de que estamos caminando en círculos, quizá deberíamos... —David se interrumpió y se puso alerta. El sonido de unos cascos acercándose se hizo cada vez más

presente y con un movimiento rápido sacó una pequeña pistola de su bota.

—¿Eso siempre ha estado ahí? —preguntó ella perpleja.

—Sí, pero no había llegado el momento de usarla. La situación estaba controlada.

—¿Controlada? Nos estaban apuntando...

Una carreta apareció por el recodo del camino y David soltó el aire aliviado al ver que se trataba de un anciano. Se guardó con rapidez el arma en el cinto y levantó las manos con la cara más inocente que pudo componer.

—¿Rossy? —Gritó el hombre tras abrir la puerta de su modesta vivienda. Una voz femenina le contestó desde algún lugar de la casa y al instante una mujer apareció en la entrada limpiándose las manos en el delantal—. Mira lo que me he encontrado por el camino.

La mujer miró sorprendida a los dos jóvenes que aguardaban con cara de apuro detrás de su esposo.

—Los han atracado unos truhanes y los han dejado abandonados en el bosque. La tarde se está poniendo fea, no podía dejarlos allí tirados.

La mujer asintió y los instó a pasar al interior de la austera vivienda, que, aunque sencilla era muy acogedora.

—Le agradecemos de corazón su hospitalidad, señora. Me llamo David Clark, ella es... Christine Clarke.

—No tiene importancia, si Dios los ha puesto en nuestro camino es porque estábamos destinados a ayudarles. Todo pasa como tiene que pasar. ¿Verdad, Ray?

—Verdad. No tenemos gran cosa, pero al menos les podemos ofrecer un plato de sopa.

El hombre se quitó el abrigo y se dirigió hacia una alacena para servir dos vasos de licor y le tendió uno a David.

—Parecen un matrimonio encantador. —Rossy los observó encantada de ver la buena pareja que formaban. Christine abrió la boca para sacar a la mujer de su error pero David le hizo un elocuente gesto con la cabeza para que no lo hiciera. Todo sería más fácil si pensaban que eran un matrimonio normal y corriente, y no le apetecía dar explicaciones sobre la razón por la que estaba en mitad de la nada con la madrastra a la que odiaba—. Venga, joven. Prepararemos un té. ¿Hacia dónde se dirigen?

—Hacia Sussex. Íbamos a visitar a unos parientes.

—¿Sussex? Están muy alejados de allí —dijo la mujer con una sonrisa dulce, sin cuestionar sus palabras.

—Me temo que hemos sido víctimas de un engaño desde el principio. Alquilamos un vehículo en una posada pensando que se trataba de gente decente, y cuando quisimos darnos cuenta estábamos en mitad del bosque con un arma apuntando nuestras cabezas. Solo nos han dejado unas pocas pertenencias —relató David.

—Virgen santísima —musitó Rossy, persignándose—. Suerte que no hayan sufrido ningún daño.

—Sí, ha sido una suerte —reconoció Chris, agradeciendo para sus adentros que no le hubiera echado la culpa a ella de lo ocurrido.

—¿Podría decirme dónde estamos, señor Ray? No sé si tendrá algún mapa con el que pueda orientarme.

—¿Mapa? —bufó el granjero levantándose con una sonrisa—. Sabiendo dónde están mis

sembrados tengo bastante.

El hombre miró a David con una media sonrisa y supo que le estaba tomando el pelo. Sacó un papel arrugado de uno de los cajones y cogió una pequeña ascua apagada del cajón que había junto a la chimenea para usarla como carboncillo. Marcó varias cruces en el papel y luego lo miró unos instantes.

—Verá, joven. La posada de la que partisteis está aquí, y el punto donde os encontré aquí. Si caminasteis tantas horas todo indica que esos tipejos hicieron bien su parte y os despistaron eficazmente porque habéis estado andando en círculos.

—Justo lo que yo pensaba.

—No se culpe, estos bosques son frondosos y traicioneros, incluso gente que se ha criado por la zona se ha perdido alguna vez. Sussex está aquí, a un día y medio de viaje si el tiempo acompaña.

—No hemos avanzado nada, más bien todo lo contrario —se lamentó Christine acercándose a la mesa y mirando el mapa—. Hemos perdido todo un día de viaje.

El hombre continuó marcando los pueblos cercanos mientras David observaba el improvisado mapa, pensativo.

—Si no me equivoco, Castledon está hacia el sur, ¿verdad?

—Así es.

—Bien, mi padre tenía un buen amigo por esta zona, lord Fortune. Vive en una mansión cerca del río.

El hombre se rascó la cabeza unos instantes.

—Supongo que se refiere a esa enorme casa horrible y oscura llena de chimeneas. Solo he estado una vez allí, el sitio da un poco de repelús.

—Sí, esa misma. Él podrá ayudarnos a conseguir un vehículo para poder volver a casa. —Su padre nunca había sido un hombre excesivamente amable, pero por alguna razón había tenido la suerte de contar con buenos y leales amigos. En cuanto David le contase lo que había ocurrido estaba seguro de que pondría en sus manos los medios necesarios para ayudarle.

—Bien, mis jamelgos no pueden hacer viajes muy largos, pero mañana podría acercarlos hasta la linde del pueblo. Desde allí podrán caminar un trecho hasta la mansión.

—Se lo agradezco de corazón, Ray. Le prometo que le compensaré por esto.

El anciano le quitó importancia con un gesto de la mano y sirvió una copa para cada uno. En un sitio tan solitario como aquel la compañía y la conversación de dos jóvenes era pago más que suficiente para ellos. Tras tomar una cena ligera Ray sacó una baraja de cartas, y se dispusieron a jugar una partida en la mesa de la cocina mientras Christine y Rossy daban los últimos toques a un bizcocho de nueces que olía delicioso.

—No imaginaba que supiera cocinar. Se ve usted muy... refinada. Espero que no le moleste.

Christine sonrió, y agradeció que David no hubiera desvelado que poseían un título, eso hubiera hecho que los ancianos se hubiesen sentido incómodos y quizá se hubieran visto obligados a tratarlos con más ceremonia de la necesaria.

—Oh, no se preocupe. Mi madre insistió en que supiéramos valernos por nosotras mismas, y la verdad es que estoy muy agradecida por ello. —Y era cierto. Su madre esgrimía las tareas domésticas como castigo cuando ella y sus hermanas hacían alguna travesura o desobedecían sus órdenes, aunque para ser sinceros a ella le apasionaba perderse en la cocina, sobre todo para elaborar pasteles. Amber, en cambio, prefería la costura y encontraba muy entretenido zurcir mantas y calcetines, algo que sus hermanas no llegaban a entender.

Una carcajada proveniente de la mesa donde ellos jugaban llamó su atención y Rossy miró a su marido con ternura.

—Hacía tiempo que no lo veía reír de esa manera —dijo la mujer colocando el bizcocho en su mejor bandeja de porcelana.

—David tiene ese efecto en los demás —reconoció Christine con una sonrisa triste—. Tiene la capacidad de sacar lo mejor de la gente, de hacerlos más felices, incluso algunos dicen que tiene la cualidad de ser una especie de talismán.

—No parece que sobre ti tenga ese efecto. ¿Va todo bien? —La mujer apoyó su mano en el brazo de Christine con ternura.

—Sí, supongo que sí. Es solo que a veces... es complicado.

—La vida suele serlo. El matrimonio es como una inversión a largo plazo, como un campo recién sembrado. Hay que cuidarlo con dedicación, ser fuertes frente a los elementos, no dejarse vencer cuando alguna cosecha no sale como esperamos. Si nos esforzamos y la semilla es buena, al final florecerá.

Christine asintió sin mucho convencimiento. En su caso allí ya no había nada que sembrar, entre ellos solo había un pedregal inhóspito y lo único que les apetecía a ambos era coger esas piedras y lanzárselas a la cabeza.

—Disculpame por hablarte con esa confianza, será porque me recuerdas a mi hija —se escusó la mujer mientras se dirigían con el bizcocho hacia la mesa.

—¿Tiene una hija? ¿Vive cerca de aquí?

—Vive en Londres. Es costurera de la reina —dijo la mujer con la voz algo chillona por la emoción. Se levantó y fue a buscar una caja de madera a la alacena y la dejó sobre la gastada mesa.

—Vamos, mujer. Estos jóvenes están cansados, y tú también. Ha sido un día duro y seguro que no les apetece que les cuentes las aventuras de nuestra Mary Rose. —El anciano pareció azorado e intentó cerrar la caja para preservar las cartas que contenía.

—Se marchó hace ya tres años. Nos escribe con frecuencia, pero tiene un puesto de gran responsabilidad, y por eso no puede venir a vernos. Quizá algún día cojamos nuestros jamelgos y vayamos a hacerle una visita. ¿Verdad, Ray?

El hombre asintió con la cabeza baja y apuró de un trago su bebida.

—Mira. Esta es una de las últimas. Léela, por favor. —Ray intentó coger el papel antes de que su esposa se la diera a Christine pero no le dio tiempo.

Christine los observó a ambos confundida al ver la mirada suplicante del hombre. No entendía nada, pero ante la insistencia de su anfitriona abrió el sobre y sacó el papel que contenía. Desdobló la hoja y se quedó más confundido aún al ver una sucesión de garabatos ininteligibles trazados de manera tosca. Volvió a mirar a Ray y vio sus ojos empañados por el llanto y el leve temblor de su barbilla.

—Lo siento, Rossy. Tengo que reconocer que no veo bien de cerca, la verdad es que sin mis lentes me es imposible leer o escribir una sola palabra, y se las han llevado los ladrones.

—Oh, qué lástima.

—Rossy, cielo. Pareces cansada. ¿Te parece que te acompañe a la cama y mañana leeremos las cartas de Mary Rose?

La mujer asintió. De repente parecía que sobre ella había caído el peso y el cansancio de muchos años de lucha.

—Termínense el bizcocho, volveré enseguida.

Ray se perdió con su mujer de la mano y David le quitó el papel de los dedos a Christine muerto de curiosidad.

—¿Qué es esto? —Echó un vistazo tan confundido como ella y dejó el papel sobre la mesa cuando escuchó los pasos cansados de Ray acercarse por el pasillo.

Ray cogió la misiva y tras doblarla de manera cuidadosa y meterla en su sobre la devolvió a su lugar junto a las demás. Se sentó con aspecto cansado y acarició la tapa de madera durante unos instantes interminables.

—Haría cualquier cosa con tal de que mi Rossy no sufriera, lo entienden, ¿verdad?

—Pero, su hija... —comenzó a decir Christine que guardó silencio al ver que él sacaba un pañuelo de tela del bolsillo y lo pasaba por sus ojos llorosos.

—Ella era una joven decidida y valiente. Yo no quería que se marchase, pero qué futuro podíamos ofrecerle aquí. Se marchó junto con una amiga a buscar una vida mejor en la ciudad. Querían trabajar en alguna fábrica y conseguir ahorrar un poco para montar su propio taller de costura. Al principio nos mandaba cartas. Rossy se sentaba junto a la chimenea y yo se las leía una y otra vez hasta que nos las aprendíamos de memoria.

Ray guardó silencio como si estuviera rememorando aquellos textos que ahora se guardaban amarilleados por el tiempo en aquella caja.

—Y entonces las cartas cesaron. Hasta que llegó una, la carta más triste del mundo, la que ningún padre querría recibir nunca. Era de su amiga. Habían estado malviviendo en una pensión insalubre hasta que Mary Rose enfermó. Las fiebres se la llevaron en pocos días. Ni siquiera sé dónde está enterrada. No tuve fuerzas para decirle que se había ido para siempre. De qué serviría. Rossy no resistiría ese dolor. Ella no sabe leer y su vista no es la que era. Al principio aprovechaba los viajes al pueblo para escribirlas. Después me volví perezoso, tanto daba, y me limité a dibujar garabatos e inventarme el texto sobre la marcha.

—Lo siento muchísimo. Ha debido ser muy duro cargar con ese sufrimiento tan intenso —dijo Christine con una mano sobre los labios intentando contener un sollozo.

—Es la primera vez que digo en voz alta que mi hija está muerta, y creo que me siento... aliviado.

—¿Se lo dirá entonces a su esposa? —preguntó David.

Ray se levantó con lentitud y negó con la cabeza.

—Que descansen, si necesitan algo no duden en decírmelo.

—Ray —lo interrumpió David antes de que se perdiera por el pasillo—, es usted un buen hombre.

El silencio se instaló como un manto en aquella pequeña casa y solo el sonido de las llamas crepitando en la chimenea resonó entre sus paredes.

## Capítulo 12

David aguantó estoicamente con la vista perdida en la oscuridad que se extendía al otro lado de la pequeña ventana de aquella habitación prestada, que había pertenecido a Mary Rose y que ella ya nunca más usaría, mientras Christine se quitaba la ropa y se metía en la cama llevando solo un camisón de la difunta Mary Rose, ya que había tenido que lavar el suyo tras haber acabado tirado sobre la tierra.

—Ya —avisó con las mantas subidas hasta la barbilla.

Él ya lo sabía. Tenía la capacidad de intuir sus movimientos, de sentirlos sobre él como si el aire que ella movía le llegase como una caricia. Cuando se giró la encontró tumbada de espaldas a él, tan tensa como la cuerda de un violín.

—Todavía me pregunto por qué les has dejado creer que somos marido y mujer. Esta situación podría haberse evitado. —Se quejó Christine aunque sabía que era inútil.

En cuanto a la situación en concreto, Christine no podía creer que tuviera que compartir una cama bastante pequeña con David Clark, la persona que más odiaba del mundo. La habitación era tan sencilla que, además de la cama y un armario, no había nada más, ni sillas, ni un solo taburete, ni siquiera una alfombra que le aportara una pizca de calidez al suelo, y haciendo gala de su falta de caballerosidad habitual, él se había negado a dormir en cualquier otro sitio que no fuera el colchón. Ambos eran adultos y se odiaban lo suficiente como para evitar cualquier roce por mínimo que fuera, ¿qué podría pasar?

—Nos apellidamos igual y no creo que pudiéramos pasar por hermanos, no nos parecemos en nada. A veces no es bueno dar demasiada información.

—Eso debe pensar Ray.

—La verdad está sobrevalorada.

—La verdad es necesaria, David. —Christine aguantó la respiración mientras sentía su peso acomodarse en el colchón detrás de ella. No se rozaron, pero la sensación de tenerlo tan cerca bajo las sábanas fue suficiente para que le hormigueara la piel.

—No estoy de acuerdo con lo que ha hecho, pero tampoco puedo juzgarlo. Ha decidido cargar él solo con el dolor de los dos para que ella no sufra.

El silencio se volvió espeso durante unos minutos interminables en los que solo se escuchó el sonido de las maderas ardiendo en la pequeña estufa que ni de lejos aplacaba el frío de la habitación.

—Creo que Rossy en el fondo lo sabe —dijo ella casi para sí misma

—¿Tú crees? —susurró, y el aire movió ligeramente el pelo de Christine que descansaba sobre

la almohada. Aquello era demasiado íntimo, demasiado.

—Siempre he pensado que cuando amas a alguien puedes sentirlo. Aunque no esté junto a ti, forma parte de tu corazón, si esa persona deja de existir... seguro que sientes ese vacío, como si una parte de ti también hubiera muerto.

David escuchó su corazón latir con fuerza, o puede que fuera el corazón de Christine, no importaba. Sabía lo que ella quería decir. Él lo había sentido durante años, doloroso e hiriente como una espina enquistada horadándolo por dentro. Ese pequeño pedacito de corazón que no le pertenecía, ese pedacito que era a la vez el trozo más puro y el más tóxico de todos, había estado ahí, palpitando y arrastrándolo hacia los infiernos. Pero sin duda era la única parte de él que estaba viva.

—¿Sentiste eso con mi padre? —Su tono pretendió ser sarcástico pero en aquel silencio oscuro sonó tétrico y extraño, como si no hubiese sido su voz la que rompió aquella calma tensa. Se arrepintió inmediatamente, aunque ya era un experto en eso. Creyó que ella no contestaría pero al cabo de unos segundos su voz cruzó la escasa distancia que los separaba para sacudirlo como una bofetada.

—Eres un hijo de puta, Edevane.

A pesar de que pensaba que le costaría dormir, el cuerpo de Christine acusaba el cansancio de noches en vela y se durmió casi inmediatamente. El amanecer comenzaba a iluminar la estancia tímidamente cuando comenzó poco a poco a recuperar la consciencia. Hacía calor, mucho calor, tanto que agitó las piernas para deshacerse de la manta que la apretaba. Se removió inquieta contra el cuerpo acogedor que la rodeaba y escuchó un ligero gemido. Sabía que debía abrir los ojos, pero algo dentro de ella le decía que no, que prolongara aquello un poco más. Su camisón, el discreto y gastado camisón de Mary Rose, se había arremolinado en las caderas y el aire frío que estimuló sus piernas le devolvió la vida. Una mano de dedos largos y fuertes apretó su muslo, una caricia que ya conocía, una caricia que había echado tanto de menos que dolía. Apretó los ojos con fuerza para no romper la magia, la realidad era demasiado horrible para aceptarla. Los dedos de ese hombre continuaron su camino hacia su intimidad y comenzaron a acariciarla con movimientos lentos y tortuosos. Un gemido escapó de su garganta y se mecía contra él desesperada.

David sabía que aquello no era un sueño. Tampoco podría definirlo como una pesadilla aunque en cuanto la luz del sol cayera sobre ellos todo el odio se reiniciaría como una maldición. Y sin embargo no encontraba fuerzas para detenerse y alejarse de ella. Aquella nube cálida que los había envuelto era como una cárcel, y se sentía a su merced. El cuerpo flexible y acogedor de Christine se acoplaba al suyo como si estuviesen hechos el uno para el otro, su pelo desprendía ese aroma sensual que nunca lo había abandonado del todo y sus manos pequeñas lo buscaron bajo las mantas. Cuando apretaron su erección por encima de su ropa interior supo que debía detenerse o acabaría sucumbiendo a la fuerza de ese deseo arrollador. No podía permitírselo. No, si quería seguir manteniéndose cuerdo. Su pecho se partió con un sollozo y tomó conciencia de lo que tenía que hacer. La sujetó por la muñeca y ese simple gesto bastó para que la magia se rompiera y la realidad despejara sus sentidos con demasiada crudeza.

—No... no —susurró él con la voz entrecortada—. No podemos.

Se levantó tan rápido que el suelo se tambaleó bajo sus pies, y tras vestirse con urgencia salió al exterior de la casa, donde la niebla todavía se enredaba con los campos y los primeros pájaros

comenzaban a cantar entre las ramas. El frío le recordó quién era él. Quién era ella.

## Capítulo 13

5 años antes.

Mansión Lambert.

Era muy fácil sentirse cómoda con un hombre como David. Era un caballero amable, atento, y en cada conversación no faltaba algún comentario divertido y ocurrente que le sacaba una sonrisa. La miraba con franqueza, sin juzgarla ni hacerla sentir insignificante, poco sofisticada o anodina. Puede que por eso ya no esquivara sus ojos cuando se clavaban en ella, como tampoco eludía el ligero roce de sus manos sobre las suyas cuando nadie miraba. Con él sentía la necesidad de hablar, de mostrarle lo mejor que había en su interior, de dejar que la conociera, y no se había dado cuenta de cuánto necesitaba sentir que alguien la valoraba hasta ese momento. Pero eso no era lo único que Christine anhelaba. David estaba despertando en ella la necesidad de sentirse deseada y amada, pero no por cualquiera, solo por él. Y eso, además de una insensatez, era aterrador. Enamorarse de un hombre como él era la peor de las opciones posibles, pero estaba empezando a descubrir que resultaba imposible luchar contra los sentimientos.

—Es imposible que esa mujer piense que Clark se fijará en su hija. —La voz afilada y algo nasal de Lilith Walken sacó a Chris de sus pensamientos y levantó la vista de su té para seguir la dirección de las miradas de sus tres acompañantes.

Las dos hermanas Florence se giraron sin disimulo alguno para diseccionar al trío que en ese momento entraba en el salón de té de los Lambert. Clark, más atractivo que el mismo diablo enfundado en su traje de color crema, acompañaba a lady Jameson y a su hija, probablemente la candidata más rica de la temporada.

—Yo no estaría tan segura, Carlota Jameson posee una dote que haría sonrojarse hasta a la mismísima reina. Cualquier hombre podría tenerla en consideración llegado el momento.

—Además, Carlota es muy agradable —añadió Gloria, la más tímida de las hermanas.

—Clark no necesita el dinero —opinó Lilith dirigiéndole una mirada significativa a Christine, que prefirió ignorarla.

—Todos necesitan el dinero. —Esta vez fue el turno de Constance Florence de opinar.

—No sé si alguna vez ese hombre llegará a pensar en el matrimonio, pero estoy segura de que ninguna debutante conseguirá atraparlo. Él es de otra pasta. Un hombre como ese es como un verso libre. Atrevido, rico, lujurioso... ¿Qué podría ver en una joven anodina y sin una gota de sangre en las venas? Y quien piense lo contrario es que es una rematada estúpida.

Christine supo que el dardo iba encaminado a ella y no pudo entender por qué razón quería herirla. Miró a Lilith de soslayo y sus ojos oscuros le parecieron un tanto siniestros, incrustados

en su cara pálida y demasiado redonda.

—¡Lilith! No seas tan atrevida. Si alguien nos oye... —se quejó Carlota mirando a ambos lados por si había alguien cerca—. Además, cómo puedes saber cosas tan íntimas sobre ese hombre.

—Tengo hermanos mayores, y, a menudo, cuando hablan de sus cosas se olvidan de que yo estoy allí. Por lo que dicen —continuó bajando el tono buscando su complicidad—, Clark tiene un historial de conquistas digno del libertino más consagrado. Una corista, unas cuantas viudas jóvenes y no tan jóvenes, y lo que es peor... una mujer casada con un anciano noble. Él y su amante cada vez son más osados, como si no les importase ser descubiertos.

—Pero ¿por qué querrían ser descubiertos? Nadie sobrevive a un escándalo de esas dimensiones. Ni siquiera el futuro marqués de Edevane.

—En realidad no quieren, lo que les motiva es la emoción de lo prohibido. Podría estar con cualquier otra mujer bella y sin embargo la elige a ella porque le gusta el riesgo, porque está prohibida.

Christine tragó saliva y se llevó la taza, que ya no tenía más que unas gotas de líquido, a los labios. La volvió a dejar en el plato esperando que las demás no se hubieran percatado de que estaba vacía, lo que podría revelar su nerviosismo.

Lilith miró a sus amigas esperando alguna reacción pero todas la observaban como si no terminaran de entender su razonamiento.

—Imaginaos que vais a la modista. De repente veis un vestido en un maniquí. Es un vestido bonito, igual que el resto. Y ahora imaginad que os dicen que no lo podéis comprar porque es un encargo de la reina. ¿A que eso incentivaría vuestras ganas de tenerlo?

—¿Qué tiene que ver la reina en esto? —preguntó Gloria con el ceño fruncido, confundida, haciendo que Lilith resoplara por la frustración.

—Es un juicio apresurado, Lilith. No es más que una conjetura hecha por alguien al azar. Ni siquiera has hablado con ninguno de ellos para asegurarte de que eso es así —dijo Christine al fin, sorprendida de escuchar su propia voz.

Lilith parpadeó varias veces como si fuese incapaz de concebir la idea de que la mayor de las Archer pudiese intervenir en la conversación, y mucho menos para llevarle la contraria.

—Los rumores son exactamente eso, Christine. Nadie va a preguntarle al protagonista si es verdad. Pero cuando el río suena agua lleva. Si se habla de alguien es porque ha dado sobrados motivos para ello. Por eso es tan importante andar con los ojos bien abiertos y tener buen criterio, si nos dejamos adular por cualquiera nosotras mismas caeremos en ese saco. ¿Lo entiendes?

Claro que lo entendía. Era imposible no hacerlo cuando había notado las miradas suspicaces y los interrogatorios sutiles después de cada encuentro, por breve que fuese, con Clark. Y por más que se esforzase en pensar que lo hacían por su bien, la única conclusión a la que llegaba era que lo hacían por envidia. David era el hombre más atractivo, risueño y atrayente de todos los que allí se congregaban, y su carácter abierto no hacía que ese halo de misterio que lo rodeaba desapareciese lo más mínimo. Los ojos de David Clark albergaban miles de oscuros secretos, secretos que prometían placeres y complicidad. Sin querer, Chris lo buscó con la mirada y lo encontró hablando con una hermosa dama. No sabía si era ella su supuesta amante, pero le resultó tan evidente que ambos se devoraban con los ojos y que entre ellos existía algún tipo de relación que, sin pensar, se levantó para abandonar la sala. Necesitaba aire y, sobre todo, deshacerse de aquella sensación tan desagradable que le revolvía el estómago. Se sentía una

estúpida y en ese momento no le importó que sus recientes amigas dedujesen que estaba dolida. Intentó levantarse con tanta urgencia que el ruedo de su falda se enredó en una de las sillas vacías, arrastrándola con ella. El estruendo que la madera provocó al caer contra el suelo de mármol atrajo la atención de todos y Christine solo pudo contener el gemido de dolor que le había producido una de las patas al golpear su tobillo. No le importó, su mortificación era mucho más intensa que cualquier daño físico, y la vergüenza hizo que incluso su vista se nublase. Avanzó como pudo hacia la salida ignorando los murmullos de los invitados que ocupaban las otras mesas. Al llegar a la soledad del pasillo una mano se aferró con fuerza a su muñeca impidiéndole continuar y se giró para ver de quién se trataba, con el corazón retumbando en el pecho y el calor abrasando sus mejillas.

—¿Se encuentra bien? —preguntó David con la preocupación reflejada en el rostro, y sin pensarlo levantó la mano para tocar su cara.

—¿Necesitan algo, señor? —El mayordomo de los Lambert, que se había acercado al escuchar el ruido, los interrumpió de manera providencial, ya que varios invitados los observaban desde la puerta del salón.

—Estoy bien, no se preocupe. Solo me he mareado un poco —le informó ella con voz temblorosa.

El mayordomo asintió y se dirigió hacia el lugar donde los observadores ya empezaban a cuchichear y diligentemente les invitó a seguir disfrutando de sus té y sus conversaciones en sus respectivos asientos.

Christine tironeó para librarse del agarre de David, y él miró su mano como si hubiera olvidado que la estaba sujetando.

—Discúlpeme, me he preocupado al verla salir así.

—No debe preocuparse por mí, señor Clark. —El tono de Christine fue tan glacial que la temperatura del pasillo bajó varios grados y David frunció el ceño con extrañeza—. Vuelva con esa mujer, que seguro acepta sus atenciones con más agrado que yo.

—¿Cómo dice? —Chris negó con la cabeza arrepentida por el exabrupto, al fin y al cabo no tenía ningún derecho a hablarle así, y se alejó por el pasillo levantando la barbilla, en un intento de camuflar su desolación a base de soberbia.

Pero si pensaba que podría fingir que aquello no había pasado se equivocaba ya que él la siguió hasta que llegaron a la escalera que llevaba a las habitaciones. Tras asegurarse de que no había nadie a la vista tiró de ella hasta conducirla a un rincón oculto bajo la escalera, y agradeció que la casa de los Lambert tuviera tantos recovecos.

—¿Puede explicarme qué ha querido decir con eso? —exigió acercándose tanto que a ella le resultó imposible escapar de allí.

Christine se sintió ridícula e infantil y sabía que dijese lo que dijese solo contribuiría a estropearlo todavía más. Pero quizás no importaba, lo mejor sería que esa absurda burbuja por la que se había dejado atrapar explotase cuanto antes.

—Debe ser divertido jugar con la menos popular de la reunión, fingir que mi presencia le agrada y aprovecharse de mi falta de experiencia para impresionarme con su falsa amabilidad. Pero no soy tan estúpida, señor Clark. Todo el mundo sabe que sus preferencias son otras y no voy a permitir que...

—Cállese.

—¿Qué ha dicho? —preguntó con los ojos abiertos como platos ante su descortesía.

—Que se calle, ya he escuchado bastantes tonterías. —La voz de David se redujo a un susurro

ronco mientras se acercaba hasta ella un paso más obligándola a retroceder. Apoyó la mano en la pared que había tras ella y Christine se sintió presa sin necesidad de ninguna cadena ni puerta. Quería estar allí, o en cualquier otro lugar en el que los brazos de Clark la rodeasen—. Solo le he pedido una cosa, que me conozca sin atender a lo que los demás puedan decir, pero ya veo que se deja influir fácilmente por los dimes y diretes de salón. No voy a pedir perdón por lo que haya hecho antes de conocerla a usted, pero si realmente cree que soy el tipo de hombre que se burlaría de la inocencia de una joven, no merece la pena continuar esta conversación.

Christine sintió que el aire se le escapaba del pecho y en un acto impulsivo sujetó el brazo de David en el momento en el que empezaba a alejarse.

—No, por favor.

—Si hablo con usted es porque su compañía me resulta agradable, y si busco cualquier ocasión para acercarme a usted es porque... —Los dedos de Christine se posaron sobre sus labios enmudeciéndolo, sin saber el poder que ese gesto tenía. David sintió la caricia en todo el cuerpo y fue consciente de cuánto deseaba descubrir el sabor de su piel y su boca.

Solo el eco de una conversación acercándose por el pasillo lo sacó de su ensoñación, sin embargo saber que Christine solo lo había hecho por prudencia y no por deseo no lo ayudó a contener las ganas. Los pasos se alejaron y de nuevo aquel íntimo silencio los envolvió. David se preguntó qué haría ella si la besaba, y él, desde luego, no veía el momento de que aquello ocurriera. Pero no lo haría, no le robaría un beso en cualquier rincón de manera apresurada, por emocionante que le resultase la idea. Necesitaba que confiara en él, por alguna razón que se le escapaba su aprobación era importante. Acarició su mejilla con un gesto tan liviano que a los dos les supo a poco, y se alejó un paso de ella.

—Pregúnteme lo que desee saber sobre mí, Christine. No soportaría que se conformase con lo que las lenguas malintencionadas le cuenten.

—Entonces, ¿no es cierto que su historial de conquistas es de dudoso gusto?

David contuvo una carcajada. Era tan inocente que ni siquiera sabía el alcance de sus preguntas o sus actos.

—No reniego de lo que he hecho, aunque hay situaciones que no repetiría. El resto, Christine Archer, está por escribir.

Chris no supo cómo interpretar aquella frase, tampoco pudo hacerlo ya que su cerebro pareció licuarse al ver cómo David se besaba la yema de su dedo índice para acto seguido apoyarlo en los labios de ella. El contacto la quemó y la dejó paralizada hasta mucho después de que él se marchase dejándola sola en aquel refugio improvisado.

Esa noche la cena había sido interminable para Christine, ya que se había sentido más observada que de costumbre. Puede que solo fuese su imaginación y se estuviese sugestionando, pero había captado varias miradas curiosas y cabezas que se unían para intercambiar algún comentario malicioso. En cuanto los invitados comenzaron a abandonar el comedor se apresuró a salir para buscar un sitio discreto desde donde esperar a que su madre le diera permiso para retirarse. Antes de que pudiera avanzar demasiado una mano enguantada rozó sus dedos con sutileza, un gesto tan liviano que nadie pudo verlo, pero que ella sintió como la descarga de un rayo. David avanzó junto a ella evitando mirarla directamente, él también se había dado cuenta de las miradas suspicaces de los demás, y lo que menos deseaba era que Christine se viese afectada por su culpa. No le importaba lo más mínimo lo que pudiesen decir de él, nunca le habían interesado las

opiniones de los demás. Su pecado siempre había sido no entrar por el aro de lo que los demás creían correcto, no seguir los tiempos establecidos y vivir su vida como quería. No hacía ni más ni menos que lo que hacía cualquiera de los caballeros solteros con sangre en las venas que conocía. Pero él, a sus veinticinco años no había mostrado ningún interés por encontrar una joven adecuada con la que formar una familia, y en un par de ocasiones, solo para que dejaran de acosarle con preguntas al respecto, había dejado caer que no pensaba formar parte de la noble institución del matrimonio. Eso había bastado para que las madres alejaran a sus retoños de sus fauces, y los padres ansiosos por pescar un buen título para su familia lo mirasen con recelo. Eso, y la fama de conquistador que se había ganado merecidamente.

Aunque aquello no fuera más que una verdad a medias. No despreciaba la idea de formar una familia llegado el momento, simplemente no había encontrado nunca una mujer que despertara en él el suficiente interés para plantearse. Mientras llegaba o no ese momento no estaba dispuesto a soportar velada tras velada, año tras año, ser invitado a los salones con la esperanza de cazarlo. Con su negativa a casarse había conseguido alejar de él de manera magistral la presión del mercado matrimonial.

Ahora, en cambio, no hacía falta que nadie intentara empujarlo hacia una dama en concreto. Christine Archer había aparecido por casualidad o por accidente en su vida, y, contra todo pronóstico, no quería que saliera de ella, sino todo lo contrario. Desde que la había sorprendido en la biblioteca de los Chester, mirándolo con esos enormes ojos tan claros y las mejillas sonrojadas por la mortificación, no había podido apartarla de su cabeza. Sabía que las circunstancias en las que se habían encontrado no eran las más idóneas para conquistar a una mujer, pero en ella veía algo diferente y no estaba dispuesto a resignarse. Ella era especial, y puede que no se la mereciera, pero era demasiado egoísta como para dejarla escapar sin más. Una vez vencida la primera barrera de su timidez, Christine mostraba una de esas mentes brillantes que siempre encontraba una respuesta ocurrente, y, aunque no se conocieran demasiado, era evidente que poseía todas las cualidades que cualquiera podría admirar. Sin contar con la inevitable atracción que ambos sentían. Con cada mirada, con el más mínimo roce la energía del deseo contenido parecía crepitar entre ellos como una llama, aunque estaba seguro de que ella todavía no entendía demasiado bien lo que aquello implicaba. Pero él sí. Ansiaba con desesperación el momento de tomar su boca, de estrecharla entre sus brazos, susurrarle palabras de deseo que le erizasen la piel, y estaba impaciente por demostrarle todo lo que podía hacerle sentir.

—Espero que no olvide que la estoy vigilando de cerca. No pienso darme por vencido hasta que consiga bailar con usted —susurró David sin mirarla demasiado para que nadie más percibiera su complicidad.

—Lo siento mucho, señor Clark. —Se excusó con un tono coqueto que la sorprendió a ella misma—. Ya ha bailado conmigo esta noche. Y no es adecuado bailar más de dos veces con un caballero la misma velada.

—Entonces soy condenadamente afortunado. Solo hemos bailado una vez, así que me debe un vals.

Christine se llevó la mano a los labios para disimular una risita, pero la voz cortante de su madre a su espalda casi hace que se atragante.

—Me temo que no será posible, señor. —Su severo escrutinio podría haber disuadido a un hombre con menos carácter que Clark, pero él estaba curtido en peores batallas y se limitó a saludarla con una inclinación de cabeza—. Estoy agotada y mi hija y yo nos retiramos.

—Lo lamento, señora Archer. No era mi intención incomodarla.

—Vamos, Chris. —Sujetó con más fuerza de la necesaria el brazo de su hija, ignorando el azoramiento de la joven, para alejarla de aquel hombre que iba ganando terreno día tras día. Por mucho que Clark estuviese destinado a heredar un título importante dudaba que su hija, demasiado joven e inocente, tuviese las cualidades necesarias para llevar a un hombre como ese frente al altar, y antes preferiría ingresarla en un convento que dejar que jugase con su reputación y con el buen nombre de su familia.

Christine intentó resistirse sin llamar la atención pero los dedos de su madre parecían una garra indestructible. Por suerte para ella, la siempre inoportuna lady Lambert las interceptó antes de salir del salón.

—Melody, querida, te estaba buscando. Acompáñame, estoy formando las parejas para la competición de *whist* de mañana. —Como si fuera un torbellino enredó su brazo con el de su prima para arrastrarla hacia donde esperaban el resto de damas mayores. Al notar su reticencia miró alternativamente a la señora Archer y a su hija con una ceja arqueada—. Vamos, Meli. Deja respirar un poco a la niña, ya te he dicho que la proteges demasiado. Solo será un momento.

Ambas damas se alejaron perdiéndose entre el resto de invitados, lady Archer dedicándole una última mirada de advertencia a su hija y la anfitriona guiñándole un ojo con complicidad. Christine se quedó allí parada unos segundos mientras los invitados se dispersaban por el salón a la espera de que los músicos reanudaran el baile, buscando con la mirada alguna de las chicas con las que había congeniado en los últimos días. Su *amistad* o lo que fuese que estaba surgiendo entre ella y Clark estaba consiguiendo que ganase confianza en sí misma, y cada vez conseguía integrarse en las conversaciones con más soltura, aunque todavía le quedaba mucho por andar. Estuvo a punto de soltar una exclamación de sorpresa al sentir una mano asiéndola del brazo.

David, confiando en que cada cual estuviese inmerso en sus propios asuntos, tiró de ella con el mayor disimulo posible para conducirla hasta un lugar donde poder hablar sin ser observados. Ninguno de los invitados entendía qué demonios hacía una descomunal estatua de unos tres metros de altura y otros tantos de ancho de un general romano, caballo incluido, plantado en una de las esquinas del suntuoso salón de baile de los Lambert. Era tan horrible que a nadie se le escapaba que solo había sido colocada allí para presumir de una ostentuosidad innecesaria. Pero esa noche David le había buscado un uso bastante más fructífero. Se colocó junto al mastodonte de mármol blanco, y tras asegurarse de que nadie les prestaba atención arrastró a Christine hasta colocarse tras la pilastra que los ocultaba de miradas indiscretas.

—¿Qué demonios cree que está haciendo? ¿Ha perdido el juicio? —susurró Christine con el corazón latiendo completamente desbocado, mirando a ambos lados temiendo que en cualquier momento alguno de los invitados asomara la cabeza para delatarlos.

—Escúcheme, escúcheme... —rogó David colocando con delicadeza su dedo índice sobre los labios de ella. El contacto, aunque leve, le calentó la sangre hasta el límite de la irracionalidad. Se moría por besarla allí mismo, pero no podía permitir que su primer beso fuese un asalto apresurado detrás de la horrible decoración de los Lambert—. Mañana me marcho. Tengo que volver a casa, hay asuntos que he estado postergando.

Christine intentó tragar el nudo que le aprisionaba la garganta, pero sus cuerdas vocales se negaban a emitir ningún sonido.

—Sé que su madre la está vigilando de cerca pero necesito unos minutos, solo eso —suplicó, más desesperado de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Esto es una locura, déjeme salir de aquí; si nos encuentran... —Christine echó una mirada

nerviosa a su atuendo, echando en falta su abanico. La temperatura en aquel espacio era infernal, y estaba segura de que la culpa era de David Clark y de la forma en la que la miraba. A falta de algo mejor comenzó a abanicarse infructuosamente con su propia mano, pero era consciente que todos sus movimientos eran fruto del nerviosismo. Le dio la espalda a David fingiendo que estaba buscando el momento idóneo para asomarse y comprobar si podía salir de allí. Se olvidó de respirar cuando los dedos masculinos apartaron los bucles que caían como una cascada sobre su espalda. Sintió el aliento cálido sobre la piel desnuda de su nuca y no pudo evitar estremecerse.

—Parece acalorada. ¿Se encuentra bien? —Antes de que encontrara las fuerzas para responder, David sopló con suavidad sobre la columna de su cuello, paralizándola—. ¿Mejor así? —preguntó con voz ronca.

La coherencia, la poca que le quedaba, la empujaba a escapar de él, a gritarle que no estaba bien, que las pulsaciones se habían disparado dentro de sus venas, y que estaba a punto de desmayarse, y no le importaría hacerlo entre sus brazos.

—Por favor... —musitó con un hilo de voz al sentir que de nuevo exhalaba aire sobre su cuello. Ese hombre era capaz de derretirla con un pestañeo, con un chasquido de los dedos, con una exhalación. Quizás todos tenían razón y lo mejor era alejarse de ese bello demonio cuanto antes.

—A las doce estaré esperándola junto a la fuente del jardín trasero. Por favor, no me falle.

Sin esperar una respuesta, David se asomó por uno de los laterales con sigilo y con un rápido movimiento de la mano le indicó a Christine que saliera por el lado contrario de la estatua. Ni siquiera sabía cómo había sido capaz de controlar el temblor de sus rodillas, y darle las órdenes correctas a su cerebro para cruzar el salón en busca de su madre. La siguió hasta sus habitaciones, soportando estoicamente y en silencio, todas sus advertencias sobre la necesidad de alejarse de David Clark y de cualquier otro hombre de igual calaña. Despidió a su doncella en cuanto pudo, y una vez a solas se deshizo del camisón y buscó en el armario el vestido de paseo más sencillo que había llevado. Se sentó en la cama, a oscuras, abrazada a sus rodillas mientras se convencía a sí misma de que no iba a acudir a la cita.

Era una temeridad y no quería volver a exponerse a su cercanía. Envuelta en la penumbra, sus ojos se desviaban obsesivamente hacia el reloj de la mesilla, una y otra vez. Apenas faltaban cinco minutos para las doce, y por mucho que corriera, sorteando las zonas de la casa en las que todavía estarían algunos invitados rezagados ya no llegaría a tiempo. David no la esperaría. Por qué iba a hacerlo cuando cualquier mujer más atrevida que ella no dudaría en acudir. No tardaría en encontrar una sustituta más dispuesta y entregada que ella, estaba segura. Con ese convencimiento se levantó de la cama y dirigió las manos hacia el cierre de su vestido, resuelta a ponerse el camisón, meterse en la cama y olvidarse de aquella locura.

Miró las manecillas del reloj, a punto de rozar la hora en punto y, sin pensarlo, echó a correr. Cruzó la mansión deteniéndose cada vez que le parecía escuchar el eco de pasos, o cualquier otro sonido, pero lo único que se oía era su respiración agitada y su corazón retumbando furioso. Cuando al fin llegó a su destino se detuvo en seco, al ver que no había nadie junto a la fuente. Había perdido la oportunidad de estar, aunque solo fuera un instante, a solas con David. Él no la había esperado, y la decepción que le produjo ese pensamiento la aguijoneó con fuerza. Estaba a punto de girar sobre sus talones para volver a la casa cuando una mano fuerte la sujetó de la cintura y la arrastró hacia la oscuridad que proporcionaba uno de los arcos del patio.

—Estás aquí —susurró con una sonrisa de incredulidad.

—Tú también —contestó David divertido, mientras se quitaba la chaqueta para echársela por los hombros desnudos. Christine había salido con tanta urgencia que no se había molestado en cubrirse y el frío de la noche había erizado su piel. Eso, y la euforia contenida que le producía estar inmersa en aquella situación peligrosa con un hombre que podría devorarla y desecharla después sin despeinarse, pero algo en su interior le decía que no lo haría. La forma en la que la miraba, su delicadeza, sus maneras amables le decían que la cuidaría siempre. Puede que solo fueran las ensoñaciones de una joven inexperta que apenas había empezado a vivir. Christine no sabía nada del amor, del deseo, de lo que ocurría entre un hombre y una mujer. Apenas lograba manejar las sensaciones desconocidas que la aturdían cuando él la rozaba, cuando le dirigía una mirada ardiente, y en cambio él era un verdadero experto en esas artes. Pero ahora nada de eso importaba. Se lo había jugado a todo o nada, o al menos esa era la sensación que ella tenía en esos momentos.

Christine negó con la cabeza, sobrepasada por la situación al darse cuenta de que David seguía con las manos apoyadas en sus hombros sujetando la chaqueta con fuerza y que sus cuerpos estaban tan cerca que apenas podía ver su cara en la penumbra. Abrió la boca para decir algo coherente que hiciera estallar aquella situación íntima que los había atrapado, pero la calidez que desprendía aquel hombre y las ansias de descubrir lo que venía después la enmudecieron.

—No digas nada, Christine. No me digas que esto no está bien, que no deberíamos estar aquí, porque creo que nunca he estado en el sitio adecuado hasta este momento.

Christine levantó la mirada intentando encontrar en sus ojos un atisbo de verdad, pero solo encontró un brillo extraño en la oscuridad. No fue capaz de pensar en nada más. Antes de que pudiera esbozar una objeción los labios de David se posaron sobre los suyos con delicadeza, dándole la oportunidad de apartarse y detener la magia que estaba naciendo entre ellos. Pero no lo hizo. Simplemente se dejó arrastrar por la dulzura de sus movimientos, por el descubrimiento de esa corriente que la traspasaba desde el pecho a la espina dorsal.

Christine alzó los brazos para enredarlos en el cuello de David y atraerlo con más fuerza hacia ella, desesperada por sentir, por vivir aquello que no sabía si se volvería a repetir, sin percatarse siquiera de que la chaqueta había caído arrugada a sus pies. No sentía el aire frío y húmedo erizando su piel, solo podía sentir el calor que corría por todo su cuerpo, mareándola, alejándola de toda realidad que no fuera David Clark. El beso se volvió cada vez más intenso, y él la apoyó en la pared presionándola con las caderas mientras sus manos comenzaban a acariciar su cintura. La lengua comenzó un atrevido recorrido por la comisura de sus labios instándola a acompañarle hasta que ella gimió y cedió a sus deseos y lo dejó explorar su boca a conciencia.

David ansiaba más, mucho más, pero estaba decidido a hacer las cosas bien por una vez en la vida y por ahora debería conformarse con eso, aunque estuviese desesperado por saborear todo su cuerpo. Interrumpió el beso con la respiración agitada y apoyó la frente en la de Christine, paseando los pulgares por sus mejillas en círculos lentos, en un esfuerzo por serenarse.

—No pararía de besarte nunca, Christine.

Ella sonrió contra su boca y el gruñó, desesperado por tomar sus labios de nuevo.

—Esto es muy arriesgado. Pero no quiero que termine —admitió ella con sinceridad. Sentía la necesidad de expresar lo que le provocaba, de demostrarle cuánto deseaba que aquel beso fuera eterno.

—Yo tampoco. Y te aseguro que haré todo lo posible para que sea así.

—Pero mañana te vas. ¿Cuándo volveremos a vernos?

—No lo sé, Christine. Dudo que tu madre nos lo ponga fácil, pero ya se me ocurrirá algo.

Confía en mí.

David selló su promesa con un nuevo beso más intenso aún que el anterior y tuvo que recordarse a sí mismo que Christine no estaba preparada para una demostración de pasión demasiado ardiente. Pero estaba deseando que llegara el momento en que pudiera enseñarle todo lo que significaba el deseo, el lenguaje mudo de los cuerpos. La acompañó en silencio hasta la entrada de la mansión y la observó mientras se marchaba a la carrera por los pasillos en penumbra, sintiendo que un pequeño pedazo de sí mismo se iba tras ella.

Christine cerró la puerta de su habitación y se apoyó en ella con el corazón retumbando en las sienes y la sensación de que sus piernas dejarían de sostenerla en cualquier momento. Abrió su mano y desdobló la carta que David había deslizado en ella justo en el momento en el que le daba un rápido beso de despedida. Estaba tan emocionada que al principio las letras bailaron entre sí haciendo imposible entenderlas. Respiró hondo, apretó su mano en el pecho y leyó la frase. «No me olvides». Aquellas tres palabras fueron como una orden para ella, una orden que se había visto obligada a cumplir toda su vida.

## Capítulo 14

Ray se detuvo en el cruce de caminos y miró hacia el cielo, para comprobar que los oscuros nubarrones que todavía no habían descargado sobre ellos se desplazaban rápidamente sobre sus cabezas llevados por el viento.

—Lo siento, señores Clark. Tengo que dejarlos aquí o estos viejos jamelgos no me llevarán a casa antes de que caiga la tormenta. A mi edad, mis huesos no soportarían un aguacero.

—No se preocupe, ha hecho por nosotros más de lo que hubiera hecho cualquiera. Lo compensaré, se lo prometo —contestó David bajándose de un salto de la carreta.

Y así sería. No solo se encargaría de hacerle llegar una suma suficientemente generosa para que pudiesen arreglar las humedades y los muebles que amenazaban con desmoronarse, o para que pudiesen permitirse una vida un poco más tranquila sin tener que preocuparse por el contenido de su despensa. Pensaba dedicar todo su esfuerzo a encontrar la tumba de Mary Rose y asegurarse de que su familia tuviera un lugar donde llevarle flores, por difícil que fuese. Tenía más que claro que el dinero jamás daba la felicidad, pero sí podía mover piedras que de otra manera sepultaban la esperanza. Se dirigió hasta Christine y la cogió de la cintura con familiaridad para bajarla como si no pesara más que una pluma. Ella mantuvo las manos enguantadas más tiempo del necesario apoyadas en sus anchos hombros y el mundo pareció detenerse una décima de segundo. Solo un instante, pero lo bastante duradero para que ambos lo notasen.

Se alejó de él tan rápido que se pisó las faldas y dio un ligero tropezón, y se despidió de Ray dándole profusamente las gracias, mientras intentaba que David no viese que se había sonrojado. Cuando el carruaje se alejó lentamente por el camino de vuelta a casa ambos se quedaron allí unos segundos mirando la pequeña nube de polvo que levantaba a su paso como si se estuviesen despidiendo de una parte de sus vidas. Puede que en el fondo fuera así. O simplemente que la existencia tranquila y sencilla de aquella gente que les había abierto las puertas de su casa les había mostrado sus carencias. Ray y Rossy no tenían casi nada, y sin embargo tenían mucho más de lo que ellos podían aspirar. Tenían un hogar, tenían amor y una lealtad incondicional, algo que ni todo el dinero del mundo ni el título más ilustre podrían otorgar.

—Vamos, puede llover en cualquier momento y no estoy seguro de qué distancia tenemos que recorrer para llegar a la casa de los Fortune.

—Se supone que eres el hombre talismán. Según tu capitán tienes el poder de alejar las tormentas y decantar la suerte a tu favor en los juegos de azar.

—No deberías creer todo lo que te cuentan —masculló malhumorado mientras se colgaba su

bolsa a la espalda y emprendía la marcha a largas zancadas.

No solía quejarse de ello, pero le molestaba ser tratado como si de una pata de conejo se tratase. No dejaba de ser curioso que aunque para los demás su presencia fuese sinónimo de buenaventura, a menudo se sintiese el hombre más desdichado del planeta. A veces tenía la impresión de que era incapaz de conservar su energía, como si los demás la absorbiesen y la usasen en su favor, dejándolo desprovisto de su fuerza o su alegría. Aunque hacía mucho tiempo que no sentía ni una pizca de lo segundo. Desde hacía cinco años, como si fuera víctima de un maleficio, la felicidad pasaba por su lado, pero nunca llegaba a tocarlo.

—No lo hago. Sé de sobra quién eres y si de algo estoy segura es de que nunca me has traído buena suerte.

—Muy típico de ti no hacerte cargo de tus actos. Es mucho más fácil culpar a los demás de tus malas decisiones. Seguro que yo soy el culpable de que estemos en mitad de la nada, sin vehículo ni dinero, y con una chaqueta prestada que no me hubiera podido poner ni a los doce años. —Se quejó y estiró los brazos para mostrar que había una distancia de más de un palmo entre la manga y su muñeca, aunque no quiso hacer movimientos bruscos por si la costura de su espalda reventaba. El bueno de Ray era mucho más bajo y delgado que él, pero seguro que su corazón era mucho más grande que el suyo.

A Christine se le escapó una risita pero carraspeó para disimularla, no le apetecía cederle ni una pizca de terreno. Era mucho más seguro para ella mantenerse fría, distante, enojada. Para él también.

—Verás, Edevane. Si no fueras un avaro podría tener suficiente servicio para poder hacer una simple gestión sin tener que gastar mis ahorros en buscar un carruaje de alquiler. No pido lujos, solo eficacia.

—No me llames Edevane, ¿quieres? —David esperó a que ella llegara a su altura y le quitó de las manos su bolsa para que avanzara más rápido, a pesar de que no le apetecía desplegar su caballerosidad con ella.

—Ese es tu nombre: Edevane.

—Y venir hasta Sussex no es una simple gestión, es una simple locura. Y creo que ha llegado el momento de que me digas qué vas a buscar allí.

—¿Y por qué debería hacerlo? —preguntó dándole una patada a una piedra del camino, que tras rebotar sobre una roca de mayor tamaño fue a estamparse en la bota de David, que se volvió para taladrarla con la mirada—. Ha sido un accidente.

—Siempre lo es. Contigo todo es sin querer.

—No entiendo qué haces aquí. Si tanto me desprecias deberías haberme dejado sola.

—Le prometí a tu hija que... —David se arrepintió de inmediato de haber nombrado a esa cría que no le interesaba lo más mínimo.

—¿Eria? ¿Cuándo has hablado con ella? —Christine se detuvo y clavó los ojos en la espalda de David, sin saber qué sentir al respecto.

—Eso no importa. —David se detuvo sin volverse a mirarla. No quería mostrar ni el más mínimo interés en ella o la niña pero ¿cómo no hacerlo? —. El caso es que tenía un disgusto enorme porque te habías marchado.

—No la hubiera dejado si esto no fuera algo importante. Por eso Amber está allí, para cuidarla mientras yo estoy fuera. Solo serán un par de días y... —Christine bufó y echó a andar a grandes zancadas pasando de largo a su lado—. Gracias por hacerme sentir mal, David.

—Christine, espera. —David avanzó hasta alcanzarla y cuando llegó a su altura la sujetó del

brazo para obligarla a mirarlo. Christine giró la cara intentando ocultar un puchero un tanto infantil pero le resultó imposible. Nunca se había separado de su hija y la echaba tanto de menos que prefería evitar pensar en ella—. No lo he dicho para hacerte daño.

Dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas y él sintió que un pedacito de su corazón se apretaba de manera dolorosa. Acunó su cara y borró el rastro del llanto con el pulgar.

—¿Y se supone que debo creerte? —Lo encaró y le retiró la mano antes de que la tentación de dejarse acariciar por él fuese demasiado imperiosa—. Has dejado bien claro que me odias, que me desprecias, que soy el ser humano más infame que conoces.

David tragó saliva. Sí, lo había dicho. Tantas veces y tan alto como pudo. Tenía derecho a hacerlo, pero ¿era cierto? ¿La despreciaba? El dolor lo había convencido de que así era, al menos.

—¿Y qué esperabas, Christine? ¿Que me convirtiese en el perfecto hijastro, que acudiera solícito a tomar el té contigo y con mi padre, que esperase a que me dieras una palmadita en la mejilla y me zurcieras los calcetines, o lo que sea que hagan las madrastras?

—Hablas como si para mí hubiera sido un camino de rosas. No tienes ni idea de lo que es que...

—¿Qué? ¿Que te traicionen? ¿Que te mientan, que te ninguneen, que te rompan el corazón? —David se dio cuenta de que estaba gritando cuando ella retrocedió un par de pasos.

—Añade a todo eso tener que soportar a un hombre al que no amas, permitir que ese hombre te...

—¡Basta! —gritó llevándose las manos a la cabeza. No podía escucharlo, no podía permitir que aquellas imágenes que tanto le habían atormentado volvieran a invadir su mente. Ya era bastante duro pensar que Christine no sería suya, que su cuerpo le pertenecía a otro hombre. Saber que ese hombre había sido su propio padre era una aberración—. Espero que al menos no me hagas responsable de eso también, fue tu decisión. No la mía.

—Mi decisión —repitió ella con la vista perdida como si estuviera en trance—. En todas las decisiones de mi vida, en todas las cosas que me han ocurrido desde que te conocí, siempre has estado tú, David. Siempre. A veces como causa y efecto, otras veces como una sombra alargada y vigilante, otras como el combustible que hace arder una hoguera. Pero no lo dudes, David. Tú siempre estás.

Christine se subió el cuello de su capa corta intentando resguardarse del viento frío que se filtraba como un fantasma entre los árboles, le quitó su bolsa de las manos y emprendió la marcha. No lo consiguió, ese aire gélido no venía del exterior; ese frío nacía en su pecho, en una parte que se había prometido destruir pero que seguía viva, latente, dolorosa. David la siguió con mil preguntas pugnando por salir de su boca, pero sabía de sobra que las respuestas no serían bienvenidas.

Siguieron el camino durante un par de horas en completo silencio, solo roto cuando se encontraron con varios jornaleros que les indicaron que iban en dirección correcta. Christine parecía sumida en sus pensamientos, abstraída, pero él la conocía demasiado bien y sabía que estaba pendiente de él, de la longitud de sus pasos, de su respiración agitada cuando subían una pendiente. Él también se fijaba en ella, más de lo que le gustaría, de hecho, por eso fue consciente de que sus pasos se habían vuelto más inestables.

—¿Estás bien?

—Ajá.

—No, no lo estás. Estás cojeando, Christine. Déjame que te vea. Parece que tus pies son tu

punto débil.

—No es necesario. No llevo los zapatos adecuados para una larga caminata, eso es todo. —Christine intentó quejarse cuando él se adelantó para detenerla y se arrodilló ante ella para comprobar el estado de sus pies—. Rossy me prestó unas medias gruesas y me dio un ungüento para las heridas. De todas formas, no creo que mis pies deban quitarte el sueño.

Él levantó la vista y clavó los ojos en los suyos con intensidad.

—Tus pies no son la única parte de tu anatomía que me quita el sueño, créeme.

Aquella confesión tan inapropiada como inoportuna los sorprendió a ambos. Ella abrió la boca para contestar, pero no sabía qué decir. No había nada que decir, más que reconocer que ella misma pensaba en él, en su cuerpo, en su boca. Una gota de lluvia cayó sobre ellos de manera providencial, luego otra, y otra más, hasta que el cielo se abrió encima de sus cabezas con una furia inusitada.

Sin pensar, llevados por la fuerza de una costumbre ya olvidada, se cogieron de la mano y echaron a correr sin saber el destino. El agua empezó a resbalar por sus cabellos y sus rostros empapándolos de arriba abajo, hasta que Christine se detuvo en seco y se tapó la cara con las manos. Sus hombros empezaron a temblar y David sintió de nuevo aquella sensación que tanto odiaba, la de no ser capaz de consolarla, de alejar sus males. Sujetó sus manos para ver su rostro, para descubrir con alivio que no eran lágrimas sino carcajadas lo que estaba intentando ocultar.

—¿Puede saberse por qué corremos? No sabemos hacia dónde demonios ir —dijo con la voz entrecortada por la risa.

David la miró con una ceja arqueada, hasta que se contagió de su carcajada y ambos acabaron riendo como dos locos inconscientes e insensatos. Aquella risa era el eco de otra risa lejana en el tiempo, cuando ambos huían de una tormenta de verano que había tenido el atrevimiento de interrumpir una cita clandestina. Habían corrido de la mano a través del campo, hasta que encontraron refugio bajo un cobertizo. Las carcajadas en esa ocasión habían sido rápidamente reemplazadas por besos robados y jadeos cómplices, y ahora, el brillo de sus ojos delataba que estaban enredados en el mismo recuerdo. David apartó un mechón oscuro que se empeñaba en pegarse al rostro de Chris, y continuó deslizándose los dedos por la piel fría de su mejilla y su mandíbula. Ella se acercó más, buscando su calor, aunque era incapaz de sentir el agua helada que ya traspasaba sus ropas. Solo podía sentirlo a él. Verlo a él. Oírlo a ...

—Disculpen... —Un carraspeo los sacó de su ensimismamiento y al girarse hacia la voz que los había interrumpido contemplaron a un hombre enorme con una escopeta colgada a la espalda, tan empapado como ellos.

Tras él, emergiendo entre los árboles, se divisaban los altos techos oscuros y las picudas chimeneas de la mansión de los Fortune.

## Capítulo 15

### Verano de 1860

Los viejos torreones de Edevane Rosefield parecían tan lóbregos como de costumbre, pero esta vez David sintió que el frío de la piedra se colaba por cada poro de su piel hasta invadirlo por dentro, y no era una sensación demasiado agradable. Caminó por el silencioso pasillo que conducía a la sala privada de su padre acompañado por el eco de sus pasos, sintiendo que estaba profanando algo sagrado. Y pensar que cuando era un crío ese caserón era su lugar favorito del mundo, con la luz de colores que se filtraba por las altas vidrieras, los tapices que representaban escenas que su imaginación convertía en historias mágicas y sus miles de recovecos donde esconderse. Eso fue antes de que su madre muriera llevándose la luz y la alegría con ella. Entró en la sala tras escuchar la voz de su padre dándole permiso, y aunque hacía varios meses que no se veían no sintió ni el más mínimo afecto al encontrarlo reclinado en un sofá. Jonathan Clark, el marqués de Edevane, ni siquiera se molestó en levantarse para recibir a su hijo, y se limitó a hacer un gesto con la mano ofreciéndole una silla.

David aceptó el asiento, aunque se sentía tan incómodo en su presencia que hubiese preferido quedarse de pie.

—Al fin vuelve el hijo pródigo —gruñó mientras rebuscaba, distraído, en el plato de pastas que tenía sobre el sofá al alcance de la mano—. ¿Qué quieres?

—Disfrutar del cálido ambiente familiar que reina en esta casa, qué más podría querer.

El marqués levantó la vista y lo examinó unos instantes observando con detenimiento los cambios que se habían producido en su hijo durante los últimos meses, o puede que años, no se fijaba demasiado en él como para saberlo. Ya no era un chiquillo alto y desgarbado como un junco. Era un hombre hecho y derecho. ¿Cuántos años tendría? ¿veinticuatro, veinticinco? No lo recordaba con exactitud, definitivamente no le prestaba demasiada atención a su único hijo. Pero quién podría culparle, ese maldito bastardo siempre había sido desobediente y soberbio, y disfrutaba de lo lindo llevándole la contraria.

—Encuentras lo mismo que das.

—No he venido para acribillarnos a reproches, padre —suspiró David, mientras se pasaba una mano por el pelo con gesto frustrado— He venido a ver cómo te encontrabas, me dijeron que habías tenido un achaque. Pero ya veo que estás bien.

—Tuve ese achaque, como tú lo llamas, hace meses. Desde luego cuando me esté muriendo será mejor que no te llame a ti.

—He estado ocupado. Y salta a la vista que no me necesitas —se justificó a pesar de que no le apetecía en absoluto hacerlo.

—¿Con esos jamelgos moribundos que compraste? ¿O follándote a las esposas de los militares que defienden nuestro honor?

Ahí estaba toda la artillería y todos los rencores enquistados entre ellos escupidos en una sola frase. Al cumplir los veintiún años, según la tradición de los Edevane, los hombres de la familia recibían una considerable suma económica para que la invirtieran como mejor les pareciera, con el fin de comenzar su vida adulta asumiendo responsabilidades. David, desoyendo los consejos de su padre, había adquirido una pequeña finca cerca de allí con una casa que se caía a pedazos, con el fin de restaurarlo todo y comenzar con algo que le había apasionado desde pequeño, la cría de caballos. Unos años después había pasado de estar orgulloso de su proyecto a aceptar una oferta ventajosa y deshacerse de todo. Había conseguido una cantidad muy superior a la que había invertido pero aun así sentía un regusto agriado por no haber llegado a culminar lo que había comenzado. Algo que su padre siempre le había recriminado. Y en cuanto al otro asunto, su padre no podía perdonarle que se hubiera visto envuelto en un asunto de faldas con la mujer de un capitán que había vuelto de un viaje antes de lo previsto. Un duelo frustrado al amanecer y un desembolso económico para callar algunas bocas había sido suficiente para solaparlo todo, pero si había algo que Jonathan detestaba era gastar dinero. Hizo un gesto con la mano con desagrado al ver que su hijo no contestaba y tras sacudirse las migas del chaleco se puso de pie. Era evidente que había envejecido mal, a pesar de que solo tenía cincuenta y ocho años, y se notaba en la manera en la que su espalda se encorvaba y su respiración sonaba trabajosa. Los excesos con la comida y la bebida, y un corazón que nunca había sido demasiado fuerte, le habían pasado factura. Sin embargo, David no había podido encontrar un atisbo de piedad hacia él, y eso era realmente triste.

No sabía decir a ciencia cierta si en su padre había maldad o si solo era un ser mezquino incapaz de mostrar amabilidad por los demás. Su máxima en la vida había sido intentar que su hijo fuera igual de prudente que él, sensato, comedido, invisible... pero David era como su madre. Con su presencia magnética y vibrante y su sonrisa embaucadora. Como la de una serpiente. Su madre había sido pecado, y David llevaba el mismo mal cabalgando por las venas, y eso sería su perdición. Aunque quizá todavía estaba a tiempo de enderezarlo y hacer un hombre de provecho de él. Al menos lo intentaría.

—Hay un negocio que quiero emprender y necesito que te impliques en ello.

—Así que por eso le dijiste a Gilligan que querías verme.

—Sí. Ya es hora de que empieces a involucrarte en los asuntos de la familia. Yo no viviré eternamente y si no espabilas, todo por lo que hemos luchado durante generaciones se desmoronará como un castillo de naipes en cuanto tú pongas tus zarpas encima.

—Me halaga ver la fe que tienes en mí, padre. Cómo podría no implicarme en esto ante semejante expectativa.

—Tus burlas y tu desfachatez no te ayudarán a hacerte un hombre. No voy a permitir que te conviertas en...

«En alguien como la zorra de tu madre.»

Lo había dicho mil veces en voz alta, pero nunca había sido tan valiente para permitir que alguien lo oyese. Era demasiado correcto para eso y no podía dejar que nadie viera esa parte de él. Había odiado a su esposa con la misma intensidad que la había amado, y ahora veía en David una copia exacta de ella. Con su don de gentes, su alegría innata y su manera despreocupada de

vivir. Al menos esa era la versión de Laura Clark que todos conocían. Nadie sospechaba que disfrutaba humillándolo en privado, echándole en cara que no era lo bastante hombre para ella, pisoteando su dignidad a la menor ocasión. Fue un error pensar que podría enjaular a una leona como ella, fue un despropósito creer que podría dominarla, o al menos doblegarla, ofreciéndole riqueza y título. Se había obcecado y la había obligado a aceptarle a pesar de que ella ya le había advertido. «Nuestra vida será un infierno.» Y lo había sido. Él nunca fue capaz de soportar sus desplantes, y a menudo intentaba aplacar su frustración a base de alcohol. Después venían los gritos, los golpes, los insultos... Se sintió aliviado cuando ella no pudo recuperarse de una enfermedad que la fue debilitando poco a poco hasta morir, y aunque jamás lo reconocería, una satisfacción casi obscena al ver cómo su belleza se marchitaba día a día. David no era culpable de los pecados de su madre, pero no podía separar en su cabeza a ambos. Era su prolongación, su legado, un eterno recordatorio de su mayor error. Y por mezquino que resultase sabía que nunca había llegado a quererlo del todo. No quiso a ese niño demasiado protegido por su madre, ni al que se quedó desolado cuando la perdió, ni al adolescente ansioso por vivir que se rebelaba ante la existencia marchita de su progenitor. No había nada que el marqués ansiara más que ver a David bajo su bota, obediente y sumiso, darle una lección de humildad que moldease su carácter a su antojo. Pero su personalidad era tan incendiaria como la de la difunta Laura y al igual que a ella le encantaba llevar la contraria. Había demasiada vida en su interior y Edevane Rosefield era demasiado pequeño para sus sueños de libertad.

—Quiero que vayas a España. Al sur.

—¿Qué? —preguntó con incredulidad.

—Me han hablado de una zona cerca de Portugal. Hay mineral, mucho. Cobre, plata... puede que incluso oro. Es una zona sin explotar, terreno baldío, y quien llegue el primero será quién se lleve el gato al agua. Quiero que vayas, que investigues el asunto y que compres todo lo que puedas ahora que todavía no tiene valor. Si eres inteligente podrás adquirir una buena cantidad de terreno por una cifra irrisoria.

—¿Tienes idea de cuánto tiempo puede llevarme eso?

—¿Acaso tienes algo mejor que hacer? Es tu obligación, no consentiré que sigas comportándote como un holgazán.

Su padre se puso de pie trabajosamente y David no se inmutó, aprovechando su altura para no dejarse amilanar. Ya no era aquel niño que por respeto aguantaba los golpes sin resistirse, ahora era un hombre capaz de defenderse.

—No es el momento. Estoy comprometido con mis obligaciones pero yo también tendré algo que decir al respecto. Tengo asuntos prioritarios que atender. Cuando lo haya hecho volveremos a hablar del asunto.

En realidad la mayoría de sus asuntos podían esperar, todos excepto uno. No se había dado cuenta de cuánto deseaba volver a ver a Christine hasta que la posibilidad de tener que alejarse de ella se hizo tangible. Pero era un secreto que no podía compartir con nadie, por ahora. Su padre no lo entendería. Para él lo primero era el deber. Para David, en cambio, su prioridad era encontrar la forma de acercarse a esa mujer tímida e insegura que se había colado debajo de su piel. Era algo inesperado, impropio en él, pero había ocurrido. Necesitaba descubrir qué secretos escondía, si realmente era tan especial como él la veía, y sobre todo si ella sentía la misma atracción que lo consumía. Nunca pensó que se vería en la tesitura de cumplir la promesa que su madre le arrancó siendo un niño antes de morir. «Prométeme que intentarás buscar el amor, que harás feliz a la mujer con la que te unas para siempre.»

Ni siquiera había pensado en ello, en la finalidad de todo esto, en una vida con Christine Archer. Pero la idea de estar con ella había empezado a germinar sin que él fuera muy consciente. Se imaginó paseando entre los delicados rosales de Edevane Rosefield, explicándole las peculiaridades de cada variedad que su madre había atesorado con mimo. Se imaginó haciéndole el amor cada noche, cada día, besándola en los rincones deprisa para que no los pillase el servicio, compartiendo las preocupaciones del día a día, y se imaginó envejeciendo a su lado. Él, que nunca había pensado en nada más allá del día que iba pasando. En estos momentos, España podía esperar, su padre podía esperar, el mundo entero podía esperar. Tenía algo en mente y no tenía tiempo que perder.

Christine se bajó de su caballo y acarició su cuello con ternura. Durante sus largas estancias en el campo era su única compañía. Lo prefería así, sus hermanas eran demasiado ruidosas, demasiado caprichosas, demasiado intensas. Ella, en cambio, prefería la tranquilidad y la paz, dar un paseo hasta el riachuelo o contemplar los pájaros que se posaban en las altas ramas, y que había aprendido a distinguir gracias a un pequeño libro que su padre le había regalado. Su padre, siempre silencioso, pero siempre atento a lo que todos necesitaban. Bajó la leve ondulación que llevaba hasta el arroyo y sonrió al ver que su caballo cabeceaba y relinchaba feliz ante la perspectiva de sumergir las patas en él. Christine se quitó los zapatos y las medias y tras lanzarlos a la orilla acompañó a su montura con cuidado de no resbalar. El agua estaba fría y la sensación subió por sus tobillos de manera casi dolorosa, pero a la vez la hizo sentirse llena de vida. Tras amarrar el caballo a un árbol se sentó al sol y suspiró. Las ramas de los sauces, largas y flexibles, se inclinaban hacia el río como si estuvieran rindiendo pleitesía y los pájaros y el zumbido de los insectos que se colaban entre las hierbas altas y las flores conformaron una canción casi mágica. Un canto característico llamó su atención y se puso de pie para intentar localizar al ave. Al final divisó al pequeño pájaro de panza amarilla dividida por una franja negra, y unos graciosos mofletes blancos saltando de rama en rama mientras avisaba a alguna hembra con su reclamo. Era un carbonero común. Otro sonido a su espalda la alertó, el de una rama seca al partirse por una pisada. Quiso girarse pero no tuvo tiempo, unas manos enormes y cálidas le taparon los ojos. Intentó gritar pero el nudo de su estómago le impidió hacer otra cosa más que sujetar esos dedos con fuerza e intentar separarlos de su cara. Hasta que una voz conocida rozó su oído y la hizo estremecer.

—Espero que no me hayas olvidado.

Soltó una carcajada nerviosa al reconocer a David aunque era la última persona que había esperado encontrar allí. Él la hizo girarse y antes de que pudiera reaccionar besó sus labios dejándola sin aire.

—No puedo creer que esto sea real, no puedo creer que estés aquí —susurró con la voz entrecortada mientras apretaba los fuertes brazos de David con las manos intentando comprobar que era cierto, que no era producto de su vivaz imaginación. David Clark, en carne y hueso, estaba allí, en el lugar más recóndito del mundo junto a ella. Abrió la boca para preguntar mil cosas pero no sabía por dónde empezar y él soltó una carcajada que le acarició el pecho al ver su cara de incredulidad.

—No me mires así, no soy un fantasma.

—Pero ¿qué...? ¿Cómo me has encontrado?

—Verás, ¿recuerdas que tu vecino es el tío de uno de mis mejores amigos? De Killian, el

vizconde de Blackstone. Lo conociste en la fiesta de tus primos. Me ha costado sudor y lágrimas y más de una botella de *whisky*, también. Al final lo he convencido para venir a visitar a su pariente, aunque el viejo es un poco desconfiado. Piensa que su sobrino tiene algún plan turbio para deshacerse de él. —Christine no supo qué decir y un sinfín de emociones surcaron su rostro. David se preocupó, quizá no había sido tan buena idea mover cielo y tierra con tal de volver a verla, mucho menos haberla seguido al ver pasar a lomos de su caballo, como caída del cielo—. Me he precipitado, ¿verdad? Dios, perdóname. Me moría de ganas de volver a verte, y entonces estaba dando un paseo con Killian y te he visto pasar a lo lejos, no podía creer que fueras tú. Lo tomé como una señal, yo...

Christine soltó una risita y posó su dedo índice sobre los labios de David, que parecía incapaz de controlarse, para hacerlo callar.

—Estoy muy feliz de verte aquí. Es solo que todavía estoy asimilándolo. Tengo la impresión de que me he quedado dormida bajo un árbol y que esto no es más que un sueño. Cuando me despierte solo pensaré que es una pena que no haya ocurrido.

—Pues entonces déjame seguir soñando a mí también.

David la miró como si nunca hubiera contemplado nada más hermoso que sus ojos que se veían casi transparentes, con las pupilas empequeñecidas por la brillante luz del sol, sus mejillas enrojecidas y llenas de vida y la hilera de pecas que manchaban su nariz y que seguro eran una pesadilla para su madre. No, definitivamente no podía haber nada más hermoso. Acarició su mejilla con las yemas de los dedos conteniendo el deseo de volver a besarla. Se sentaron en la orilla y pasaron la tarde disfrutando de la sensación de poder ser ellos mismos sin que nadie los observase, sin poder creer que fueran tan afortunados. Esa fue la primera tarde mágica de un verano mágico. Pero la suerte no dura eternamente.

## Capítulo 16

Verano 1860

Christine intentó esquivar a su madre bajando por la escalera de servicio pero su hermana Amber la interceptó antes de que pudiera siquiera poner un pie en ella.

—¿Puede saberse dónde vas? —preguntó con los brazos cruzados y mirada amenazante.

—Voy a dar una vuelta a caballo.

—¿Otra vez?

—Las veces que haga falta —contestó con el mismo tono que ella y dio un paso hacia la derecha para escabullirse antes de que los adultos la vieran. Pero su hermana fue más rápida y dio un paso a la derecha bloqueándole el camino.

—Estoy harta, Chris. Ayer tuve que soportar a la soporífera señora White, el martes al vicario y a su madre, y sus miradas de censura. Y hoy viene la mujer más chismosa de la comarca a tomar el té. Para que luego digan que la vida en el campo es tranquila. ¡Y un cuerno! Y tú mientras tanto, andas por ahí buscando pájaros y me dejas toda la responsabilidad de acompañar a mamá. Sabes que no es justo y no lo voy a consentir.

—Amber, sabes que no se me dan bien las reuniones sociales ni las conversaciones insustanciales.

—¡Oh, gracias! Acabas de llamarme superficial.

—No es eso, pero luego dicen de mí que no participo en sus charlas y que soy un poco... boba.

—Pues yo creo que eres demasiado lista, Chris. Eludes todas esas reuniones aburridas para irte Dios sabe a dónde, a hacer Dios sabe qué. Y puede que papá te lo consienta porque es como tú, pero mamá está empezando a cansarse. Y yo también. Y eso que ella no sabe que no te quedas en tu habitación leyendo ni en el patio de atrás.

Christine tragó saliva, no le gustó lo que vio en los ojos de su hermana. ¿Acaso sospechaba que cada tarde se reunía a solas con David? Eso sería tan escandaloso que podría tener consecuencias impredecibles. Pero era posible. La única razón para que su madre no pusiera especial celo en vigilarla era que sabía que no había nadie interesante en muchas millas a la redonda. O eso pensaba ella. Killian y su invitado habían sido muy discretos, tanto que el vizconde estaba empezando a cansarse de tener que recorrer una distancia de casi una hora a caballo para tomarse una simple cerveza en el pueblo más próximo sin que algún vecino de la zona lo viera y pudiera reconocerle. Y su tío era tan asocial que nadie sabía a ciencia cierta si seguía vivo, ya que apenas salía de aquel caserón en el que vivía. Suspiró para tranquilizarse.

Nadie los descubriría y podrían seguir disfrutando de aquella relación que empezaba a asemejarse demasiado al amor. Pero ¿hasta cuándo duraría? Cada día las horas separados se hacían más largas, las caricias se volvían más osadas, las despedidas más difíciles. Y Christine no quería pensar a dónde la conducía aquella espiral que la había atrapado sin remedio. Estaba enamorada de David Clark, de una manera tan intensa que el resto del mundo estaba empezando a importarle un bledo. Sin embargo, no se atrevía a indagar cuáles eran los sentimientos de él más allá del deseo que los consumía y que inexorablemente los llevaría a la ruina.

—¿Amber?

La voz de su madre se escuchó con nitidez subiendo la escalera principal, y Chris aprovechó el momento de distracción para empujar a su hermana y retirarla de la pequeña puerta camuflada en la pared que daba a las cocinas.

—Te compensaré. Te lo prometo. —Chris miró a su hermana con expresión suplicante mientras se perdía escaleras abajo.

Tenía una cita y no quería llegar tarde.

David jugueteó con una brizna de hierba intentando aplacar la ansiedad que le producía esperar. Siempre había sido impaciente pero cuando se trataba de ver llegar a Christine Archer sonrojada por esa timidez que se empeñaba en no abandonarla del todo y con una sonrisa que solo le pertenecía a él, cada minuto de espera se volvía una tortura. Cada tarde, mientras se sentaba en lo que quedaba del muro de piedra que una vez separó las tierras de los antiguos propietarios de las de los Blackstone, su corazón se apretaba ante la posibilidad de que ese día la señora Archer no dejara a su hija salir a cabalgar, o decidiera que ya era hora de que lo hiciera con una carabina o mil y una posibilidades que taladraban su cabeza. Luego veía a lo lejos, en el camino que se escondía entre los árboles de manera intermitente, surgir un pequeño punto en movimiento que al instante volvía a perderse por culpa de la vegetación. La espera era interminable. Hasta que al fin el sonido de los cascos golpeando la tierra resonaba más y más cerca y la montura asomaba por la ondulada pendiente que llevaba hasta él portando lo que más quería. Porque a su pesar, con miedo, con inseguridad, con recelo, él quería a Christine Archer. Al principio fue un sentimiento mezquino de posesión, la certeza de haber encontrado una rara flor que nadie había sido capaz de valorar y que no pensaba compartir. Después se había convertido en algo muy distinto, aunque seguía queriendo a Christine solo para él, ahora se trataba de algo mucho más profundo. Nunca había sentido esa necesidad de proteger a alguien, ni esa desesperación que rayaba lo insano al separarse de ella. Y eso era porque nunca había estado enamorado, hasta entonces. Quería ser mejor persona, algo en lo que no solía pensar, y quería serlo para complacerla a ella, para hacerla feliz.

En cuanto se encontraron se fundieron en un intenso abrazo, como si no hiciera menos de veinticuatro horas que se habían despedido.

—Ya pensé que me habías olvidado —se quejó para fastidiarla un poco con una sonrisa pícaro mientras le besaba el cuello.

—Nunca. Eso nunca. Es solo que mi hermana Amber me ha entretenido.

—¿Algún problema? —Ella negó con la cabeza y dio un gritito cuando él la alzó en volandas y la llevó hasta el claro para sentarse con ella en el regazo.

Chris se acurrucó contra él para protegerse del viento frío que de repente recorrió la ladera de norte a sur. El aire estaba cambiando, sin embargo, aunque el mundo se desmoronara lejos de

aquel pequeño rincón ellos no lo notarían. Para ellos la realidad no significaba nada más allá de lo que compartían. Un pájaro de pelaje oscuro cruzó de una rama a otra por encima de sus cabezas y ambos elevaron la vista para mirarlo.

—Mirlo. —Probó suerte David.

—Yo diría que es un cuervo.

—Según mi ornitóloga favorita los mirlos tienen el pico amarillo y puntiagudo, por el contrario, los cuervos lo tienen curvado. Y un canto más melodioso que los ásperos graznidos de los cuervos. Mirlo. Un macho para ser más exactos.

—Vaya, me has impresionado. Así que me escuchas cuando te hablo, después de todo.

—¿Lo dudabas?

—Bueno, a veces te quedas mirándome como si estuvieras pensando en otra cosa.

—Puedo asegurarte que siempre que te miro no puedo evitar pensar en otra cosa, Chris. —Su tono fue bajo y sensual, aunque soltó una carcajada al ver que ella se sonrojaba.

—No digas esas cosas.

—¿Por qué no? Es la verdad. Te deseo, y por si no lo habías notado tú también me deseas a mí.

Christine creyó que no podría soportar que sus orejas alcanzaran más temperatura y bajó la vista agradeciendo que la tarde fuera especialmente fresca.

—No hay nada de malo en ello, cielo. —David sujetó su mentón con suavidad para obligarla a mirarlo. Sabía que Christine no podía evitar dejarse llevar, y también que, aunque no lo expresara en voz alta, la estricta educación recibida la hacía sentirse un poco culpable por ello—. ¿Te arrepientes de... lo que pasa entre nosotros?

—¿Qué? ¡No! Nunca pensé que alguien pudiera sentir algo así por mí.

David la miró con intensidad, como si quisiera llegar hasta el último rincón de su alma, con esos ojos azules tan profundos, tan llenos de verdad.

—Christine, no solo eres bella; eres inteligente, dulce, brillante, honesta...

Ella dejó escapar una carcajada nerviosa que intentaba camuflar el pudor, pero la curiosidad y las ganas eran mucho más fuertes que su timidez y siempre le ganaban la batalla. Lo hacían cuando David desabrochaba un botón de su blusa, cuando sus manos hábiles se sumergían bajo sus enaguas buscando su piel, cuando ella acariciaba su espalda musculosa bajo la camisa de lino. El deseo la dominaba, y esta vez no iba a ser diferente.

—Dime, David. Cuando me miras así, ¿en qué piensas?

—En hacerte mía. —Fue su respuesta directa. Fueron solo tres palabras pero elevaron la temperatura entre los dos hasta casi hacerlos jadear—. De mil maneras diferentes. Con dulzura, con desesperación, como un salvaje. Te tomaría mil veces, y sé que nunca tendría suficiente.

Sus rostros se acercaron hasta que sus bocas estuvieron a punto de rozarse, pero Christine necesitaba oír el resto de su confesión, quería saber hasta dónde llegaban sus sentimientos.

—¿Y después? Puede que el deseo no sea suficiente y cuando estar conmigo se vuelva una rutina...

La carcajada cantarina de David la interrumpió y forcejeó por levantarse de su regazo, pero él afianzó su agarre para impedírselo.

—¿No me has escuchado? Nunca tendré suficiente, Chris. No solo te deseo. Te admiro, te venero. Te quiero.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de ella, pero no era el momento de llorar. Era el momento de vivir, de sentir, de tocar. Rodeó el cuello de David con fuerza y lo besó con un

hambre desmedida, con una pasión que desafiaba a todo y a todos. Apenas fue consciente de que la lluvia había comenzado a descargar sobre los verdes prados hasta que David interrumpió el beso y, tras levantarse, le tomó la mano para correr a buscar refugio. Con la respiración entrecortada se cobijaron bajo un enorme roble, con el sonido de las gruesas gotas golpeando sobre las ramas. Siguieron besándose sin importarles que poco a poco el agua fuese ganando terreno, doblegando las hojas y colándose entre la copa por cualquier rincón, sus bocas siguieron devorándose, sus manos desabrochando cada botón. David liberó los pechos de Christine tironeando del corsé y la observó unos instantes, encandilado por su belleza salvaje, con el pelo húmedo, la camisa desabrochada y los labios entreabiertos. Rezó en silencio para que nada le hiciera olvidar aquella imagen, hasta que ella tendió una mano hacia él para que continuara. Él lo hizo, se inclinó sobre ella e inventó un camino de besos desde su oreja hasta el hueco entre sus pechos, siguiendo por sus pezones, mordisqueándolos, lamiéndolos, disfrutando con cada gemido entrecortado que ella dejaba escapar. Lo hizo hasta que su saliva se confundió con el agua de la lluvia que comenzaba a resbalar por su piel y hacía que la tela se pegara a su cuerpo. Pero necesitaba más. Necesitaba todo. Se arrodilló frente a ella y comenzó a subir sus faldas hasta que el remolino de tela alcanzó su cintura, y ella le ayudó sujetándola con fuerza, necesitando aferrarse a algo para permanecer en este mundo. Las caricias ya conocidas comenzaron a ascender por sus muslos hasta llegar hasta el hueco cálido que los unía. No esperaba que David sustituyera sus hábiles dedos por su lengua, aquello era... era... algo tan inesperado como indescriptible. Su mente quiso resistirse a aquel acto que seguro la mandaría derecha al infierno, pero su cuerpo le gritaba que quería quemarse en él, sobre todo si era en compañía de David. Apoyó la espalda en el tronco del árbol cuando sus piernas amenazaron con no sostenerla más y enredó los dedos en el cabello rizado de ese hombre que la besaba donde jamás imaginó que se pudiera besar. David deslizó su boca una y otra vez abriendo su carne, descubriendo cada rincón, paseando la lengua por su centro, trazando círculos que la hacían enloquecer. Christine no sabía si sobreviviría a ese asalto, su corazón bombeaba frenético, su respiración apenas le llenaba los pulmones y la desesperación por llegar al clímax amenazaba con dejarla sin fuerzas. Pero nada importaba más allá de cada retazo de piel que él tocaba. Las caricias se volvieron más rápidas, más intensas, y cuando los dedos de David entraron en ella gritó sin vergüenza alguna para que no se detuviera. Quería aquello, y estaba dispuesta a rogar para que se lo diera. No fue necesario. David era un amante más que generoso dispuesto a hacerla vibrar contra su boca. Continuó con sus besos y sus caricias, hasta que su interior estalló en mil pedazos, hasta que ella se quedó desmadejada y vencida por el placer. Solo entonces se dieron cuenta del frío, de la lluvia, del riesgo... pero poco importaba si ese era el precio a pagar por estar juntos. Como si acabase de despertar de un sueño profundo, Christine se miró las ropas con espanto y se adecentó lo que pudo. Pronto el camino se convertiría en un barrizal y si la pillaban llegando a casa en esas condiciones su precaria libertad se vería comprometida.

—Suerte que hemos dejado los caballos bajo los árboles —dijo por otorgarle un pellizco de normalidad a la situación mientras se dirigía hacia su montura—. Será mejor que me marche antes de que salgan a buscarme.

—Espera —pidió David con el ceño fruncido al ver que ella estaba empezando a empaparse. Le dio un rápido beso en los labios para despedirse y cogió su mano para depositar en ella un papel doblado—. Ten cuidado.

Christine guardó la pequeña carta en el interior de su corpiño para que no se mojase más y montó con soltura en su caballo. Se marchó sin mirar atrás. Sabía que si lo hacía, si lo veía

mirándola con esa expresión de necesidad, llegaría un momento en el que sería incapaz de alejarse de él.

La doncella esperó diligentemente a que Christine le permitiera desvestirla para ayudarla a tomar un baño bien caliente que la ayudara a entrar en calor, pero ella la rechazó. Después de haber tenido que enfrentarse a su madre, que la esperaba con preocupación al ver la fuerte tormenta que se había desatado, solo le apetecía estar sola. Habían tenido una fuerte discusión, en realidad su madre le había gritado, la había zarandeado del brazo y después la había mandado a su habitación. Ella se había limitado a bajar la cabeza y guardar silencio, temerosa de que los labios de David Clark se hubieran marcado a fuego en su piel. Ella los sentía en su cuello y su boca, en las piernas y entre sus muslos, y rezaba para que esa huella invisible no se borrara nunca. La sirvienta se marchó sin hacer ruido y solo entonces se permitió respirar con normalidad. Sacó la carta que llevaba oculta en su pecho y la desdobló con dificultad. Sus dedos se veían arrugados y con una tonalidad azul por culpa de la lluvia que la había empapado en el camino de vuelta a casa y no dejaba de temblar. Se acercó a la chimenea y solo entonces deshizo el último doblez. Sonrió. Solo había tres palabras un poco emborronadas por las gotas de lluvia: «Anoche soñé contigo».

Dobló el papel con rapidez, se dirigió hacia el armario y rebuscó hasta dar con una caja donde atesoraba todas esas cartas que David deslizaba en su mano como si fueran pequeños pecados. Ella también soñaba con él, cada día. Cada noche.

## Capítulo 17

Un ruido monótono y repetitivo resonó en el pasillo lúgubre con un eco que les provocó un escalofrío. David y Christine cruzaron sus miradas y si no fuera porque se odiaban se hubieran cogido de la mano. La puerta de la sala donde les habían mandado esperar se abrió con un chirrido y lord Fortune se detuvo en el umbral para observarlos con expresión de censura indisimulada seguido por una mujer enjuta, su hermana.

—Cuando el guardés me ha dicho que los marqueses de Edevane estaban en mi puerta creí que me estaba gastando una broma de mal gusto. Les doy la bienvenida a mi humilde hogar.

David reprimió el impulso de mirar a su alrededor para contemplar los tapices, las alfombras y los ostentosos muebles, que a pesar de estar pasados de moda y algo gastados por el tiempo eran cualquier cosa menos humildes.

—Le agradecemos su hospitalidad. —El marqués se adelantó para tender la mano a Fortune y hacer una reverencia a su hermana Leandra—. Como le comentamos al guardés, todo ha sido un cúmulo de mala suerte desde que salimos de casa. Nuestro carruaje sufrió un percance y decidimos mandarlo de vuelta con el servicio. Alquilamos un nuevo vehículo y resultaron ser unos malhechores que nos robaron esperando que llevásemos encima cosas de valor.

Fortune los miró frunciendo el ceño y David pudo escuchar los engranajes oxidados de su cerebro funcionar. No lo creía, lo del robo sí, probablemente, pero en su mirada se reflejaba que creía que había algo turbio entre ellos. Censuraba que estuviesen viajando solos, y su mirada crítica lo delataba. David lo conocía. Era amigo de su padre y compartía con él ese pensamiento hipócrita que defendía el recato y la moral ante todo, a pesar de llevar sus propias mochilas cargadas de pecado.

—Para nosotros es un honor tenerlos aquí y le ayudaré en todo lo posible. Su padre era una persona bienvenida, la lealtad y el honor me obligan a tratarlo con la misma generosidad que a él. Marquesa, está usted empapada. Mi hermana la acompañará para que pueda cambiarse mientras nosotros hablamos, si le parece bien.

Christine aceptó con una venia y bajó la vista con incomodidad ante la inquisitiva mirada de Leandra. La mujer no debía tener más de cincuenta años pero su pelo era completamente blanco, sin rastro de ningún otro color anterior. Al igual que su pálido rostro, en el que unas mejillas hinchadas y caídas recordaban a las de una ardilla. Nada de esto ayudaba a dulcificar la expresión de su cara, potenciada por unos ojos pequeños y oscuros que parecían censurar todo lo que la rodeaba, y unos labios tensos casi inexistentes. Christine la siguió y no pudo evitar mirar hacia atrás en busca de los ojos de David antes de salir de la habitación, de nuevo y contra todo

lo que se había prometido en la vida, se sentía perdida al alejarse de él.

A David tampoco le gustó la sensación. Para bien o para mal se habían convertido en compañeros de viaje, a pesar de que él no tuviera la menor idea de hacia dónde iban y para qué. Separarse, aunque siguieran estando bajo el mismo techo, le formaba un nudo en el estómago, como si no fuera capaz de protegerla llegado el momento. Era absurdo. Allí el único peligro eran las afiladas y sibilinas pullas de lord Fortune y la lengua censuradora de su hermana, que no tardaría en esparcir los chismes como si fueran semillas de mala hierba. Poco importaban los rumores que, desde hace años, de forma velada, por supuesto, daban a entender que entre ellos había una relación mucho más íntima que la de un hermano y una hermana, nadie se atrevía a decirlo en voz alta. Daba igual, a David eso le traía sin cuidado, siempre y cuando Christine fuese tratada como se merecía. Antes de que saliera de la habitación, había visto en sus ojos un atisbo de aquella muchacha insegura que no intervenía en las conversaciones, que se dejaba pisotear con tal de no hacer ruido, y no le había gustado lo más mínimo. No consentiría que nadie volviera a hacerla sentir que no era valiosa. Santo Dios. ¿En qué estaba pensando? Christine, su madrastra, la mujer que había decidido quedarse con su padre, no era su puto problema.

—Edevane. —El nombre pronunciado por la voz áspera de lord Fortune lo sacó de la marea de sus pensamientos, y las náuseas lo sacudieron de improviso. Edevane. Cuánto lo odiaba—. ¿Una copa?

Él también se había mojado aunque la chaqueta de Ray se había llevado la peor parte, pero Fortune debió pensar que el frío era cosa de mujeres. Miró su atuendo y David tuvo que justificarse.

—Me robaron la chaqueta. Apenas nos dejaron algo de ropa. Ni dinero ni nada de valor.

—Daré parte a las autoridades. Mano dura es lo que se necesita.

Fortune llenó dos copas hasta los topes y se sentó en un sillón junto a la chimenea indicándole mientras le entregaba la bebida que se sentase frente a él. A pesar del contundente fuego que ardía allí David no sintió ni una pizca de calidez, como si una barrera invisible impidiera que el calor llegase hasta ellos. Estaba calado hasta los huesos y no tenía ninguna duda que ese hombre tenía la culpa del aire gélido que le rodeaba. Entonces cayó en la cuenta de por qué se sentía tan incómodo. Estar allí dándole explicaciones a aquel tipejo al que apenas había visto un par de veces en toda su vida era igual que estar haciéndolo frente a su propio padre. Su mirada de censura, su actitud altiva y severa y un «Ya te lo advertí» implícito en cada asentimiento de cabeza.

—Lord Fortune, no le pediría esto si tuviera otra opción. Pero necesito que me preste un carruaje y algo de dinero. Le doy mi palabra de que se lo devolveré con creces en unos días, en cuanto volvamos a casa.

—Su padre era un buen hombre, Edevane —dijo tras unos segundos interminables. David apretó la mandíbula, como cada vez que alguien lo llamaba por ese nombre—. Decente, íntegro, cabal. Nunca dio ningún escándalo ni permitió que sus problemas salieran de las cuatro paredes de su casa.

Un espeso silencio siguió a su afirmación. Quizá su hijo debía haber apuntado algún comentario que le diera la razón, hasta una leve afirmación con un movimiento de cabeza habría sido aceptable. Pero sus labios estaban sellados y su cuerpo paralizado. Ahora sabía que su padre no había sido un buen hombre y aunque fuera al infierno por ello no diría lo contrario.

—A los hombres buenos no siempre les pasan cosas buenas —continuó el caballero bebiendo

de su copa a grandes tragos. Tal parecía que estuviese bebiendo agua. —. Pero los hombres buenos no culpan a Dios o al destino por ellas. Siguen adelante y cumplen con su deber, con su honor.

—Culpar a Dios no suele ser efectivo. —La voz de David sonó mucho más débil de lo que a él le habría gustado.

Se sentía como si acabara de llegar del colegio con una ristra de malas notas bajo el brazo y un ojo morado (no sería la primera vez) y tuviera que soportar todo un sermón con impaciencia mal disimulada, ansioso por escuchar el pertinente castigo y salir de allí. Estuvo a punto de decirle a Fortune que no se anduviera con subterfugios y le dijera de una vez que no sacaría ni una moneda de su bolsillo. Pero no estaba solo. No podía arrastrar a Christine por los caminos con una tormenta sobre sus cabezas.

—Los hombres como tu padre resuelven los problemas, incluso aunque ellos no sean los causantes. ¿Qué no haría un hombre íntegro por sus hijos? Resolver los intrincados nudos de los errores, cargar con sus pecados. —Fortune asintió satisfecho, como si tuviese la sensación de haber encontrado las palabras perfectas, aunque David no sabía muy bien a qué venía esa oda al buen juicio de un hombre que no había demostrado ni un ápice de piedad en toda su vida—. ¿Hacia dónde vais?

—Hacia Sussex —titubeó el marqués ante el súbito cambio de tema.

—La madrastra y el hijastro de viaje a Sussex. No recuerdo que Edevane tuviese ninguna propiedad allí —indagó para no tener que hacer la pregunta directamente.

David estuvo tentado de decirle que no le importaban sus razones pero al fin y al cabo habían irrumpido en su propiedad para pedirle dinero, era lógico que demandara una explicación.

—En realidad, la marquesa es quien tiene que viajar a Sussex. Quiere visitar a los Lennox, que tienen una finca junto a los Greenwood. —Fortune asintió pero quería saber más—. Me pareció que era un viaje demasiado largo para una mujer sola, y decidí acompañarla por cortesía. Que ella esté a salvo es mi responsabilidad. Y después, todo se complicó.

—La vida suele complicarse. Y ¿para qué quiere visitar a los Lennox? Perdone mi indiscreción, Edevane. Allí solo quedan las tres ancianas, que por lo que dicen están un poco locas, y su sobrino menor. El lisiado. Rico, pero lisiado.

David no supo qué contestar, primero porque el desprecio con el que Fortune habló casi lo hizo saltar de su asiento y segundo porque la información lo dejó un tanto noqueado. ¿Qué quería Christine de los Lennox? Parecía muy interesada en encontrarse con ellos y aquello cada vez resultaba más intrigante.

—Me temo que no lo sé. No le pregunté sus motivos, la relación entre mi madrastra y yo no es en absoluto cercana. Solo me ofrecí para garantizar su bienestar.

Fortune volvió a asentir varias veces con movimientos lentos y una sonrisa indescifrable curvó sus labios resecos, dejando ver una hilera de dientes amarillos.

—Ya veo. —Fortune se levantó y le quitó la copa de las manos a pesar de que apenas había probado su contenido y dejó ambas en la repisa de la chimenea—. El mayordomo le indicará cuál es su habitación, no dude en pedirle todo lo que necesite. Descanse un poco, aquí cenamos temprano.

## Capítulo 18

David se puso con desgana la chaqueta que Fortune le había prestado para la cena, y casi hubiera preferido quedarse con la de Ray. La prenda del noble olía a cerrado y a naftalina, aunque la verdad era que ese hombre le resultaba tan desagradable que el contacto de cualquier cosa que fuese suya le repugnaba. Suerte que los ladrones le habían dejado su pequeña bolsa y al menos las prendas que estaban en contacto con su piel eran suyas. Al llegar al pasillo se encontró con Christine que venía de su habitación con expresión adusta y que pareció aliviada al verle. Le tendió el brazo y ambos comenzaron a descender las escaleras para dirigirse al comedor donde los Fortune ya estarían esperándolos, y despellejándolos con toda seguridad.

—¿Cómo te ha ido con Leandra Fortune? —preguntó David con tono distendido aunque se había preocupado al verla tan seria.

—Piensa que soy una pecadora.

—No va muy desencaminada. Tiene buen ojo. —La broma no fue bien recibida y Christine le dio un manotazo en el brazo—. ¿Qué te ha dicho?

—Nada en concreto. Me ha hecho preguntas insustanciales intentando averiguar por qué estamos juntos y solos en mitad de ninguna parte. Y luego ha soltado una especie de sermón lleno de mensajes subliminales sobre la decencia, el pecado, la castidad...

David no pudo evitar soltar una carcajada al mirarla de soslayo y comprobar lo que ya intuía, que se había sonrojado.

—Eres viuda y tienes una hija, mantener la castidad en esas circunstancias habría sido considerado como un nuevo milagro por los entendidos en la materia.

—No es un asunto para bromear, David. Esa mujer cree que yo... que nosotros...

—¿Nosotros? ¿Qué cree, Christine? Dímelo. —David se detuvo al llegar al pie de la escalera y la miró con tanta intensidad que por un momento creyó leer sus pensamientos. Estaba rememorando sus encuentros, sus besos, sus caricias, igual que él. Tal y como llevaba haciendo desde que había vuelto a Edevane Rosefield, o quizá antes, al pisar Inglaterra. A quién quería engañar. Nunca había dejado de pensar en los labios de Christine, en los jadeos de Christine, en sus pechos pequeños y duros bajo sus manos, en sus piernas rodeando su cintura. Sabía que ella no pronunciaría la palabra que estaba deseando escuchar de su boca. Amantes. Los Fortune pensaban que eran amantes. Era una suerte que ella no fuera capaz de decirlo en voz alta porque la sola idea lo ponía más duro de lo que recordaba haber estado en años.

—No importa lo que piensen. Seguro que no es peor que lo que yo pienso de ellos. —Apretó su mano en un gesto cómplice que no se podía permitir, por su bien, por el bien de ambos—.

Aunque resulte mezquino solo tenemos que conseguir que nos ayuden y después no volveremos a verlos más. ¿Qué importa lo que piensen, Christine? Al cuerno con ellos.

Ella asintió y dejó escapar un suspiro entrecortado. Lo que no le había contado a David, y no lo haría jamás era que lady Fortune la había acribillado a preguntas sobre su hija hasta el punto de incomodarla. No le gustaba ser juzgada, nunca le había gustado. Pero no consentiría que nadie, absolutamente nadie, cuestionara su faceta como madre. Daría cualquier cosa por Eria, ya lo había hecho. Y volvería hacerlo sin dudar, aunque para ello tuviera que sacrificar su felicidad. Escoltados por el mayordomo llegaron al comedor. Al entrar encontraron allí a los hermanos Fortune cuchicheando con las cabezas muy juntas y las manos unidas, y en cuanto escucharon la puerta se separaron y les dedicaron sendas miradas de censura. David dedujo que esa era su forma habitual de mirar al mundo.

—Bienvenidos de nuevo. Parece que tienen mejor aspecto. Por favor, siéntense.

Leandra hizo los honores conduciéndolos a cada uno a un extremo de la enorme mesa, un mueble inútil y absurdo teniendo en cuenta que solo iban a ser ellos cuatro. David sonrió intentando ocultar su desagrado al verse condenado a sentarse junto a Fortune, algo que le hacía muy difícil tomar el mando en la conversación que transcurriría en el extremo de la mesa entre Leandra y Christine. Aunque dudaba que su encanto personal sirviera de algo con aquella mujer seca y arisca, de hecho, le sorprendería poder esbozar sus eficaces sonrisas pícaras o sus miradas encantadoras con aquella dama.

—Lady Edevane, mi hermana me ha dicho que ha quedado encantada con lo que usted le ha contado de su hija. ¿Cómo se llamaba?

El silencio se hizo dueño de la enorme y helada estancia y todos los ojos se volvieron hacia ella. Se centró en los únicos, que contra todo pronóstico, parecían ofrecerle un poco de amabilidad. Los del hombre que odiaba, los de hombre que tanto daño le había hecho.

—Eira —contestó con voz firme—. Significa nieve en galés.

—Ajá. Háblenos de ella —le pidió mientras cortaba con parsimonia un filete

—Es una niña dulce e inteligente. También es justa, alegre, noble...

—Entonces es digna hija de un Edevane.

—Es idéntica a su padre.

David se dio cuenta de que mientras la escuchaba su propia mano se había quedado a medio camino entre el plato y su boca, atrapado por la manera pausada con la que Christine hablaba de su hija, conteniendo la emoción que bailaba en sus ojos y que solo él podía distinguir con claridad. Era imposible apartar la vista de ella. Ya no era la chiquilla a la que le costaba tratar con todos los demás, excepto con él. Era evidente que no le apetecía hablar con aquellos que la adulaban y censuraban a la vez. Pero le bastó con darle justo lo que querían oír, sonreír con modestia e inclinar la cabeza con expresión serena y doliente de viuda resignada para conquistar el mundo. Dejó el tenedor sobre el plato y apuró el vino para tragar el nudo de su garganta. Se dio cuenta de que la sangre le ardía en las venas e intentó con todas sus fuerzas achacarlo al odio que aquella mujer falsa le inspiraba. Porque la odiaba, con la misma intensidad que la había amado.

—La echaré mucho de menos. Y a él también supongo. Tan joven y ya con la carga de una muerte tan sentida a las espaldas. —Lord Fortune mostró su sonrisa de dientes amarillos, que pretendía ser comprensiva, y por el rabillo del ojo pudo notar que su hermana asentía satisfecha.

—Alejarme de mi hija es lo más difícil que he hecho nunca. Pero era necesario y si todo va bien en un par de días estará de vuelta. Mi hermana está ocupándose de ella así que en ese

sentido estoy tranquila.

—Y si tan difícil le ha resultado... ¿Qué asunto le lleva hasta la casa de los Lennox? Hasta donde yo sé esas tres ancianas medio locas no han salido de allí hace años. A no ser que... —La sonrisa de Fortune se volvió repugnante, y aunque no añadiera nada más la insinuación era lo bastante sucia para ser ignorada. Aun así, necesitaban su ayuda y debían tragarse el orgullo—. Su sobrino se mudó con ellas hace meses. Quizá sea él el motivo de su visita.

—El motivo de mi viaje es algo personal, milord. Discúlpeme, pero no puedo desvelarlo ya que atañe a otras personas.

—No tiene que disculparse —interrumpió Leandra al ver que la sonrisa de su hermano se transformaba en una mueca de indignación—. Solo preguntamos por curiosidad. ¿Verdad, hermano? Supusimos que al confiar en nosotros para pedirnos ayuda nos confiarían también sus secretillos.

La mujer guiñó un ojo con una complicidad que no encontró eco en ninguno de los dos invitados. Estaban ansiosos por salir de allí, con o sin la ayuda de esos seres tan mezquinos.

La voz de Christine y el ruido de su silla al ser arrastrada lo trajo de vuelta a la mesa y se levantó con rapidez para ayudarla según lo que mandaba la cortesía. Sujetó su mano con fuerza y ella lo miró con sorpresa, pero recuperó la compostura en el momento en el que Leandra se levantaba de su asiento.

—La acompañaré a su habitación —anunció con sequedad, como si temiese que el marqués se ofreciese a hacerlo.

David hizo una reverencia esperando que nadie hubiera captado su gesto.

—Mañana a primera hora tendrá preparado un carruaje y una generosa cantidad para que no tengan ningún problema en llevar su viaje a término. Puede mandarme mi dinero de vuelta con el cochero, es de entera confianza. —David asintió y tragó saliva. En lugar de sentir alivio casi lo decepcionó que ese tipejo le prestara ayuda. Eso implicaba que en él había un pequeño resquicio de decencia—. Mi hogar es un lugar honorable, y espero que sus propósitos no enturbien eso. Buen viaje, Edevane.

Christine volvió a desabrocharse el vestido por enésima vez con la intención de ignorar la nota que David le había pasado cuando ella se disponía a dejar el comedor. Ese apretón de mano y el tacto del papel cálido en su palma le había removido los recuerdos de otras decenas de cartas que él le había entregado de la misma manera, a pesar de no haber testigos en esas ocasiones. Recuerdos de cuando la vida era más fácil, recuerdos de cuando ella era más frágil y más ingenua, recuerdos de cuando eran amantes. Amantes. La palabra actuó como catalizador y sintió el fuego recorrer su cuerpo. Resopló sin saber qué hacer. Si él se había arriesgado a pasarle la nota quizá fuera algo importante, o solo una travesura. Con David nunca se sabía. Se volvió a abrochar el vestido y decidió acudir a su llamada. La había cita en la misma sala donde los Fortune los habían recibido esa mañana, cerca de la escalera y lo bastante lejos de las habitaciones donde los anfitriones estarían durmiendo.

Christine se dirigió hacia allí con sigilo y bastante satisfecha por no haber hecho nada de ruido. En algún lugar resonaron con fuerza unos pasos y maldijo, si se trataba de David no estaba siendo muy precavido. Se detuvo unos instantes en la puerta de la sala con el oído alerta para intentar detectar que dirección tomaban esos pasos, hasta que una mano cálida tapó su boca y se sintió levantada del suelo como si no fuese más que una pluma.

—Tranquila, soy yo. —La voz de David en su oído hizo que volviera a respirar, pero no tuvo el mismo efecto tranquilizador sobre su corazón, que retumbaba aún más fuerte que antes.

La habitación estaba a oscuras y solo los relámpagos que de cuando en cuando rompían el cielo iluminaban el lugar. Los ojos de David brillaron de una manera extraña y ella sintió su presencia en cada poro de su piel. Debería haberse quedado en su cama lejos de él.

—Lo que has hecho es muy arriesgado. Podían haberte visto.

—Escribí esa nota antes de la cena sin saber si te la daría. Pero necesitaba hablar contigo.

—¿Qué quieres? —susurró ella.

—La verdad. Quiero que me digas por qué vamos a Sussex.

—Yo voy porque tengo algo que hacer. Tú porque te gusta meterte en los asuntos de los demás.

—Oh, gracias. Esa es tu forma de agradecer que te haya salvado el trasero.

—David, te lo dije. No puedo contarte nada. —Guardó silencio unos instantes. Los pasos ya no se escuchaban, aún así debían controlar el tono de su voz para que nadie los descubriera. Sería escandaloso.

—Si piensas que me gusta la idea de estar en deuda con este tipo te equivocas. Solo nos ayuda por lealtad a mi padre. Y te puedo asegurar que tener que recurrir a mi progenitor o a su influencia o su nombre, aunque sea de manera tan insignificante me envenena la sangre. Mi dignidad me empuja a mandar al cuerno a Fortune, darle un puñetazo para que se trague sus podridas insinuaciones y salir de aquí sin su ayuda. Eso es lo que David Clark haría. Pero estás tú. Y tu misión o lo que sea que quieres conseguir de los Lennox, y necesito saberlo. Quiero saber si me estoy tragando mi orgullo por algo que merezca la pena o solo porque tú...

Christine lo hizo callar posando sus dedos sobre su boca y entonces David lo oyó. El eco de los pasos se escuchaba cada vez más cerca, acompañado por un murmullo. Hubiera permanecido toda la eternidad con el tacto de sus dedos suaves en los labios, los hubiera besado y lamido, pero la situación era acuciante. Si los encontraban allí toda Inglaterra se enteraría tarde o temprano, y cabía la posibilidad de acabar de patitas en la calle con lo puesto. Esa gente se tomaba muy en serio su reputación.

David reaccionó al fin y tiró de ella hacia la ventana para esconderse detrás de las pesadas y oscuras cortinas, rezando para que el movimiento de la tela cesara y no los delatase. El murmullo se fue volviendo más nítido hasta que pudieron distinguir la letanía de una oración. Era una voz femenina y sin duda se trataba de Leandra. Se detuvo unos instantes en la entrada para terminar su rezo, y cuando ya pensaban que se marcharía, la mujer se adentró en la estancia. Un relámpago alumbró la habitación y David pudo distinguir los rasgos tensos de Chris en la oscuridad, y en ese momento se dio cuenta de que sus manos seguían entrelazadas. Escuchó un tintineo en el otro extremo y se arriesgó a asomarse ligeramente por un borde de la tela. Leandra, con una bata oscura que arrastraba tras ella como si fuera un manto y el pelo blanco suelto y encrespado, se estaba sirviendo una generosa copa de brandy que apuró de un trago, como si fuera el último vaso de agua del desierto. Incluso jadeó de placer cuando hubo terminado. Se sorprendió al ver que repetía la operación y volvía a apurar el brandy y se ocultó antes de que ella se girase para salir de la habitación. Así que los Fortune escondían más de un vicio en sus mochilas a pesar de querer erigirse en jueces de los pecados ajenos. La letanía se reanudó y ambos permanecieron inmóviles mientras los pasos se alejaban y con ellos el murmullo. Mucho después aún seguían con las manos entrelazadas en la oscuridad, bajo un hechizo que les impedía recobrar la compostura. Ella fue la primera en reaccionar y tras deshacerse de su contacto salió

de su refugio. David la retuvo, quería respuestas, y las obtendría aunque para ello tuviera que recurrir a un recurso que nunca fallaba, la ira.

—Dímelo, Christine. Qué quieres de Víctor Lennox. No quiero ser el tipo que te lleve a los brazos de tu nueva conquista.

—Eso es todo, ¿verdad? Tu orgullo. Te da igual lo que me pase siempre que tu buena reputación quede intacta. Eres igual que todos —musitó con los dientes apretados.

—¿Es eso? Es un hombre rico y en una situación vulnerable. El caldo de cultivo perfecto para...

—¿Para qué? Vamos, dilo. Para que yo lo engañe y lo atrape en mis redes. Eso es lo que piensas de mí, que solo me mueve el interés, cuando eres tú quien antepone el dinero a todo lo demás. Pues óyeme bien, Edevane. Ni todas las riquezas del mundo compensan el hecho de dejarse tocar por alguien a quien desprecias. No tienes ni idea de lo que es que...

—Basta. Christine, por favor. —David no podía escucharlo. Había evitado pensar en ello durante años, como si no hubiese ocurrido en realidad, pero no lo había conseguido. Nunca se había permitido pensar en lo que Christine habría sentido. Para él no era más que una traidora y soportar las atenciones del viejo marqués eran el pago justo por la avaricia—. Si sigues hablando puede que tenga que ir hasta el infierno a buscar a mi padre para matarlo.

—Mañana te contaré lo que quieras saber. Ahora será mejor que nos vayamos de aquí.

Pero ninguno de los dos se movió. David apoyó su mejilla contra la suya y maldijo al descubrir que estaba llorando, y simplemente se dejó llevar por el impulso de abrazarla y calmar su dolor. Pero ¿quién calmaría el suyo después? No importaba. Deslizó la boca buscando el rastro salado de sus lágrimas intentando hacerlas desaparecer odiándose por ser el culpable de su existencia. Christine se resistió, no contra él sino contra sí misma; sabía que aquello no era más que un espejismo, no podía creer en su bondad después de asestarle una nueva puñalada apenas un segundo antes. Le empujó y se giró para salir de allí pero él la alcanzó antes de que saliera por la puerta y la retuvo contra la pared unos segundos. A lo lejos resonaron los pasos de lady Fortune subiendo las escaleras después de haber terminado con su ronda, cada vez más lejanos. De nuevo Christine se sintió atrapada a pesar de que marcharse estaba a su alcance, de que el agarre de David era tan liviano que ni siquiera estaba segura de si la estaba tocando de verdad o solo eran sus ganas traicionándola. Y entonces él acarició su mejilla con dulzura como si fuera la primera vez. Y entonces ella giró el rostro y depositó un beso en la palma de su mano.

La pasión se desencadenó por sí sola sin pedir permiso. David buscó su boca con desesperación y ella se dejó besar. Otra vez. Como en Londres. Solo que esta vez ninguno de los dos se veía con fuerzas de detener aquello. El beso continuó su camino bajando por el cuello hasta llegar a la barrera que suponía la tela del vestido. La lengua de David se deslizó por el nacimiento de sus senos recorriendo aquel sendero que se había aprendido de memoria hacía años. Apretó sus pechos por encima de la ropa y Christine dejó escapar un suspiro entrecortado que resonó en el silencio de la estancia. David colocó la mano sobre su boca para silenciarla por si a alguno de los Fortune los escuchaba. Ella entreabrió los labios y sin pensar lo que hacía dejó que su lengua se deslizara por sus dedos, lamiéndolos de manera sensual. David gimió y el deseo lo traspasó desde la espina dorsal hasta la nuca de manera casi dolorosa. Necesitaba tocarla, necesitaba sentirla temblar por su culpa y no pararía hasta conseguirlo. Deslizó las manos por sus costados mientras se arrodillaba ante ella para rendirle pleitesía. Levantó las faldas arremolinándolas en su cintura hasta que ella fue capaz de sujetarlas para facilitarle la labor, a pesar de que las manos le temblaban de expectación. David paseó las manos por sus piernas

desnudas sin prisas y elevó la mirada hacia ella con una sonrisa lobuna que un relámpago que rompió la noche iluminó durante unos segundos.

—Me encanta que no lleves nada debajo del vestido.

—Iba a meterme en la cama. No he tenido tiempo de...

Él ronroneó sobre su piel provocándole un escalofrío. Estaba deseando verla estallar de placer y a la vez quería demorar el momento todo lo posible, mantenerla pendiendo de un hilo y ansiosa por cada uno de sus movimientos. Desesperada. Sus labios se deslizaron hacia la unión entre sus piernas lentamente y trazaron el camino de vuelta para provocarla. El quejido de frustración lo hizo sonreír, la tenía justo donde quería. Sujetó su pierna y la colocó sobre su hombro y, aunque Christine se sintió expuesta, no se le pasó por la cabeza retirarse. Necesitaba aquello mucho más que para saciar su cuerpo.

Cuando conoció a David no era más que una jovencita insegura en sus manos, y él la hizo sentirse una mujer deseable y madura. Después de eso todo lo que pasó la hizo sumirse en la oscuridad y había pasado de mujer a madre sin plantearse nada más. No renegaba de esa faceta, su hija era lo que le daba fuerzas para levantarse cada mañana. Pero sentirse deseada con la pasión con la que David lo hacía la llenaba de vida. Quería sentirse mujer de nuevo en sus manos, pero no una mujer cualquiera, la mujer que él anhelaba.

Christine sujetó la mano que David había posado en su cadera y la llevó hasta su sexo para instarlo a acariciarla donde ella lo necesitaba. Se aferró con fuerza a su muñeca sin importarle el pudor, y jadeó mientras los dedos de David la llenaban.

Él se deshizo de su agarre para poder tocarla con libertad. Continuó acariciando su interior pero no se privó de aquello con lo que tantas veces había soñado durante esos años. Había echado de menos su sabor, su tacto, la manera en la que se arqueaba contra él. La acarició con la lengua descubriendo cada rincón como si fuera la primera vez, ejerciendo la presión justa y apartándose en el momento en el que ella estaba a punto de estallar para prolongar al máximo aquella deliciosa tortura. Christine enredó los dedos en su pelo mientras perdía el control de su cuerpo y sus emociones. Su ser había dejado de pertenecerle, ahora era solo la prolongación de David, de sus manos, de su lengua, una mujer desmadejada con un solo fin, llegar a ese clímax que él le prometía y le negaba a la vez. Las caricias de su lengua trazaron círculos, lamieron su centro, atraparon su carne dándole al fin aquello por lo que su cuerpo clamaba. Y Christine se perdió en aquella marea de sensaciones demasiado intensas para soportarlas, arrasada por algo que iba mucho más allá del placer físico. Después de mucho tiempo estaba donde debía estar. Cuando David dejó de acariciarla se dio cuenta de que sus rodillas apenas tenían fuerza para sostenerla. Él quiso cogerla en brazos para llevarla a su habitación pero ella reunió la entereza suficiente para alejarse de él. Ya era bastante humillante necesitarlo de esa manera tan visceral y devastadora, demostrarle cualquier otro signo de debilidad era intolerable.

## Capítulo 19

Verano 1860

Todo era demasiado perfecto. Y ese pensamiento hizo que un mal presentimiento cruzase la mente de David una décima de segundo. Estaban viviendo una historia de amor en un mundo irreal en el que solo existían ellos dos, en aquel pequeño rincón de la campiña alejados de todo. Se veían casi cada día, hablaban, fantaseaban y después se comían a besos. Nadie, salvo Killian, conocía su relación y a veces se preguntaba cómo sería todo cuando la realidad los alcanzara y tuvieran que integrarse cada uno en la vida del otro, en sus vidas familiares y sus rutinas. ¿Podrían quedarse eternamente en aquella burbuja en la que vivían apaciblemente? Era algo imposible. Solo esperaba que cuando la realidad los avasallara, algo que ocurriría de forma irremediable, su amor siguiera brillando de la misma manera. No valía de nada sufrir antes de tiempo, era mejor disfrutar como dos inconscientes que no le temían al mañana.

David miró el cuerpo de aquella mujer que había dinamitado todo lo que él tenía preconcebido en cuanto al amor. Christine Archer, con su timidez, su dulzura y su entrega lo había enamorado desde el primer minuto. La luz se filtraba entre los tablones de aquella caseta mal construida que ni siquiera se podía llamar casa, y que se había convertido en el lugar más mágico del planeta. Después de haber sido sorprendidos por la lluvia días antes, David había decidido que debían encontrar un lugar resguardado y no solo de los elementos sino también de los ojos indiscretos. Por ahora la suerte estaba siendo benevolente con ellos y no se habían cruzado más que con algún aldeano que no les había prestado demasiada atención. Su búsqueda había dado sus frutos y había encontrado una destartalada caseta donde se guardaban útiles de labranza y que hacía años que no se usaba. Arregló la puerta que estaba descolgada, fijó algunas tablas del techo, limpio todo de forma exhaustiva y le dio un aspecto acogedor con bastante tino. No había muebles, apenas una mesita baja y un colchón que pudieron comprar a alguien del pueblo. Para hacerlo más acogedor se había hecho de una gran cantidad de cojines, un par de tapices, y dos candelabros, y nunca faltaban flores frescas. Era su pequeño palacio aunque a ellos les hubiera dado igual que no tuviera ni techo ni paredes, no estaba tan mal amarse bajo la lluvia.

Como si hubiera sentido su mirada, Christine abrió los ojos somnolientos y lo miró esbozando una sonrisa. A veces les bastaba con pasar la tarde así, entre besos lentos y caricias perezosas. Otras en cambio el deseo azuzaba su sangre y les hacía difícil controlarse. Chris se desperezó estirando los brazos y él aprovechó para colocarse sobre ella y sujetarle las muñecas por encima de la cabeza.

—Ahora eres mía —susurró contra su cuello mordisqueándole, haciendo que ella soltara una

carcajada.

—Siempre he sido tuya. Desde ese momento que nunca existió, cuando me masajearas los pies para calmarme el dolor.

—Es una pena que no pasara nada más que en nuestra imaginación, porque me encantan tus pies.

Ambos compartieron una risa cómplice que se fue extinguiendo a la vez que sus ojos se quedaban enganchados en la mirada del otro. David se inclinó y deslizó la lengua por sus labios llenos hasta que ella los entreabrió para darle la bienvenida a su boca. La exploró con movimientos lentos, saboreando cada suspiro, mordisqueando su labio inferior, haciéndola desear mucho más. El beso duró una eternidad, convencidos de que tenían todo el tiempo del mundo para ellos, pobres ilusos. Sus cuerpos se mecieron uno contra otro y el fuego se hizo incontenible. David interrumpió el beso e intentó apartarse consciente de que estaban empezando a acercarse demasiado a esa línea peligrosa que les llevaría a perderse para siempre el uno en el otro. Pero Christine no se lo permitió, enredó los dedos en el pelo rojizo de su nuca y se mordió el labio sin ser muy consciente de lo que ese gesto inofensivo provocaba en él. No necesitaban hablar, cualquier palabra que pudieran pronunciar no sería tan elocuente como aquella mirada cargada de verdad. Estaban preparados. Estaban seguros de que nada ni nadie los separaría. Christine tiró de sus faldas hasta que quedaron arremolinadas en sus caderas y David cerró los ojos una décima de segundo intentando aferrarse al último resquicio de fortaleza que le quedaba. Hacer el amor con Christine lo complicaría todo, le daría a su relación un carácter definitivo, pero la amaba. Más de lo que había creído que se podía llegar a amar.

Quería estar con ella, vivir con ella, amarla y dejarse querer. No echaba de menos su vida anterior, porque, aunque solo hubieran pasado unas semanas se sentía un hombre distinto. Había un antes y un después de Christine.

Las finas medias se habían deslizado hasta los tobillos y las pequeñas motitas de luz que se filtraban por la pared caían sobre ellas, también sobre su sexo, y sobre sus manos que ahora se apresuraban a desabrochar el corpiño. David estaba a punto de morir de deseo y tomó su boca con hambre, tanta que sabía que después sus labios acabarían hinchados y enrojecidos. Sus dedos descendieron hasta su intimidad y se adentró en ella obteniendo la respuesta que anhelaba. Humedad, calor, jadeos. Ella se arqueó y se abrió más a él, ansiosa por llegar al orgasmo.

—Te deseo con locura, Chris. No podría vivir sin esto —susurró contra su boca acariciando con más fuerza su sexo—. Ni sin esto. —Esta vez su boca descendió hasta su pecho y mordisqueó con suavidad su pezón—. Ni sin esto tampoco —dijo depositando un beso sobre el lugar en el que palpaba desbocado su corazón.

Ella no dijo nada, la emoción apretaba su garganta con demasiada fuerza para poder hablar. Se limitó a asentir sin dejar de mirarlo a los ojos mientras deslizaba sus uñas por el torso musculoso y el abdomen de David.

—Todo eso será siempre para ti —consiguió pronunciar al fin con un sollozo.

Desabotonó los pantalones que la separaban de él y deslizó su mano hasta llegar a la erección que se apretaba impaciente contra ella, deslizando los dedos por la punta húmeda y ardiente, para después sujetarla con firmeza. David cerró los ojos para contener el ramalazo de placer que lo hizo tensarse de la cabeza a los pies. Tironearon de las ropas que acabaron olvidadas en el suelo de tierra y se acariciaron sin barreras ni pudor hasta que el deseo fue más fuerte que ellos. David la penetró despacio a pesar de que las ganas eran implacables y comenzó a moverse en su interior guiado por sus reacciones. La ligera sensación de dolor propia de la primera vez pasó tan

rápido que Christine se olvidó de ella abrumada por el resto de sensaciones. Compartir aquello con el hombre que amaba era tan especial que la emoción estuvo a punto de hacerla estallar de dicha. Sus manos vagaron por los brazos, los hombros y la espalda de David en un intento desesperado de beberse cada centímetro de su piel. Lo necesitaba así, entregado al deseo mutuo, ansioso por mostrarle todo lo que podía darle. Christine gimió cuando el placer comenzó a crecer en su interior y le susurró cosas incoherentes que ni ella misma entendía. Aquella danza íntima e hipnótica era totalmente diferente a lo que habían hecho antes, era una comunión perfecta que solo podía desembocar en algo más perfecto aún. Enredó las piernas en la cintura de David en un intento de sentirlo más profundo y él se olvidó de que era su primera vez, de que debía ser más cuidadoso. Sus movimientos se volvieron más rápidos e intensos, empujado por los jadeos de Christine al llegar a un clímax que la hizo levantar las caderas para ir en su busca. Él le dio todo lo que tenía, sus besos apremiantes, sus caricias entorpecidas y hasta un pequeño trozo de su alma, toda su alma. Cuando el orgasmo lo dejó exhausto y desarmado quiso decirle mil cosas al oído, prometerle que su amor duraría toda la vida, que la veneraría día tras día. Pero esta vez fue él quien no pudo encontrar las palabras. Quizá fue mejor así.

Hacer el amor con David se había convertido en algo adictivo y aunque agradecían tener su pequeño refugio también tenía su encanto hacerlo bajo el cielo raso, contemplando las nubes o con el murmullo del río de fondo.

Esa tarde los Archer habían aceptado una invitación para visitar a unos nobles que acababan de comprar una finca cerca de allí, y habían preferido hacerlo sin la compañía de sus hijas, lo que fue un alivio para las tres.

—¿Qué os parece si vamos a bañarnos al río? —comentó Tessa, la más pequeña de las hermanas, que a sus trece años estaba deseosa de que le permitieran hacer algo divertido por una vez.

—De eso nada, tu institutriz me ha dicho que tenías clase de francés esta tarde.

—No pasa nada por perder una lección. Saber idiomas no me servirá de nada cuando fallezca de aburrimiento —se quejó con un resoplido cruzándose de brazos.

—Chris tiene razón, que nuestros padres hayan salido no quiere decir que tengamos que descuidar nuestras obligaciones —apuntó Amber—. Así que deberías ir a prepararte.

La muchacha se marchó con grandes zancadas maldiciendo por lo bajo. De las tres hermanas era la más rebelde y caprichosa, aunque casi siempre solía dejarse llevar por los designios de su madre.

—¿Qué te parece si nos vamos nosotras al río? —preguntó Amber que también se sentía aliviada por no tener que soportar otra tediosa tarde de té y bordados con su madre—. Hace tiempo que no hacemos algo juntas.

—Lo siento, Amber. Voy a salir a montar.

—Podemos... ir juntas.

—Es que tu caballo es bastante más lento. No podrías seguir el ritmo —se excusó Christine, que miraba de cuando en cuando el reloj para asegurarse de que no se le hiciera tarde para llegar a su cita. Se levantó de su asiento para salir de la sala y se giró hacia su hermana, sintiendo que la estaba traicionando de alguna manera—. Mañana. Mañana iremos juntas al río o a dónde tú quieras.

Dio un rápido beso a su hermana en la frente y salió en dirección a las caballerizas sin poder

evitar sentirse mal.

Cualquier sentimiento de culpabilidad se esfumó en cuando divisó la caseta donde David ya la esperaba y su caballo atado en la entrada. Nunca se cansaría de verlo, estaba segura.

Amber sabía que su hermana escondía un secreto. Sus padres habían preferido dejarla a su aire y permitirle salir sola a montar. Después de todo, Christine siempre había sido la solitaria, la silenciosa, la peculiar. Mientras todos conversaban ella se abstraía en su propio mundo y le costaba mucho socializar. El aire del campo y montar a caballo parecían estar provocando un cambio en ella, y se la veía llena de energía, feliz. Al principio Melody no parecía estar muy de acuerdo con esa nueva costumbre, pero su marido le dijo que lo dejara estar. Y ella accedió. No vivía cerca nadie que pudiera ser testigo de aquella costumbre de su hija, y si quería sentarse bajo un árbol a observar los pájaros con un libro en la mano no sería ella la que se lo impidiera. Pero su hermana la miraba desde otra perspectiva. Veía el brillo de sus ojos, las sonrisas enigmáticas que esbozaba de cuando en cuando cómo si acabara de perderse en algún recuerdo que solo ella conocía y las ansias desmedidas por salir corriendo de casa que ningún petirrojo o cualquier otro pájaro podían despertar por interesante que fuese. Y esa tarde, motivada por la decepción que había sentido ante el plantón de su hermana, Amber decidió que descubriría sus secretos.

Al principio creyó que le resultaría imposible seguirla a caballo, ella no era una experta amazona y Christine ya había salido de las cuadras cuando ella llegó. Pero se dejó guiar por el instinto. Hacía días que no llovía y por suerte para ella pudo divisar a los lejos las pequeñas nubecillas de polvo que su hermana dejaba a su paso. Al fin al llegar a una elevación pudo verla a lo lejos cabalgando a todo galope y azuzó a su caballo intentando aminorar la distancia que las separaba. Siguió un camino que serpenteaba entre un grupo de árboles que bordeaban campos de labranza que parecían estar en desuso desde hacía años y detuvo su montura abruptamente al divisar una especie de cobertizo que parecía a punto de caerse con el menor soplo de viento. Desmontó y ató su caballo a un árbol, consciente de que si se acercaba más podrían oírla. Avanzó oculta tras la línea de árboles unos pasos y divisó dos caballos amarrados en la puerta de aquel edificio cochambroso. No sabía qué hacer ni qué se iba a encontrar pero su estómago se contrajo de preocupación. Estaba paralizada y esperó unos minutos interminables a que ocurriera algo, lo que fuera, que le indicara cómo actuar. Uno de los caballos relinchó y se sobresaltó tanto que estuvo a punto de caer de espaldas. Decidió que tenía que saber qué estaba ocurriendo y la curiosidad hizo el resto.

Amber avanzó manteniéndose a cubierto hasta llegar a uno de los laterales de la edificación. Miró con asco las maderas polvorientas y gastadas que conformaban las paredes pero se tragó sus excesivos escrúpulos de niña mimada y se apoyó para poder asomarse al interior por uno de los huecos. Ahogó un jadeo y cayó de espaldas por la sorpresa al ver a su hermana tumbada en un colchón tirado en el suelo con un hombre sobre ella. La duda de si aquel acto era voluntario o si Chris estaba en problemas la instaron a volver asomarse aunque sabía que jamás podría volver a mirar a su hermana a los ojos después de aquello. Se mordió los nudillos, tomó aire y volvió a acercarse a la madera. Chris, que estaba casi desnuda de cintura para arriba, enredaba su mano en el pelo de un hombre que en ese momento besaba sus pechos y su expresión no era la de alguien que estuviera en apuros precisamente. Estaba a punto de retirarse y huir de allí cuando él levantó la cabeza. Y entonces lo reconoció. Era aquel tipejo que habían conocido en casa de sus primos, el futuro marqués de Edevane, un libertino, un sinvergüenza que habría aprovechado la inocencia

de Christine para seducirla sin ningún propósito decente en la cabeza.

Las lágrimas de rabia comenzaron a correr por su rostro y deseó patear la puerta y darle su merecido a aquel desalmado. Pero ella no era más que una chiquilla de dieciséis años y no era rival para un canalla como ese. Echó a correr y se montó en su caballo sin importarle ya la discreción, ansiosa por borrar de su cabeza aquellas imágenes que seguramente nunca se irían.

Christine tuvo un mal presentimiento. Esa tarde había sido igual de mágica que las anteriores pero no podía dejar de pensar que se estaban arriesgando demasiado. ¿Cuánto tiempo más podrían prolongar aquella realidad paralela, aquel paraíso inventado y alejado del resto del mundo?

—¿Estás bien? —preguntó David deslizando el dedo índice por su columna mientras ella se inclinaba para ponerse las medias.

—Sí. No te preocupes —lo tranquilizó mirándolo por encima del hombro.

—Chris, tengo que decirte algo. —Ella se detuvo y lo miró con preocupación—. Killian quiere marcharse. Llevamos aquí casi un mes y su tío digamos que no es un anfitrión complaciente. Tenemos asuntos que atender.

—Lo entiendo —musitó a punto de ahogarse con el nudo que se había formado en su garganta.

David tiró de ella y volvió a tumbarla en el colchón, cerniéndose sobre ella para mirarla a la cara.

—No, no lo entiendes. No quiero irme. Pero debo hacerlo. — Su expresión era más solemne de lo que Christine le había visto nunca y eso la preocupó. Por alguna razón, puede que por amor, no quería que él sufriera.

—Sabíamos que esto pasaría. No podemos quedarnos en este cobertizo toda la vida.

—Me basta este pequeño refugio. Me bastas tú para ser feliz. Pero por desgracia el mundo no funciona así —susurró contra su mejilla. David le dio un rápido beso en los labios y limpió con el pulgar una lágrima solitaria que ella no había podido retener y que resbaló por su sien hasta perderse en su pelo oscuro—. Te quiero, Christine. Esto no acaba aquí. Solo es un paréntesis. Te prometo que...

Ella lo interrumpió posando el dedo índice en sus labios y negó con la cabeza mientras más lágrimas seguían a la primera. David se incorporó para alcanzar el bolsillo de su chaqueta hasta dar con un papel doblado sobre sí mismo hasta formar un pequeño cuadrado. Esas pequeñas cartas con apenas un par de frases se habían convertido en un pequeño ritual, y siempre se las daba en el momento de despedirse para que ella las leyera al llegar a casa. Christine nunca aguantaba y la impaciencia hacía que las abriera en cuanto el caballo de David se perdía de su vista.

—Ten. Léela ahora. —Ella lo miró confundida aceptando el papel—. Me temo que esta carta necesita una respuesta inmediata.

Christine se sentó y desdobló la carta despacio, sus dedos temblaban de expectación y sentir los ojos azules de David sobre ella no ayudaba. Las palabras resaltaron oscuras sobre el fondo blanco e inmediatamente se volvieron borrosas y difuminadas por culpa de las lágrimas. Eran solo tres palabras. Tres palabras que podían cambiar toda una vida.

«¿Quieres casarte conmigo?»

David esperó un segundo, dos, una eternidad, mientras Christine se perdía en aquella frase y se

ahogaba con sus propios sollozos.

—Chris...

Ella se giró hacia él y lo besó en los labios con tanta fuerza que lo dejó sin aliento.

—Santo Dios, espero que eso sea un sí, cielo.

—Claro que lo es. Sí, quiero casarme contigo. Quiero ser tu esposa, y no me importa vivir en una casa como esta. No necesito un palacio si tú estás conmigo. Solo te necesito a ti.

David se sorprendió al descubrir que estaba a punto de echarse a llorar, unas lágrimas que nunca antes había derramado. Lágrimas de emoción, de la felicidad más pura que había experimentado nunca. Ahora tenían todo un futuro por delante, querían estar juntos, ella lo amaba, él la amaba. Y entonces ¿por qué sentía tanta incertidumbre? Tenía claro que nada ni nadie podría alejarlo de su propósito de formar una familia con Christine. Pero no conseguía disfrutar al cien por cien de toda la alegría que eso suponía.

Quizá fuera porque todavía quedaba el indeseado momento de contarle a su padre lo que había decidido. No esperaba recibir su aprobación, él tenía otros planes inmediatos para su heredero que pasaban por viajar a España, pero tendría que aceptarlo. Se recostó en el colchón con la mujer que amaba entre sus brazos y sumergió la cara en su pelo para aspirar su perfume reconfortante.

—Me marcho mañana, Killian ha sido tajante. Pero volveré.

—Te esperaré. Vendré aquí cada día y pensaré en ti.

—Yo pensaré en ti en cualquier lugar —dijo mordisqueándole el lóbulo de la oreja haciéndola reír—. No me olvides, Christine.

—Nunca.

Christine debería estar levitando sobre el suelo. Estaba feliz, el hombre al que amaba le había propuesto matrimonio y a la vez le había dicho que tenía que alejarse de ella. No sabía si serían días o semanas pero la espera se le haría interminable. Tenía que ser fuerte y paciente. Se había acostumbrado a la presencia de David, a verlo a diario, a besarlo y tocarlo, a amarlo. La espera merecería la pena si después de eso podían estar juntos para siempre. No podía salir mal. Dejó el caballo al mozo de cuadras y apretó su pecho con la mano, justo en el lugar entre el corsé y su piel donde estaba escondida la última carta que David le había escrito. Solo una pregunta, tres palabras que bastaban para cambiar toda una vida.

Cuando entró en la mansión el ambiente le resultó extraño. Había muchas más luces encendidas de lo normal y la mirada que le dedicó el mayordomo la inquietó.

—Señorita Archer, su familia la espera en la sala.

Ella asintió, intimidada por la solemnidad y seriedad del hombre, que la miró con el ceño más fruncido de lo habitual. Se amonestó a sí misma por ese momento de debilidad. Tenía que aprender a lidiar con su inseguridad que a menudo la zancadilleaba y le impedía andar con la cabeza bien alta.

Cuando llegó a la sala titubeó unos instantes antes de entrar. La puerta estaba abierta y el ambiente que se respiraba no resultaba demasiado acogedor. Su madre y su hermana estaban sentadas en un sofá y su padre en una silla junto a ellas. Todos guardaban silencio y mantenían los ojos clavados en la alfombra. La única que hacía algún movimiento era Amber, que retorció uno de los bucles de su pelo constantemente, un gesto que acostumbraba a hacer cuando estaba nerviosa. El corazón de Christine se aceleró por la preocupación temiendo que hubiera ocurrido

una desgracia. Su padre fue el primero en verla, pero su madre fue la primera en reaccionar. Melody se levantó y cruzó la estancia olvidando sus habituales ademanes contenidos y su actitud serena y al llegar a Christine le asestó un bofetón que la hizo girar la cara con fuerza. Sus ojos se abrieron como platos por la sorpresa y el mundo pareció detenerse unos instantes.

Observó la escena como si estuviera fuera de su cuerpo, una sensación que la acompañaría con demasiada frecuencia durante los siguientes meses. Su padre levantándose de la silla tan pálido como un fantasma: su madre respirando como un animal con los dedos clavados como garras en sus brazos; Amber llorando a lágrima viva mientras se tapaba la boca con horror. Su mejilla palpitaba de dolor, sus ojos ardían y la vergüenza hacía que el aire entrara con dificultad en sus pulmones. Y entonces, como una revelación, lo supo. Aquel castillo de naipes que se había convertido en su refugio se había derrumbado. Ya no habría más besos escondidos, ni caricias furtivas, ni una pizca de libertad. Ni sueños, ni esperanza. Solo cabía rezar para que David Clark fuera capaz de rescatarla de aquella pesadilla en la que estaba a punto de convertirse su vida.

## Capítulo 20

En cuanto la puerta del carruaje se cerró, David se quitó la chaqueta que le había prestado Fortune y la lanzó con poco esmero al extremo del asiento. Verse obligado a aceptar su caridad era un duro golpe para su orgullo, y sin duda, si dependiera solo de él preferiría cruzar toda Inglaterra andando por sus propios medios. Al fin y cabo todos decían que David Clark era el hombre talismán, un tipo con suerte, seguro que no tendría problemas para hacerlo. Pero David no se sentía así en absoluto. Todo lo contrario. Para él su suerte se acabó cuando Christine le rompió el corazón, llevándose con ella todo lo bueno que había en su interior.

—¿Y bien? —preguntó rompiendo el incómodo silencio en el que estaban sumergidos desde que se habían visto esa mañana.

Christine, sentada en el asiento frente a él, corría el peligro de acabar con un terrible dolor de cuello teniendo en cuenta el terrible esfuerzo que estaba haciendo para mirar por la minúscula ventanilla y no cruzar la vista con él.

Dio un respingo al escuchar su voz y giró el rostro hacia él. David la miró con intensidad, y vio como el color rojo iba ganando protagonismo en su rostro. Ella se mordió el labio, nerviosa ante su escrutinio, consciente de lo que cruzaba su mente en ese momento. Las imágenes de su cabeza enterrada entre sus piernas, a pesar de la oscuridad que los rodeaba, y el eco de sus propios jadeos la hizo temblar de mortificación. No debería haber cedido. Había sido increíble sentir sus caricias de nuevo, pero sabía que eso era lo único que obtendría de David. Ya no confiaba en él, nunca más lo haría. Él había antepuesto su título y su fortuna a lo que sentía por ella, la había dejado sola. Había roto su promesa de volver a buscarla.

—¿Y bien? —le imitó altanera, levantando la barbilla.

—Según el cochero disponemos de al menos tres horas de viaje. Así que ya puedes empezar a contarme de qué va todo esto. ¿Por qué tienes tanto interés en los Lennox, Christine?

Su pecho subió con un largo suspiro y David siguió el movimiento casi sin querer. Mentiría si dijera que no se recostaría sobre ese pecho tan tentador durante el resto del viaje solo por el placer de sentir el ritmo de su respiración. También mentiría si dijera que se conformaría solo con eso. No había podido dormir en toda la noche. El deseo insatisfecho lo había torturado después incluso de haber intentado saciarse por sí mismo, aun a sabiendas de que no sería suficiente, nada lo sería. Necesitaba saborear cada pequeño retazo de piel, sin prisas, lamerla entera, tocarla entera, tomarla de manera apasionada, y memorizar su expresión cuando llegaba al orgasmo, esa que sin éxito había intentado olvidar. Christine ahora era una mujer distinta a la que él había conocido. Su carácter era más maduro, su seguridad y su aplomo habían crecido,

pero su cuerpo también había cambiado. Sus curvas eran más contundentes, sus piernas más fuertes, sus pechos más llenos. Había sujetado su mano para llevarla a su sexo, justo donde ella lo quería, y eso lo había vuelto completamente loco. Carraspeó en un intento de recuperar la compostura al sentir que se excitaba de nuevo, rogando para que ella no lo notara.

—Voy a buscar a Víctor Lennox.

La excitación se esfumó eficazmente, tanto como si acabara de sumergirse en un lago helado. Si había colaborado de alguna manera en que Christine acabara en brazos de otro hombre estaría dándose cabezazos contra la pared hasta el día del juicio final. Y no porque tuviera ningún interés en tener algún tipo de relación con ella. Lo único que quería era arreglarlo todo y largarse de allí cuanto antes. Quizá no volviera a embarcar en el Odiseum pero puede que pudiera montar su propia empresa o retomar la cría de caballos, algo que siempre le había gustado. Era un tipo con suerte, según la gente, no tendría problema en buscar un nuevo camino. El único problema era que le resultaría humillante haber sido utilizado como una especie de celestino para llegar hasta aquella finca perdida en ninguna parte.

—¿Para qué?

—Para hablar con él.

—¿De negocios, de amor, del tiempo? —insistió tensando la mandíbula.

—De amor —contestó tras sopesar la respuesta unos segundos y volvió a fijar la atención en la ventana.

La tensión y la furia de David eran más que palpables. Se mantuvo ajeno a ella todo el tiempo que pudo con la vista perdida en la otra ventana, hasta que el cansancio al fin lo hizo cerrar los ojos y quedarse dormido sin darse cuenta. Los abrió cuando el vehículo se detuvo y se asomó un poco desconcertado. La puerta se abrió y el rostro del cochero apareció un tanto cansado.

—Milord, milady. Los caballos necesitan descansar y beber algo. Si les parece pueden entrar a la posada a refrescarse o comer —dijo un tanto cohibido.

David asintió y tras coger la chaqueta se bajó sin esperar a Christine. Necesitaba un trago y no le importaba qué hora era. Estaba hastiado de aquella situación absurda y de aquella mujer. Se sentía atrapado en un sinsentido que había provocado él mismo. Apenas había gente en el establecimiento a esas horas, demasiado temprano para comer y demasiado tarde para desayunar, aun así algunos parroquianos disfrutaban de sus jarras de cerveza en la barra. Se sentó en una de las mesas más alejadas de la puerta cerca de la ventana, y suavizó el gesto al ver que una chiquilla se acercaba a atenderle. Ella no tenía la culpa de su malhumor.

—Tráeme una cerveza y algo de comer.

—Tenemos pastel de carne, señor, y también codorniz en escabeche y trucha hervida —anunció un poco más tranquila al ver la sonrisa de David.

—El pastel me servirá.

—Yo quiero también pastel de carne. De beber un vasito de vino, por favor —dijo la marquesa antes de que la chica se marchase ganándose una mirada reprobatoria de David.

—No te he invitado a sentarte —refunfuñó mirándola con los brazos cruzados.

—Somos casi familia. ¿Es necesario tanto formalismo?

—Depende de para qué. Para enredarme entre tus piernas parece que no es necesario, pero para contarme la verdad, sí.

—Eres tan rastrero que... —Christine guardó silencio cuando la chica depositó las bebidas y los cubiertos en la gastada mesa—. No te preocupes, no volverá a pasar nada semejante.

—Pues es una pena. —David estaba tan molesto que en lo único que podía pensar era en

provocarla. Se sentía como un juguete usado y desechado después. Otra vez—. Porque no puedo pensar en otra cosa que no sea tu pelo.

—¿Mi...? —Christine se llevó la mano al cabello desconcertada, y se colocó uno de los mechones sueltos tras la oreja.

Él asintió despacio y la desnudó con la mirada.

—Tu pelo. No hago más que recordar la sensación de tenerlo sobre mis muslos mientras mi verga se hunde en tu boca. —Los labios de Christine se separaron ligeramente para hablar, o puede que para volver a dejar que el aire entrara en sus pulmones pero ambas cosas resultaron imposibles.

—No es un tema apropiado para tratarlo aquí —consiguió pronunciar al fin, aliviada al ver que pudo llevarse el vaso de vino a la boca sin que las manos le temblaran.

—Según tu criterio probablemente no. De hecho, tampoco tienes a bien contarme tus planes a pesar de que por desgracia estoy inmiscuido en ellos.

—No, no lo estás. Solo me estás acompañando.

—Acompañándote a tratar temas amorosos con un tipo al que probablemente no hayas visto en tu vida. Es bochornoso. —El ceño fruncido de David desapareció cuando la camarera llegó con los platos. Christine se sintió decepcionada por no recibir ninguna de esas sonrisas sinceras y alegres.

Hubo un tiempo en el que ella era la única dueña de sus sonrisas. Un tiempo que no fue real. Tomó aire unos instantes y el aroma del plato que tenía delante llegó hasta ella despertando su apetito. La noche anterior casi no había cenado y esa mañana solo había tomado una raza de té. Comenzó a degustar el pastel de carne y se sorprendió gratamente al ver que estaba realmente exquisito. David se resignó a no obtener la respuesta que tanto anhelaba y la imitó contagiado de su apetito.

—No es lo que piensas. Siempre pensarás lo peor de mí ¿verdad? —preguntó ella tras limpiarse delicadamente con la servilleta.

—Hubo un tiempo en el que pensaba lo mejor de ti. Por desgracia ese tiempo ya no volverá.

—Hablar del pasado siempre resulta estéril contigo. Hasta que no aceptes que fuiste tú quien me traicionó, nada cambiará.

La carcajada amarga de David le heló la sangre y dudó si debía continuar.

—No me esperaste.

—No volviste. —Christine se dio cuenta de que había levantado la voz al ver que varias cabezas se giraron a mirarlos—. En cualquier caso ese no es el problema ahora.

—Y cuál es.

—Víctor Lennox hizo una promesa y me gusta que la gente cumpla sus promesas. —David apretó la mandíbula, estaba nervioso ante lo que ella podía contarle y la sensación no le gustaba—. Como sabrás es el hijo de una familia acomodada. Hace dos años se embarcó en un viaje arriesgado en un navío que transportaba armas hacia América, destinadas a la guerra entre el norte y el sur. Su familia me ha contado que quiso probarse a sí mismo y de paso demostrarle a todo el mundo que no era un niño mimado que se conformaba con una vida de lujos. Quería luchar en el frente, le daba igual que causa defender.

—Un insensato. —La voz de David sonó más débil de lo que él esperaba.

Él también lo había sido, pero en su caso las circunstancias le habían llevado a desear un castigo, a tentar a la muerte cada noche, entre afrentas y provocaciones a hombres que no hubieran dudado en rebanarle el cuello. Pero era tan jodidamente afortunado que los puñales

nunca se hundieron lo suficiente, tanto que era capaz de esquivar los puñetazos más contundentes casi sin querer. Tanto, que tuvo la fortuna de encontrarse con el capitán del Odiseum y pudo aferrarse a esa nueva oportunidad, un nuevo hogar donde todos se cuidaban y se respetaban. Quién sabe qué habría sido de él si Oliver Thorne no se hubiera convertido en su ángel de la guarda.

—Víctor había hecho una promesa antes de marcharse. Mi hermana Tessa y él se conocieron el día de su presentación en sociedad y siguieron viéndose un tiempo. Según ella se amaban y se juraron amor eterno. Ella se quedó destrozada cuando Víctor le dijo que se marcharía, pero él le pidió que le esperara. Y eso es lo que ella está haciendo.

—¿Y piensas cogerlo de la oreja y obligarlo a que vuelva a los dulces brazos de tu hermana? ¿Vas a condenarla a compartir su vida con alguien que ha decidido alejarse de ella? No funcionará, aunque logres convencerlo no funcionará.

—Aunque se alejó de ella para cumplir esa especie de reto, he podido averiguar que eso no es lo que lo mantiene alejado. Había docenas de rumores sobre lo que le había ocurrido al pequeño de los Lennox y decidí averiguar qué había de verdad en ellos.

—Por eso fuiste a Londres.

—Sí. Ni siquiera llegó a alistarse. Su barco se incendió al llegar a puerto. Fue una auténtica masacre. Víctor resultó gravemente herido y pasó varios meses entre la vida y la muerte y le quedaron varias secuelas. Cuando llegó aquí ya no era el mismo, según su familia. Decidió ocultarse del mundo y se trasladó a la mansión que la familia tiene en Sussex para cuidar de sus tres tías ancianas.

—Christine, lo que intentas es muy loable, pero las situaciones traumáticas, al igual que las guerras cambian a la gente, tal y como ha dicho su familia. Probablemente, Lennox ya no sea la misma persona de la que Tessa se enamoró.

—Pero este capítulo debe cerrarse, David. Uno no puede marcharse y esconderse en su caparazón esperando que los demás aprendan a sobrevivir sin él. Si no quiere volver con mi hermana es su decisión, pero ella merece saberlo por él para poder continuar con su vida. —Christine tomó aire con fuerza para serenarse y bajó la vista a su plato aunque su estómago se había cerrado por completo—. Mis padres consideran que ha llegado el momento de aceptar a uno de los candidatos de Tessa. Ella no puede hacer nada, no se lo permitirían. Me pidió que la ayudara porque la incertidumbre la está consumiendo. Y eso haré. No puedo permitir que viva eternamente pensando qué es lo que hizo mal.

Tal y como vivía ella.

—¿Crees que tendrán una segunda oportunidad?

—Si su amor es verdadero la tendrán. Y haré todo lo posible para que así sea.

Christine se levantó de su asiento arrastrando la silla y salió de la posada antes de que el llanto la doblegara. No le gustaba ser tan llorona, pero era su forma de canalizar el dolor y no podía evitarlo. El aire fresco despejó un poco la congoja pero el dolor sordo de su pecho no disminuyó ni un ápice. Ojalá ella hubiera tenido la oportunidad de cerrar esa puerta, por doloroso que hubiera resultado. Sin duda lo fue mucho más esperar esa última carta durante semanas, meses... David Clark había decidido que aquella fantasía que habían compartido no era más que eso, un espejismo, una distracción de verano que se esfumó como las nubes barridas por el viento. Su realidad no habría sido distinta a lo que fue, el dolor habría sido el mismo, pero al menos no se hubiera odiado a sí misma por haber sido tan estúpida como para caer en las redes de un sinvergüenza que nunca había fingido ser otra cosa. Recordó la tarde que le pidió matrimonio,

cuando aún era capaz de sentir esperanza, y tuvo que llevarse las manos a los labios para ahogar un sollozo.

—Marquesa, ¿se encuentra bien? —El cochero la miró con el ceño fruncido, parecía sinceramente preocupado por ella, y sin querer eso la conmovió aún más.

Asintió y negó a la vez con la cabeza y aceptó su mano para subir al carruaje que al fin la conduciría a cumplir su misión. David se subió al vehículo a los pocos minutos y fue una suerte que no la mirase a la cara o habría visto eso que ella tanto se esforzaba en ocultar.

## Capítulo 21

—Deberías haberme esperado en la posada. —La voz de Christine sonó extraña en el silencio que se había adueñado del vehículo desde que emprendieron la marcha.

Los sentimientos de Christine no eran los únicos que se habían removido tras su conversación. Ellos habían cerrado su capítulo de forma abrupta y descarnada, pero ninguno de los dos había tenido la oportunidad de pedir explicaciones. Y aquello, al menos para él, había supuesto una tortura. Siempre había creído que ella era una hipócrita, que lo había desechado en pos de una gran fortuna, pero había visto en sus ojos algo que no había esperado. Dolor, heridas sin cicatrizar, sentimientos demasiado apasionados para alguien que no había dudado en seguir su camino sin importarle pisotear su corazón a su paso.

—¿Y perderme el espectáculo de ver cómo sermoneas a otro espécimen del género masculino que no sea yo? Ni de broma.

—David, esta no es tu guerra. Por favor, déjame hacer esto sola.

—¿Por qué te cuesta tanto confiar en que solo quiero ayudarte? No voy a inmiscuirme en tu decisión, solo quiero estar ahí por si me necesitas.

Ella asintió sin mucho convencimiento. Tomó aire varias veces y se retorció la tela de la falda, incapaz de contener su inquietud a medida que se acercaban a la mansión de los Lennox. Cuando vio aparecer el largo camino de entrada salpicado de lo que un día debieron ser tejos bien podados, David sujetó su mano y la estrechó con fuerza.

—Lo vas a hacer bien. Y me da igual que no confíes en mí. Estaré ahí.

Aquel gesto la hizo emocionarse. Confiar en David Clark era lo último que esperaba en la vida y sin embargo aquel puñado de palabras la tranquilizó y le infundió algo de valor.

Un trabajador, que supusieron era un mozo de cuadras, se ofreció a ayudarles con los caballos mientras esperaban y Christine ascendió la escalinata que llevaba a la casa sola, con la espalda muy recta y su actitud más regia, esa que había ensayado mil veces en el espejo. Llamó a la puerta y tras unos minutos la abrió una mujer encorvada que parecía llevar años sin peinarse. La miró entrecerrando los ojos pero al no reconocerla hizo una mueca con la boca. Christine aprovechó esos segundos para mirar alrededor. El recibidor tenía mucha luz gracias a los ventanales situados junto a la puerta, pero el frío que corría por aquel lugar era tan intenso que no pudo evitar estremecerse. Una corriente recorrió el pasillo y un montoncito de hojas secas se arremolinaron en un rincón. Miró hacia arriba y se dio cuenta de que faltaban muchos cristales y de que el estado de la casa era más bien ruinoso.

—Soy la marquesa de Edevane, me gustaría hablar con el señor Lennox.

La señora se sorprendió tanto que incluso consiguió enderezarse un poco y negó repetidamente con la cabeza antes de hablar.

—El señor Lennox no recibe visitas.

Estaba a punto de cerrarle la puerta en las narices cuando una voz femenina mucho más amable la interrumpió.

—Espere, espere. —La voz pertenecía a una anciana de pelo rizado y blanco como la nieve y con una expresión tan dulce que Chris no tuvo más remedio que sonreír—. Cloth, puedes retirarte, yo atenderé a la dama. Ve a vigilar el asado.

—Soy la marquesa de Edevane —repitió tendiéndole la mano. La anciana la aceptó calibrándola de arriba abajo con curiosidad.

—Yo soy Renata Lennox, disculpe a mi ama de llaves. Hace tiempo que no recibimos visitas y apenas tenemos servicio. No necesitamos demasiado.

—Oh, es usted la que debe disculparme por presentarme sin avisar, no es necesario que me dé explicaciones. Yo misma carezco de demasiados trabajadores en casa. No quiero molestar, solo quería hablar unos minutos con Víctor Lennox, supongo que es su sobrino.

—¿Quién es, Renata? —Tras la anfitriona aparecieron dos damas más que se situaron junto a la primera, sus hermanas.

Las tres eran muy diferentes, una de ellas llevaba el cabello, donde aún se podían ver mechones oscuros mezclados con su pelo cano, recogido en un tenso moño e iba vestida de riguroso luto. La tercera hermana tenía el pelo también blanco y lo llevaba suelto por encima del hombro, pero lo que más sorprendió a Christine era que vestía un amplio traje masculino, con unos pantalones bombachos de color crema y una chaqueta con muchos bolsillos. Pero al fijarse bien uno podía ver que los rasgos de sus caras redondas y sus ojos vivaces eran exactamente iguales, tanto que si se intercambiaban la ropa sería difícil distinguirlas.

—Chicas, ella es la marquesa de Edevane y viene a ver a Víctor. —Se giró hacia sus hermanas que no podían estar más sorprendidas si hubieran visto al difunto marques llamar a su puerta—. Lady Edevane, estas son mis hermanas Dorothea y Susan. Pase y tomaremos un té.

Christine las siguió despacio por aquel pasillo interminable y decadente, que a pesar de tener el papel pintado desteñido y roído en algunas partes, y las maderas del suelo deslucidas por el tiempo, seguía resultando encantador, además de frío. Llegaron a una sala pequeña y cálida que parecía un oasis dentro de aquella casa. En los sillones tapizados de alegres colores había un par de cestos de costura y en las mesitas se apilaban papeles y libros.

—Perdone el desorden, creo que hace al menos diez años que no recibimos visitas —dijo Renata ofreciéndole el que sin duda sería el mejor sofá de la estancia, y puede que de la casa.

—No importa. Sé que mi presencia es un poco...

—Inesperada —intervino Susan que se había sentado frente a ella, cruzándolas piernas con gesto masculino gracias a sus cómodos pantalones.

—Necesito tratar un asunto importante con su sobrino.

—Para mi sobrino el único asunto importante ahora es cuidarse, las alteraciones no le hacen bien. Espero que lo entienda. —Renata la miró con tanto cariño que Chris sintió ganas de levantarse y darle un abrazo—. Quizá nosotras podamos ayudarla.

—Me temo que no posible. Por favor he hecho un viaje muy largo para esto.

—Déjala que lo intente —intervino Dorothea que acababa de entrar con un servicio de té. Sobreproteger al chico no lo ayudará. Tiene que enfrentarse a la vida.

Las hermanas la miraron como si se hubieran sorprendido de que hablase y Christine le

agradeció el gesto.

—Iré a anunciarle que tiene visita. —Esta vez fue Susan la que habló y dedicó una última mirada especulativa a la marquesa antes de salir.

Cuando Clothi, el ama de llaves y posiblemente el único servicio del que disponían en la casa, la acompañó a la otra punta de la mansión Christine sintió por primera vez las dudas carcomiéndole las entrañas. Las hermanas le habían avisado de que el carácter de su sobrino se había vuelto taciturno y áspero después del accidente y le rogaron que intentara mantener la compostura al ver su aspecto. No supo qué esperar. Quizá se había arriesgado demasiado adentrándose en aquel lugar ella sola, y lo que era más probable, tal vez se estaba inmiscuyendo demasiado en problemas que no le concernían. Pero tenía que hacerlo, por su hermana, por ese hombre e incluso por ella misma.

La sala permanecía con las cortinas echadas y apenas una rendija de luz se colaba bajo ellas, lo suficiente para no tropezar con los muebles. Ni siquiera se detuvo a pensar en lo indecoroso que resultaba que la marquesa viuda de Edevane se citara a solas con un desconocido en esas circunstancias. La puerta se abrió y ella se levantó de un salto de su asiento. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra pero aquel hombre era tan oscuro que apenas distinguió su sombra hasta que él se detuvo a unos pasos de ella.

—Lady Edevane... —La saludó con una inclinación de cabeza pero no hizo ademán de coger su mano por lo que ella imitó su gesto mientras intentaba tragarse el nudo de su estómago.

Christine no había visto nunca a Víctor Lennox antes de su accidente ya que cuando su hermana fue presentada en sociedad ella estaba de luto por la muerte del marqués. Tampoco había echado en falta el mundo que transcurría en los salones de baile y las salas de té. Dudaba que el hombre que tenía delante hubiera sido capaz de atraer a su hermana o a cualquier otra mujer, y no por su falta de atractivo, que estaba fuera de toda duda. Era apuesto, alto y delgado, su pelo era negro y largo, y su cara adusta y de rasgos marcados. Al menos la parte de ella que quedaba a la vista. Pero pocas mujeres, especialmente tratándose de alguien inexperto como Tessa, se atreverían a acercarse a alguien que en esos momentos era la viva imagen de un ángel caído, siniestro e inquietante. Su rostro mostraba una severa palidez que contrastaba con el parche de cuero negro que ocultaba su ojo izquierdo, al igual que su sien y parte de su mejilla. Su ropa también era oscura, tanto que bien parecía que venía de acudir a un funeral, y su mano izquierda estaba cubierta por un guante de cuero negro. Recordó la petición de las ancianas y se esforzó por hablarle con firmeza.

—Disculpe mi intromisión, señor Lennox. Solo le robaré unos minutos. —Ella hizo ademán de acercarse un poco pero se detuvo al ver que él se tensaba. Víctor se irguió pareciendo incluso más alto y cruzó las manos a su espalda, probablemente un gesto al que recurría para mantener la entereza—. Supongo que sabe que soy...

—Lo sé. Solo quiero saber qué ha venido a hacer aquí.

—Sé que entre usted y mi hermana había... una especie de relación. Usted le hizo una promesa.

Víctor se estremeció y por un momento ella creyó que soltaría una carcajada agria pero de alguna manera logró mantenerse impasible.

—El Víctor Lennox que ella conoció le hizo una promesa. Ese hombre ya no existe.

—Sé que lo que ha vivido le ha hecho cambiar pero no puede dejar de vivir solo porque ahora

sea más difícil hacerlo.

—¿Ha venido a darme lecciones de vida, marquesa? —Esta vez Víctor sí soltó una carcajada, y fue mucho más tenebrosa de lo que Christine había esperado.

—Está vivo, sí. Y eso debería bastarle para estar agradecido.

—Agradecimiento. Le puedo asegurar que cuando me levanto cada mañana es lo último en lo que pienso.

—Quiere saber por qué estoy aquí. He venido a saber por qué dejó a mi hermana sin decirle una sola palabra. Ella necesita saber si aún la quiere.

—¿Está loca, lady Edevane? Esto no se trata de amor ni de ilusiones adolescentes. He descubierto que, por desgracia, la vida se nutre del dolor, de la pena, de la desdicha, de la desesperación... ¿Es que no lo ve? No hay nada hermoso en seguir vivo, no así. Su hermana aún es demasiado inocente si cree que se pueden construir castillos llenos de sueños e ilusiones. Puede que ella aún se sienta una princesa de cuento de hadas, pero sin duda yo no soy ningún príncipe.

—Quizá Tessa tenga derecho a dar su opinión. ¿Se ha parado a pensar que ella también está sufriendo? —Víctor se envaró ante la pregunta y la miró como si realmente le hubiera salido una segunda cabeza del hombro. Su sufrimiento era demasiado grande para concebir que nadie más pudiera sentirse mal por ello. Se había tenido que volver egoísta para sobrevivir y pensar en los demás solo le robaría energía—. Dele la oportunidad de elegir. Ella lo ha querido sin condiciones, le ha esperado todo este tiempo. ¿Y si le amara más de lo que usted mismo parece amarse?

—¿Qué puedo ofrecerle? Un hombre condenado a vivir entre sombras porque su imagen es demasiado aberrante para mostrarse ante los demás. Solo podría darle una vida a medias. ¿Es que no lo ve?

Víctor repitió la pregunta completamente descolocado. Para él la verdad era demasiado evidente y descarnada, no creía que hubiera necesidad de explicarla. Él ya no era el mismo y nunca lo sería. Su cara y su cuerpo le resultaban demasiado repulsivos para condenar a una joven sensible con toda la vida por delante a soportarlos. Sabía que Tessa era una mujer de principios, y no se aprovecharía de eso para condenarla a una unión con él. No podía hacerla feliz. Apenas conseguía reunir la entereza para no quitarse la vida cada mañana, cada noche. Maldecía el momento en el que alguien había elegido sacarlo a él de aquella trampa de fuego en lugar de a otro. No podía invitar a nadie a compartir ese infierno, no podía. Ni siquiera sabía si su podrido corazón sería capaz de seguir amando.

—Al menos escríbale una carta. Una última carta. ¿Es mucho pedir? Dígale la verdad, dele la oportunidad de elegir. O al menos sea lo bastante generoso y libérela de esta espera que la está consumiendo.

Víctor se pasó la mano por el pelo tan liso y brillante que a la luz que entraba por la ventana le recordó las alas de un cuervo. Tras unos instantes él levantó la vista hacia ella y la miró con tanta intensidad que le temblaron las apiernas.

—¿Por qué hace esto? Ella me olvidará de una manera u otra.

—Porque a mí me habría gustado recibir esa última carta, señor Lennox. Es mejor que te rompan el corazón de una sola estocada que sentir que te desangras gota a gota durante una eternidad.

Víctor asintió y durante unos segundos ella dudó si la echaría de allí a patadas. Pero en su mirada sesgada había algo muy parecido al respeto.

—Necesito unos instantes a solas.

Cuando Christine salió al fin de la casa de los Lennox sintió que el aire volvía a entrar en sus pulmones con tanta fuerza que le dolieron. En comparación con la temperatura gélida y la presencia heladora de Víctor, el sol de la mañana sobre la cara le insufló un soplo de vida. David, que paseaba nervioso frente a la entrada, fue a su encuentro inmediatamente. El alivio que reflejó en su cara al verla fue tan notable que la conmovió, y sin pensar lo que hacía, olvidó que ese hombre era su enemigo y se lanzó a sus brazos para dejarse abrazar. No pudo evitar romper a llorar al sentir sus besos en el pelo y su mano deslizándose por su espalda para reconfortarla. Christine tenía los sentimientos a flor de piel y se sentía tan vulnerable como el día que descubrió que su relación había terminado. Lo empujó en el momento en el que la puerta de la mansión volvía a abrirse, esta vez fue Susan la que apareció en el umbral.

—Víctor me ha pedido que le entregue esto. —La mujer frunció el ceño al ver que Christine se limpiaba las lágrimas con rapidez—. ¿Ha sido brusco con usted? Porque si ha sido así le patearé el trasero.

—Si ha sido brusco con ella le garantizo que le haré algo mucho peor que patearle el trasero —intervino David con la voz tan afilada como un cuchillo ganándose una mirada de sorpresa de la anciana que lo repasó de la cabeza a los pies como si acabara de darse cuenta de su presencia.

—No, no. Ha sido correcto conmigo. Es solo que este viaje está resultando agotador. Muchas gracias por todo, señora Lennox.

Christine aceptó el sobre lacrado y estrechó su mano con agradecimiento. Se dirigió hacia el carruaje sin esperar a David. El resto del viaje se mantuvo ausente y silenciosa con la vista perdida en el rastro que la inesperada lluvia que los sorprendió al poco rato iba dejando en el cristal, hasta que el carruaje se detuvo frente a la posada donde pasarían la noche.

## Capítulo 22

1860

A medida que los caballos se acercaban a Londres el ánimo de David se ensombrecía. El marqués había dejado Edevane Rosefield para atender unos asuntos importantes y su instinto le decía que era en relación a esas malditas tierras que quería adquirir. Solo esperaba que fuese comprensivo. No lo fue.

David no había dilatado el momento de hablar con él y en cuanto llegó a la mansión Edevane situada en una de las zonas más exclusivas de la ciudad se dirigió al despacho de su padre. La puerta estaba abierta y había un hombre sentado frente a él en el escritorio.

—Vaya, hijo. Visítarme está empezando a convertirse en una costumbre.

David no soportaba las pullas ni las frases malintencionadas que le espetaba siempre. Aun así permaneció con expresión neutra mientras le presentaba a aquel hombre que se vestía como un caballero pero que dudaba que lo fuese. En cuanto le estrechó su mano flácida supo que no estaba equivocado. Le desagradó la manera especulativa en la que lo miró de arriba abajo, como si el intruso fuera el propio David, con una expresión a caballo entre la burla y la prepotencia. Deseó borrarle esa mueca de la cara excesivamente redonda y blanca de un puñetazo, y de paso quitarle ese bigote oscuro que no combinaba con sus rasgos excesivamente juveniles.

—Qué suerte que hayas llegado, David. Ya pensaba enviar a alguien a buscarte. —El joven que lo acompañaba soltó una risita y a David se le revolvió el desayuno en el estómago—. Déjame que os presente. Este hombre es Frank Silva. Su padre es español y él conoce muy bien la zona de la que te hablé, va a ayudarnos con nuestro proyecto.

Era la primera vez que Jonathan Clark incluía a su hijo en cualquier cosa, personal o no, y eso debería haberlo llenado de orgullo. Nuestro. Esa palabra no significaba nada después de sus continuas faltas de afecto, los castigos, las palabras hirientes y el desapego que había sufrido toda la vida. No había nada en común entre ellos, más que el apellido. Y lo que más le indignaba era que, a pesar de haberle dejado claro en su anterior encuentro que él no participaría en aquella locura, el ilustre marqués de Edevane se creía con el poder necesario para gobernar su vida.

—Padre, me gustaría hablar contigo a solas.

—Volveré mañana, milord. —Silva se despidió con una reverencia y salió de la habitación con la misma sonrisa que a David le había sacado de quicio.

—Este chico es listo. Te acompañará a España y juntos podréis haceros con los mejores terrenos. Me ha hablado de un río del color de la sangre, sus aguas se han teñido por la cantidad de material que albergan esas tierras. Seremos los primeros, y seremos muy ricos.

—No voy a ir a España —lo interrumpió David, que no recordaba haber visto nunca a su

padre tan emocionado con algo.

—Vas a ir. Es una orden. ¡Si no lo haces habrá consecuencias! —gritó dando un puñetazo en la mesa. Su respiración se volvió dificultosa y por un momento su hijo pensó que le daría un ataque en ese momento.

—No me importan las consecuencias. Voy a casarme, y esa es mi prioridad ahora.

La expresión de sorpresa del marqués fue tan rotunda que hasta resultó cómica.

—¿Casarte? ¿Vas a arruinar todo esto por una maldita mujer? Esto no funciona así, David. Esto es un asunto de familia. Yo debo dar el visto bueno y no puedo consentir que actúes como si fueras más listo que yo.

—Tú no tienes derecho a decidir sobre mi futuro, y mucho menos escoger la mujer con la que voy a casarme. No hay nada que puedas hacer, está decidido.

—¿Quién es? —preguntó con los dientes apretados recostándose en el sillón. Parecía agotado.

—Christine Archer. Su padre es Gilbert Archer, tiene...

—Sé quién es.

No dijo nada más. Se limitó a echarlo del despacho con un movimiento de la mano, como si espantara a un molesto insecto.

De alguna extraña manera el marqués había convencido a su hijo de que había que hacer las cosas bien. No había vuelto a hablar del asunto del viaje España cuando estaban a solas, solo lo hacía en las ocasiones en las que Silva estaba allí, que era todas las noches a la hora de la cena. A David no había nada que le desagradara más que esas malditas veladas en las que su padre le reía cada una de las ocurrencias a ese hombre, y en la que el tema de conversación giraba en torno a ese río del color del vino tinto, de sus bosques de encinas y alcornoques, de la buena comida y el buen vino, y de lo fácil que resultaría adquirir esas tierras por una cantidad irrisoria. A David le repugnaba el desprecio con el que hablaba de los campesinos, cuando era más que evidente que era él quien no parecía digno de respeto. Pero David quería ser conciliador, Christine no tenía la culpa de sus desavenencias familiares y tenía la esperanza de que aquello supusiera un cambio en su vida. Así que aceptó la idea de que su padre le acompañara a pedir su mano al patriarca de los Archer, aunque los días pasaban y estaba empezando a impacientarse. De hecho, la idea de pedir una licencia especial y casarse cuanto antes era cada vez más acuciante.

Aquella noche, después de que Silva se marchase decidió volver a insistir en el asunto y su padre le pidió que esperase una semana más. Otra. ¿Qué significaban siete días si podían tener toda la vida por delante?

Las discusiones con su padre se habían vuelto el pan de cada día, como siempre, y esta vez David le anunció que se había cansado de esperar y se marcharía solo a pedir la mano de Christine. Su padre parecía demasiado tranquilo al respecto, como si tuviera todo bajo control y eso lo enfurecía y lo desconcertaba en la misma medida. Para empeorar su ánimo, le había enviado varias cartas a Christine y aún no había recibido ninguna respuesta de ella, y la impaciencia empezaba a carcomerle las entrañas.

Aquella noche estaba de un humor de perros y decidió que un par de copas y una partida de cartas le ayudarían a no pensar demasiado. Después de varias horas en el club, lo único que había conseguido era apestar a tabaco, perder un par de libras y un dolor de cabeza que le duraría días. Salió al exterior y agradeció el aire fresco de la noche en la cara. La calle estaba desierta. Londres en verano, con todas las familias retiradas a sus casas de campo, no era el colmo de la

diversión, pero aun así se sintió inquieto. Buscó con la vista su carruaje y no lo encontró. Sacó su reloj del bolsillo del chaleco para comprobar la hora, quizá fuese demasiado temprano y su cochero aún no habría llegado, pero no. Era la hora estipulada. Por el rabillo del ojo vio a alguien acercarse e intentó girarse para ver de quién se trataba. No tuvo tiempo. Unos brazos fuertes lo rodearon desde atrás impidiéndole moverse y una mano le puso un paño húmedo sobre la boca y la nariz. Intentó zafarse con todas sus fuerzas, pero eran al menos tres personas. Dio algún cabezazo que acertó en el blanco, unas cuantas patadas e incluso intentó morder. Pero todo fue en vano. Las fuerzas comenzaron a abandonarle, sus miembros se quedaron laxos y sus ojos se cerraron hasta sumirlo en una densa oscuridad.

David sintió una caricia en la mejilla y el cuello mientras poco a poco recuperaba la consciencia. Su mente se resistía a despertar del todo por culpa de un punzante dolor que le taladraba por dentro, y apretó los ojos resistiéndose al sol que incidía directamente sobre su cara. De nuevo aquella caricia recorrió su mandíbula y se detuvo en sus labios que sentía resecos. Intentó tragar saliva, y notó la garganta irritada y un desagradable sabor dulzón en la boca pastosa. Había vivido muchas resacas pero la noche anterior no había bebido demasiado y aquel dolor era diferente. Y entonces empezó a recordar. Se atrevió a abrir los párpados al fin y parpadeó para acostumbrarse a la luz que se filtraba por una pequeña ventana circular, que, aunque era escasa, iba a parar directamente sobre sus ojos. No reconocía los techos bajos de madera ni la estrecha cama, lo que sí reconoció era a la persona que le acompañaba y que lo tocaba con total descaro. Se levantó bruscamente al ver a Silva con su sonrisa repugnante de siempre.

—Por fin despiertas. Estaba empezando a pensar que nos pasamos un poco con el cloroformo.

David miró desconcertado a su alrededor. Aquello era el camarote de un maldito barco. Se puso de pie venciendo el mareo producido por la droga e intentó dirigirse hacia la puerta. No le importó llevar solo unos pantalones y una camisa, los formalismos no tenían sentido teniendo en cuenta que lo habían secuestrado. Silva lo sujetó del brazo al verlo tambalearse y David reunió fuerzas para empujarlo contra una de las paredes. Apretó su garganta con una mano y por primera vez vio un destello de algo distinto en los ojos de aquel ser despreciable. Miedo.

—Si vuelves a tocarme haré que te comas tu propia mano mientras aún la tienes unida a tu asqueroso cuerpo antes de matarte.

David abrió la puerta y encontró a un tipo enorme montando guardia en el pasillo, que se apartó para dejarlo pasar en cuanto Silva le hizo un gesto con la cabeza. Se cruzó con varias personas que se apartaron espantados al verlo de esa guisa, entre ellos una señora que gritó al borde del desmayo, lo que le hizo sacar la conclusión de que era un barco de pasajeros normal y corriente. Al llegar a cubierta se quedó sin respiración. Se acercó a la barandilla completamente desolado al ver que estaban rodeados de agua y que era imposible volver por sus propios medios. Se dejó caer en el suelo con la cabeza enterrada entre las manos intentando por todos los medios no echarse a llorar como un niño. Alguien se sentó a su lado y no le hizo falta levantar la vista para saber quién era. Silva.

—Verás, David. Los padres a veces tienen que dar lecciones a los hijos. El mío me dejó solo en el bosque con una escopeta y una cantimplora cuando cumplí los doce. Tardé tres días en encontrar el camino de vuelta. Volví ensangrentado, con los dedos de los pies congelados y muerto de miedo. Lo primero que hice fue apuntarle a la cabeza con el cartucho que había guardado para él. Y entonces me dijo: acabas de convertirte en un hombre. Y lo entendí todo. Tú

también lo entenderás.

—Vete a la mierda, Silva. Voy a ir a hablar con el capitán.

—El capitán sabe que eres un muchacho un tanto rebelde, es amigo de tu padre, por cierto, y ya se le ha pagado un suplemento para que tenga paciencia con tus desvaríos. Voy a serte sincero, esto no tiene porqué salir mal.

—¿Sabes por dónde puedes meterte tu sinceridad? —masculló sin mirarle a la cara—. A dónde demonios vamos.

—Al sur de Portugal. El viaje dura una semana más o menos si contamos con buen tiempo. Desde ahí cruzaremos hasta Huelva.

—Cuando lleguemos a puerto puedes hacer lo que quieras, pero yo embarcaré en el primer barco de vuelta, ¿Queda claro?

Silva negó con la cabeza y pareció apesadumbrado de verdad, como si no estuviera de acuerdo con lo que estaba ocurriendo.

—Le dije a tu padre que no era la manera adecuada de proceder pero no pude hacer nada para convencerlo. No me veas como un enemigo sino como un aliado. Puedes rebelarte y pelear, pero sin dinero ni documentación no llegarás muy lejos sin mí. O puedes verlo como una oportunidad. Demuéstrale a tu padre que eres mejor que él. Ayúdame. Cuanto más colabores, antes terminaremos nuestra tarea y antes podrás volver y seguir con tu vida.

—No tenéis ningún derecho a hacerme esto.

—Eres el único heredero de los Edevane, y me consta que tu padre no está muy bien de salud. Todo lo que consigas será para ti, para los hijos que tengas con Christine Archer.

—No la nombres siquiera.

—David, tienes dos opciones. Sé que eres un chico listo y elegirás la correcta. Déjame ayudarte. Lo más rápido es que busquemos las mejores tierras, hagamos una buena oferta y volvamos a Inglaterra. Solo serán unas semanas.

—¿Cuál es la otra opción?

—En realidad no hay otra opción viable. Aquí y ahora no eres nadie. En España muchísimo menos. ¿Cómo volverías a casa? ¿Tienes idea de cuánto tendrías que trabajar para pagarte un pasaje? Tardarías meses.

David quería darle una paliza a ese hombre y después tirarlo por la borda. Sin embargo, tenía razón. Le habían tendido una trampa y ahora estaba atado de pies y manos.

En cuanto llegaron a puerto, un día antes de lo previsto, Silva le dijo que era un hombre con suerte. Sería la primera vez de muchas, pero él no se sentía así. Ni en ese momento, ni en los interminables días de viaje hasta llegar a España. Ni en las jornadas en las que recorrían de sol a sol los terrenos a lomos de burros, buscando mineral por los montes agrestes que no permitían otro modo de transporte. Tampoco se sintió afortunado cuando tuvieron que lidiar con la burocracia para formalizar la compra, y tuvieron que buscar notarios y registradores a kilómetros de distancia. Cada nuevo problema requería tiempo, mucho más tiempo, un tiempo que David estaba harto de malgastar. Las semanas fueron cayendo sobre sus espaldas como si fueran hojas de un otoño prematuro, apagando su ánimo. Solo pensar en Christine le daba un motivo para no tirar la toalla, y esperaba que las cartas que de cuando en cuando le enviaba le hubieran llegado. Cuando envió la última carta antes de embarcar hacia Inglaterra sintió que se quitaba un gran peso de encima. Por fin podía hablar de fechas concretas y dejar de usar palabras imprecisas. Por fin podría volver a ser dueño de su vida. Por fin podría abrazar a Christine y prometerle que estarían juntos para siempre. Y todo eso escribió con prisas en aquel papel que dobló y selló casi

sin dar tiempo a que la tinta se secara. «No me olvides. Estaremos juntos para siempre».

## Capítulo 23

1860

Cuando abrió los ojos Christine no podía recordar la pesadilla pero tenía claro que David aparecía en ella. Se levantó tambaleándose ligeramente y se dirigió hacia la ventana de su habitación para abrirla. Cerró los ojos al sentir el reconfortante aire fresco de la mañana en su cara y respiró despacio intentando contener las náuseas. Cuando la puerta de su habitación se abrió no se giró para ver quién era, el canturreo alegre le indicó que era Lyla, su doncella, que detuvo la canción al verla allí de pie.

—¿Se encuentra bien, señorita Christine?

—Anoche olvidé dejar la ventana abierta y me he levantado un poco acalorada. —Sonrió intentando disimular su malestar pero al girarse su cabeza zumbó y estuvo a punto de caer.

Lyla fue rápidamente a ayudarla y la sujetó de la mano para llevarla hasta una butaca. Humedeció un paño en la jofaina y se lo pasó por la frente y el cuello hasta que las náuseas y el mareo se disiparon un poco.

—Gracias —susurró llevándose una mano al estómago. Hacía días que el malestar no remitía del todo.

La doncella la dejó en su asiento y dirigió a la cama para estirar las sábanas que permanecían blancas e impolutas.

—Señorita... Sé que no debería decir algo así y si cree que me excedo en mi juicio dígamelo. —Christine movió la mano para instarla a continuar al ver que la muchacha se retorció el delantal, azorada—. ¿Cuándo fue la última vez que usted... sangró?

Chris abrió la boca para contestar pero no pudo darle una respuesta. No lo recordaba. Hacía más más un mes. Puede que dos. Pero estaba tan abstraída con lo que le estaba sucediendo que no le había prestado razón.

—Es solo una apreciación, seguro que no es nada. Usted no tiene esposo y ... —se apresuró a decir Lyla.

Christine palideció y su estómago se revolvió con tanta fuerza que apenas le dio tiempo a aceptar la jofaina que la sirvienta le acercó al rostro. Después de vomitar se sintió un poco mejor, aunque a los pocos segundos el mareo volvió. Se recostó en la butaca con los ojos cerrados sabiendo que su fiel doncella no se movería de su lado hasta que se encontrase mejor.

—Cuéntame... Cuéntame más, Lyla —pidió con inseguridad.

Lyla acercó una silla a su lado y cogió su mano. Lyla era seis años mayor, y aunque seguía soltera había tenido un novio que se marchó a la ciudad a trabajar en las fábricas y no volvió. Su visión de la realidad era mucho más amplia que la de una joven de buena familia a la que le

negaban la posibilidad de saber hacia dónde la conduciría la vida. Y su lealtad era incuestionable.

—¿Qué quiere saber? —preguntó indecisa. Dar por sentado que la hija de los señores había mantenido relaciones con un hombre era algo que podía dar con sus huesos en la calle, o algo mucho peor.

—Dime cómo se sabe si... si...si vas a tener un bebé.

—Ay, señorita. —Ambas se apretaron las manos, poco más podían hacer en ese momento.

—Él va a volver. Lo sé. Me lo prometió.

—Claro que sí. Usted es especial. Sería un necio si no lo hiciera.

Pero, aunque ninguna de las dos lo dijera en voz alta, la esperanza de que esto ocurriera se esfumaba con el paso de los días, y tras los días las semanas, y después los meses. Christine acababa de ser consciente de que se había iniciado una lucha contra el reloj y las hojas del calendario, que la ponía a la cabeza de una guerra que no podría ganar sola. Dejó escapar un hondo suspiro y se repitió otra vez la pregunta que la torturaba día y noche.

¿Dónde estás, David?

Cada día al levantarse, Christine pensaba que había agotado todas las lágrimas que tenía, pero aunque parecía imposible no era así, siempre había más. Se sentía agotada, había perdido peso y sus ojos estaban empuñados y rojos por culpa del llanto y la falta de descanso. Aun así cada día se levantaba de la cama con el convencimiento de que algo estaba a punto de suceder, David aparecería o al menos recibiría una carta suya diciéndole que todo estaba bien. Solo necesitaba eso, que él la convenciera con solo tres palabras. Escuchó pasos a la carrera en el pasillo y su puerta se abrió de golpe. Ni siquiera eso la hizo cambiar su postura cansada, dejada caer sobre uno de los sofás de su habitación. Amber irrumpió en su cuarto y tras cerrar la puerta se apoyó sobre ella para recuperar el resuello.

—Tienes que vestirte, Chris.

—Ya estoy vestida.

—Me refiero a algo más alegre. —Amber se dirigió hacia el tocador de su hermana y rebuscó en el cajón hasta dar con un pañuelo de gasa con flores bordadas—. Esto bastará.

—¿A qué viene esto, Amber? No me apetece salir, estoy cansada.

—Pero es que tienes que salir. —Amber sonrió intentando mantener la intriga o al menos alimentar la curiosidad de su hermana pero bajó los brazos resignada al no ver ninguna reacción en ella—. Está bien. Papá y mamá están reunidos con alguien en el despacho. No he podido verlo pero he visto el carruaje. Es el emblema de los Edevane.

Christine saltó del asiento y por un momento pareció que el color volvía a su cara. Se dirigió al tocador y gimió al ver su aspecto en el espejo, llevaba días sin mirarse, mirarse de verdad, y le horrorizó ver su propia palidez y sus oscuras ojeras. Se pellizcó las mejillas y se colocó unos cuantos mechones y se encontró la mirada de su hermana en el espejo, que la observaba tan ilusionada como ella.

Amber se había sentido muy culpable por lo que había ocurrido pero solo se lo había contado a su madre para protegerla. Melody era una experta manipuladora y había aprovechado el momento de confusión de la impresionable Amber para sacarle toda la información que pudo bajo la promesa de que no pasaría nada, ella se encargaría de arreglarlo todo. Le habló de los rumores que había escuchado en casa de los Lambert sobre David y Christine, sus sospechas al negarse a ser acompañada en sus paseos a caballo, y relató con pelos y señales lo que había

presenciado en la cabaña. No pudo imaginar que reaccionaría de manera tan furibunda, que Christine sería recluida a ciertas estancias de la casa ni mucho menos lo que su madre era capaz de tramar con tal de preservar el buen nombre de la familia. Pero ¿qué podía hacer? Había escuchado los antecedentes de David Clark y no quería que su hermana sufriera por su culpa. Se prometió ponerse del lado de Chris y ayudarla todo lo posible pero su hermana ya no confiaba en ella. Lo hiciese o no, pensar que ese hombre al fin había hecho acto de presencia suponía el fin de aquel calvario.

Cuando unos minutos después comenzaron a descender las escaleras el estómago de Christine saltó en su lugar, pero esta vez no era por las náuseas sino por las mariposas de felicidad que revoloteaban en él. Se detuvieron al llegar abajo justo en el momento en el que un coro de voces graves se acercaba por el pasillo. Su madre presidía la pequeña comitiva, seguida por su padre y por un caballero mayor al que no conocía. Un mal presentimiento se llevó toda su energía cuando su madre llegó hasta ella y la cogió de la mano bajando la mirada. Miró a su padre, su rostro quiso esbozar una sonrisa pero estaba tan tenso que ejecutó una mueca extraña. El único que parecía estar disfrutando de la situación era aquel desconocido que caminaba con desfachatez, como si estuviera en su propia casa. A Chris no le gustó su mirada de ojos oscuros y pequeños, ni su sonrisa soberbia ni su postura, que denotaba su prepotencia.

—Christine que suerte que estés aquí. Íbamos a mandar a llamarte —dijo Melody apartando la vista hacia su marido. Amber sintió que sobraba y tras darle un rápido apretón en la mano a su hermana para decirle que no la abandonaría dio un discreto paso atrás—. Gilbert...

Christine miró a su padre rogándole en silencio que le dijera qué estaba pasando.

—Hija, te presento al marqués de Edevane.

Ella no supo si sentirse aliviada o aterrorizada. Quiso pensar que David le había enviado a pedir su mano y que pronto estarían juntos, quiso pensar que David aparecería en cualquier momento con su sonrisa pícara y sus ojos honestos. Deseó con todas sus fuerzas que ese hombre no fuera portador de malas noticias, y que su amor, su amante estuviera sano y salvo y que hubiera una buena razón para no saber nada de él.

El caballero se acercó más hasta ella y le cogió la mano para llevársela a los labios. Tampoco le gustó que la tocara y que se resistiera a soltarla hasta que ella dio un tirón con disimulo.

—Es un placer conocerla, sin duda es tan especial como me había imaginado.

Tampoco le gustó la lascivia que vio en su mirada sucia, ni su voz cavernosa que le provocó una sensación rara en la piel.

—Christine, acompáñanos a un lugar más íntimo. Tenemos que hablar —le indicó su madre.

—¿Qué ocurre?

—Vamos a mi despacho, cielo —Su padre hizo un nuevo intento por sonreír y esta vez el resultado fue aún peor.

El desasosiego se abrió paso y puede que por su delicado estado de ánimo, pronto fue sustituido por el pánico.

—No. Decidme que está pasando. Ahora.

—Christine, no seas insolente. —Melody la miró de manera tan severa que estuvo segura de que si insistía la abofetearía. Pero no le importó.

—Ahora. ¿Padre? —insistió.

Gilbert miró a su hija con el corazón encogido y ella intuyó la respuesta antes de oírla, a pesar de que su cerebro se negaba a creerla. Era demasiado descabellada, demasiado cruel. No podía ser, no podía.

—El marqués ha venido a pedir tu mano. Hemos aceptado su generosa propuesta. Serás... la marquesa de Edevane —dijo al fin ahogándose con sus propias palabras.

—Pero... David...

—David no vendrá. Jamás. —La voz de Edevane le provocó un escalofrío, seguido de unas náuseas incontenibles que la hicieron vomitar el escaso desayuno junto a las botas del marqués.

Había barajado mil posibilidades durante esos dos meses que se le habían hecho interminables. La incertidumbre la estaba matando y ahora que el futuro se extendía ante ella más tenebroso que nunca se sentía justo así, muerta. Las voces continuaron resonando de manera insoportable a su alrededor, con un eco que martilleaba sus sienes y sus tímpanos mientras su cabeza giraba a toda velocidad mezclando la realidad con sus propios pensamientos. Hasta que no pudo luchar más contra su propio cuerpo y se desplomó sobre las baldosas de mármol, ansiosa por alejarse de ese mundo hostil aunque fuera un instante.

No podía creerlo. Su padre le había explicado sin mucho detalle que su madre había escrito al marqués para pedirle ayuda ante lo comprometido de la situación, temiendo que su hijo se hubiese desentendido de su desliz. El marqués se había ofrecido a arreglarlo a su manera y dadas las circunstancias no parecía haber ninguna otra solución. Especialmente después del diagnóstico que el médico había dado tras revisarla a ella e interrogar a su doncella, que no había tenido la suficiente picardía para ocultar lo que empezaba a resultar evidente.

Christine se había negado a aceptar que David la hubiera olvidado tan pronto, o que lo que habían vivido no hubiese significado nada para él. Pero había una cosa sobre la que no había duda: su ausencia. Si al menos le hubiera escrito para decirle que no la amaba podría haber llevado el luto por ese amor inconcluso de una manera digna, y no seguir mendigándole al tiempo que le diera alguna señal de que él seguía allí, en alguna parte, pero que su vínculo permanecía intacto.

Había reunido las escasas fuerzas que le quedaban para salir al jardín y buscar un banco apartado en el que pensar sobre lo que estaba ocurriendo, aunque lo que cada fibra de su ser le pedía era echar a correr y no mirar atrás. Por desgracia esa no era una opción viable. Ahora estaba esperando un bebé. Era curioso, pero esta era la primera vez que pensaba en su futuro hijo como algo tangible y verdadero. Estaba ahí, creciendo en su interior. No era un problema, era una nueva vida que se abría paso a pesar de todo y nacería fruto del amor, al menos del que ella había sentido. Esa era la pequeña brizna de esperanza a la que se aferraría para seguir adelante. Unos pasos sobre la grava del camino le anunciaron que alguien se acercaba y no pudo disimular una mueca de desagrado al ver que se trataba del marqués, que se sentó junto a ella, demasiado cerca para su gusto. Chris se desplazó en el banco para que sus brazos no se rozaran y él soltó una carcajada desagradable.

—No pongas esa cara, niña. Uno no debería despreciar la ayuda cuando se le acerca.

—Lo siento. —Pero no era cierto. No lo sentía. Lo único que quería era dejarle claro que le despreciaba por lo que estaba a punto de hacer.

—No debes sentirlo. Todo va a salir bien.

—¿Bien? ¿En serio? Va a obligarme a casarme con usted. —Christine nunca alzaba la voz, no contradecía a los mayores y les hablaba con sumo respeto. Este hombre era mucho mayor que su padre, pero en ese momento era una gata furiosa que tenía que defenderse. Una leona.

—Permíteme que te corrija. —Su voz sonó afilada y le produjo un escalofrío por la espalda.

Dios, cuánto le desagradaba esa voz—. Si no quieres aceptarlo y prefieres desafiar la decisión de tus padres adelante. Me consta que las otras opciones son menos favorables para ti. A no ser que pienses que deshacerte de la criatura que esperas sea una buena solución.

La cara de espanto de Chris fue suficiente respuesta para él, que sonrió satisfecho.

—Ya lo imaginaba. Las madres tenéis un apego exacerbado hacia vuestros retoños desde incluso antes de nacer.

—¿Dónde está David?

—David... Supongo que ha usado su encanto para seducirte, no te culpes por ello, tiene práctica en hacerlo. David tiene sus obligaciones y debe asumirlas.

—David me ama. Sé que volverá a buscarme.

—No, no lo hará. Su obligación era viajar a España y realizar unas gestiones muy importantes para nuestra familia. No voy a negar que al principio se quejó, siempre lo hace. Es un muchacho terco y orgulloso. Quería volver y seguir disfrutando de este amorío vuestro. Pero en cuanto le dije que si no iba a España a cumplir con su obligación le desheredaría cambió de opinión rápidamente. Para él, mantener sus lujos y su comodidad es muy importante, Christine. Es primordial. Nadie estará por encima del dinero y el estatus para él. Ese es el hombre del que te has enamorado. Un espejismo.

Christine negó con la cabeza, no podía creer que él hubiera antepuesto el dinero a su amor por ella.

—David es así. Un lobo con piel de cordero. —Durante una décima de segundo, Jonathan sintió una pizca de remordimiento al ver las gruesas lágrimas que rodaban por las mejillas de aquella chica cuyo único pecado había sido enamorarse.

No la culpaba. Él mismo se había dejado llevar por ese sentimiento cuando conoció a su esposa, creyendo que podría contagiarla de él. Pensar en Laura provocó un ramalazo de ira en su interior que logró controlar con una especie de sonrisa comprensiva. David era como su madre. Creía estar por encima del bien y del mal, pensaba que lo sabía todo y que siempre acabaría saliéndose con la suya. Rebelde, ingrato y presuntuoso, además de difícil de manejar. ¿Quién querría un hijo así, que desafiaba constantemente su autoridad como si no fuese nada? Si alguna vez hubiese aceptado sus órdenes todo habría sido más fácil. Una de las labores más importantes de un padre era precisamente aleccionar a los hijos, demostrarles que se equivocaban. Y David estaba a punto de descubrir la lección más importante de todas, no podía confiar en nadie.

No quiso analizar el porqué de aquella cruel venganza, ni siquiera quiso reconocer que todas las humillaciones sufridas por culpa de la madre de David se habían acumulado en sus entrañas como una ponzoña que había acabado envenenado su sangre. Lo único cierto era que, tras enviar a David a España contra su voluntad para darle un escarmiento, la carta de la señora Archer había llegado como si fuera una señal del cielo. O del infierno.

El marqués era mayor, pero aún tenía la suficiente vida para disfrutar de una mujer joven. Cuando vio a Christine supo que no se había equivocado en su decisión, era bonita, tímida y delicada. Quizá ella fuese mucho más maleable que Laura. Quizá fuese su segunda oportunidad. Ni siquiera le importó que en su vientre albergara un bebé, eso se había convertido en una baza a su favor para presionarla más y asegurarse su éxito. David vería con sus propios ojos lo equivocado que estaba y cuánto había infravalorado a su padre. Esa mujer sería suya. Y sería una venganza simplemente perfecta.

## Capítulo 24

Christine había rechazado los intentos de David de entablar conversación durante el viaje. Lo único que podría haber mejorado su estado de ánimo era poder abrazar a su hija. La echaba tanto de menos que le dolía el pecho al pensar en ella. El dolor que emanaba Víctor Lennox se había impregnado en su piel y le había robado las fuerzas. Había reconocido inmediatamente lo que él sentía porque ella también lo había experimentado en el peor momento de su vida, la derrota.

David había decidido respetar su silencio y dejarla descansar, aunque ella podía percibir que estaba tenso y que la miraba con disimulo de cuando en cuando.

El carruaje se detuvo frente a la posada donde pasarían la noche y los dos tardaron en reaccionar, resistiéndose a abandonar la seguridad del vehículo. Fuera volverían a ser ellos mismos, con sus rencillas y sus secretos. Estaban en la última etapa de su viaje y eso debería haber supuesto un alivio. A la mañana siguiente viajarían hasta la mansión de los Archer. Christine le haría una visita a su familia el tiempo justo para poder hablar con Tessa, y mientras David proseguiría su camino hacia Edevane Rosefield. A partir de ahí el futuro no estaba claro pero probablemente el marqués haría todo lo posible para marcharse cuanto antes y la marquesa viuda se concentraría en cuidar a su hija para no pensar en lo que pudo ser y ya no sería. Sus vidas se alejarían, otra vez.

Al entrar en la posada el bullicio se redujo considerablemente mientras los presentes los observaban, hasta que unos segundos después perdieron el interés y las conversaciones volvieron a reanudarse. Había que reconocer que juntos formaban una pareja notable. David era alto y elegante, a pesar de sus andares desenfadados (o precisamente por ellos) y Christine refinada aunque discreta, con esa costumbre de inclinar la cabeza como si fuese una flor delicada. Era inevitable que atrajeran las miradas a su paso. Christine se mantuvo en un segundo plano mientras David hablaba con el posadero, y no pudo evitar sentirse un poco extraña cuando se anunció como los señores Clarke, algo que era cierto. Ese era el apellido de ambos, aunque daba a entender que eran marido y mujer. Se sentía demasiado vulnerable para digerir aquella imagen.

—Tenemos una habitación espaciosa y con chimenea. Es un poco más cara pero merece la pena.

—¿No podrían ser dos? —intervino Christine sin pensar.

El posadero la miró con extrañeza.

—Sí, señora. Aunque sería una habitación más sencilla. —El hombre se inclinó para ver detrás de ellos la familia que acababa de llegar y que también parecían necesitar alojamiento—. Como usted desee. Parece que el mal tiempo hará que necesitemos todas las habitaciones.

Ambos captaron la indirecta y Christine aceptó compartir la habitación a regañadientes.

—Por favor, pida que nos preparen un baño y nos suban algo de comer —ordenó David mientras Christine era conducida a la habitación.

David apuró su segunda cerveza junto al cochero, que lo miraba sin disimular su agradecimiento. Había trabajado en varias casas de abolengo y sus señores, incluyendo a Fortune, jamás le habían proporcionado un alojamiento cómodo durante los viajes, relegándolo al establo. Mucho menos se habían dignado a invitarlo a una cerveza y a darle conversación como si fueran... iguales. En cambio, David parecía agradecer su compañía y a pesar de ser un noble de pies a cabeza había algo diferente en él.

Y así era. Mientras hablaba con ese hombre sobre el tiempo, los caminos o su rutina diaria su mente intentaba distraerse de las imágenes de Christine que le bombardeaban sin compasión. Le había dado tiempo para que pudiera darse un baño en la intimidad y no podía dejar de pensar en eso. Imaginó sus manos pequeñas deslizándose el jabón por su piel, el agua humeante rodeando su cuerpo y resbalando por su espalda.

Venció la tentación de pedir otra cerveza, él no era un cobarde, y aunque Christine fuese el mayor peligro al que se había enfrentado nunca, no podía achantarse.

Cuando al fin se atrevió a tocar en la habitación pensó que quizá ella ya estuviese dormida. No hubo suerte, su voz sonó distante y unos segundos después la puerta se abrió. Se quedó sin aliento al verla con el pelo suelto, con el camisón más blanco y más casto que había visto nunca. Y sin embargo le resultó tan seductora que fue incapaz de moverse hasta que ella enarcó una ceja con extrañeza. En la chimenea ardía un fuego abundante y la habitación le resultó tan acogedora que la idea que le había estado rondando de irse a dormir al carruaje le pareció una locura. Christine pasó a su lado y el olor a jabón de su cabello le hizo cerrar los ojos con añoranza. Apretó las manos para no ceder a la tentación de sujetarla del pelo y atraerla hacia él para poder besarla hasta la extenuación.

—Esto huele muy bien. —La voz de Christine le hizo abrir los ojos de golpe.

La vio destapar las diversas bandejas de la cena y curiosear, ajena a su intenso escrutinio y le dolió aquella escena cotidiana de la que le habían privado hasta ese momento.

—Cenemos entonces.

Ninguno de los dos comió demasiado, la intimidad era demasiado asfixiante y estaban demasiado pendientes de los movimientos del otro para actuar con normalidad. Después de tomar un poco de sopa, David se ocultó detrás del biombo para tomar un baño. El agua ya estaba fría pero le dio igual, estaba más que acostumbrado después de haber pasado tantos años en un barco con las comodidades justas. Quizá así pudiera refrescar sus ánimos y despejar sus sentidos aunque lo veía poco probable.

Christine intentó no pensar en el sonido de la ropa de David al deslizarse hasta el suelo, ni en el chapoteo al entrar en la pequeña tina, ni el sonido del agua mientras él se enjabonaba. Sintió sus mejillas arder y quiso pensar que se debía a las dos copas de vino que había tomado con la sopa. Mentira. Estar cerca de él, sin testigos, sin nadie que pudiera juzgar ni prohibir sus actos era una verdadera tentación. David Clark era la auténtica tentación. Y a pesar de que su sensatez la impulsaba a mantenerse alejada todo lo posible cada fibra de su cuerpo quería ser tocada. Suerte que ella era una mujer sensata. Se levantó y se dirigió hacia la cama donde estaba su bolsa de viaje con el fin de ordenar su ropa por enésima vez, y agradeció que al día siguiente el

trayecto desembocara en casa de sus padres. Tessa podría dejarle un vestido limpio, con eso se conformaba. La próxima vez que realizara un viaje, que esperaba fuera dentro de mucho tiempo, procuraría llevar algún vestido más por si acaso. Al meter la mano en su bolsa encontró el paquete que había ocultado y que gracias a Dios los ladrones no habían encontrado. Para ella en estos momentos era su pertenencia más valiosa.

—¿Qué es eso?

La voz de David más cerca de lo que esperaba la hizo sobresaltarse y el pequeño bulto cayó al suelo. Él se agachó a recogerlo y se lo devolvió sin abrirlo.

—Es un regalo para Eria. Cuando voy a Londres suelo comprar regalos para ella y los guardo para dárselos en momentos especiales. En el pueblo no hay mucho donde elegir. Espero que no dé con el escondite secreto.

—Yo no lo descartaría. Se nota a la legua que es muy inteligente. Se parece mucho a ti.

—Sí que lo es. Aunque por suerte su carácter no es como el mío. Ella es más abierta, más vital —dijo con los ojos brillantes mientras desenvolvía el regalo. Era una muñeca de trapo con el pelo de lana de color rojo y dos botones representando unos enormes ojos azules. Acarició el pelo del juguete y volvió a guardarla en su lugar.

—La echas de menos —afirmó sin poder ignorar la ternura con la que la había tocado como si estuviese acariciando el pelo de su hija. Sintió algo parecido a la nostalgia, una dolorosa añoranza de todo aquello que le habían robado.

—Mucho.

—Imagino lo importante que ha sido este viaje para ti si has aceptado alejarte de ella.

—Sí. Tessa me pidió que la ayudara. Se merecía tener la oportunidad que yo no tuve. Lo que pase a partir de aquí no depende de mí.

Aquel aguijón resultó doloroso para ambos pero David no estaba seguro de querer destapar aquel cajón de reproches. Allí estaban solos y desprotegidos y las pullas darían directas en el blanco, sin trincheras donde esconderse. Ella se giró hacia él y no pudo evitar repasarlo con la mirada. Tenía el pelo húmedo cayendo desordenado por su frente lo que le daba un aspecto más juvenil. Solo se había abrochado unos cuantos botones de la camisa lo que dejaba buena parte de su pecho al aire. Un pecho que ella había deseado besar en cuanto lo vio. Sus ojos se desviaron hacia el antebrazo donde asomaba un trazo oscuro que resaltaba en contraste con la tela blanca. Christine deslizó el índice por el dibujo y percibió cómo él tensaba.

—Déjame verlo —le pidió sin pensar.

David dudó si complacerla. Su cuerpo estaba en guardia desde que entró a la habitación, y vibraba como si tuviera que resistirse con todas sus fuerzas a la atracción que ella provocaba. Estaba tenso y embriagado por la proximidad de aquella mujer, tanto que sentía que se echaría a temblar en cualquier momento. Deshacerse de su ropa significaba dar un paso hacia la locura, eliminar esa nimia barrera que los separaba, por inocente que fuera la petición. Con movimientos lentos fue desabotonando la prenda sin apartar los ojos de la mirada cristalina de Christine, disfrutando a su pesar de la fascinación que vio en ella. El dibujo tribal que marcaba su piel se extendía por su brazo derecho como si fuera una serpiente, cubriendo su hombro y su pectoral, enmarcándolo de manera perfecta. Como si sus dedos no le pertenecieran, Christine los paseó por el antebrazo en un movimiento ascendente, resiguiendo el intrincado jeroglífico, hasta que David la sujetó por la muñeca para detenerla. Ella cerró los dedos, sorprendida por su propio atrevimiento. Intentó desviar la vista del espectáculo que suponía David semidesnudo. Había aprendido ese cuerpo de memoria hacía cinco años, su olor, su dureza, la línea de vello que

descendía desde su torso hasta su abdomen. Y a pesar de que algo dentro de ella lo reconoció al instante se sorprendió por lo mucho que había cambiado. Sus músculos estaban mucho más marcados, su espalda más ancha y hasta su expresión corporal resultaba más ruda.

—¿Quién te lo hizo?

David al principio no supo a qué se refería, estaba demasiado enganchado del recorrido de sus ojos sobre su piel para poder pensar con claridad.

—¿El tatuaje? Un marinero. Me dijo que en su tribu era una especie de rito de iniciación. Cuando cumplían catorce años se tatuaban para demostrar que ya se habían convertido en hombres. Según él, yo me convertí en un hombre de verdad cuando embarqué en ese barco.

—¿Te dolió?

—Mucho. Pero mereció la pena. Aunque en la vida no todas las cosas dolorosas valgan el sacrificio.

—No siempre nos dan a elegir qué sacrificios estamos dispuestos a asumir. ¿No es cierto? —Christine dio un paso para alejarse de él, necesitaba espacio—. Ojalá todo fuese tan fácil como marcarse la piel.

—Hay cosas que marcan más que esto, marcan por dentro y te cambian para siempre.

—Puede ser, porque a veces te miro y creo que no eres la misma persona, David.

—No lo soy. Cuando me hablaste de Lennox te dije que algunas situaciones te transforman en una persona diferente. La traición es una de las más eficaces.

Ahí estaban de nuevo los reproches, que surgían por voluntad propia como el dolor de una herida mal cerrada. No podía evitarlo. Tampoco quería. Se sentía mucho más a salvo cuando el odio flotaba entre ellos, tan puro como el amor que los había unido una vez, pero mucho más real. Ahora sin embargo no veía odio en los ojos de Christine, solo veía sufrimiento.

—Ya basta. —Christine hubiera querido gritar y golpearle pero no tenía fuerzas para hacerlo. Aquel dolor que la había torturado había servido para mantenerla viva, para impulsarla a superarse. Pero ahora era incapaz de seguir echando leña a aquella hoguera, ya no tenía fuerzas para seguir cargando con aquel peso—. Estoy muy cansada de que me eches en cara mi traición, David. Fuiste tú el que me abandonaste. Fuiste tu quien antepusiste tus intereses a tus promesas.

—Mis intereses. ¡Mis intereses! —repitió pasándose las manos por el pelo con incredulidad—. Lo dice la persona que juró esperarme, que juró amarme, pero fue tan impaciente que no pudo esperar. Las ansias de ser marquesa, de tener un estatus social y una fortuna a tu disposición fueron más fuertes. Supongo que eso es lo que pretendías obtener de mí. Espero que valiera la pena el sacrificio.

—¡Me dejaste sola! La tarde que nos despedimos mi hermana nos descubrió. Cuando volví a casa toda mi familia me esperaba como si fuera un pelotón de fusilamiento. Ni siquiera me permitieron salir de mi habitación durante semanas, meses. No sabes lo que es ver amanecer un día tras otro con la esperanza de verte llegar, y que tu corazón se rompa un poco más cada anochecer al ver que no lo has hecho. Mi madre le escribió al marqués para pedirle ayuda y él acudió. ¿Dónde demonios estabas tú, David?

—El marqués llegó como un ángel salvador con un anillo de bodas y la billetera llena y viste en él la manera de salir de tu encierro. Ahora lo entiendo. —Su sarcasmo fue tan doloroso que Chris sintió que le arañaba el corazón. Pero el suyo ya estaba demasiado roto para poder soportarlo cuando apenas había podido remendarlo para que siguiera latiendo—. ¿Sabes dónde estaba yo? Cuando te pedí que te casaras conmigo lo hice en serio. Nunca he estado tan seguro de algo en mi vida. Por eso quería hacer las cosas bien. Fui a Londres en busca de mi padre,

quería contar con su bendición por una vez, no me gustaba la idea de que él te despreciara por mi culpa. Pensaba pedir tu mano con el anillo de compromiso de mi madre y conseguir una licencia especial para estar contigo cuanto antes. Él comenzó a darme largas, y las semanas comenzaron a correr. Y mientras, él solo tenía ojos para su proyecto sobre esas minas españolas. Estaba desesperado y me cansé de esperar. Pero mi padre no estaba dispuesto a que me saliera con la mía. Una noche me asaltaron y me drogaron, y cuando abrí los ojos estaba en alta mar con el tipo que se encargaba de sus negocios y un par de matones para que me portara bien.

Christine se sentó en la cama sin fuerzas para mantenerse en pie. Había dudado de David, de su amor, y había tenido la certeza de que el viejo marqués era un hombre sin escrúpulos, pero nunca imaginó que pudiera hacer algo así. Y sin embargo le había creído cuando le hablo mal de David. Nunca le dio esa oportunidad al hombre al que amaba.

—Por qué no... Por qué no me lo dijiste. Si al menos me hubieras escrito una sola carta yo...

—Te escribí docenas de cartas, Chris. Desde el minuto en que abandoné aquel cobertizo. —Su sollozo le indicó que ambos habían llegado a la misma conclusión. Alguien las había interceptado para que no las tuviera. Cómo había sido tan estúpido—. El tipo que me acompañaba en esa especie de secuestro me convenció de que lo mejor era colaborar. No me quedaba más remedio puesto que no tenía ni un penique en el bolsillo ni mi documentación. Cuanto antes terminásemos el encargo, antes volveríamos a Inglaterra. Sé que no fue culpa suya, él intentó hacerlo lo mejor que pudo, pero cada día surgía un nuevo inconveniente que lo retrasaba todo. Es curioso, cuando llegamos por fin al puerto de Inglaterra me dijo que yo era un tipo afortunado y que sabía que tendría una vida feliz. Afortunado. Jamás en mi vida me he sentido así, al menos a partir de ese momento.

—¿Por qué no viniste a buscarme?

En la cabeza de Christine se hilaban a toda velocidad cientos de posibilidades que podían haber sucedido y no sucedieron. David rescatándola de aquella ceremonia en la que no dejó de llorar, David llegando a aquella mansión lúgubre y cogiéndola en brazos para sacarla de allí. David echando abajo la puerta del dormitorio a patadas antes de que el marqués hiciera un patético e infructuoso intento de consumar el matrimonio. Jamás pudo hacerlo. El abuso de la bebida y su mala salud se lo impidieron, pero eso no evitó que en más de una ocasión la manoseara con la esperanza de que su virilidad despertase. Era tan repugnante que había tenido pesadillas durante años. Suerte que cuando su embarazo empezó a resultar más evidente no volvió a acercarse y pareció olvidarse de ella, como si estar cerca del fruto del amor con David fuese demasiado repugnante para él. Al poco tiempo de nacer Eria él falleció, y por duro que resultase al fin se sintió libre.

—No es tan fácil. Gilligan me estaba esperando a mi llegada. Cuando me dijo que mi padre se había casado me eché a reír. Recuerdo ese momento, la cara circunspecta, la mirada preocupada e incluso dolida de ese hombre que me conocía desde que era un niño. Cuando me dijo que eras tú no dije nada. No podía. Parecía que alguien había tirado de mi cuerpo en todas las direcciones hasta desmembrarlo. Me sentía destrozado, inconexo, defraudado. Deambulé durante días sin saber qué hacer, de borrachera en borrachera buscando pelea. Quería que alguien me matara porque yo no era capaz de hacerlo. Pensar en mi padre... contigo... me volvía loco. Pensé que no habría nada peor y entonces él me buscó para darme la estocada final. Estaba en una taberna cuando mi padre se sentó junto a mí con aquella sonrisa soberbia y un poco idiota. «Te lo advertí» me dijo. «Confiar en una mujer es lo más absurdo que puedes hacer. Deberías haberme hecho caso y centrarte en tus asuntos, pero tú siempre has sido tan rebelde, creyéndote que lo

sabías todo. Creías que habías encontrado el amor. Pero en cuanto le sugerí que te había desheredado y que no tenías un penique en el bolsillo se abrió para mí como una flor. Ella es como todas» —Ignoró el jadeo indignado y sorprendido de Christine que se había puesto de pie como si hubieran accionado un resorte. Tenía que acabar, tenía que decirlo todo de una vez o no sería capaz de hacerlo—. Aun así, intenté buscarte, mirarte a los ojos y que me dijeras que no me amabas. Vigilé la casa durante días hasta que una tarde te vi. Ibas cogida de su brazo. Tan serena, tan tú. Y entonces acariciaste tu barriga incipiente y me di cuenta de que estabas embarazada. Ese día morí por dentro. Todo había acabado. Todo lo que había querido, en lo que había creído. Por eso me fui. Y ni siquiera el océano fue suficiente distancia para que el dolor cesara. No podía olvidar mis sentimientos, eran demasiado fuertes. Así que decidí transformarlos en otra cosa, en odio. Y poco a poco me convertí en un hombre distinto, un hombre incapaz de confiar ni de amar a nadie más.

—David... No pude hacer nada para evitarlo. No sabía nada de ti. Tus cartas no llegaron hasta mí. Ninguna. Y aun así seguía confiando en que me querías. A pesar de que cada día resultaba más difícil hacerlo. Estaba asustada y arruinada y mi familia no confiaba en mí. Me amenazaron con encerrarme de por vida, con separarme de lo que más quería. Y entonces el marqués de Edevane llegó ofreciéndome una salida. Jamás hubiera aceptado. Pero me dijo que tú habías decidido emprender una vida sin mí. Que yo era una más, y que cuando te había amenazado con desheredarte tú preferiste el dinero y los lujos antes que nuestro amor. Que te desentendiste de mí.

David golpeó la mesa con fuerza y cerró los ojos. Sabía que su padre era capaz de cualquier cosa, debió imaginar que también sería capaz de hacer algo así. Los había manipulado como si fuesen muñecos sin alma, los había destrozado y después había hecho lo que había querido.

—¿Por qué? ¿Por qué nos hizo eso?

—Para darme una lección. Para imponerse sobre mí. Para demostrarme que con un chasquido de sus dedos podía destrozarme mi vida. Es una suerte que esté muerto porque ahora mismo lo mataría con mis propias manos.

Las lágrimas comenzaron a correr sin control por el rostro de Christine. Podrían haber tenido una buena vida, podrían haber sido felices. Lo habrían sido. Ahora ya era imposible. Calibró la posibilidad de confesarle que Eria era su hija, pero eso solo serviría para atarlo a ellas contra su voluntad. Ahora era un hombre distinto, él mismo lo había dicho. Un hombre que aspiraba a viajar por el mundo sin ataduras, un hombre que no confiaba en nadie. Seguramente no la creería y pensaría que se trataba de una argucia para conseguir algo. Su corazón no resistiría una nueva herida, un nuevo desplante, mejor dejar las heridas tal y como estaban, mejor fingir que no se habían abierto de nuevo más profundas que antes.

David alargó la mano en un intento insuficiente de retener su llanto pero ella se apartó con un manotazo. La autocompasión y la lástima no servían ya, ahora la única emoción que bullía dentro de ella era la rabia.

—No, no me toques, David. No intentes consolarme. Nosotros tenemos la culpa de lo que ocurrió. —Christine se reveló incapaz de soportar el dolor de su pecho. Ya no podía fingir más—. Nos amábamos, pero en lugar de confiar el uno en el otro decidimos creer a ese hombre despreciable. Ni siquiera intentó disimular, nos mintió haciéndonos creer que nuestro amor no era de verdad. Y nosotros le creímos. Yo creí que habías decidido emprender un camino frívolo disfrutando de tu fortuna, que yo no había sido más que una distracción de verano. Y tú te convenciste de que yo era una arpía que solo perseguía un título y una fortuna. Él sembró la

semilla pero nosotros la alimentamos para que el odio creciera.

—No pudimos hacer otra cosa.

—¡Sí! Sí pudimos. Pero fuimos demasiado cobardes. Puede que nuestro amor no fuera tan puro como creímos. —Su voz se entrecortó y empezó a respirar tan rápido que David volvió a acercarse a ella para consolarla.

Necesitaba protegerla del sufrimiento aunque fuera un instante, y lo único que se le ocurrió fue abrazarla con fuerza. Ella tembló en sus brazos, lloró hasta que no le quedaron más lágrimas y pronunció palabras sin sentido que ni ella misma entendió. Cuando al fin fue dueña de sí misma intentó liberarse de aquel abrazo que había colocado de nuevo todo en su lugar. Aquel puzle que los había martirizado tanto tiempo ahora estaba casi completo, ya no había que golpear las piezas para que casasen entre sí, ahora encajaban a la perfección. El ingrediente que les había faltado, la mentira, lo había hecho posible. Empujó a David en el pecho desnudo para apartarlo de ella, pero él la sujetó por las muñecas para que sus manos permanecieran allí extendidas sobre su torso. No supo por qué lo hizo. Quizá necesitaba que Christine escuchase sus latidos desbocados por ella, una verdad que nadie podría borrar.

## Capítulo 25

La atmósfera de la habitación cambió, algo dentro de ellos cambió. Sus ojos no podían dejar de mirarse como si acabaran de descubrirse por primera vez. Sin embargo, ellos sabían que no era así. Ya nunca podrían verse como antes. Les habían robado la pureza, habían machacado sus sentimientos pervirtiéndolos, transformándolos en algo sucio, algo de lo que durante mucho tiempo se habían avergonzado. No era fácil asimilar que la persona a la que amabas no te correspondía, pero admitir que tú no habías sido lo bastante valiente para confiar en ese amor era mucho peor. Habían desperdiciado el tiempo, habían renunciado a lo más valioso que tenían. Era imperdonable.

Christine dejó de luchar y empujar contra él y sus brazos se doblaron, disminuyendo la distancia que los separaba. Quería ser fuerte, hacía mucho que había dejado atrás a la chica silenciosa que no sabía defenderse. Pero, maldita fuera por ello, no había nada que deseara más que ser consolada por él. Al menos un instante, una noche. Quizá eso cerrase las heridas, o al menos tuviera el efecto de un bálsamo sobre ellas. Por eso no se resistió cuando David apoyó su frente sobre la suya, ni cuando su boca rozó su mejilla lentamente, ni cuando sus labios se rozaron sin prisa, casi sin querer, en una tentativa muda e insegura.

Las manos de David se deslizaron desde sus muñecas, a lo largo de sus brazos hasta llegar a los costados y la cintura, en una exhaustiva exploración. Parecía que quería comprobar que era ella, la misma mujer a la que amó, el mismo cuerpo que veneró cada tarde bajo el cielo azul, o cobijados en un cobertizo a punto de desmadejarse sobre sus cabezas. Quería que durase una eternidad, quería que aquella noche se perpetuase en su memoria, porque ambos sabían que al amanecer nada habría cambiado, más que la certeza de que la vida había sido muy injusta con ellos. Sus labios al fin se besaron, se reconocieron y se entregaron a una danza lenta, a un baile ancestral que no por conocido resultaba menos mágico. David deslizó la lengua por sus labios, los mordió con delicadeza y profundizó el beso invadiendo su boca hasta que ella quedó tan aturdida que tuvo que aferrarse a su cuello para mantenerse en este mundo. Christine había anhelado muchas cosas de David; su sentido del humor, su sonrisa franca y sus ojos pícaros, su voz, que con el paso de los años se había vuelto más profunda. Pero lo que más había extrañado eran sus besos, esos besos tan profundos e intensos que la embriagaban como un licor, que la hacían gemir contra su voluntad, que la doblegaban y la hacían olvidar cualquier cosa que no fuera él.

Sintió el frío en su carne cuando David tiró de la tela del camisón hasta sacarlo por encima de su cabeza. Elevó los brazos para ayudarlo y el pelo oscuro cayó en cascada sobre sus hombros.

Sonrió al ver que él se quedaba maravillado y la timidez hizo que intentase tapar su cuerpo en un gesto instintivo.

—He soñado demasiado tiempo con tu cuerpo para que ahora lo ocultes de mí, Christine. Esta noche no, por favor.

Ella sonrió y se mordió el labio antes de empezar a desabotonar el cierre de su pantalón, observando cada pedazo de su cuerpo que quedaba al descubierto con total desvergüenza. Ya habían destapado casi todos sus secretos, algo mucho más íntimo que su desnudez.

David besó el cuello de Christine recreándose en ese punto sensible de su garganta que hacía que su piel se erizara mientras sus manos acariciaban sus pechos. Su boca descendió y su lengua jugó a torturarla deslizándose por cada centímetro de su piel excepto por el punto en el que más lo deseaba. Cuando al fin alcanzó el pezón y tiró de él con los dientes ella suspiró de placer y deslizó las manos por la ancha espalda masculina para unir sus cuerpos un poco más. La erección de David se apretó contra su abdomen y ella quiso acariciarla pero él se lo impidió. Si empezaba a tocarlo acabaría demasiado pronto y quería deleitarse con aquellas sensaciones todo lo posible. La levantó en vilo apretándola contra él y la depositó sobre la cama. Había soñado durante cientos y cientos de noches en lo que hubiera sido tenerla así, tendida perezosamente en su lecho, entregada a sus caricias mientras él saboreaba cada pequeño lunar, cada pliegue suave de su piel. Lo había imaginado tantas veces que ahora le costaba creer que fuese real. Lo era. Christine estaba allí en carne y hueso, con su piel caliente y su cuerpo excitado invitándole a pecar. Se tumbó sobre ella apoyándose sobre los antebrazos ansioso por sentir su piel contra la suya. Siempre le había maravillado que sus cuerpos se acoplasen y se entendiesen tan bien. David se quedó sin aire cuando ella deslizó sus manos frías por su pecho, marcando los músculos con sus uñas hasta llegar a su abdomen. Cuando al fin acarició su miembro, se endureció tanto que creyó que no sería capaz de resistir sus caricias, pero ella debió notarlo ya que lo tocó con suavidad, resiguiendo su forma con las yemas de los dedos muy despacio. David se inclinó para besar sus pechos. Lamió cada uno de ellos, deslizando los dientes por sus pezones, tirando de ellos y calmándolos después con su lengua durante una eternidad hasta que ella se arqueó y levantó la espalda del colchón con la respiración entrecortada. Su erección se rozaba con la humedad de Christine con cada movimiento y sus cuerpos gemían ansiosos por liberarse. Su boca descendió hasta su ombligo, siguió el camino hasta sus costillas y luego continuó hasta los huesos que sobresalían suavemente en sus caderas. Una vez ahí levantó la cabeza para mirarla. Estaba sonrojada y solo el pudor evitaba que rogara para instarlo a continuar hacia donde ella lo quería. Él le dedicó una sonrisa malvada antes de comenzar un reguero de besos por sus ingles, los muslos y alrededor de su sexo hasta que ella gimió desesperada.

—David, por favor.

—Por favor... ¿qué?

Ella se sonrojó aún más incapaz de pedirlo y David se apiadó de su necesidad con una breve carcajada ronca que le reverberó en todo el cuerpo. Su lengua se paseó por su intimidad con descaro, entrando y saliendo de ella, para después trazar pequeños círculos en su centro que la hicieron gemir sin control. Un dedo se adentró en el cuerpo tembloroso de Christine, que creía que no podría soportar más placer, mientras la lengua de David continuaba su asalto sin tregua. Sus caderas se movieron acompasando sus movimientos con los de la boca de él hasta que la tensión que se acumulaba en la base de su espalda y sus entrañas la deshizo por dentro. David continuó besándola con dulzura y se colocó sobre ella.

—Déjame estar dentro de ti una vez más. No sueño con otra cosa desde que me marché

aquella tarde.

Christine acarició sus mejillas con dulzura perdida en aquellos ojos suplicantes.

—Aún no.

Soltó una risita al ver la confusión en su rostro y lo atrajo para besar su boca.

—Mi pelo.

—¿Qué le pasa a tu pelo?

—Me dijiste que querías verlo sobre tus muslos mientras yo...

David tragó saliva y dejó que ella lo empujara con suavidad para intercambiar las posiciones. Cuando estuvo debajo de su cuerpo se maravilló de lo bonita que era, una vez más. Siempre había un momento al mirarla en el que descubría una expresión nueva, un brillo en sus ojos, un gesto que representaba un vestigio de aquella timidez que había dejado atrás, una sonrisa distinta, y que le llevaba a pensar que no había visto nada más hermoso en la vida. Christine se deslizó sobre su cuerpo rozándolo con sus pechos enhiestos, dejando que su pelo le hiciera cosquillas al pasar. Sentada sobre él se sintió poderosa, dueña de su propio placer y del placer de David, que palpitaba ansioso entre sus muslos. Se movió ligeramente, y él gimió al sentir cómo presionaba su erección entre las piernas. Era una locura deliciosa y terrible a la vez. Se inclinó para besar su torso, resiguiendo con la lengua los trazos del tatuaje que cubría su pecho derecho. Descendió por la tensa musculatura del abdomen y sujetó entre sus dedos la dura erección. Vio aquel delicioso sufrimiento reflejado en la cara de David y no quiso torturarlo más. Deslizó la lengua por su miembro, muy despacio, tal y como él le había enseñado. Repitió el movimiento varias veces y observó mientras lo hacía los músculos y los tendones de sus brazos y su cuello, y sus manos fuertes apretando las sábanas. A David le estaba costando contenerse, y le gustó tenerlo así, a su merced, a punto de rendirse. Sumergió su miembro en su boca caliente y él gruñó de placer, un sonido ronco que consiguió excitarla todavía más. Ella también quería sentirlo dentro, pero este era el momento de David. Quería que recordara todo el placer que podían darse, un triste premio de consolación que no bastaría nunca para compensar todas las lágrimas. David elevó las caderas para llegar más profundo y ella se lo permitió, dejándolo entrar y salir de su boca.

David se incorporó y sujetó su rostro con las manos.

—Eres increíble. —Sin previo aviso la sujetó por las caderas y la tumbó de espaldas en la cama—. Pero ya te he dicho que quiero estar dentro de ti.

Se tumbó sobre ella y aunque la excitación no se apaciguó lo más mínimo, la actitud de ambos cambió por completo. Ahora no tenían prisa por saborear la pasión, ni por complacer al otro, ahora se trataba de compartir aquel momento que solo les pertenecía a los dos, un momento que sabía a despedida. David deslizó las yemas de los dedos por su rostro, como si quisiera memorizarlo, como si fuera la última vez que lo vería. Puede que fuera así, ya no habría más besos, ni entrega, ni caricias. No necesitaban decirlo, ambos lo sabían. Ellos ya no eran los mismos. Si pudieran volver a aquel momento en el cobertizo nadie los separaría... Pero no podían. Solo podían amarse aquella noche y alejarse después. Los dedos de David dibujaron sus cejas con caricias lentas, la forma respingona de su nariz, sus labios perfectos, mientras sus sexos se rozaban muy despacio, intentando prolongar lo que tarde o temprano tendría que acabar. David la besó de nuevo, uno de esos besos eternos que la elevaban a otro mundo. Y mientras la lluvia comenzaba a repiquetear con suavidad en el cristal de la ventana él la penetró. Aquella unión fue la más mágica de todas las que habían vivido. Estaban conectados a un nivel inalcanzable para el resto de los mortales, convertidos en un solo ser arrastrado por una marea

cálida, como las espigas mecidas por el viento, como una hoja arrastrada por el cauce de un río. Sus movimientos eran apasionados, pero a la vez eran dulces; profundos pero tiernos. Eran simplemente magia. Cuando el placer los invadió, sacudiendo sus cimientos y sus almas, y los hizo disolverse en partículas inconexas ambos tuvieron el mismo pensamiento: nada volvería a ser igual a partir de ese momento.

## Capítulo 26

A Christine no le sorprendió extender la mano sobre la sábana y solo encontrar un espacio frío junto a ella. Escuchó un ruido y al incorporarse vio a David ajustándose las botas, sentado en una silla.

—¿A dónde vas?

—Es temprano, aún no ha amanecido. Duerme un poco más.

—David...

—Necesito un poco de aire, Christine. Te esperaré abajo.

—Necesitas apartarte de mí —sentenció con tono seco.

—Por suerte o por desgracia nunca podremos apartarnos del todo el uno del otro. Pero en este momento necesito aire, Christine. Necesito alejarme de tu perfume, de tu cuerpo tibio y de las ganas de volver a hacerte el amor. Porque no puedo permitírmelo y tú tampoco.

—Quizá esto no debería haber pasado —aceptó con tristeza—. Quizá sea más fácil fingir que no ha ocurrido y seguir adelante.

—Me temo que no lo será. Esto no es tan sencillo de ignorar como una indiscreción en un baile, y ni siquiera he podido deshacerme del recuerdo de tus pies doloridos en mis manos hasta hoy. Lo siento.

—No lo sientas. Sé que esto no cambia nada entre nosotros. Han pasado demasiadas cosas, todo el amor que sentíamos fue mancillado y pisoteado por culpa del odio y la desconfianza. ¿Cómo se podría reconstruir eso? —Christine volvió el rostro para que David no viera que sus ojos brillaban. No pudo ver que los suyos también.

—No me arrepiento de uno solo de los besos que te he dado desde que te conocí. Pero como bien dices, la vida ha seguido su curso. Somos diferentes de los dos muchachos que se enamoraron, Chris. En ese momento yo estaba seguro de que podría hacerte feliz. Ahora no. Soy un hombre independiente, egoísta y desconfiado, he aprendido a cuidar solo de mi propio pellejo. Te mereces algo mejor que eso.

Mientras David cogía su gorra de paño y se dirigía a la puerta, pensó en gritarle que no, que ella sabía que no era cierto, que, aunque hubiera cambiado, la esencia del David que amó seguía allí, lo había visto en sus ojos mientras le hacía el amor. Pero se sintió ridícula y demasiado vulnerable para escuchar una nueva negativa.

—David... —lo detuvo antes de que cruzara el umbral—. ¿Qué decía? Tu última carta ¿qué decía?

David tragó con dificultad el nudo que se le formó en la garganta y tras esbozar la sonrisa más

triste del mundo, se marchó cerrando la puerta sin hacer ruido.

Ninguno de los dos dijo ni una sola palabra en todo el trayecto hacia la mansión campestre de los Archer, y aunque David fingió dormir casi todo el viaje era evidente que a medida que se acercaban se tensaba más. No debía ser agradable para él pisar las tierras de aquella gente, primero, porque pensarían que era un impresentable, y segundo, porque eran las personas que habían empujado a Christine a los brazos del marqués. Cuando el carruaje se detuvo y se bajó en la entrada no pudo evitar mirar hacia el este. Allí, tras el sendero que serpenteaba entre los campos sembrados de cereal, y oculto por una arboleda estaba el cobertizo donde habían sido tan felices, si es que el tiempo o los hombres no lo habían echado abajo.

—Gracias por acompañarme. Si marchas ya estarás en Edevane Rosefield antes de que anochezca.

Por alguna razón inexplicable a David no le pareció una mala idea, tenía ganas de llegar a casa de una vez. Aunque sin duda con la presencia de Chris resultaba mucho más acogedora. Lo cual era una soberana estupidez. Era inconcebible que después de descubrir la verdad de lo ocurrido y especialmente, tras haber pasado la noche juntos pensarán en seguir conviviendo bajo el mismo techo. Era imposible. Los reproches, el rencor y el dolor surgirían entre ellos a la menor oportunidad. No podía permitirse eso. Le había costado demasiado esfuerzo salir del infierno en el que aquel dolor lo sumergió para arriesgarse a rozar los límites otra vez. Y menos aún con una niña como Eria en medio del fuego cruzado. Ella se merecía ser feliz, criarse en un ambiente apacible como el que su madre podía brindarle. David solo sería un estorbo que enturbiaría esa paz. Se dio cuenta que estaba sonriendo al pensar en aquella niña sonriente y demasiado lista, su hermana. Le costaba pensar que algo tan bonito hubiera nacido de aquel hombre tan despreciable.

—Eria se disgustará al ver que vuelves sin mí.

—Cuento con ello. Y tu hermana más aún. Puede que entre las dos formen un pelotón de fusilamiento contra mí.

—No será para tanto. Solo dile que me he entretenido un poquito buscando el regalo perfecto para ella. Y que la echo mucho de menos. Y que la quiero. Y que con un poco de suerte mañana estaré con ella y no me separaré jamás de su lado.

David sonrió y sintió un poco de envidia. Él también quería dedicarle todas esas palabras a alguien alguna vez, pero no parecía tener suerte en ese sentido. En un acto espontáneo sujetó su mano y la estrechó con complicidad.

—Tranquila. Se lo diré. —Dedicó una última mirada a la fachada de la mansión, donde un par de cortinas se habían descorrido y varias cabezas curiosas se asomaban para ver quiénes eran—. Suerte.

El carruaje inició la marcha y Christine suspiró, sintiéndose más sola de lo que se había sentido en mucho tiempo. Separarse de David Clark nunca resultaba fácil.

Christine se tragó la bilis que le producía ver a su madre, con la que hacía mucho tiempo que no hablaba más de lo necesario. No podía evitar hacerla culpable de su matrimonio con el padre de David. Ella fue quién escribió la carta que le hizo venir a buscarla, ella quién la encerró en su habitación hasta casi volverla loca, ella quién la amenazó con quitarle a su bebé y entregarla a un

orfanato. Aquellas heridas no habían cicatrizado, pero ahora que sabía lo cruel e injusto que había sido todo, volvían a doler tanto o más que el primer día. Había ido allí para hablar con Tessa y eso era lo que haría. Así que, aprovechando que su padre estaba de visita en casa de unos amigos, se libró de su escrutinio en cuanto pudo y se retiró a hablar con su hermana a una de las salas donde solían coser cuando aún vivían todas allí. Era curioso, pero había acabado relacionando aquella casa con el dolor que vivió y no echaba de menos aquellas paredes en absoluto. Aquella mansión era su madre, y su madre era sufrimiento.

—¡Oh, Chris! Cómo me alegro de verte. ¿Quién era ese hombre tan guapo que te acompañaba? ¿Y cómo es que has venido sola? ¿Y Amber? ¿Y Eria? Tiene que estar enorme.

Christine soltó una carcajada al ser avasallada a preguntas y levantó las manos pidiendo calma, recordando que Tessa era demasiado joven cuando todo ocurrió y que nunca había visto a David.

—Se nota que pasas mucho tiempo sola, quieres mantener tres conversaciones a la vez.

—Pues empieza por alguna.

—Amber está cuidando de Eria mientras yo... cumplía tu encargo. —Christine observó a su hermana que abrió mucho sus enormes ojos azules.

—¿En serio? No puedo creer que hayas hecho eso por mí —gritó sujetando sus manos.

—Shh... Es mejor que mamá no se entere de esto. Verás, Tess. Han pasado muchas cosas desde que tú y Víctor os visteis por última vez. Cosas graves.

—Sé lo de su accidente, oí como papá lo comentaba con uno de sus amigos durante una cena.

—Entonces, sabrás que... él no está bien. —Christine miró a su hermana cuya expresión viraba del dolor al pánico más absoluto—. Tessa, creo que mereces saber la verdad, por dura que te resulte. Sufrió quemaduras muy graves y se ha retirado a una mansión en Sussex. No quiere ver a nadie. Piensa que su vida ha terminado y que tú debes continuar con la tuya.

La bonita cara de Tessa se transformó por el puchero algo infantil que precedió a un llanto inconsolable. Se dejó abrazar por su hermana y lloró hasta que sus sollozos se convirtieron en hipo y sus manos comenzaron a temblar.

—Pero yo lo amo, Christine. Quiero verlo, necesito verlo. Si no me quiere al menos me merezco una despedida.

—Si quieres ir hasta allí yo te acompañaré pero te advierto que no te va resultar fácil, Tessa. Él ya no es un joven despreocupado y alegre como tú me contabas. La desgracia y el dolor lo han convertido en un hombre... taciturno. Incluso, oscuro. Es tu decisión y creo firmemente que nadie más puede ni debe tomarla por ti. —Christine buscó en el bolsillo de su falda y sacó la carta algo arrugada que él había escrito—. Me dio esto para ti.

—¡Dame eso! —El grito de su madre las sobresaltó y Tessa chilló al ver que se abalanzaba sobre ellas. Intentó arrancarle la carta a Christine de las manos con tanta fuerza que clavó las uñas en su piel. Por suerte Tessa supo aprovechar un descuido y cogió la misiva que había caído al suelo durante el forcejeo. Salió corriendo antes de que su madre pudiera reaccionar para encerrarse con llave en su habitación. Leería esa carta aunque fuera lo último que hiciera en la vida.

—Cómo te atreves a desafiarme en mi propia casa, a traer dimes y diretes como si esto fuera una taberna cualquiera.

—Curioso que tú hables de atrevimiento, madre. Cómo te atreves tú a juzgar a nadie por sus actos cuando los tuyos son los más cuestionables de todos.

—Lo único que yo he hecho durante toda mi vida es velar por el futuro de mis hijas. No voy a

permitir que le llenes la cabeza a tu hermana con amoríos e ilusiones que no llegarán a ninguna parte. Ya tuve bastante con lidiar con tu insensatez para permitir que perviertas su inocencia.

—Ella tiene derecho a decidir, tiene derecho a saber la verdad. Algo que a mí me robasteis.

—Conseguí que fueras marquesa en lugar de una cualquiera preñada por el primer hombre apuesto que le susurró un par de palabras bonitas. —Melody escupió las palabras con tanto asco que Christine no pudo evitar preguntarse por qué tenía tanto odio dentro de ella. Ahora poco importaba. El pasado no se podía cambiar, pero al menos no repetirían los mismos errores.

—Lo único en lo que me convertí fue en una mujer amargada que estaba asustada y terriblemente sola. Me entregaste a un hombre que casi me triplicaba la edad, un hombre despreciable. Me amenazaste con quitarme a mi propia hija si no te obedecía. Me robaste la posibilidad de estar con el hombre que amaba. ¿Crees por un momento que has sido una buena madre?

—Ese hombre te abandonó. Eras una perdida, estabas arruinada. No me arrepiento de lo que pasó. Salvé el buen nombre de esta familia y deberías estar agradecida por ello.

—Solo te importan las apariencias. Lo hiciste por ti no por mí. Supongo que fue una decepción que la nueva marquesa de Edevane no se prodigara en fiestas y bailes, te habría encantado pegarte a mi como una lapa para mejorar tu estatus.

—Siempre has sido demasiado ingenua, alguien más vivo que tú habría aprovechado cualquier oportunidad a su alcance para triunfar en la vida.

—Yo no quería triunfar. Solo quería formar una familia con el hombre del que me enamoré.

—Amor. El amor no existe. Solo los necios se dejan guiar por él. No es más que una ilusión que nubla la sesera y que desaparece con el tiempo. Ya deberías haber aprendido eso.

—Puede que tus sentimientos solo puedan engendrar un amor tan pobre, madre. Algo transitorio e insignificante, que puedes ignorar sin esfuerzo. Pero lo que yo siento por David es y será indestructible. Conseguisteis alejarnos pero hay algo que no podréis lograr: no podrás evitar que lo ame hasta el fin de mis días, y con mi último aliento sé que será su nombre el que susurre.

Christine no fue consciente de su encendida declaración hasta que vio la cara pálida de su madre reflejando incredulidad, horror... En su mente diminuta y mezquina no había lugar para el sentimentalismo, las cosas que podían ser favorables para sus aspiraciones eran válidas, el resto se desechaba. Por eso nunca había tolerado excesivamente bien el carácter melancólico, solitario y soñador de su hija. No era práctico.

—¿Qué está pasando aquí? He escuchado los gritos desde la entrada. —Gilbert Archer entró en la estancia preocupado y enfadado en igual medida, hasta que vio a su hija preferida y su expresión se dulcificó. La abrazó y no le gustó que ella no le devolviera el gesto—. ¡Chris! No sabía que vendrías. ¿Ocurre algo? Estás temblando.

—Esta desagradecida inconsciente ha venido a traer de nuevo la ruina a esta casa, a hacer de Celestina y traer cartas de amor para Tessa. Es deplorable.

—Mel, ya está bien. —Sin soltar los hombros de su hija, Gilbert atajó un nuevo intento de su esposa de seguir atacando con una mirada que no dejaba espacio a la negociación.

Condujo a Christine hacia su despacho y la hizo sentarse en un butacón junto a la ventana desde la que se veía el jardín. Se dirigió hacia una estantería acristalada y sacó dos copas pequeñas de talle alto, y las llenó con un licor ambarino. Se sentó frente a su hija y con una mirada serena le entregó una de las copas.

—Supongo que no es un buen momento para brindar.

Christine esbozó una sonrisa triste y se limpió las lágrimas que todavía mojaban sus mejillas

con la mano hasta que su padre le tendió un pañuelo. Miró alrededor, las familiares paredes oscuras repletas de ilustraciones de aves que su padre realizaba con maestría. Era curioso que no fuera capaz de dibujar ninguna otra cosa con un mínimo de calidad, ni una flor, ni una fruta... solo pájaros.

—No, no lo es.

—Y ¿vas a contarme lo que ha pasado, hija?

—He ido hasta Sussex para ver a Víctor Lennox. —Su padre no hizo ningún gesto, solo se humedeció los labios con la bebida—. Supongo que sabrás lo que le ocurrió.

—Aunque no lo parezca, yo me entero de todo.

Era cierto. Gilbert siempre parecía demasiado ocupado con sus asuntos, sus negocios o sus aficiones, sumergido en papeles y libros, pero no se le escapaba ni un solo detalle de lo que ocurría a su alrededor. Su hija se preguntó cómo lo haría.

—Solo quería que Tessa tuviera una oportunidad de decidir. Ellos se amaban y Lennox no le ha dado la opción de estar con él o de dejarlo. Simplemente se ha encerrado en sí mismo y la ha relegado a un rincón de su pasado. Ella me pidió que la ayudara a saber algo de él.

—Es respetable que ese muchacho haya tomado una determinación. Ha elegido cuidar de sí mismo. Quizá no tenga fuerzas para cuidar de nadie más. La ha dejado libre para que sea feliz. No podemos juzgarlo.

—Pero ¿no sería más honesto decírselo que hacerla esperar eternamente?

—Puede que no estuviese preparado.

Christine suspiró un poco más tranquila. Hablar con su padre siempre tenía ese efecto en ella. Él tenía la capacidad de ver la vida de otra manera, mucho más serena y sosegada.

—¿Has ido sola hasta Sussex? No he visto ningún carruaje.

—Me ha acompañado el marqués. Él ha continuado el viaje, yo no quería esperar para hablar con Tessa. Por cierto, necesito que me prestes un vehículo para volver a casa.

Su padre entrecerró los ojos unos segundos mientras la estudiaba.

—El marqués. Ese que has jurado amar eternamente. —Le recordó con calma.

—Estaba enfadada. Y quería poner furiosa a mamá.

—Pero lo sientes.

—Sí. —Al fin lo había confesado, seguía amando a David Clark, por mucho que fingiera odiarlo.

Lo amaba con la misma naturalidad que respiraba, de manera inevitable, aun sabiendo que no era posible volver atrás. Sentir todavía sus besos y sus caricias sobre la piel hacía que el sentimiento estuviese más presente, eso era todo.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

—Nada. Yo seguiré con mi vida y él con la suya. Han pasado demasiadas cosas y ahora somos personas diferentes.

—Lo dices como si lo hubieras ensayado. La frase perfecta para dar una explicación que todos puedan entender.

—Por desgracia es la verdad. —Christine bajó la vista mientras jugueteaba con la copa entre los dedos—. Entre todos pisotearon lo que sentíamos, y nosotros no fuimos lo bastante fuertes para defenderlo. Quizá esa sea la definición más certera. Mientras yo esperaba su vuelta, su padre lo envió a la fuerza a España. Cuando digo a la fuerza me refiero contra su voluntad, literalmente. Y, mientras tanto, mamá urdió un plan para que el marqués viniera a rescatarme de la ignominia.

—No estuve de acuerdo en que le escribiera al marqués, pero he de decir que cuando lo hizo no tenía intención de que te casases con él. Más bien quería que hiciera entrar en razón a su hijo, tu madre pensaba que no era más que un sinvergüenza. Luego todo se complicó. Ese hombre aprovechó la situación para pedir tu mano y tu madre se dejó llevar, desesperada por ocultar tu desliz.

—David me amaba, quería que formáramos una familia. Pero todo se volvió en nuestra contra. Me escribió para decirme lo que estaba ocurriendo, pero esas cartas nunca llegaron.

Su padre la miró durante unos segundos interminables con las manos cruzadas sobre el regazo.

—El destino siempre tiende a regularse solo, igual que la naturaleza. —Gilbert a menudo decía frases así de contundentes que nadie entendía. Christine lo miró con una ceja arqueada.

—Por favor, papá, no me cuentes una de esas historias en las que los pájaros se comen sus propios huevos para seleccionar las crías más fuertes. No las soporto.

Gilbert soltó una de sus típicas carcajadas silenciosas, una de esas que se podían confundir con un resoplido o un leve ataque de tos y salió de la habitación. A los pocos minutos volvió con una caja de madera y la colocó en la falda de Christine.

—El destino a veces se equivoca, o puede que seamos nosotros los que nos equivocamos. Pero si algo está destinado a suceder, tarde o temprano sucederá. Por muchas vueltas que tengamos que dar para lograrlo.

—¿Qué es esto?

—Lo encontré hace poco buscando unos libros en el desván. Son cartas. Tú eres la destinataria. Y, como te he dicho, estaban destinadas a llegar a tus manos. Siento que haya sido un poco tarde.

Christine abrió la caja con cuidado y un poco de aprensión.

—¿Fue... mamá?

—No se me ocurre nadie más. Estaba preocupada, no quería que cometieras ninguna locura más con ese chico, que huyeras con él o algo así, y requisó las primeras que llegaron. Le dije que eso no estaba bien, pero no me escuchó. No sabía que habían continuado llegando, tampoco sé por qué razón no las ha destruido.

—Supongo que quizá tenga una pizca de conciencia después de todo. —Aunque Christine lo dudaba. Entonces una duda más la asaltó en ese momento—. ¿Crees que habrá hecho lo mismo con Tessa?

Su padre negó lentamente con la cabeza mientras se servía otra copa de licor.

—Me he encargado de decirle al servicio que cualquier misiva pase por mis manos. —Ambos soltaron una breve carcajada aunque la situación no era demasiado optimista—. Quédate a dormir, me apetece que me cuentes todas las travesuras de ese pequeño diablillo pelirrojo durante la cena.

Dadas las circunstancias Christine habría preferido marcharse de inmediato para no volver pero decidió quedarse con su padre esa noche. Cenaron solos en su despacho, hablaron de Eria y le contó todos los inconvenientes que habían tenido en su accidentado viaje a Sussex. Su madre se quedó en su habitación aquejada de una oportuna migraña y Tessa hizo lo mismo sin dar explicaciones. Chris estaba preocupada por ella, pero pensó que necesitaría tiempo para asimilar la carta de Víctor, que dudaba que fuera esperanzadora.

Una vez a solas en la que había sido su antigua habitación y su cárcel durante la última etapa

en la mansión Archer, sintió el peso del pasado sobre ella con tanta fuerza que tuvo miedo de abrir la caja que su padre le había entregado. Sabía que sería doloroso, pero también que era necesario. Titubeó varias veces hasta que al fin se decidió a levantar la tapa. Reconoció inmediatamente la letra inclinada de David y un sollozo entrecortado rompió el silencio que la rodeaba. Acarició la carta y se la llevó a los labios. Rompió el sello y las lágrimas nublaron sus ojos durante unos segundos impidiéndole leer su contenido. Mientras la leía lloró como nunca creyó que volvería a llorar, con la respiración entrecortada y el cuerpo tembloroso. Ahora que lo sabía todo, cada palabra se clavaba en su alma de manera cruel. Era tan injusto. Y a la vez era curativo, porque con cada «te quiero» y cada «no me olvides» recuperaba una parte de un pasado que le robaron entre todos. Aunque quiso luchar contra él, el cansancio la venció y el sueño la alcanzó poco rato antes de amanecer, abrazada a las cartas que ya había leído y rodeada de los sobres que aún no había abierto.

## Capítulo 27

Todo resultaba extraño y ajeno, como si se hubiera colado en la piel de otra persona. No podía deshacerse del calor que el cuerpo de Christine, los besos de Christine y la voz de Christine habían dejado impregnado en él. Si cerraba los ojos y pensaba en la noche anterior sin duda se sentía como el tipo más afortunado del mundo. Si lo ponía todo en contexto la sensación era bien distinta. Estar con Christine era tocar el cielo con la punta de los dedos para acto seguido ser arrancado de él. Había creído que esa despedida podría poner fin a su historia y calmar aquella herida que seguía escociendo a pesar de los años. Pero ahora se daba cuenta de que había sido un auténtico error, solo había servido para sentir el mismo dolor reverberando en su pecho, el mismo amor consumiéndolo por dentro. No podía arriesgarse a quedar reducido a un despojo pisoteado y sin alma otra vez, y la única opción era marcharse y dejar que Christine tuviese una vida tranquila. Sin él.

Cuando llegó a Edevane Rosefield el sol todavía no había caído, pero el cielo ya empezaba a teñirse de tonos rosados. Pidió que acomodaran al cochero, que pasaría la noche allí antes de regresar a la mansión de los Fortune al día siguiente junto con el dinero que le habían prestado, más una jugosa propina.

Cuando entró a la mansión el eco de unos pequeños pasos corriendo resonaron por los pasillos. Eria apareció, con sus coletas dando saltos sobre su cabeza y las mejillas sonrojadas.

—¿Mamá? —Su sonrisa se desvaneció en cuanto llegó al *hall* y vio que David había venido solo.

David se puso en cuchillas para estar a su altura y sus enormes ojos azules lo contemplaron confundidos mientras intentaba contener un puchero.

—Verás, tu mamá me ha dado un recado para ti. Ha tenido que parar en casa de tus abuelos para arreglar unos asuntos pero me ha prometido que mañana estará aquí y que te traerá el mejor regalo del mundo.

—Al abuelo le gustan mucho los pájaros.

—A tu mamá también —dijo con una sonrisa recordando aquellas tardes de verano en las que jugaban a identificar los pájaros por su canto, aunque siempre ganase ella.

—¿Tú cómo lo sabes? —preguntó jugando con una de sus coletas.

—Cuando venga mamá le preguntas, seguro que le resulta muy divertido contártelo. Y ahora que me acuerdo —David le mostró dos pequeños paquetes envueltos en papel brillante y a Eria se le agrandaron los ojos de la emoción—. Sabía que te sentirías un poco decepcionada así que te he traído un pequeño regalito para que sonrías.

Eria le quitó el paquete más grande de la mano y al desenvolverlo soltó un gritito y una carcajada. Era un libro con dibujos de animales. Ni siquiera sabía por qué lo había hecho, pero al parar en uno de los pueblos de camino a Edevane había visto unos puestos apostados en la plaza. Pensó en aquella pequeña y en lo triste que se pondría al ver que tendría que esperar un día más para ver a su madre. No quería ver decepción ni pena en aquella cara en la que solo debería haber ilusión y risa. No había nada de malo el consentirla un poco, después de todo era su hermana. La hija de Christine. Se estaba volviendo un blando.

—Mira, hay pájaros —señaló la niña con una sonrisa radiante.

—Sí. Y también hay otro regalito, pero no sé si te gustará. —David levantó en alto la bolsita de papel para alejarla de su alcance y Eria comenzó a saltar entre carcajadas.

Al final la bajó lo justo para que la niña la alcanzara y su chillido de triunfo casi lo dejó sordo.

—¡Caramelos! Claro que me gustan —dijo abriendo el paquete y metiéndose uno en la boca.

Con total familiaridad cogió otro y se lo dio a David.

—Gracias. —Lo miró un poco insegura pero al final se lanzó a su cuello para darle un rápido abrazo antes de marcharse corriendo otra vez, llena de energía.

Aquella niña inocente en unos pocos minutos había conseguido hacerle olvidar todas las preocupaciones, al menos momentáneamente. David se sintió un intruso en aquel lugar que Christine y su hija habían convertido en su hogar a pesar de que él no se lo había puesto nada fácil. No se merecían el trato que él les había dado. Se dirigió hacia su despacho en busca de una copa y al llegar lo recibió el retrato de su padre, con actitud desafiante que presidía la estancia.

—Puto viejo miserable —masculló en un intento de soltar el odio que albergaba hacia él.

—Oh, discúlpeme, milord. No quería... interrumpir.

David se giró hacia la voz y encontró a Amber, que se retorció las manos sin saber muy bien cómo proceder.

—No se preocupe. Tengo todo el tiempo del mundo para maldecirle.

—Solo venía a saber dónde está mi hermana.

—Está en casa de sus padres. Quería hablar con su hermana sobre... bueno, sobre el señor Lennox. —Amber arqueó una ceja, no esperaba que Christine hubiera accedido a contarle cuál era el propósito de su viaje, pero supuso que habiendo viajado juntos no le había quedado más remedio.

—Pero ¿ha ido todo bien? Quiero decir, usted...

—No nos hemos asesinado mutuamente, si es eso lo que quiere saber. Y no crea, nos ha costado trabajo contenernos. Mañana estará de vuelta.

Amber se giró con una sonrisa pero al llegar al umbral se detuvo.

—Gracias. Por cuidar de Christine. Y por los regalos para Eria, está como loca con su libro nuevo.

David sonrió reconfortado por la sensación cálida que le llenó el pecho. ¿Era tan fácil ser feliz?

Christine salió de la mansión Archer tras despedirse de su padre con la clara intención de no volver en mucho tiempo. Aunque se había quedado dormida antes de leer todas las cartas, en ellas quedaba palpable que su amor había sido muy real. Y aquello no ayudaba en absoluto a cerrar las heridas aunque sí mitigaba la decepción y el odio que se había empeñado en engendrar. Estaba a punto de montar en el carruaje cuando la puerta se abrió y Tessa apareció gritando,

como siempre, y saltando los escalones con las faldas remangadas, recordándole a Eria. Desde niña había sido así de vital y ruidosa, todo lo contrario a ella.

—No me digas que ibas a marcharte sin despedirte de mí.

—No quería despertarte tan temprano. ¿Estás bien? —preguntó acariciando el pelo de su hermana.

Ella asintió aunque sus ojos enrojecidos decían lo contrario. Con seguridad había pasado la noche llorando, igual que ella.

—Era una carta de despedida. Lo sabes ¿verdad? —Christine asintió con los ojos brillantes. Tenía las emociones a flor de piel y no podía contener sus sentimientos, sobre todo porque no podía evitar comparar el dolor de Tessa con el que ella sufrió—. Se disculpa por no haberlo hecho antes y me pide que sea muy feliz. Dice que su camino ahora es distinto al mío.

—Tienes que respetar su decisión. Su duelo es mucho más doloroso que el tuyo, cielo. Tú lo has perdido a él, pero Víctor ha perdido su vida tal y como la conocía. Espero que al menos esa carta te haya ayudado.

—Sí, estoy en deuda contigo. Es doloroso pero me siento liberada. Ahora puedo pensar en mí, en mi futuro. Sé que suena egoísta, pero me sentía atrapada, sin saber si al seguir con mi vida lo traicionaría.

—No eres egoísta. Y eso es justo lo que debes hacer. Seguir viviendo.

Ambas se dieron un fuerte abrazo entre lágrimas prometiéndose verse pronto y el viaje de vuelta a casa comenzó para Christine, con las cartas de David como compañía.

## Capítulo 28

Nada más desayunar el mayordomo le anunció al marqués que su fiel administrador y contable lo esperaba en su despacho. Cuando entró lo encontró con la cabeza sumergida en un legajo de papeles esperándolo tan diligente como siempre.

—Caramba, Gilligan. Me atrevería a decir que no duerme nunca.

—A quien madruga, Dios le ayuda, milord.

—Sin duda, no es de mis refranes favoritos —contestó con una sonrisa burlona ocupando su sillón.

—Y bien, lord Edevane. He repasado las cuentas de este trimestre y está todo correcto. De hecho hay un ligero incremento en las ganancias que con los nuevos cambios que quiere implementar se multiplicarán considerablemente.

—Bien, bien... —David hizo un gesto con la mano para dejar el tema. No le apetecía escuchar una interminable retahíla de cifras que Gilligan ya había supervisado mil veces, se fiaba de él y había otros temas más importantes—. Quería tratar un asunto más importante que ese. Quiero que mande a alguien cualificado para que haga una evaluación de las reformas que necesita la casa. Y que contrate a los mejores carpinteros, albañiles y lo que se necesite para ejecutarla cuanto antes.

El contable se arrellanó en su asiento y se quitó las gafas que usaba para leer sus papeles y observar a David con curiosidad.

—Al fin ha vuelto.

—¿Cómo dice?

—Usted. El hombre al que conocí, el joven honesto, y el niño alegre y travieso. Sus ojos han vuelto a ser los mismos de siempre.

David pareció azorarse y él movió la cabeza a modo de disculpa.

—Perdóneme por meterme donde no me llaman, milord, pero a mí edad uno tiende a tomarse ciertas libertades. Pero vi su caída, y no me gustó. Sus ojos se quedaron vacíos, oscuros y usted no es así. No es como él. No pague la penitencia de los malos actos de otra persona.

—No pagué su penitencia, directamente me fui al infierno que él creó para mí. Tú llevas aquí desde antes de que yo naciera. ¿Por qué me odiaba tanto?

Gilligan rio, una risa triste y resignada, que denotaba que había sido testigo de más cosas de las que podía contar.

—No sé si era odio. Al anterior marqués le gustaba controlarlo todo, que las cosas estuviesen dentro de las líneas rectas que él marcaba. Y usted, con su carácter arrollador, con su alegría, le

resultaba ingobernable. Igual que su madre.

—No quiero imaginar lo que debió pasar junto a un hombre como él.

—Su madre no era una florecilla a la que poder aplastar con el zapato, milord —apuntó Gilligan, ocultando una risita—. Ella aprendió a ser libre a su manera y a no dejarse doblegar por el viejo marqués. Fue una lástima que se marchara tan joven.

—El anterior marqués. ¿Por qué casi nunca se refiere a él como mi padre, Gilligan? A veces lo hace, pero la mayoría de las ocasiones habla de él como si le costara llamarlo así, como si estuviese a punto de atragantarse con esa palabra —cuestionó después de sopesar aquello durante unos segundos.

—Hay preguntas que carecen de respuesta, milord. —Gilligan procedió a guardar sus papeles y David se levantó de su asiento para detenerlo pero el hombre cogió sus cosas dando por finalizada la reunión—. El informe sobre las obras está hecho desde hace meses, me encargaré de que empiecen cuanto antes.

—¿Carecen de respuesta o no quiere dármele? —David sorteó la mesa y sujetó al hombre por los hombros con suavidad—. Por favor.

Gilligan lo miró con la mandíbula apretada. Ojalá pudiera desvelarle todos los secretos que la gente murmuraba. Que el marqués nunca pudo consumir su matrimonio y por eso pagaba su frustración con su esposa. Que ella buscó consuelo en un antiguo amigo de la infancia que falleció poco después. Que su marido estuvo fuera durante meses cuando David fue concebido. Que resultaba más que evidente que Christine estaba embarazada el día de su boda.

El pelo rojizo, su carácter vivaz, las cejas arqueadas con curiosidad ante todo lo que la rodeaba, su sonrisa alegre. Solo había que mirar a Eria unos segundos para ver el gran parecido que tenía con su supuesto hermano. Nada cuadraba, y a la vez todo encajaba a la perfección. Pero no podía decirlo. Entre otras cosas porque había jurado lealtad al título y por desgracia eso incluía a Jonathan Clark. Pero quizá sí podía encauzar la búsqueda de respuestas.

—Verá, hijo. El destino se desvela cuando debe, y el tiempo no puede desplazarse hacia atrás o hacia delante a nuestro antojo. Hay cosas que no pueden estar ocultas. La maldad es una de ellas. La bondad también.

—Oh, vamos, Gilligan. No tengo tiempo para acertijos.

—Busque. No puedo decirle más.

Los pasos de Eria resonaron en el pasillo corriendo de un lado a otro, seguidos por la voz de la niñera que intentaba detenerla.

—Parece que esa niña aprendió a correr antes que a andar. —Se quejó David aunque no pudo evitar sonreír.

—A usted le pasaba igual. Le recuerdo dando brincos de un lado a otro, saltando los escalones y los muros. Eria... —dijo pensativo—. ¿Sabe lo que significa? Nieve. Cuando nació había caído una nevada tan grande que algunos vecinos no pudieron abrir las puertas. Incluso el médico que atendió el parto tuvo que quedarse aquí un par de días hasta que despejaron los caminos. Sin duda el bebé más hermoso y regordete que yo haya visto nunca.

Gilligan se marchó, dejando a David frustrado y pensativo. Miró el cuadro de su padre y decidió que ese mismo día mandarían que lo descolgaran de allí. Las dudas martilleaban su cabeza y estaba seguro de que todo lo que había dicho Gilligan tenía un propósito. Sabía que ese hombre le apreciaba, al menos más de lo que había apreciado al anterior marqués. «Busque». Pero ¿Por dónde empezar? La verdad era que no había tenido tiempo de tomar posesión de la casa desde que había llegado, sobre todo porque no pensaba estar allí demasiado tiempo. Se

preguntó dónde guardaría su madre sus secretos, y dónde los guardaría su padre. Se arrellanó en su sillón y tamborileó con los dedos sobre la mesa. Sus ojos se desviaron hacia la fila de cajones situados en el lateral derecho y recordó que el último estaba cerrado con llave. Cogió el abrecartas e intentó forzar la cerradura sin embargo solo consiguió doblarlo. Comenzó a desesperarse pero no pensaba darse por vencido aunque tuviera que reducir la mesa a astillas. Salió como una exhalación y tras registrar en la cocina bajo la perpleja mirada de la cocinera y una criada volvió con un punzón y un martillo. Tas quedarse en mangas de camisa se empleó a fondo dando fuertes golpes, hasta que el mayordomo apareció en la puerta del despacho.

—Milord... —carraspeó sin saber si era buena idea interrumpirle—. ¿Necesita ayuda?

—¡No! —gritó con una sonrisa triunfal al ver que la cerradura, tan fuerte como la de la prisión más segura del mundo, saltaba por los aires—. Bueno, eh, a decir verdad, sí necesito algo. Que alguien quite el cuadro del anterior marqués de ahí en cuanto sea posible.

—¿Dónde quiere que lo pongamos, lord Edevane?

—En el desván, en algún rincón oscuro del sótano...o puede que en el centro de una enorme hoguera. Cualquier sitio fuera de mi vista me parecerá bien.

El mayordomo asintió sin variar ni un milímetro su expresión y se marchó. Cuando estuvo solo, David dudó unos segundos antes de tocar los documentos que había en el cajón en una carpeta de piel. Podía sentir los dedos fríos de su padre sobre ellos y su aliento desagradable en la nuca. Daba igual, ya no podría hacerle daño, ya nunca más podría destrozar su vida.

Comenzó a hojear los papeles y al principio se sintió un poco decepcionado al encontrar unas cuantas escrituras y documentos sin importancia. Hasta encontrar algo que le encogió el corazón. El certificado de matrimonio entre Christine Archer y Jonathan Clark fechado en septiembre. Y entonces algo activó un resorte en su cabeza, una especie de clarividencia. ¿Cómo no lo había pensado antes? Si Eria nació en un día de nieve debió ser en pleno invierno y entonces las fechas no cuadraban. No, no podía ser. Revolvió entre el resto de los documentos esparciéndolos sobre la mesa con prisas sabiendo por intuición que debía haber algo más. Y entonces encontró un sobre disimulado entre el resto de papeles. Lo abrió y descubrió que se trataba del registro de nacimiento de Eria, algo que debía ser importante para que el marqués lo hubiera guardado bajo llave. Según aquel papel firmado por un tal doctor Butler, Eria Clark había nacido el 20 de febrero, solo cinco meses después de la boda. Se puso de pie y recorrió la habitación revolviéndose el pelo con una mano y apretando el papel que lo cambiaba todo con la otra. Las imágenes de sus encuentros con Christine durante todo aquel verano pasaron delante de sus ojos, su sonrisa dulce, sus mejillas sonrojadas cuando le dedicaba una caricia atrevida, su mirada de ilusión, su entrega la primera vez que hicieron el amor. La verdad siempre había estado ahí pero él había querido aislarse de aquello que le hacía daño negándose a verla. Eria no podía ser hija de Jonathan Clark. Ni siquiera podía dar forma a aquella verdad en su cabeza. Era demasiado fuerte, demasiado impactante, demasiado esperanzadora.

Salió de la casa en busca de aire pero ni todo el oxígeno de la campiña era suficiente para calmar la desazón que le recorría la sangre. Aquel desgraciado no solo le había impedido ser feliz con la mujer que amaba, le había robado la posibilidad de formar una familia, le había privado de ver nacer a su hija, de verla dar los primeros pasos.

Su hija. La enormidad de esa palabra le hizo querer gritar y destrozar el mundo con sus manos. Pero eso no arreglaría nada. Deambuló sin rumbo durante horas hasta que sus pasos le llevaron de vuelta a Edevane Rosefield por voluntad propia y cuando estuvo delante de la mansión se dio cuenta de que no podía entrar allí. Aquel lugar estaba impregnado de su padre, todo le recordaba

a él. Desvió sus pasos hacia el único lugar que su padre nunca pisaba, el único espacio que solo le pertenecía a su madre, el invernadero de cristal con los marcos pintados de verde.

El ambiente cálido lo reconfortó en cuanto entró aunque solo por fuera, por dentro seguía roto, y dudaba que algo pudiera curar aquella herida. Se sentó en un banco de madera y dejó caer la cabeza hacia delante, como si el peso de todo lo que ahora sabía fuese demasiado para él.

Christine había apurado al cochero todo lo posible reduciendo las paradas, ansiosa por llegar a casa cuanto antes. Cuando llegó sintió una emoción extraña, como si por primera vez llegase a su hogar. Subió los escalones casi corriendo para ver a su hija. Al llegar a su habitación se arrodilló para abrazarla durante una eternidad sintiendo una emoción indescriptible. La niña la miró con aquellos ojos azules tan parecidos a los suyos llenos de ilusión y le contó atropelladamente todo lo que había hecho en aquellos días, poniendo especial énfasis en los regalos que David le había traído. Eria se calló de repente con el ceño fruncido al ver que su madre a pesar de estar sonriendo no dejaba de llorar. Volvió a abrazarla y eso fue suficiente para arreglar una parte de su corazón roto.

—¿Estás triste? —preguntó la niña limpiándole las lágrimas con las palmas de las manos.

—No, cielo. Estoy muy feliz de verte. Yo también te he traído un regalo.

Chris le entregó el paquete y cuando Eria lo abrió y descubrió que se trataba de una muñeca parecida a ella, se volvió loca gritando y saltando por la habitación.

—Creo que vamos a tener que emplearnos a fondo para hacer de ella una señorita —bromeó Amber apoyándose en el marco de la puerta.

Christine se levantó y le dio un abrazo a su hermana.

—Me temo que sí. Va a ser un poco más ruidosa que su madre. —Ambas soltaron una carcajada y Chris apretó las manos de Amber—. Necesito que la cuides cinco minutos más. Tengo que hacer algo.

—Creo que ese algo está en el invernadero. Lleva todo el día como alma que lleva el diablo.

Christine no podía ocultarle nada a su hermana, la conocía demasiado bien, y si se trataba de los sentimientos que tenía por David menos aún. Amber estaba segura que esos días a solas podían cambiar muchas cosas y abrir las puertas para que la verdad aflorara, y puede que ya hubiera llegado la hora de que ellos se permitieran ser felices. Nunca se había perdonado que su chivatazo desencadenara aquel desastre y había rezado noche tras noche para que el destino pusiese todo en su lugar. Puede que ese momento fuese ahora.

David levantó la cabeza al oír pasos acercarse y su corazón se saltó varios latidos al ver a Christine caminando con paso sereno hacia el invernadero. Cuando llegó hasta él no dijo nada, simplemente se sentó en el banco a su lado. El aire cambió, como si solo estar sentados uno junto al otro fuese suficiente para que el mundo comenzara a vibrar.

—No puedo entender cómo pudo hacerme algo así —susurró David con la vista perdida.

Christine suspiró y el sonido del aire escapando de su boca evocó todos aquellos besos que no habían podido darse.

—Lo sabes. —No fue una pregunta, la desolación que vio en él solo podía significar que había descubierto la verdad. Toda la verdad.

David levantó el papel que todavía apretaba entre los dedos y ella sintió que los nervios

atenazaban su estómago. Había pensado cientos de veces cómo sería decirle que Eria era su hija, y nunca había encontrado una fórmula correcta para hacerlo. ¿Cómo se le dice a un hombre que esa pequeña, a la que casi no conoce, es su hija y que se ha perdido sus primeros años de vida? Siempre había temido que él la cuestionara, que no la creyera, que pusiera en duda cualquier cosa que tuviese que ver con Eria. Pero el destino había jugado sus cartas y lo había descubierto por sí mismo.

—Es el registro de nacimiento de Eria. ¿Cómo no me di cuenta antes? Si hubiera pensado un poco...

—David, no te culpes. Ahora creo que no pudimos hacer nada para cambiar lo que pasó. —Christine tomó una gran bocanada de aire antes de continuar—. Mi madre me amenazó con quitarme al bebé. Por eso me casé con él.

Tras unos segundos en un silencio denso en el que el aire entre ellos parecía crepitar David se atrevió al fin a mirarla a la cara. Para ella debió ser durísimo enfrentarse a aquella situación sola.

—¿Pensabas decírmelo en algún momento?

—Lo he pensado muchas veces. Pero no sabía si creerías que estaba intentando atarte a mí. Ya sabes, no tenías muy buena opinión de mí.

—Por Dios, Christine. —David se levantó del asiento incapaz de mantenerse quieto ni un segundo más—. Desde que te vi la primera vez he estado atado a ti de una manera u otra.

—Lo siento. Sé que todo esto es muy doloroso para ti. Pero tú mismo lo has dicho. Ya no confías en nadie. No puedo pedirte que... —Christine se puso de pie y se alejó un par de pasos dándole la espalda. Ver sus ojos torturados era demasiado, y aunque ella nunca quiso hacerle daño ocultándole la verdad sobre Eria no pudo evitar sentirse culpable. Sobre todo en ese momento en el que se sentía tan vulnerable. Había intentado arrancarse lo que sentía por él tantas veces que se había convertido en una costumbre. Haber leído sus cartas, en cambio, la había llevado al punto de partida, a aquella tarde en la que sus corazones y su amor aún estaban intactos. Y se dio cuenta que seguía amándolo con la misma intensidad.

—Alguien me ha dicho que no debo pagar la penitencia de los pecados de los demás. Y creo que volver a alejarme de ti sería justo eso. Los que quisieron separarnos se saldrían con la suya.

David buscó en su cabeza y en su corazón una sola razón que justificara volver a alejarse de ella pero no la encontró. La amaba. Su separación no había sido más que una espiral destructiva creada por otros, que los había arrastrado hasta casi destruirlos. Pero contra todo pronóstico seguían en pie, y lo que habían creado había resistido y perdurado en el tiempo.

Christine se estremeció cuando sintió las manos de David sobre sus hombros. Las lágrimas inundaron sus ojos pero los cerró con fuerza para retenerlas. Ya había llorado bastante.

—He leído tus cartas. —Christine movió la mano y David se dio cuenta de que llevaba un papel, igual que él. Reconoció con un solo vistazo su propia letra. Deslizó las manos desde los hombros de ella, bajó por la espalda hasta llegar a su cintura para abrazarla con más fuerza y atraerla hacia su pecho. Christine se dejó vencer y sonrió al sentir que David enterraba la cara en su cuello y suspiraba—. Esta es la última que escribiste. En ella me decías muchas cosas, que pronto estaríamos juntos, que me amabas y que no te olvidase.

—Todavía te amo. —Se atrevió a decir estrechándola con más fuerza.

—Nunca te he olvidado —reconoció—. Aunque hubo momentos en los que te hubiera estrangulado por ser tan tozudo..., pero siempre recordaba que en el fondo de tu alma seguía estando el David al que amé. El padre de mi hija.

—Nuestra hija. Dios, esa palabra es tan enorme que no sé si seré capaz de asimilarla.

Christine se giró sin romper el abrazo y enlazó sus brazos en su cuello.

—Serás capaz de hacerlo, David. De cuidarla y de quererla.

—Quererla es muy fácil, me temo.

—Dominarla es un poquito más complicado —bromeó ella y ambos soltaron una breve carcajada.

—Christine. —El tono de David se volvió más solemne mientras la miraba a los ojos con intensidad, casi con fiereza—. Puede que ahora seamos dos personas distintas a las que fuimos. Lo que pasó cambió nuestras vidas y nos cambió a nosotros. Démonos la oportunidad de vivir este amor como la primera vez, de volver a enamorarnos cada día.

—Por una vez en la vida creo que estoy de acuerdo contigo, pero no te acostumbres, marqués.

David soltó una carcajada ronca que Christine sintió como una caricia en todo el cuerpo.

—Cuento con ello, marquesa.

Y David hizo algo que llevaba necesitando desde hacía demasiado tiempo. La besó como si fuese la primera vez, saboreándola sin prisas, sabiendo que este momento, este amor, les pertenecía y nada ni nadie podría robárselo. Y sin duda, por primera vez en la vida, se sintió el hombre más afortunado del planeta.

## Epílogo

Christine abrió los ojos con incomodidad al sentir unos codos clavados en su espalda. Una punzada en su vientre le indicó que el pequeño bebé que llevaba dentro también se había despertado. Se giró con cuidado para no despertar a Eria que había tomado la costumbre de colarse en su cama durante la noche, y la besó en la frente con ternura. No dejaba de resultar increíble lo pronto que se había acostumbrado a la presencia de David en su vida y el cariño que ambos se profesaban. Incluso a veces se sentía un poco celosa cuando los veía tan cómplices, mientras Eria escuchaba las historias que David inventaba para ella. Llamarle papá e incluso considerarlo su padre había nacido en ella como un proceso natural, como si lo hubiera intuitido sin necesidad de que nadie se lo contase. Lo único importante era que ella se sentía feliz. Los tres lo eran, y pronto lo serían los cuatro.

El pasado parecía haber quedado relegado a un borrón lejano como si nunca hubiera existido, no permitirían que las cosas que habían pasado enturbiasen su presente y su futuro. Christine se percató de que había un papel doblado sobre la almohada de David y se estiró para cogerlo. Al abrirlo sonrió como si fuera la primera vez que recibía una nota de su enamorado. «No olvides que te amo.»

No podría. Se lo demostraba cada día de una manera tan intensa que no tenía ninguna duda de que era así. Tras ponerse una bata sobre el amplio camisón salió de su habitación para buscar a David que ya estaría trabajando en la habitación del bebé. Lo encontró de espaldas a la puerta concentrado en algo que tenía entre las manos. Deslizó las manos por su cintura y pegó la mejilla a su espalda ansiosa por sentir su calor.

—Buenos días, amor.

—Cielo... —David se volvió hacia ella con una expresión indescifrable. Por un lado parecía emocionado pero por otro sus ojos reflejaban algo parecido al miedo—. Los secretos de mi madre.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Es el diario de tu madre? —Christine miró el cuaderno de tapas oscuras y se lo quitó de las manos para echarle un vistazo, pero David lo recuperó de un tirón como si temiera que alguien pudiera robárselo.

—Estaba escondido en un cajón de la cómoda con doble fondo. Lo he tocado y ha caído en mis manos como si estuviera destinado a encontrarlo.

—Puede que tu madre quisiera que lo encontraras.

David negó con la cabeza esbozando una sonrisa triste.

—Creo que lo dejaré donde estaba. —Christine lo miró con extrañeza. David tenía dudas

sobre sus orígenes y esta era la mejor forma de conocerlos. La única, en realidad—. Son sus secretos, no los míos. Se merece que la ayude a preservarlos.

Christine acarició la mejilla de su esposo mirándolo con devoción y se puso de puntillas para besar sus labios. Puede que David Clark tuviese fama de ser un talismán, pero Christine creía que la verdadera afortunada era ella por tenerlo a su lado.

Sussex. Algún lugar perdido en el bosque.

Una bandada de pájaros surcó el bosquecillo y Víctor Lennox supo de inmediato que algo o alguien los había asustado. Desde que se había recluso en aquel rincón en el que solo tenía contacto con unos cuantos seres humanos había aprendido más de la naturaleza, como si hubiese llegado a un plano superior que los demás desconocían.

Avanzó con sigilo entre la maleza hasta quedar oculto por un tronco ancho cubierto de musgo y se asomó para observar. Suspiró con resignación al ver a aquella chica molesta que de nuevo se había colado en su propiedad para seguir una ardilla, observar una piedra desde cualquier ángulo posible o a saber qué otra ocurrencia. Estaba harto de tener que andar escondiéndose para no sobresaltarla y esta vez pensaba plantarle cara y quitarle las ganas de husmear por ahí. Dio un par de pasos y la escuchó hacer ruiditos extraños mientras se agachaba para mirar entre los arbustos.

—Bis bis bis.... Mish, mish... ¡Pelusa! Vamos, bonito. ¿Dónde estás? Este condenado gato me va a volver loca. ¡Pelusa!

Así que esta vez la incursión se debía a un gato. Parecía razonable, y se vio tentado a ofrecerle su ayuda si no fuera por el pequeño detalle de que los gatos le provocaban salpullido y ya tenía bastante como para sumar a su larga lista de penurias algo más.

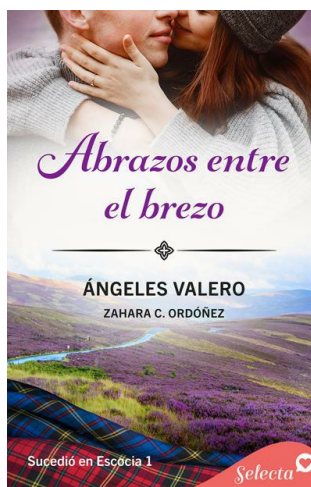
Ella cada vez se acercaba más a su escondite, y Víctor dio un paso atrás para alejarse, pero no fue tan sigiloso como de costumbre ya que una bola gris y peluda saltó sobre sus piernas profiriendo un sonido de ultratumba. El maldito gato. En lugar de alejarse de la muchacha, el ataque del felino hizo que tuviera que caminar en dirección a ella, pillándola desprevenida.

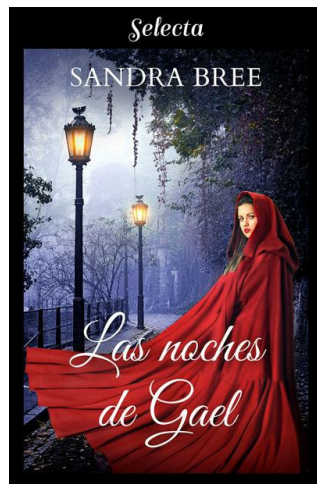
Crystal Greenwood levantó la vista al ver por el rabillo del ojo que una sombra oscura se acercaba hacia ella y no pudo contener un grito al encontrarse demasiado cerca a aquel hombre siniestro y lúgubre, vestido de negro. Trastabilló con sus faldas y cayó hacia atrás con tal mala suerte que se golpeó la cabeza contra un grueso tronco.

Víctor se acercó hacia ella con una mezcla de sentimientos. Se sentía culpable por haberla asustado pero sobre todo se sentía dolido. Había visto el pánico en los ojos de aquella chica, y si no se hubiera desmayado al miedo le habría seguido el asco, y a todo eso algo mucho peor, la lástima. Por eso y solo por eso era mejor seguir así, alejado de los ojos del mundo.

Si te ha gustado  
*Tu última carta*

puedes disfrutar de estas





**«¿Puede el tipo más afortunado del mundo sentirse el más desdichado».**



David Clark ha pasado cinco años en alta mar intentando olvidar la traición y la desilusión de los que más quería. Ahora, se ve obligado a asumir sus obligaciones como marqués de Edevane, y con ellas la responsabilidad de tener que lidiar con la mujer que más odia del mundo, su madrastra, Christine, y la hija de esta. Pero no siempre ha sido así. Hubo un tiempo en el que se sintió el hombre más afortunado del mundo por tenerla entre sus brazos, un tiempo en el que le entregó su corazón para que ella lo pisoteara sin compasión.

Ambos han decidido odiarse mutuamente hasta el fin de sus días, pero puede que el destino tenga otros planes.

**¿Qué será más fuerte, el rencor que los separa o esa atracción capaz de sobrevivir a los desengaños, al tiempo y la distancia?**

**Noa Alférez** nació en Berja, Almería, en 1976. Siempre le ha gustado la fotografía, la pintura y en definitiva todo lo que requiera algo de creatividad. Lectora incansable, disfruta de todo tipo de géneros, especialmente novela negra, suspense y romance, pero a la hora de crear se siente cómoda escribiendo novela romántica, especialmente romance histórico, aunque no descarta probar con otros géneros en algún momento. Se adentró en este mundo por casualidad y como un reto más que cumplir. Su primera novela salió a la venta en 2021 y desde entonces han llegado unas cuantas más, entre ellas la serie Greenwood que ha tenido una acogida inmejorable por parte de las lectoras del género. Lo que comenzó como un hobby se ha convertido en una pasión, que espera que la acompañe siempre.



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Edición en formato digital: febrero de 2024

© 2024, Noa Alférez

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada

Imágenes: shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10012-51-6

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinbooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somoselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En [Penguinlibros.club](http://Penguinlibros.club) encontrarás las mejores  
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



[Penguinlibros.club](http://Penguinlibros.club)



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

   Penguinlibros

## Índice

Tu última carta

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Noa Alférez

Créditos